

• ANDREA LÓPEZ. •

*Recordar é
Olvidar te*



• ANDREA LÓPEZ •

Recordar é
Olvidar te

Título: *Recordaré olvidarte*

© 2019, [Andrea López](#)

De la maquetación: 2019, Romeo Ediciones
Del diseño de la cubierta: 2019, Mari Luz Montes

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Epílogo](#)

[Biografía](#)

[Otros libros de la autora](#)

A todo aquel que decide vivir en lugar de sobrevivir

Prólogo

YAGO (Tres años antes)

Entro corriendo en el aeropuerto de Peinador con el corazón martilleándome en la garganta debido al esfuerzo, y miro el reloj de la pared. ¡Mierda, llego tarde! Camila vuelve hoy, después de siete años en Estados Unidos, y me muero por verla. La busco, nervioso, y por fin distingo su cabello pelirrojo entre la multitud que comienza a ocupar la terminal. Sin dejar de correr me dirijo hacia ella.

—¡Cami! —grito en cuanto llego a su lado y la abrazo con fuerza.

Mi hermana suelta una carcajada y me devuelve el abrazo, emocionada, mientras yo la alzo del suelo apretándola todavía más. Adoro a Camila, siempre lo he hecho, y me partió el corazón cuando la vi marcharse hace años... Sé que fue lo mejor, pero aun así me lo partió. Me separo un poco para darle algo de espacio cuando la siento forcejear contra mi pecho y veo cómo, sonriente, dirige su mirada detrás de ella. Mis ojos se alzan para comprobar qué, o mejor dicho, a quién está buscando, y se ven atrapados por una mirada color chocolate tan intensa, que me quedo paralizado y, por un instante, olvido hasta respirar.

—¿Lena? —pregunto impresionado y confuso. Parpadeo un par de veces y la miro de arriba abajo detenidamente. La mujer que ahora está delante de mí nada tiene que ver con la adolescente de la que me despedí en este mismo aeropuerto hace años.

—Hola, Yago —me saluda ella con la misma voz suave y aterciopelada que recuerdo, haciéndome volver a la realidad. De nuevo clavo los ojos en los suyos y ella me sonríe... Una sonrisa capaz de derretir el polo Norte... y a mí.

Soy bombero, no me asusto con facilidad, pero lo que siento en este momento, lo que ella provoca en mí, hace que me acobarde e, inconscientemente, doy un paso atrás. Fijo la mirada en sus labios y el miedo cobra fuerza en mi interior al comprender que esa sonrisa, a pesar de parecer inofensiva, inocente, y puede que incluso algo tímida, tiene la fuerza necesaria para hacer explotar el mundo; mi mundo.



Capítulo 1

LENA

Abro la puerta de la nevera decidida a desayunar algo sí o sí; no pienso irme otro día más a trabajar con el estómago vacío. Paseo la vista por los estantes, pero apenas tengo tiempo de estirar la mano para alcanzar un yogurt de limón, porque una nueva arcada me golpea con fuerza, obligándome a salir corriendo hacia el baño del pequeño apartamento que comparto con Camila. Esquivando como buenamente puedo las cajas que ocupan gran parte del suelo, consigo inclinarme sobre el wáter apenas un instante antes de que mi cuerpo se doble con violencia y expulse hasta la merienda del día de mi primera comunión. Una vez consigo dejar de vomitar, me incorporo despacio y me lavo la cara con agua fría. Estoy secándome cuando, al mirarme en el espejo, veo en él el reflejo de Camila. Está apoyada en el marco de la puerta, con la cazadora ya puesta para irse a trabajar, los brazos cruzados y el rostro cargado de preocupación. Frunce el ceño y niega con la cabeza.

—Ni de coña voy a irme a vivir con Leo, no pienso dejarte sola en este estado —declara con voz firme.

Cierro los ojos e inspiro profundamente para armarme de paciencia antes de responderle.

—Este estado, como tú dices, se llama embarazo y se pasará en unos meses. Estoy perfectamente, no me pasa nada que no le pase a millones de mujeres.

—Puede ser —admite encogiéndose de hombros—. Pero da la casualidad de que a mí, de todos esos millones de mujeres, la única que me importa eres tú. Así que mentalízate, ni de coña pienso dejarte sola —repite.

Intento parecer enfadada, pero no lo consigo. Quiero a Camila, la quiero con todo mi corazón, es la hermana que nunca he tenido, mi única familia y, en el fondo, a pesar de que bajo ningún concepto pienso admitirlo en voz alta, sé que si la situación fuese al revés, yo haría exactamente lo mismo que ella.

—Te repito que estoy bien —insisto poniendo los ojos en blanco.

—¡Y yo te repito que no me lo creo! ¡Cuántas veces has vomitado esta semana? ¡Estás embarazada de casi veintidós semanas! Según los libros que

he leído, la etapa de los vómitos debería haber pasado ya. ¡No es normal que todavía echés por la boca todo lo que te llega al estómago! ¡Quiero que vayamos a otro especialista! —exige, preocupada.

Apoyo la toalla en el lavabo y camino hasta ella, la agarro por los hombros y la miro fijamente.

—Estoy perfectamente, Cami —digo despacio—. El problema es que te empeñas en leer todos esos libros sobre embarazos y partos para intentar tenerlo todo controlado, y no te das cuenta de que cada cuerpo y cada embarazo son diferentes. Tienes que aceptar que esto no puedes tenerlo bajo control.

—¡Pero...! —intenta protestar ella.

—Pero nada —la interrumpo con firmeza—. Vas a irte a vivir con Leo, tal y como estaba previsto. Los dos os merecéis estar juntos y tranquilos. Además, el apartamento que habéis alquilado queda a cinco minutos andando de aquí.

Camila se muerde el labio mirándome dubitativa. No está convencida, pero me conoce, sabe que no voy a ceder, y por ello no insiste más.

—Come algo antes de ir a la agencia. Yo daré la clase de defensa personal que tenías programada a primera hora —dice finalmente, antes de despedirse de mí con un abrazo.

La veo irse y me quedo mirando fijamente la puerta que se cierra tras ella.

Sonrío con cariño mientras, inconscientemente, me acaricio la barriga y dejo que mis recuerdos vuelen al día que nos conocimos.

Estábamos en la guardería, un niño me quitó una pintura y Camila decidió metérsela por la nariz. Ese día nos castigaron a las dos, pero nos hicimos inseparables.

Soy hija única. Mi padre pertenece a una familia adinerada que se ha dedicado desde siempre al negocio del mejillón. Gran parte de las bateas de la ría pertenecían a mis abuelos paternos. Mi madre, coruñesa de nacimiento y descendiente de una familia humilde, se vino a Vigo con dieciocho años a estudiar. Mis padres se enamoraron nada más conocerse, y mi madre dejó de estudiar. Mi padre tenía veinticinco años y mi madre veinte cuando se casaron. Desde entonces sus vidas se convirtieron en una sucesión de viajes, salidas y lujos desmedidos, hasta que un día, sin quererlo ni planearlo, mi madre se quedó embarazada. Obviamente fue un embarazo no deseado que llegó a término únicamente, según mi propio padre me confesó sin ningún tipo de

pudor ni miramiento, porque mis abuelos paternos, ambos de fuertes convicciones religiosas, amenazaron con quitarles su apoyo económico y, por lo tanto, despojarlos de todo el lujo al que estaban acostumbrados. Mi abuelo murió cuando yo tenía un año, y mi abuela dos años después, así que no los recuerdo, pero sé que si hoy estoy aquí es gracias a ellos.

Desde el momento en que abrí los ojos al mundo me convertí en un estorbo para mis padres, un daño colateral que intentaban ver lo menos posible. Fui criada por niñeras que, debido a la prepotencia y soberbia de mis padres, solían dejar el puesto en cuanto empezaba a encariñarme con ellas y, si bien tengo que admitir que nunca me faltó nada que el dinero no pudiese comprar, siempre carecí de lo más importante: el cariño y el amor de una familia; por lo menos hasta que conocí a Camila. Ella, sus padres y su hermano Yago se convirtieron en mi familia del corazón, la que me daba el amor y el calor que en mi casa, de puertas para adentro, no existía.

Todo parecía ir de maravilla hasta que, al llegar a la adolescencia, Camila se enamoró de Leo, el mejor amigo de Yago, y este, sin saberlo ni pretenderlo, le rompió el corazón. Ella decidió irse a Estados Unidos a estudiar para poner tierra de por medio y yo no dudé en acompañarla. Solicitamos una beca, nos la concedieron, y ambas nos fuimos sin mirar atrás: ella para intentar sanar su corazón roto; yo escapando de la soledad de un hogar que nunca sentí mío. Creo que cuando les dije a mis padres que me iba a vivir a otro continente les di la alegría más grande de su vida. El día que cumplí los dieciocho me llamaron por teléfono, me dijeron que ya era mayor de edad y que su responsabilidad conmigo había terminado. Me informaron de que habían decidido irse a vivir a Francia y me desearon suerte en la vida. Ingresaron en mi cuenta bancaria una cantidad indecente de dinero que, según ellos, era la herencia de mis abuelos, y nunca más se dignaron a volver a llamarme ni a ponerse en contacto conmigo.

Camila y yo vivimos durante siete años en Estados Unidos. El primero cursamos el segundo año de bachillerato que nos faltaba para terminar nuestros estudios mientras recibíamos clases de defensa personal. Lo que comenzó siendo una forma de desahogarnos, de mantenernos en forma y de hacer deporte, terminó convirtiéndose en una pasión. Por ello, al terminar el curso, en lugar de ingresar en la universidad, decidimos prepararnos durante cuatro años en los mejores centros de formación en seguridad privada. Hicimos módulos profesionales complementarios de formación de vigilantes de explosivos y sustancias peligrosas, y recibimos una preparación física

durísima mientras continuábamos con las clases diarias de lucha y defensa personal. Nos dejamos la piel preparándonos durante esos cuatro años, pero valió la pena porque conseguimos entrar a trabajar como guardaespaldas en una de las mejores agencias de Washington. Dos años después, sentimos que era el momento de volver a casa, al pueblo que nos había visto nacer y crecer, para montar nuestra propia empresa de seguridad privada. Llevamos aquí tres años y, no solo tenemos una plantilla propia con la que cubrimos la seguridad en diversos eventos de toda España, sino que también formamos a nuevos profesionales. Me encanta nuestro trabajo y ambas somos muy buenas en lo que hacemos. Pero si en el ámbito profesional no podría irnos mejor, en lo personal las dos hemos tenido una temporada cuanto menos agitada.

La imagen de Yago me viene a la mente, cierro los ojos con fuerza y aprieto los puños enfadada. Respiro profundamente intentando que el sentimiento de rabia que se apodera de mí cuando pienso en él se desvanezca.

Es cierto que Yago siempre ha sido guapo, pero yo nunca me había fijado en él de ese modo, ¡lo juro! Por lo menos no hasta el momento en que, al volver de Estados Unidos, mis ojos se encontraron con él en el aeropuerto. Cuando nuestras miradas se cruzaron... Debí intuir que ese cosquilleo que sentí entonces en el estómago traería consecuencias, pero noooo. En lugar de ponerme alerta, decidí quitarle importancia y durante estos tres años las alarmas fueron saltando una tras otra hasta que, más que alarmas, parecían señales de neón cada vez que Yago me miraba, me sonreía o me hablaba. Sin embargo, yo decidí ignorarlas y acallarlas una tras otra. Engañarme a mí misma tenía más sentido que admitir lo que gritaba cada parte de mi ser, ¡y así me ha ido! Ahora estoy embarazada, asustada, agotada, dolida, decepcionada y muy enfadada pero, pese a todo, también feliz.



YAGO

Acabo de terminar mi turno en el parque de bomberos. Ha sido tranquilo, lo cual en circunstancias normales agradecería, pero últimamente un turno tranquilo significa horas y más horas para darle vueltas a la cabeza, y salgo tan agotado, que parece como si llevase dos días enteros en medio de un incendio.

Entro en el coche decidido a ponerle fin a esta situación de una vez por todas. ¡Esto no puede seguir así, Lena tiene que entrar en razón y hablar conmigo! Arranco y abro la ventanilla disfrutando de los últimos rayos del sol y del olor de la brisa marina mientras conduzco por la serpenteante carretera de la costa que me lleva a Aldán, el pueblecito marinero en el que vivo y al que amo. De camino sonrío al contemplar por la ventanilla la puesta del sol sobre el mar. Las olas rompen sobre las rocas salpicándolas de espuma blanca y las gaviotas vuelan casi rozando el agua como si quisiesen despedirse del día que se termina. La postal que conforma todo ello es preciosa y, como tantas otras veces, pienso en lo afortunado que soy por poder disfrutar de estos pequeños placeres cada día.

En poco más de veinticinco minutos estoy aparcando delante de la agencia que Cami y Lena regentan. Paro el motor y me quedo durante unos segundos sentado, sin moverme, observando el impresionante edificio. Las chicas han hecho un gran trabajo y cada vez que, como ahora, observo lo que han conseguido, me siento admirado y orgulloso de ellas a partes iguales. Cuando decidieron montar su agencia en el pueblo hubo mucha gente —entre los que, por desgracia, tengo que incluirme— que puso en duda que un negocio de esas características pudiese tener futuro teniendo su base en un lugar como este, pero ellas hicieron caso omiso de opiniones y comentarios y compraron el edificio de la vieja depuradora. Lena invirtió para ello parte de su herencia y Camila pidió un crédito. Decidieron respetar la estética exterior del edificio, pero el interior lo derribaron completamente y lo volvieron a construir según sus necesidades. Fue una obra larga y costosa pero, tengo que admitir, que el resultado fue asombroso.

Inspiro aire profundamente para infundirme ánimo y bajo del coche. Consciente de que no puedo retrasar más lo inevitable, camino hasta la puerta y miro el reloj. Es algo tarde pero no creo que se hayan marchado a casa todavía; sé que al terminar la jornada, tanto Camila como Lena suelen quedarse un rato preparando papeleos, tramitando informes y cerrando asuntos pendientes, y ya que eso es precisamente lo que yo quiero, aclarar este asunto pendiente, no me lo pienso más y comienzo a avanzar por el pasillo. Al fondo escucho a Camila decir algo que no llego a entender y Lena suelta una carcajada. Parecen estar de buen humor, eso me anima y camino con más ligereza hasta alcanzar la puerta de la oficina donde ambas se encuentran.

—¿Se puede? —pregunto empujando la puerta y entrando en la habitación.

Es una estancia cuadrada y no excesivamente grande, pintada de un acogedor color amarillo que ambas escogieron precisamente para contradecir a los que dicen que es el color de la mala suerte. Mi hermana está de pie guardando unas carpetas en uno de los enormes armarios archivadores que, junto a las dos mesas sobre las que descansan sus respectivos ordenadores, las sillas y una planta delante de una de las ventanas, conforman todo el mobiliario; se gira y me mira sorprendida arqueando las cejas. Sé que está enfadada conmigo, ella misma se ha encargado de recordármelo cada vez que hemos hablado desde hace semanas, por lo que, para ser sincero, no me extraña la cara de acelga caducada que pone al verme.

—Yago —pronuncia en alto con voz claramente sorprendida y molesta a la vez.

—Ese era mi nombre la última vez que consulté el DNI —respondo intentando sonar gracioso para relajar un poco la tensión que se ha generado en cuanto me han visto.

Por el gesto de Camila, me queda claro que no lo he conseguido ni una pizca, así que desvío la vista hacia Lena, a la que todavía no me había atrevido a mirar. Ella, sentada detrás de su mesa, continúa guardando los papeles que tiene en la mano en el cajón del escritorio, como si mi presencia no la inmutase lo más mínimo. Y habría colado si no la conociese tanto... Pero el caso es que, como la conozco prácticamente desde que llevaba pañales, puedo leer en ella con la misma facilidad que si de un libro abierto se tratase. La rigidez de sus hombros, la forma en que aprieta la mandíbula y el esfuerzo que hace para no fruncir el ceño son pequeños detalles que no pasan desapercibidos para mí y que me dejan claro que no tiene pensado ponérmelo nada fácil.

—Hola, Lena —la saludo con voz suave.

Ella cierra el cajón de golpe y levanta la vista clavando sus ojos en mí. La observo durante unos segundos: está pálida, ojerosa, y parece cansada. Se levanta, coge su bolso y camina hasta quedar justo delante de mí. Con más desprecio del que nunca he visto antes en ella, sus ojos me recorren de arriba abajo; juro que su mirada quema más que el fuego. Cuando por fin sus ojos vuelven a encontrarse con los míos, el dolor y el rencor que veo en ellos me hace pegar un respingo. Incapaz de articular palabra, la veo pasar por mi lado y marcharse sin decir ni mu; casi hubiese preferido que me insultase, cualquier cosa con tal de que volviese a hablarme. Me giro y la sigo con la mirada, todavía incapaz de reaccionar.

—¿Para qué has venido, Yago? —La voz de Camila, dura y fría, me devuelve a la realidad.

—¿Necesitas preguntarlo? Para hablar con Lena —respondo frunciendo el ceño—. Pero me parece que hoy no va a ser el día.

—¿Y te sorprende? Da gracias de no haber recibido la patada en el culo que Lena, e incluso yo misma, nos morimos por darte. —El tono y la condescendencia de sus palabras comienzan a cabrearme y no me molesto en disimularlo.

—Me parece que te estás pasando, Camila —aviso con firmeza.

—¿Que yo me estoy pasando? ¡Ja! ¡No me hagas reír! —replica. Su voz suena más afilada que un cuchillo.

Molesta, se pone la chaqueta y se dirige hacia donde yo me encuentro para marcharse, igual que Lena ha hecho hace tan solo unos segundos.

—¡No, no! ¡No pienses que tú también te vas a largar dejándome aquí como un pasmarote! ¡Tú y yo vamos a hablar! —exijo, agarrándola por el brazo para impedir que se vaya.

Ella mira la mano con la que sujeto su brazo alzando las cejas y una sonrisa maliciosa asoma a su dulce cara. Sé que eso no traerá nada bueno, pero antes de que pueda reaccionar, se gira, me sujeta por el cuello y, con un barrido rápido, me hace caer cuan largo soy, dando con el culo en el suelo.

—¡Ay! ¿¡Pero qué leches haces!?! —grito, alucinando, mientras me froto la pierna golpeada y observo cómo Camila se cruza de brazos y sonrío satisfecha de sí misma.

—¡No sabes las ganas que tenía de hacer eso! ¡Qué relajadita me he quedado, oye! —espeta mientras deja escapar un suspiro y me tiende la mano para ayudarme a ponerme en pie. Por un momento dudo si aceptarla, pero finalmente la agarro y permito que tire de mí mientras me levanto del suelo.

—¡Parece mentira! —se regodea—. ¡Un hombretón de metro ochenta y cinco, y bombero nada menos, tumbado por una pobre e inofensiva muchachita. —Pone cara de pena.

—¡Ja! ¡Y una mierda! ¡Un puma furioso es más inofensivo que tú!

Ella achica sus expresivos ojos y me da la espalda. Yo veo, entre estupefacto y enfadado, cómo se aleja por el pasillo en dirección a la salida.

—¡Camila, quiero hablar contigo! Es más, ¡quiero hablar contigo ahora mismo! —Alzo la voz, cada vez más enfadado.

Ella se para en seco y permanece quieta durante unos segundos dándome la espalda. Cuando se gira sus ojos se han convertido en dos finas líneas que

me atraviesan. Sonríe con aire mordaz.

—Hermanito, siento decirte que perdiste cualquier derecho a exigir nada el día que decidiste herir a Lena. Deberías haberte cosido la boca antes de abrirla para soltar una sola de las barbaridades que soltaste por ella, así que hazme el favor y no me vengas con exigencias, no vaya a ser que te la cosa yo, que todavía estoy a tiempo. —Su voz es calmada, pero dura como el acero. A pesar de ello y de saber que debería callarme, no sé si guiado por el cabreo, la impotencia o la inconsciencia, continuó hablando:

—Sé que me porté como un cabrón, pero estoy intentando arreglarlo.

—A veces cuando algo se rompe ya no tiene arreglo; por mucho que te empeñes en pegar los pedazos, nunca van a quedar igual —responde ella mirándome fijamente a los ojos. Un destello de tristeza los atraviesa; es fugaz, pero alcanzo a verlo antes de que su mirada se vuelva gélida de nuevo.

—Ella es tu amiga, Cami, pero yo soy tu hermano; por eso te dije que no te metieses. Sé que la quieres, pero no me parece justo que me trates así. Llevas sin hablarme más de lo indispensable desde el día que te enteraste de todo esto. ¡No es justo! —Parezco un niño al borde de un berrinche, pero es que ya no sé qué más hacer para que una u otra me perdonen.

—¿¡Que no es justo!?, ¿¡que no es justo dices!?, ¿¡Quieres que te explique lo que no es justo!?, —grita mi hermana. Su gesto refleja toda la ira que siente. Avanza hacia mí un par de pasos y me señala con el dedo—. ¡Lo que no es justo es que Lena se pase los días con la cabeza metida dentro del wáter vomitando mientras tú sigues por ahí sin inmutarte! ¡Lo que no es justo es que estos últimos cuatro meses haya perdido peso! ¡No es justo que la persona que debería haberla apoyado y cuidado la haya insultado y hecho sentir culpable y vulnerable! Y, por si no lo pillas, Hermanito, ese eres tú. La hiciste sentir una mierda, y eso, Yago, es lo que no es justo. Eres mi hermano, te quiero y te aseguro que ese es el único motivo por el que no te pateé el culo entonces ni lo hago ahora, pero Lena es la persona más generosa, buena y transparente que conozco, y solo pensar que has sido capaz de tratarla como lo has hecho me revuelve el estómago. ¡Le dijiste que abortara y cuando te explicó que no pensaba hacerlo la acusaste de haberse quedado embarazada para pillarte! Le dijiste que era una manipuladora y que por mucho que se esforzase nunca las querrías ni a ella ni a ese bebé. ¿Cómo pudiste hacer eso? Le dijiste que era fría y calculadora y otras cosas que ni siquiera me atrevo a repetir. Sé que te arrepentiste e intentaste arreglarlo, pero el daño ya estaba hecho.

»Ella siempre ha estado ahí para mí. Cuando me sentí perdida, ella fue la que me ayudó a encontrarme; cuando me sentí sola, ella fue quien estuvo a mi lado. Tú eres mi hermano de sangre, pero Lena es mi hermana de corazón, así que no me pidas que hable contigo tranquilamente mientras sé que ella está sufriendo por tu culpa, porque ni me apetece ni me sale hacerlo.

—Cami, yo nunca quise que pasase nada de esto —me excuso con un hilo de voz.

—Es tarde para arrepentimientos, Yago; es demasiado tarde. Por desgracia, ya no hay vuelta atrás —añade con tristeza, negando con la cabeza justo antes de darse nuevamente la vuelta y dejarme aquí, mirando cómo se aleja.

La veo marchar mientras el nudo que me oprime el pecho desde hace casi cuatro meses se hace más y más grande, impidiéndome respirar.



Capítulo 2

LENA

Aparco en el centro comercial y me dirijo a la cafetería en la que he quedado con César para tomar algo. Normalmente suelo preferir quedar en sitios más pequeños, no me gustan demasiado estas mega superficies y las evito siempre que puedo, pero hoy necesitaba ir de compras, y como César lleva insistiéndome en tomar algo desde que volvió hace unos días del último evento al que lo enviamos a cubrir en Almería, y él también tenía que acercarse a Vigo, decidí citarlo aquí y matar así dos pájaros de un tiro. Tomaré algo con él, iré a comprar la ropa que necesito, y en un par de horas estaré de vuelta, tumbada en mi cómodo sofá, con mi pijama, mi mantita y una buena peli.

César es mi mejor amigo. Ya éramos amigos en el colegio, pero cuando me fui a Estados Unidos perdimos el contacto. Cuando volvimos y montamos la agencia él fue la primera persona en la que pensamos, la primera a la que contratamos, y no podría habernos ido mejor.

Regreso al presente y por un momento estoy tentada de escribirle a Camila para saber si le apetece ver la peli conmigo, pero decido no hacerlo; seguramente tendrá planes con Leo y no quiero que los cambie por mi culpa, ¡bastante pendiente está ya de mí todo el día la pobre!

Entro en la cervecería donde hemos quedado, echo una mirada rápida por el local buscando a César entre la gente, y enseguida lo veo sentado al fondo. Como si sintiese que lo estoy observando, levanta la cabeza y, en cuanto me ve, me obsequia con una alegre sonrisa.

—¡Lena! —me saluda en cuanto llego a su lado—. ¡Qué ganas tenía de verte! —Se pone en pie para abrazarme, le devuelvo la sonrisa y me dejo estrechar entre sus brazos.

—¡Eres un exagerado! —Lo empujo en broma, separándome de él y mirándolo de arriba abajo.

—¡De exagerado nada, en el trabajo no hay forma de hablar contigo tranquilamente y para quedar no haces más que darme largas! Ya creí que iba a tener que secuestrarte para poder estar unos minutos a solas contigo —protesta

mientras nos sentamos sin dejar de sonreír.

—No te recomiendo intentarlo, sabes que te reduciría sin despeinarme siquiera —replico levantando una ceja.

Él se echa para atrás en la silla y deja escapar una sincera carcajada antes de volver a clavar sus ojos en mí.

—Admito que es muy posible —concede tras dejar de reírse—. Pero hubiese corrido el riesgo, te lo aseguro. —Se queda callado unos segundos—. Por ti correría cualquier riesgo, Lena, y lo sabes. —Su gesto se ha vuelto serio, al igual que sus palabras, y su mirada cobra tanta intensidad que me cuesta mantenérsela—. Si tan solo me dices una oportunidad, si me dejases demostrarte que puedo haceros felices a ambos...

Trago saliva y paseo mis ojos por su cara observando una vez más ese rostro que tan bien conozco. Es alto, con un cuerpo musculado y bien definido. Tiene una preciosa sonrisa que haría suspirar a cualquiera, y unos ojos tan expresivos, que a veces parecen poder hablar. Si a esto añadimos que es atento, cariñoso, divertido y leal como pocos, no tengo ninguna duda de que ante mí se encuentra el candidato ideal para cualquier mujer; o por lo menos para cualquiera con dos dedos de frente... Pero está claro que yo no entro en ese grupo. Hace tiempo que César intenta que seamos algo más que amigos. Me cayó bien desde el minuto uno, es una persona con la que resulta fácil hablar y a la que se le coge cariño rápidamente; enseguida nos hicimos buenos amigos y siempre me ha apoyado. Un tiempo después comenzó a insinuarme sutilmente que le gustaría que fuésemos algo más, pero cuando yo le expliqué que no lo veía de esa forma, pareció quitarse la idea de la cabeza... Por lo menos hasta que se enteró de que estaba embarazada de Yago. Desde entonces ha vuelto a mostrar interés y, pese a que le he explicado una y otra vez que solamente lo quiero como amigo y que por mucho que lo intentase no podría verlo con otros ojos, no parece querer conformarse. Y la verdad es que comienza a resultarme incómodo y molesto tener la misma conversación cada vez que quedamos.

Clavo de nuevo mis ojos en los suyos, aparto mi mano y, reclinándome en la silla, inconscientemente cruzo los brazos sobre mi barriga. El gesto no pasa desapercibido para él, que enseguida desvía a esa zona de mi cuerpo su mirada y traga saliva.

—No puedo. Te quiero muchísimo. Sabes que después de Camila eres la persona en quien más confío, pero te veo como a un amigo; un gran amigo. No podría tener nada contigo, César... Sería raro. Te lo he explicado muchas

veces y la respuesta no va a cambiar por más que insistas.

—Él también era tu amigo y no tuviste problemas para olvidar ese pequeño detalle cuando decidiste tirártelo —me acusa con voz resentida. Sus palabras me cogen por sorpresa y parpadeo un par de veces, incrédula ante lo que acabo de escuchar. Una camarera se acerca a nosotros justo en ese momento.

—¿Qué os pongo? —nos pregunta sonriendo amablemente.

Yo, incapaz de responderle, la ignoro completamente; la indignación me recorre el cuerpo y mi voz suena tan fría y afilada que la pobre chica da un par de pasos atrás y se va por donde ha venido sin decir una palabra más.

—¿Perdona? ¿Entonces de eso se trata? ¿Es eso lo que quieres de mí? ¿Acaso echando un polvo se te pasará el berrinche? —pregunto mientras mi cuerpo se envara. Una expresión de dolor atraviesa su rostro y cierra los ojos con fuerza.

—Disculpa, no debí decir eso. —Ahora es él quien no es capaz de sostenerme la mirada.

—Pues no, por supuesto que no debiste decir eso, sobre todo porque yo no tengo por qué darte ninguna justificación ni explicación de lo que hago o dejo de hacer, ni tú tienes ningún derecho a pedírmela —le recrimino, ofendida—. Si te cuento las cosas es porque, como te dije antes, eres mi amigo y confío en ti, no para que te creas con derecho a juzgarme, y mucho menos para que me echés nada en cara.

—Ya te he dicho que lo siento —se disculpa nuevamente sin mirarme a los ojos—. Es solo que él te trató como una mierda, se aprovechó de ti, y tú todavía sientes algo por él. Lo niegas, pero estoy seguro de que sientes algo por él. En cambio, yo haría cualquier cosa por ti, Lena, cualquier cosa, porque te quiero de verdad y, sin embargo, nunca me has dado una oportunidad.

—No te confundas, César —respondo con voz dura—. Nadie se ha aprovechado de mí. Soy adulta y sabía perfectamente lo que hacía cuando me acosté con Yago.

—Mírate, tienes ojeras, estás todo el día agotada y triste. Yo solo quiero ayudarte... Por favor, déjame ayudarte —pide él con tristeza.

—Si de verdad quieres ayudarme, sé mi amigo. No intentes hacer el papel del valeroso príncipe azul porque te aseguro que yo no soy ninguna damisela en apuros que necesite ser rescatada. Hace muchos años que aprendí a salvarme sola —digo en voz baja pero firme.

—Lo sé, te pido perdón otra vez. ¿Me perdonas?

—Con una condición —respondo con una sonrisa.

—¿Cuál?

—Que no vuelvas a sacar este tema nunca más —contesto, disgustada.

—No quiero mentirte, no puedo asegurártelo, pero te prometo que lo intentaré —concede finalmente, después de analizarme durante unos segundos.

—Tendré que conformarme —acepto todavía algo cabreada mientras me levanto.

—¿Te vas ya? —pregunta, decepcionado.

—Sí. Disculpa pero, como bien has dicho hace un rato, estoy cansada y esta conversación me ha agotado todavía más. Solo me apetece llegar a casa y descansar, y todavía tengo que hacer algunas compras. Así que sí, me voy ya.

—¿Te acompaño? —pregunta, aunque por la resignación de su voz creo que conoce mi respuesta de antemano.

—Mejor no, otro día. Termínate tranquilo la cerveza —me despido de él con un beso en la mejilla y me alejo con mal sabor de boca.

No me gusta discutir con nadie, menos con César, pero este tema se estaba volviendo demasiado espinoso y hoy se ha pasado de la raya. Es mejor dejar las cosas claras de una vez por todas para evitar malentendidos; he hecho bien hablándole claro, estoy segura. Entonces, ¿por qué me siento como si yo fuese la bruja malvada y él la pobre Blancanieves? Quizás porque en el fondo, muy en el fondo, una pequeña parte de mí se imagina lo fácil que podría haber sido todo si en vez de Yago fuese César el responsable de que mi corazón se salte un par de latidos cada vez que escucha su nombre. ¡Estúpido corazón! ¿Cuándo entenderá que no puede haber sitio en su interior para Yago? Mi estado de ánimo, muy lejos de mejorar, empeora por momentos.

Unos chicos de unos dieciséis o diecisiete años corren por el centro comercial, se ríen despreocupadamente y gritan alborotándolo todo. Los miro con cierta envidia; parecen tan despreocupados, tan... felices.

Llego a la escalera mecánica pero, justo cuando voy a agarrarme del pasamanos, un empujón en el hombro me hace perder el equilibrio y precipitarme hacia delante. Contengo la respiración y cierro los ojos; todo parece transcurrir a cámara lenta. Escucho gritos a mi espalda. Sin pensarlo, me rodeo el vientre con ambos brazos para protegerlo mientras mi cuerpo rueda escaleras abajo. Intento hacerme un ovillo, pero todo pasa demasiado rápido. Un dolor intenso me atraviesa la cabeza, los oídos comienzan a pitarme, me duele la espalda e intento escupir al sentir el sabor metálico de la sangre bajando por mi garganta; el dolor de cabeza es tan fuerte que me cuesta

respirar. Cuando, después de lo que me parece una eternidad, dejo de rodar, intento abrir los ojos pero soy incapaz; los párpados me pesan demasiado. Me aprieto con más fuerza la barriga, y a lo lejos escucho voces distorsionadas. No sé si son las mismas de antes, o tal vez otras diferentes; no consigo diferenciarlas. El pitido se vuelve tan agudo que cualquier otro sonido deja de existir a mi alrededor y el dolor se vuelve más intenso todavía. Siento frío, mucho frío. Después, por fin dejo de sentir.



Capítulo 3

YAGO

Llamo al timbre de la casa de la madre de Leo todavía mosqueado por lo que acaba de suceder con Camila, espero unos segundos y, como nadie abre, insisto. ¿¡Pero por qué leches no abren la puerta de una santa vez!?! ¡Ni que hubiese tanta distancia!

Leo y Camila están construyendo su propia casa, pero como acaban de empezar las obras y no quieren esperar más para vivir juntos, han alquilado un apartamento muy cerca del que Cami compartía con Lena, y ambos están acabando de instalarse. Sin embargo, a pesar de no vivir aquí, Leo viene cada tarde a visitar a su madre y a su abuela. Durante muchos años, cuando mi amigo era la estrella de los Black Dragons, grupo de música de reconocida fama mundial, apenas podía verlas, y creo que, de alguna manera, intenta resarcirse y recuperar el tiempo perdido. Por eso, tengo la total certeza de que a esta hora tiene que estar en casa.

Impaciente y cada vez de peor humor, vuelvo a tocar el timbre insistentemente. Todavía tengo el dedo pegado al pulsador cuando la puerta se abre de golpe. Voy a soltarle un par burradas a mi amigo, pero me quedo petrificado, callado y con la boca abierta, cuando la que aparece delante de mis ojos, y no precisamente contenta de verme, es la *tata*. La abuela de Leo me mira con cara de pocos amigos desde su silla de ruedas. Yo la observo, incapaz de moverme, sintiéndome cada vez más y más pequeño. ¡Es increíble el poder que esta mujer ha tenido siempre sobre todos nosotros! Ella era la que nos hacía los bocatas de Nocilla a escondidas después del cole cuando éramos pequeños, la que nos daba la propinita por ir a comprarle el pan a la panadería de Josefa o la que nos encubría cuando llegábamos tarde, pero también era la que nos tiraba la zapatilla cuando era necesario y la que conseguía que nos pusiésemos firmes sin necesidad de decir una palabra; le bastaba mirarnos justo como está haciéndolo ahora para que nos echásemos a temblar.

Cariñosa, trabajadora, exigente y siempre justa. Así es la *tata* y yo, que desde niño he pasado tanto tiempo en esta casa como en la mía propia, la

quiero como a una abuela. Por eso, ni siquiera durante los años en los que Leo estuvo más alejado del pueblo dejé de venir a visitarla.

Me he quedado tan noqueado mirándola, que ni siquiera soy consciente de que continúo con el dedo pegado al timbre hasta que ella, frunciendo el ceño, dirige ahí sus vivaces y expresivos ojos. Inmediatamente bajo la mano. Hasta donde yo sé, la *tata* sabe que Lena está embarazada y que yo soy el padre. También, que estamos teniendo nuestras diferencias... Pero nada más. Sin embargo, me basta ver cómo me mira para no tener ninguna duda de que a estas alturas sabe hasta el color de los calzoncillos que llevo puestos.

—Lo siento, *tata* —me disculpo con un hilo de voz, sintiéndome de nuevo como si tuviese cinco años y ella acabase de pillarme metiendo la mano en el tarro de los caramelos que siempre tenía encima de la mesa de la cocina para premiarnos cuando sacábamos una buena nota, y que todavía sigue conservando en el mismo sitio.

—Deberías, motivos no te faltan —espeta, y por supuesto no es necesario que diga nada más para que ambos sepamos que no se refiere al timbre—. Pasa, Leo está en la cocina. —Aparta su silla de ruedas de delante de la puerta para que entre.

—Preferiría que Leo saliese para ir a tomar algo —sugiero pasándome una mano por el pelo y evitando mirarla a los ojos.

—¡De eso no tengo ninguna duda! ¡Estoy segura de que lo preferirías, pero va a ser que no! La cena está lista, te quedas a cenar. —Su voz firme y segura no deja lugar a discusión.

Por fin me armo de valor y la miro a los ojos. Estos parecen haberse aclarado algo con el paso de los años, pero no han perdido ni un ápice de la vitalidad y la fuerza que recuerdo haber visto en ellos desde que tengo uso de razón. No es una sugerencia ni una pregunta, ni siquiera es una recomendación; es una orden y cuando la *tata* ordena... los demás obedecemos.

Resignado, entro y me dirijo a la cocina, seguido de cerca por ella.

—Leo, cariño, pon un cubierto más; Yago se queda a cenar. Mi hija ha salido hoy a tomar algo con unas amigas, por lo que cenaremos los tres solos —me explica.

—No, qué va, no es necesario —intento librarme, pero la buena mujer no piensa dejarme escapar.

—Oh, sí, sí, señorito, ya lo creo que sí es necesario.

Leo me mira intentando contener la risa, está encantado el muy... ¡Ya verá cuando lo pille!

Le ayudo a poner la mesa, con los ojos de la *tata* clavados en mi espalda. Una vez está todo preparado, Leo sirve la pasta que ha preparado y los tres nos sentamos a la mesa en absoluto silencio. El ambiente es tenso. Bajo la mirada a mi plato y me concentro en enrollar los espaguetis en el tenedor una y otra vez, incapaz de llevármelos a la boca. Me siento como un pobre pececillo esperando el ataque del temible tiburón blanco. ¡Ja! ¡Iluso de mí! Ya quisiera yo que la *tata* fuese un tiburón blanco, ellos por lo menos acaban rápido con su presa. Por cómo me mira, estoy seguro de que ella piensa hacer de esto una tortura lenta y dolorosa.

—¿Y qué, machote?, ¿qué tal te va todo? ¿Has ido ya a alguna ecografía con Lena? —Por fin, ahí va, ya lo ha soltado.

—No, tata, todavía no —respondo removiéndome incómodo en la silla. ¿Pero de qué demonios son estás sillas!?, ¿de cemento armado? ¿Se han vuelto más duras de golpe o me da a mí la impresión?

—¿¡No!?, ¿¡En serio!?, ¡No me digas que te ha tocado trabajar en todas! —pregunta haciéndose la sorprendida, con cara de pena—. ¡Me cago en la mar salada! ¡Pues ya es mala suerte, hijo! —Si el sarcasmo fuese un material explosivo, la casa, ¿qué digo la casa?, ¡el pueblo entero habría salido volando por los aires! Así que decido echarle valor y enfrentarme a lo que tenga que ser de una vez por todas. Poso el tenedor en el plato, levanto la vista y la miro a los ojos.

—No he ido porque Lena no quiere que la acompañe —admito.

La decepción que veo en su rostro se me clava en el pecho como si fuese un puñal. ¡Joder, cómo duele ser yo el que le provoca esa mirada de dolor y decepción!

—¿Y eso por qué? —insiste ella. Está claro que no piensa parar hasta que le diga todo lo que quiere escuchar; estoy convencido de que lo sabe todo con puntos y comas, pero no piensa parar hasta escucharlo de mi boca.

—Me parece que ya lo sabes, *tata*. No sé cómo —añado mirando a Leo con aire acusador—, pero ya lo sabes.

—A mí no me mires, que yo no he dicho ni pío. Ha sido Camila la que se lo ha contado con todo lujo de detalles —niega mi amigo levantando las manos—. Vamos, no se ha dejado nada.

—Sí, contigo ya hablaré más tarde también. Menos mal que las chicas tienen cabeza, porque con vosotros dos está visto que no he conseguido nada —le regaña a él la *tata*.

¡Ya le ha tocado también! ¡No, si esta mujer tiene para dar y regalar!

—Hay dos cosas que me duelen —continúa hablando ella, mirándome de nuevo a mí—. La primera es no haberme enterado de todo esto por ti. Te quiero como a un nieto y lo sabes, a los cuatro en realidad; os he visto crecer a todos y sabéis que siempre he estado y estaré ahí para vosotros.

—Lo sé —admito con tristeza.

—Y si lo sabes, ¿por qué no viniste tú a contarme lo que habías hecho? ¿Qué pasa?, ¿eres muy hombre para bajarte los pantalones y para insultar y degradar a la madre de tu hijo, pero no para venir a hablar conmigo? —Su voz cae sobre mí como una losa aplastándome por completo. Soy incapaz de responder, aunque tampoco ella me da tiempo a decir nada, la verdad; no piensa darme tregua—. Llevo semanas esperando a que te dignes a venir a contarme lo que has hecho, y cuando por fin apareces, intentas escaquearte... Así no se comporta un hombre de verdad, por lo menos no uno de los que yo he educado y criado. —Cierra con fuerza los ojos durante unos segundos.

—He metido la pata, lo sé. Pero tienes que creerme, *tata*. Yo nunca, nunca en la vida pretendí insultar, degradar ni herir a Lena. Tú sabes que yo nunca haría algo así a propósito, y mucho menos a ella. Hemos crecido juntos y de una u otra forma la quiero; no estoy enamorado de ella, pero es importante para mí —admito en voz alta, mirándola a los ojos. Aliviado, veo cómo su rostro se suaviza.

—No pasa nada por meter la pata, hijo, todos hacemos cosas bien y cosas mal. Lo importante no es no cometer errores; lo verdaderamente importante es reconocerlos, hacernos responsables de ellos y solucionarlos.

—Estoy intentándolo, *tata*, pero no es fácil.

—Nada de lo que realmente merece la pena lo es, así que no lo intentes, hazlo.

—Siento haberte decepcionado —digo, apenado, bajando de nuevo la mirada al plato.

Escucho cómo la silla de ruedas se acerca más a mí. La *tata* me agarra el mentón y me obliga a mirarla, clava sus ojos en los míos y siento que puede leer mi alma.

—Cariño, lo que me da miedo no es que me decepciones a mí, lo que temo es que un día te des cuenta de que a quien has decepcionado es a ti mismo. Eres noble y valiente, Yago; no dudas en arriesgar tu vida por los demás cada día. Sin embargo, cuando se trata de ti, cuando se trata de sentir, dejas que el miedo actúe por ti. Intentas convencernos a todos, intentas convencerte a ti mismo de que lo estás intentando, de que estás haciendo todo

lo posible por solucionar las cosas porque eso es más cómodo que admitir que tienes miedo. Pero lo que has hecho está mal, Yago, muy mal, y por eso las medias tintas no te van a servir de nada. Si de verdad quieres arreglarlo, vas a tener que saltar al vacío y entregar todo lo que yo sé que tienes de verdad aquí dentro —dice colocando su mano encima de mi pecho.

—Pero, *tata*...

—Pero *tata* nada. No voy a preguntarte si quieres a Lena porque creo que es una cuestión a la que todavía no estás preparado para responder, pero a tu hijo... A mi bisnieto, ¿de verdad quieres perderlo? —pregunta con voz suave.

Me dispongo a contestar, cuando el chirrido de un coche derrapando delante de la puerta desvía nuestra atención.

—¿¡Pero qué demonios pasa!?! —pregunta Leo levantándose y acercándose a la ventana de la cocina. Aparta la cortina y se gira con cara de preocupación—. Es el coche de Camila. —Sin decir nada más, sale corriendo hacia la puerta de la entrada. Yo me levanto y empujo la silla de ruedas para seguirlo.

En cuanto Leo abre la puerta, mi hermana se tira a sus brazos con la cara inundada en lágrimas y las manos temblorosas. La certeza de que algo terrible ha ocurrido me golpea con fuerza y me oprime el pecho.

Avanzo hacia ellos y toco el hombro de Camila.

—¿Cami? ¿Papá y mamá? —pregunto con un hilo de voz. Ella, incapaz de responder, niega con la cabeza, sollozando sin parar.

—Es Le... Lena... Se ha caído por las escaleras, está muy mal —intenta explicarnos entre sollozos.

Siento que el mundo se para y la tierra se abre a mis pies. Durante unos eternos instantes me quedo en blanco, hasta que finalmente consigo reaccionar.

—Cami, tranquilízate, por favor, y explícanos bien qué ha pasado —pido apretándole con suavidad el brazo.

—Sí, hija, por favor, intenta tranquilizarte —repite la *tata* con voz angustiada.

Leo la guía hasta el sillón de la sala y se sienta a su lado sosteniéndola. Camila pasea su mirada por todos nosotros; parece perdida, asustada y desesperada. Nunca la había visto así antes.

Ella intenta controlar el llanto mientras Leo le acaricia la espalda con suavidad arriba y abajo intentando reconfortarla.

—Vamos, Camila, necesito que me digas qué ha pasado —demando de

nuevo acuclillándome ante ella y apretándole la mano con suavidad. Intento mantener la calma, pero me cuesta horrores. Ella clava sus ojos en los míos e inspira un par de veces con fuerza.

—No sé mucho. César me llamó justo antes de subir a la ambulancia y me dijo que Lena se había caído por unas escaleras mecánicas. Estaba muy alterado y no conseguí entenderlo bien, pero parece ser que es grave; la estaban llevando al hospital de Vigo —intenta explicarse con voz entrecortada—. Me he puesto tan nerviosa que no me he atrevido a conducir sola hasta allí, por eso he venido a buscar a Leo.

—¿¡Qué leches estaban haciendo en Vigo!? ¿¡Cómo que se ha caído por unas escaleras!? —pregunto, incapaz de mantener la calma.

Por mi cabeza no cesan de desfilar imágenes de Lena herida. Con la angustia apoderándose de mi cuerpo, me pongo en pie y me froto la cara con ambas manos casi con violencia mientras empiezo a pasear por el salón como un león enjaulado.

—¡No lo sé! ¡No sé nada más! ¡Yo ni siquiera sabía que ella había ido allí hoy! ¡Se fue cuando tú apareciste en la oficina y no me dijo a dónde iba ni a dónde no! —grita mi hermana fuera de sí llevándose las manos a la cara para intentar contener el llanto.

—Tranquilizaos los dos. Poniéndonos nerviosos no vamos a solucionar nada. Vámonos al hospital —dice Leo poniéndose en pie y ayudando a mi hermana a levantarse.

—Yo quiero ir con vosotros —pide la *tata*.

—No creo que sea buena idea, abuela —responde Leo negando con la cabeza—. Te llamaremos en cuanto sepamos algo.

—No te estoy preguntando si puedo ir, Leo, te estoy diciendo que voy a ir con vosotros. Así que haz el favor de dejar de perder un tiempo precioso que no tenemos discutiendo, coge tu coche, que es el único que está adaptado para mí, y vámonos de una santa vez —ordena la buena mujer con voz firme.

Mientras Leo va a por el coche, yo y una cada vez más alterada Camila ayudamos a la *tata* a ponerse una chaqueta y salimos a esperarlo fuera. Una vez todos estamos dentro y Leo arranca, abro la ventana con la esperanza de que el aire de la noche de septiembre, ya más fresco, me ayude a respirar. Intento ser positivo, mantener la calma, pero los segundos se vuelven eternos. Cierro los ojos y, muerto de miedo, rezo; por primera vez en mi vida rezo lo que nunca antes había rezado para que mi hijo y su madre estén bien. Eso es lo único que importa, que ellos estén bien.



Capítulo 4

LENA

Frío, un frío intenso sube por mi espina dorsal. Me estremezco y el movimiento me produce un fuerte dolor de cabeza. Intento abrir los párpados pero no soy capaz; pesan, pesan una barbaridad. Siento los labios resecaos e, instintivamente, me los humedezco con la lengua, pero esta, al igual que el resto de mi boca, está acartonada y pastosa.

Cuando, con esfuerzo, consigo finalmente abrir los ojos, la luz de la habitación, a pesar de ser escasa, me molesta, y los cierro de nuevo emitiendo un débil quejido, casi inaudible, pero suficiente para escuchar unos pasos que se acercan acelerados a mi cama.

Despacio, intento abrirlos de nuevo; Camila me mira con cara angustiada.

—¡Lena, por fin despiertas! ¡No sabes el susto que nos has dado! —Su voz suena aliviada mientras apoya su mano sobre la mía. La observo durante unos segundos conteniendo la respiración. Lentamente deslizo mi mano por las sábanas para separarla de la suya.

Miro a mi alrededor sintiéndome totalmente perdida y desconcertada. No tengo ni idea de qué ha pasado ni de qué hago aquí, ¿por qué leches estoy en un hospital? Dirijo la mirada a mi muñeca y observo la vía conectada al suero y los monitores que se encuentran detrás de la cama. Cada vez más confusa, dirijo de nuevo los ojos a Camila pidiéndole explicaciones en silencio.

—Tranquila, el bebé está bien —me explica ella atropelladamente—, pero casi nos matas a todos del susto. —Incapaz de procesar sus palabras, la miro sin entender qué me está diciendo. ¿Qué bebé?, ¿de qué está hablando? ¿Le ha pasado algo a algún bebé? ¿Estaba acaso custodiando a algún niño cuando ha pasado lo que sea que haya pasado?

Mil preguntas pasan de golpe por mi cabeza y lo peor es que me doy cuenta de que no encuentro respuesta a ninguna de ellas. Estudio con atención a Camila; su expresión se ha transformado en una mueca horrorizada y se aleja un par de pasos de la cama, sin parpadear siquiera, antes de salir corriendo de

la habitación. Yo me quedo mirando la puerta por la que acaba de salir sin entender nada de lo que sucede. Solo siento frío, dolor y cansancio. Solo quiero dormir.

Voy a cerrar nuevamente los ojos cuando en la puerta veo a las personas que menos esperarí­a encontrarme del mundo entero. El hermano de Camila, Yago, y Leo, su mejor amigo, entran en la habitación en tromba con la cara desencajada. Los miro sorprendida y todavía más perdida que antes.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —pregunto, asombrada, en un susurro.

Apenas abro la boca para hablar, pero el dolor que me produce hacerlo es intenso, así que cierro nuevamente los ojos para paliarlo. Intento contener las lágrimas, pero dios, cómo me cuesta. Escucho un sonido que llama mi atención, y me esfuerzo en volver a mirar para descubrir de qué se trata. En cuanto veo a la *tata* ya es irremediable, mis ojos se desbordan y las lágrimas comienzan a salir a borbotones sin molestarme siquiera en intentar frenarlas.

—*Tata*. —La mujer que me ha visto crecer se acerca con cara compungida y coloca su mano sobre la mía en cuanto pronuncio su nombre.

—Tu *tata* ya está aquí, mi niña; tu *tata* ya está aquí. —Escucho su voz contenida y emocionada, y veo brillar sus sabios y ancianos ojos.

—*Tata*, ¿qué ha pasado?, ¿por qué has hecho un vuelo de tantas horas? —pregunto intentando comprender qué leches pasa y por qué nadie me explica nada.

—¿Pero qué dices, Lena? —pregunta Leo mirándome como si de repente me hubiesen salido tres cabezas.

¿Me estaré muriendo y han venido todos a despedirse? Ese pensamiento me golpea como un mazo y un miedo atroz se apodera de mí; me remuevo inquieta en la cama y empiezo a respirar agitadamente. Eso lo explicaría todo: los cables, el dolor, que todos hayan venido desde tan lejos para verme... Comienzo a temblar frenéticamente e, inmediatamente, Yago y Leo se aproximan más a la cama mientras la preocupación de sus rostros se ve acentuada.

Ella niega con la cabeza, visiblemente afectada, mientras con delicadeza aprieta mi mano entre la suya.

—Tranquila, tranquila, Lena. Respira despacio, hija.

—Buenas noches a todos. Por favor, necesito que salgan de la habitación unos minutos.

Busco con la mirada al dueño de la voz profunda y serena que estoy escuchando y localizo a un hombre de unos cincuenta años. Tiene el pelo

canoso, lleva gafas y bata blanca. Me sonrío con amabilidad y se acerca a mí, seguido de Camila, que mira preocupada a su hermano.

—Doctor —le pregunta Yago—, ¿qué es lo que pasa?

—Salgan de la habitación, por favor. Ahora tengo que reconocer a la paciente —repite él con voz firme.

A regañadientes, obedecen y salen al pasillo. Una vez estamos solos, el médico revisa los informes que lleva en la mano. Me esfuerzo por mantenerme lo más calmada posible, pero en cuanto levanta la vista de los papeles y me mira, mis labios parecen cobrar vida propia.

—¿Me voy a morir? —pregunto con voz angustiada.

El médico alza las cejas sorprendido.

—No te vas a morir, puedes estar tranquila —responde sonriéndome con amabilidad.

—Si me voy a morir quiero saberlo. No me mienta, por favor —suplico temblando y al borde de las lágrimas.

—¿Por qué crees que te vas a morir? —pregunta sorprendido.

Mirándolo fijamente, respondo en un susurro:

—Es el único motivo que se me ocurre para que hayan venido todos desde tan lejos a verme al hospital.

Como única respuesta, el médico revisa de nuevo los papeles que tiene entre las manos.

—¿Sabes cómo te llamas? —pregunta unos segundos después.

Intento asentir con la cabeza, pero un pinchazo agudo me lo impide. Cierro nuevamente los ojos mientras respondo:

—Lena.

—¿Qué sientes, Lena?

—Noto la boca seca, siento frío y me duelen mucho la cabeza y la espalda —murmuro.

—¿Puedes decirme qué día es hoy?

Intento recordarlo, pero todo es confuso. No recuerdo qué es lo que he hecho esta mañana al levantarme, ni ayer por la noche... ¡No recuerdo qué día es hoy! Comienzo a alarmarme y mi respiración se agita.

—¿Dónde estamos? —continúa preguntando el médico mirándome fijamente.

—En Estados Unidos. En Washington —respondo convencida.

Al menos de eso sí estoy segura y me siento aliviada por ello, pero en el momento en que el doctor levanta la cabeza de los papeles y me mira, sé que

algo va mal, muy mal.



YAGO

—¿Por qué demonios tarda tanto? ¿No debería haber salido ya? —pregunto alzando la voz algo más de lo necesario mientras continúo moviéndome sin parar delante de las sillas donde, junto a Camila, Yago y la *tata*, estoy esperando a que alguien nos diga algo de una maldita vez.

A los pocos minutos de mandarnos salir de la habitación, el médico nos informó de que era necesario realizarle algunas pruebas a Lena, de eso hacen casi dos horas y nadie nos dice nada; así que aquí seguimos, consumidos por los nervios en esta sala de espera y sin saber qué pasa. Tengo el presentimiento de que algo no va bien y cada vez me siento más ahogado y encerrado en esta dichosa sala. Me quito la chaqueta y la arrojo sobre una de las sillas. Camila alza la cabeza y me mira con mala cara arqueando una ceja.

—En serio, ¿o nos dicen algo de una buena vez o juro que voy a entrar en esa habitación quieran o no! —exploto dejándome llevar por la ansiedad y la incertidumbre.

—Haz el favor de sentarte y tranquilizarte, así no vas a conseguir nada —me pide Leo.

—¡Para ti es muy fácil decirlo, no son tu hijo y su madre los que están ahí dentro! —grito comenzando a perder el control.

Camila, que hasta este momento no ha dicho ni una palabra, me dedica una mirada que helaría el mismísimo desierto (ahora entiendo por qué mi amigo la llamaba la dama de hielo), y se pone en pie con los puños apretados.

—Te recuerdo que los que están ahí dentro son “mi” Lena y “mi” sobrino, así que no se te ocurra levantarme la voz, porque ahora mismo no respondo —sisea luchando por no alzar la voz ella también.

—¡Es mi hijo! —respondo furioso.

—No es que te hayas comportado como el padre del año precisamente, así que ahora no vayas de padrazo preocupado porque no te pega nada.

Su voz destila rencor. Tanto, que sin dejar de mirarla doy un paso atrás; son palabras duras y crueles, pero reconozco que en parte tiene razón. Cometí

un error y está claro que no van a ponerme las cosas fáciles para enmendarlo. De mala gana me siento en la butaca que queda disponible al lado de la *tata* y, apoyando los codos en las rodillas, me cubro la cara con ambas manos. Levanto un momento la vista y clavo de nuevo los ojos en mi hermana.

—Cami —pronuncio su nombre en un susurro.

—¿Qué? —pregunta a la defensiva.

—Eso va a cambiar, te lo juro. Pero necesito que me deis la oportunidad de hacerlo.

Su gesto se relaja visiblemente y se cruza de brazos antes de contestar:

—Ya veremos, pero desde ya te adelanto que no es a mí a quien tienes que convencer, y lo veo complicado —concede finalmente.

La puerta se abre y todos pegamos un salto en la silla, miro hacia ahí rezando por que sea el médico, pero todas mis esperanzas se desvanecen cuando al que veo entrar es a César. Él va pasando su mirada por cada uno de nosotros, y su gesto se tuerce cuando sus ojos se posan en mí; no se molesta en disimular siquiera un poquito el disgusto que le produce encontrarme aquí, y ese detalle crispera todavía más mi ya de por sí alterado estado de ánimo. ¿¡Pero este imbécil quién se cree que es!? César no es precisamente santo de mi devoción, nunca lo ha sido, y el hecho de que ande detrás de Lena como un perrito abandonado en cuanto tiene la más mínima ocasión no ayuda a que le tenga demasiado aprecio. Estoy seguro de que el cariño es mutuo, pero hasta hoy simplemente nos hemos ignorado; yo hacia mi vida, él babeaba por Lena y todos tan contentos... Hoy, sin embargo, verlo aquí preocupado y angustiado por ella, mirándome con ese aire de perdonavidas y superioridad que se gasta, hace que me hierva la sangre y en este momento lo odio; lo odio con todas mis fuerzas. Soy un tío pacífico, pero ahora mismo le arrancarí la cabeza y jugaría con ella un partido de fútbol.

Movido por la ira, los nervios y la impotencia, me levanto de un salto y, sin darle tiempo a reaccionar, lo empujo contra la pared. En un primer momento lo cojo desprevenido, pero enseguida reacciona y, por cómo lo hace, me queda claro que hoy no soy el único dispuesto a arrancar cabezas aquí. César me devuelve el empujón plantándome cara. Pese a que somos prácticamente iguales en estatura y fuerza, la angustia y la impotencia que siento hacen que no me cueste ningún esfuerzo agarrarlo por la camisa y empotrarlo contra la pared.

—¿¡Qué cojones ha pasado!? ¿¡Qué le has hecho!? —grito, desquiciado. César me empuja nuevamente y me encara.

—¿¡Que qué le he hecho yo!? —pregunta furioso—. ¿¡De verdad tienes los santos cojones de preguntarme eso!? ¡Lo único que yo he hecho ha sido ayudarla! ¡Yo estaba con ella cuando yacía inconsciente en el suelo sobre un charco de sangre! ¡Yo he ido con ella en la ambulancia! Y lo más importante, ¡yo, yo y no tú, he sido quien ha estado a su lado estos meses! ¿¡Dónde estabas tú!? —Sus palabras son un golpe más certero que el mejor de los rechazos, me oprimen el pecho y duelen; duelen porque lo que me está diciendo no es más que la pura verdad, pero no pienso permitir que él se de cuenta de cómo me han afectado. ¡No pienso dejarme amilanar!

—Puede —respondo mirándolo con rencor—. ¡Pero no olvides que tú solamente eres su amigo, ese patético amigo que babea detrás de ella, recogiendo las migajas que te va dando! ¡Yo, y solamente yo, soy el padre de su hijo! —Le devuelvo el golpe y soy plenamente consciente de cómo ahora es él quien se contrae de dolor.

—¡Padre no es quien echa un polvo, y yo voy a encargarme de que eso sea todo lo que tú signifiqués para Lena, un polvo mal echado! —Sonríe, el muy imbécil sonríe y yo solo puedo pensar en partirle todos esos dientes que enseña uno a uno.

Levanto el puño dispuesto a estampárselo en esa cara de gilipollas que tiene, igual hasta le hago un favor y lo dejo más guapo, pero alguien me detiene sujetándome el brazo.

Me giro dispuesto a decirle cuatro cosas al que haya osado pararme, pero la expresión de la cara de mi hermana me hace detenerme en seco.

—¡O empezáis a comportaros como personas normales u os juro que yo misma me encargaré de hablar con el personal del hospital para que os prohíban la entrada a ambos! —Nos mira a los dos dejándonos claro que no bromea—. ¡No voy a permitir que un par de energúmenos neandertales vengán aquí a preocupar a Lena! ¡Menudos dos idiotas! ¡Tú eres su mejor amigo, si quieres seguir siéndolo te recomiendo que te controles! —grita Camila dirigiéndose a César—. En cuanto a ti. —Me mira. Bueno, más que mirarme, me fulmina—. ¡Eres el padre de su hijo, creo que es el momento de que empieces a comportarte como tal!

Los dos la miramos agachando la cabeza.

—¡Por dios bendito! No sabemos nada de Lena y vosotros... Vosotros en vez de intentar hacer esta situación más fácil, os comportáis como... como... ¡Como mandriles en celo!

—¡Di que sí, hija, mandriles, son como mandriles! Creo que por la tele

he visto amebas con más sesera que estos dos juntos —la apoya la *tata*—. Si es que vamos, vamos, vamos, ya veréis. Ya veréis como al final aún saco la mano a pasear y os quito toda la tontería de golpe —añade disgustada.

Ambos dirigimos la mirada hacia ella que, desde su silla de ruedas, nos observa furiosa. De mala gana pego un tirón para que Camila me suelte y me dirijo a sentarme en una silla a su lado mientras César hace lo propio en el otro lado.

—Es que vamos, dónde se habrá visto, solo falta que os pongáis a mear por las esquinas para marcar territorio —farfulla la mujer, completamente indignada, negando con la cabeza.

Los dos bajamos la mirada al suelo, avergonzados, y ella, sin cortarse un pelo, aprovecha la ocasión para hacer gala de una rapidez y unos reflejos dignos del mejor pistolero del oeste y, efectivamente, saca la mano a pasear propinándonos a ambos una colleja que resuena en todo el hospital.

—¡Hala, pues ya está!, ¡por dios qué a gustito me he quedado! —suspira acomodándose la chaqueta.

Incapaz de mirarla a la cara, clavo los ojos en el suelo sin rechistar ni mover un solo músculo. ¡Como para intentarlo, todavía me caerá otra!

He perdido la cuenta de los minutos que llevo así, contando las vetas de las baldosas. Llevamos en esta sala más de cuatro horas y hace rato que he dejado de sentir el pie, de tanto golpear el suelo. Incapaz de permanecer por más tiempo sentado, me levanto y me acerco a la ventana que da al aparcamiento del hospital. De pronto, escucho la puerta abrirse y contengo la respiración al darme la vuelta y comprobar que ahora sí se trata del médico.

—¿Cómo está Lena? ¿Está bien el bebé? —lo interrogo dando rienda suelta a todas mis dudas y miedos. El pobre hombre, que no ha tenido tiempo de dar más de dos pasos antes de que todos lo rodeemos en busca de respuestas, nos mira de uno en uno.

—¿Son todos familia? —pregunta.

—Sí, somos su familia —responde mi hermana con seguridad.

Él asiente y nos indica con un gesto que tomemos asiento en las sillas. Nos miramos entre nosotros; que te manden sentarte en un hospital nunca es buena señal pero, aunque sea de mala gana, obedecemos. Él se toma un momento para revisar los papeles que lleva en la mano antes de volver a dirigirse a nosotros.

—Como ya les dije antes, el bebé se encuentra en perfecto estado; hemos realizado varias ecografías y tanto el latido como el estado del feto son

normales. Por suerte, la caída no parece haberle afectado; probablemente el hecho de que Lena se protegiese el vientre con los brazos en el momento de caer ha sido fundamental para ello. —Parte de la presión que siento en el pecho parece desvanecerse—. Sin embargo —añade haciendo que toda la presión vuelva de golpe pero multiplicada por cinco. Me pongo en tensión y aguanto la respiración—, el mismo hecho de que Lena haya utilizado ambos brazos para proteger al feto ha hecho que su cabeza quedase completamente desprotegida y expuesta, y como consecuencia de ello, es la que ha sufrido la peor parte, ya que ha recibido varios impactos importantes.

—Por favor, hable claro. —Escucho la voz de Cami, temblorosa e insegura. Mi hermana, que normalmente es doña seguridad y firmeza, parece a punto de desplomarse.

—Lena ha sufrido un traumatismo craneoencefálico que le ha provocado una lesión en el hipocampo y en el lóbulo temporal, por este motivo padece amnesia retrógrada focal.

Todos nos quedamos callados intentando asimilar lo que acabamos de escuchar. ¡Amnesia! ¡No puede ser!

—¿Qué... qué quiere decir? ¿Lena tiene amnesia? ¿No se acuerda de nada? ¡Pero si nos ha reconocido cuando hemos entrado antes a verla! ¡No puede ser! —exclamo, negándome a creer lo que escuchan mis oídos. A duras penas consigo articular palabra. El médico nos mira con empatía antes de responder.

—No exactamente, hay muchos tipos de amnesia y cada una suele estar causada por una lesión o dolencia diferente. En el caso de Lena, como ya les he dicho, el golpe ha ocasionado una amnesia retrógrada focal. En este tipo de amnesia el paciente sabe quién es, también recuerda a las personas que forman parte de su vida y recuerda cómo llevar a cabo acciones cotidianas como comer, ducharse, caminar, vestirse... Todo eso sabe cómo hacerlo.

—No entiendo, doctor. Si sabe quién es, si recuerda a todo el mundo, ¿qué es lo que no recuerda? —pregunta Camila confusa.

—La amnesia retrógrada focal borra los recuerdos de lo ocurrido antes de la lesión. Normalmente los momentos más cercanos al traumatismo son los primeros que se borran y los más difíciles de recuperar. En el caso de Lena la extensión de tejido dañado en el lóbulo temporal y el hipocampo es bastante extensa, y esto ha provocado que su último recuerdo se sitúe más o menos tres años antes del momento de la caída.

Siento cómo las piernas dejan de responderme mientras escucho un grito

ahogado proveniente de Camila.

—Esto quiere decir que ella no recuerda nada de lo que ha pasado durante estos últimos tres años ni se acuerda de nadie que no haya estado presente en su vida durante ese tiempo, pero sí recuerda todo lo ocurrido y a todas las personas que conoce de antes de ese periodo de tiempo. Por ejemplo, sí se acordará de alguien que estudió con ella, pero no recordará a una persona que haya conocido hace dos años ni haber ido al cine la semana pasada.

—Entiendo —asiento, con voz trémula. De repente, me doy cuenta de lo que eso puede significar y siento cómo todo mi cuerpo tiembla—. Entonces ella, ella no sabe... —comienzo a hablar, pero me resulta imposible terminar la frase.

El médico se apiada de mí y decide ponérmelo fácil.

—¿Es usted el padre?

Asiento con la cabeza, incapaz de hacer más.

—Pues no, por desgracia se quedó embarazada hace cuatro meses, por lo que ella no recordaba estar en estado.

—Dios mío —musito llevándome ambas manos a la cabeza—. ¿Puede recuperar la memoria?

—Sí, sí puede, pero en este tipo de amnesia el tiempo para conseguirlo varía de unas personas a otras; influyen muchos factores y es imposible precisar cuánto puede tardar. En este caso en concreto, y basándonos en la superficie afectada, podrían ser semanas, pero yo me inclino más bien por meses. Lo importante es que ella tenga todo el apoyo necesario; probablemente se sentirá perdida y desconcertada al principio y es importante que se sienta apoyada.

—¿Tiene que llevar algún tipo de tratamiento? —pregunta Leo, cuya cabeza parece la más lucida en este momento.

—Debido a la magnitud del golpe, y teniendo en cuenta que está embarazada, vamos a tenerla ingresada unos días para comprobar su evolución. Una vez le demos el alta podrá irse a casa e intentar llevar una vida lo más normal posible. Eso sí, tendrá que venir a revisiones semanales y le haremos pruebas para ver cómo va evolucionando. Los recuerdos volverán conforme el tejido afectado vaya sanando, si bien, como les he dicho, recuperar esas conexiones suele ser un proceso lento.

Camila y yo nos miramos con expresión derrotada y el médico nos sonrío.

—Tengan en cuenta que podría haber sido mucho peor; dentro de lo malo, este tipo de amnesia no le impide al paciente llevar una vida más o menos normal. Lo importante ahora es que ella esté rodeada de apoyo y cariño, es fundamental que no intenten forzarla para que recupere la memoria antes, ya que eso solo sucederá cuando tenga que suceder; intentando precipitar las cosas no solo conseguirán frustrarla, sino que incluso podrían causar el efecto contrario. —Se queda callado unos segundos estudiando nuestras reacciones—. Lo que sí podemos proporcionarle es información básica para que no se sienta tan perdida o vulnerable, pero repito, lo que más va a necesitar es todo su apoyo y paciencia. Es importante que no la dejen sola.

—¡Por supuesto que no estará sola, doctor! ¿Qué tipo de información es la que podemos darle? —pregunta Cami de inmediato. Ahora que el médico ha dicho que Lena va a recuperarse, el color ha vuelto a sus mejillas y parece algo más tranquila.

—Cosas básicas que ella no recuerda como dónde vive en este momento y con quién, donde trabaja... Ese tipo de información. Pero no conviene darle más que pinceladas básicas, el resto tendrá que recordarlo por sí misma. Ahora mismo la psicóloga está con ella; saber que está embarazada y darse cuenta de que no se acuerda de su pasado reciente ha sido complicado, por ello está recibiendo ayuda. Una vez terminen les avisaré y podrán entrar a verla. Pero de uno en uno y solamente un par de personas; no queremos agobiarla.

—Por supuesto, haremos todo lo que nos indiquen —afirmo estrechándole la mano al médico.

—Una cosa más —añade él antes de soltar mi mano, mirándome fijamente—. ¿Puedo preguntarle desde cuándo son pareja?

—No son pareja, ellos no están juntos —responde César, abriendo la boca por primera vez desde que ha entrado el doctor. Lo miro. No le digo nada, solo lo miro, pero si las miradas matasen, en este momento él estaría muerto y enterrado.

—Es verdad —admito—. No somos pareja, pero nos conocemos desde que somos niños —le aclaro al médico quien, demostrando que es una persona inteligente, ignora a César y continúa dirigiéndose a mí. ¡Ya solo por eso me cae bien!

—No quiero que le explique los detalles de su relación ni que reciba más información de la estrictamente necesaria, pero sí necesita saber quién es

el padre de su bebé; no recordar ese dato resultaría demasiado estresante y frustrante para ella. El resto tendrá que ir recuperándolo ella poco a poco.

—Así lo haremos, doctor. Muchas gracias —le premio—. Se hará lo que sea mejor para Lena.

Todos nos miramos los unos a los otros preguntándonos qué pasará ahora; es una situación que ninguno esperábamos y a la que no sabemos cómo enfrentarnos. Eso sí, una cosa tengo clara: si para algo ha servido este maldito accidente, ha sido para tener la certeza de que Lena me importa, me importa mucho más de lo que imaginaba y, pase lo que pase, voy a estar a su lado, lo quiera ella o no.



Capítulo 5

Lena

Me acaricio la barriga una y otra vez, como llevo haciendo desde que hace un rato el médico y la psicóloga, tras explicarme mi situación, me comunicasen que estoy embarazada.

¡Embarazada! ¡Yo embarazada! Todavía no me lo puedo creer, me he pellizcado varias veces intentando despertar de este... ¿sueño o pesadilla? No sabría cómo definirlo. Pero nada, por mucho que cierro los ojos, cuando vuelvo a abrirlos continúo en esta cama de hospital, continúa el dolor de cabeza, continúo sin saber qué hice ayer o anteayer y, por supuesto, continúo estando embarazada. Cojo de nuevo la ecografía que el doctor ha dejado sobre mi cama hace unos minutos y la miro por enésima vez. Todavía no se ve mucho, pero ya se aprecia perfectamente la división de la cabecita y el cuerpo, se intuyen los bracitos y las piernas, y su corazón. La miro embobada repasando cada milímetro de ese pequeño cuerpecito que crece dentro de mí y que es mío. No recuerdo qué ha pasado en mi vida últimamente y no sé cómo esta pequeña guerrera ha llegado a instalarse en mi vientre, pero lo que sí sé con seguridad, es que desde el mismo instante en que hace unas horas escuché su corazón latiendo con fuerza en mi interior, una emoción y un instinto de protección que jamás había sentido nació dentro de mí y entendí que, a partir de ese instante, mi vida había dejado de ser mía para ser suya, comprendí que haría cualquier cosa por protegerla y que mientras ese pequeño corazoncito siguiese latiendo, todo iría bien porque, sea lo que sea lo que me depare el futuro, si mi pequeña guerrera resiste, yo resistiré con ella y por ella.

Unos golpes en la puerta llaman mi atención, esta se entreabre y Camila entra con ojos llorosos y el rostro pálido. Se acerca a la cama luchando por contener las lágrimas y estudio su cara unos instantes antes de sonreír débilmente.

—Déjame decirte, amiga, que los últimos tres años te han tratado fatal, te recuerdo más guapa —susurro intentando hacerla sonreír.

Ella, incapaz de contenerse por más tiempo, deja salir el agua que sus ojos a duras penas logran contener, mientras se ríe y se acerca a abrazarme

apoyando su cabeza sobre mi barriga. Lloro, lloro sin consuelo, dejando salir toda la angustia que alberga en su interior.

—Sssshhhh, tranquila —intento consolarla acariciándole suavemente el pelo con la mano en la que no tengo la vía.

—¡Ay, Lena, qué susto nos has dado! ¡Siento mucho no haber estado contigo! ¡Tendría que haberlo evitado! —intenta disculparse ella hipando.

—Sí, claro, tendrías que haberlo evitado —respondo irónicamente frunciendo el ceño—. Cami, el médico me ha dicho que me caí por unas escaleras mecánicas, ¿qué ibas a hacer tú? Fue un accidente y los accidentes son eso, accidentes. —Ella continúa llorando sin consuelo—. Venga, va, que vas a asustar a nuestra pequeña guerrera con tantos lloros —la regaño cariñosamente. Camila levanta al instante la cabeza e intenta parar de hipar, a la vez que se seca los ojos con los dorsos de las manos.

—¿Pequeña guerrera? —pregunta con un atisbo de sonrisa asomando a su precioso rostro.

—Su madre se despeña por unas escaleras y ella continúa ahí dando guerra como una campeona, ¿es o no es una guerrera? —pregunto orgullosa.

—Como su mamá —opina Cami—. ¿Ya te han confirmado que es una niña?

—No me han dicho nada, pero no necesito que lo hagan. Es una niña, lo sé.

Por primera vez desde que ha entrado en la habitación, Camila sonrío abiertamente mientras me mira con ojos brillantes.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Ella me acaricia la barriga antes de responder.

—Nada, es que tú no lo recuerdas, pero llevas meses diciendo que sabes que es una niña; casi desde el momento en que te quedaste embarazada.

—Es que sé que lo es. Puede que haya perdido parte de la memoria, pero mi instinto sigue ahí y ese me dice que tenemos una guerrera.

—¡No vuelvas a darme un susto así nunca! —exige ella agarrándome la mano.

—Cami... —digo poniéndome seria—. Sé que el médico dice que es mejor que los recuerdos vayan viniendo poco a poco, pero también me ha dicho que puedo recibir alguna información.

—Lo sé, nos ha dicho lo mismo —afirma Camila.

—Cami —repito su nombre en un susurro—. ¿Quién es el padre? —pregunto con un hilo de voz mientras espero aterrada una respuesta que no sé

si estoy preparada para escuchar.

Camila clava sus ojos en los míos y me mira fijamente apretando la mandíbula con fuerza. Está inquieta; ese gesto la delata y un sudor frío empieza a recorrer mi espalda. Ella aprieta mi mano antes de responder.

—Yago, el padre es Yago.

Abro mucho los ojos. De todos los nombres que podría haber escuchado, ese es el que menos me esperaba.

—¿Yago? —repito, incrédula. Ella asiente.

—¿Estamos juntos?

—No, pero él es el padre. Fue una sola noche.

Me quedo mirando fijamente a Camila, asiento dándole a entender que lo he comprendido, y acaricio con cuidado mi barriga mientras sus palabras resuenan en mi cabeza.



YAGO

Hace unos segundos, cuando Camila, después de ver a Lena, nos ha dicho que ya le ha contado que yo soy el padre del bebé que espera y que ha pedido verme, me he sentido pletórico. Llevo intentando hablar con ella más de dos meses y ella se ha negado en todo momento, por ello, la oportunidad de verla y hablar con ella... me ha emocionado. Sin embargo, ahora aquí estoy, de pie, delante de la puerta de su habitación sin atreverme a llamar, nervioso como un adolescente y sintiéndome un imbécil porque acabo de darme cuenta de que el único motivo por el que Lena ha accedido a verme es porque no recuerda ninguna de las burradas que le dije, y mucho menos recuerda que no quiere saber nada de mí. Inspiro aire profundamente y abro la puerta despacio, entro en la habitación y avanzo unos pasos observándola detenidamente. Lena permanece acostada con los ojos cerrados, su cara está más pálida de lo normal, su rostro luce magulladuras por el lado izquierdo y algún que otro rasguño, pero su expresión es tranquila; a pesar de todo, parece estar en calma y la admiro por ello. Me acerco un poco más y ella abre los ojos al sentir el sonido de mis pisadas.

—Yago —pronuncia mi nombre en voz baja, clavando sus ojos en los

míos.

Bajo la mirada a sus labios; nunca me había fijado en lo bien que suena mi nombre en ellos, y me cuesta trabajo dejar de mirarlos. Trago saliva nuevamente y me obligo a elevar mis ojos hacia los suyos, que continúan observándome con curiosidad.

—¿Qué tal estás? —pregunto finalmente, acercándome a la cama sin dejar de mirarla.

—Como si me hubiese pasado por encima una excavadora —responde intentando sonreír.

Asiento incómodo sin saber qué decir. Es curioso, llevo tiempo queriendo decirle tantas cosas... Sin embargo, ahora que por fin la tengo delante, ahora que por fin me escucha, no puedo hacerlo.

—Cami me ha contado que tú... que tú y yo... —comienza a hablar ella sonrojándose. Incapaz de seguir sosteniéndome la mirada, la baja y se muerde el labio inferior.

Mis ojos nuevamente se desvían hacia sus labios. La recuerdo haciendo ese gesto desde siempre y, sin embargo, nunca me había parecido sensual hasta este momento. Por un instante me imagino a mí mismo atrapando esos labios; sacudo la cabeza y me obligo a desviar la mirada de su boca sintiéndome un ser bajo y despreciable por estar teniendo tales pensamientos en este momento. ¿Pero qué demonios me pasa? ¡Lena está en el hospital, acaba de tener un accidente y yo estoy imaginándome cosas poco... apropiadas, por llamarlo de alguna forma!

—Sí, yo soy el padre. Vamos a tener un hijo —termino la frase que ella no ha sido capaz de concluir y la observo esperando su reacción.

Ella asiente y cierra los ojos con fuerza unos segundos. Después, vuelve a abrirlos y los clava en mí nuevamente.

—Camila también me ha dicho que fue cosa de una noche.

—Es verdad —admito.

—¿Pero cómo ha podido pasar? —pregunta sorprendida.

—¿Cómo ha podido pasar el qué? —pregunto sin saber muy bien qué responderle.

—¿Cómo he podido quedarme embarazada? —Su rostro es tan expresivo y denota tanta incredulidad, que me hace gracia y tengo que esforzarme para no echarme a reír.

—Bien, no sé si este es el momento adecuado para tener esta conversación —comienzo a explicar intentado parecer serio y no reírme—.

Los niños se hacen cuando el hombre introduce su... —continúo, sonriendo con picardía, pero ella me interrumpe:

—¡No, para! ¡Sabes que no me refiero a eso! ¡Sé perfectamente cómo se hacen los niños!

Lena sonríe y su sonrisa ilumina toda la habitación. Veo cómo el rubor de sus mejillas aumenta y la miro conteniendo la respiración. Hacía tanto que no sonreía, o por lo menos, hacía tanto que no me sonreía a mí...

—Lo que no entiendo es cómo es posible que tú y yo... llegáramos a eso. Hasta donde yo recuerdo, éramos amigos. Eres el hermano de mi mejor amiga... Pero no recuerdo que alguna vez haya habido algo más entre nosotros.

Me quedo callado unos segundos mirándola fijamente. Es normal que no lo recuerde, yo nunca me sentí atraído por ella hasta que regresó de Estados Unidos y es probable que a ella le pasase lo mismo. Teniendo en cuenta que esa es justo la época que la amnesia ha borrado de su memoria... Normal que este confundida.

—No había nada entre nosotros, nos encontramos una noche que yo tuve una cena con mis compañeros y tú habías salido con un par de amigas. Te ibas a casa pero al final te viniste con nosotros, una cosa llevo a la otra y terminamos acostándonos. A la mañana siguiente los dos decidimos que había sido un rollo de una noche y que no volvería a pasar. —Ella me mira fijamente analizando mis palabras—. Lena —pronuncio su nombre para captar toda su atención—. Aunque no estemos juntos, tienes que saber que me importas y que quiero a este bebé —añado poniendo mi mano sobre su barriga y mirándola fijamente—. Quiero ser parte de esto, voy a ser parte de esto; no lo olvides nunca.

Ella parpadea un par de veces, emocionada, y sin decir una palabra, coge un papel doblado y me lo tiende. Lo abro y mi corazón da un vuelco. Miro alternativamente la ecografía que tengo entre mis dedos y a ella.

—Es... Es nuestro...

—Es nuestro bebé —afirma ella sonriendo.

Nuestro bebé; sus palabras resuenan en mi mente una y otra vez, y una sensación cálida inunda mi pecho. Es la primera vez que Lena se refiere al bebé como algo nuestro y, a pesar de que soy consciente de que solamente lo hace porque no recuerda nada de lo que pasó entre nosotros, escucharla decir eso hace que una pequeña llama de esperanza nazca en mi interior; es pequeña, casi imperceptible, pero más de lo que he tenido hasta este momento.



Capítulo 6

LENA

—Bueno, pues ya estás en casa —dice Yago mientras apoyo el bolso en el suelo y miro a mi alrededor. El apartamento es agradable, sencillo pero agradable. La entrada da directamente al salón, que es amplio y tiene integrada una cocina americana. Tres grandes ventanales ocupan toda la pared izquierda proporcionando gran luminosidad a la estancia y regalándonos unas vistas espectaculares de la ría. Dos sofás blancos, una pequeña mesa que descansa sobre una mullida alfombra de color fucsia y un mueble repleto de libros y fotos, que sostiene una televisión de gran tamaño y ocupa toda la pared del fondo, componen todo el mobiliario de la estancia. Es un espacio acogedor, hogareño incluso, y sin embargo, me siento fuera de lugar en él. Intento fijar la vista en todos los rincones para ver si así mi mente reacciona y consigue recordar algo, pero es inútil. Clavo de nuevo la mirada en los ventanales desde los que sin necesidad de acercarme puedo ver, sentir y casi tocar cómo rompen las olas del mar. Es, sin ninguna duda, lo mejor del piso. Como si me leyese la mente, vuelvo a escuchar la voz de Yago, que se ha quedado detrás de mí.

—Camila y tú os enamorasteis de este apartamento en cuanto mirasteis por esa ventana la primera vez que lo pisasteis. —Siento su aliento en la nuca, casi puedo aspirar su olor y su cercanía me pone nerviosa—. Lo descubristeis tan solo un par de días después de volver a casa y tuvisteis claro que este sería vuestro hogar. —No le miro, no respondo, solo soy capaz de asentir. Siento la cada vez más familiar opresión que últimamente me acompaña a todas horas atenazándome el pecho e impidiéndome respirar con normalidad. Necesito alejarme, necesito estar sola, y de nuevo, como si estuviese dentro de mi cabeza y conociese todos mis pensamientos, Yago se adelanta a mis deseos y necesidades.

—Voy a bajar al coche a buscar mis maletas, ¿estarás bien unos minutos sola? —pregunta.

Me giro y, por primera vez desde que salimos del hospital, le miro a los ojos. Estudio un momento su expresión, su gesto dubitativo, y fuerzo una

sonrisa.

—Si no quieres quedarte sola, puedo bajar más tarde —se ofrece sin saber qué hacer.

—Baja tranquilo, voy a aprovechar para ver el resto del piso —lo tranquilizo.

Él asiente no muy convencido.

—Tu habitación es la que está en el pasillo a mano izquierda, yo me quedaré en la que hasta ahora usaba Camila, justo enfrente de la tuya. ¿Te parece bien? —tantea intentando descifrar mi rostro.

—Perfecto —respondo forzando todavía más la sonrisa, tanto, que parezco la foto de un anuncio de dentífrico e incluso comienzan a dolerme las mejillas. La tensión en el ambiente es palpable, es obvio que por unos u otros motivos, ninguno de los dos está cómodo con la situación.

—Enseguida vuelvo —se despide antes de abandonar el salón a toda prisa.

Ahora sí me dispongo a recorrer el pequeño pasillo y, con cuidado y expectación, abro la puerta de la que se supone que es mi habitación.

Al igual que el salón, es luminosa y muy espaciosa. Tiene una ventana que también da al mar y una gran cama con cabecera de forja blanca, que está cubierta con una colcha étnica y almohadones de diversos colores. Un escritorio, una cómoda y un armario empotrado completan el mobiliario; todos los muebles son de madera clara. Me gustan, me gustan mucho, pero no recuerdo haberlos comprado. Avanzo por la habitación despacio y con las yemas de los dedos acaricio la suave y alegre colcha y me siento sobre ella. Esto sí lo recuerdo; recuerdo exactamente el día que la compré. Camila y yo estábamos en Estados Unidos y la agencia para la que trabajábamos por aquel entonces nos había enviado a ambas como parte del equipo que cubría un congreso de políticos en México DF. Era verano y hacía muchísimo calor pero, a pesar de ello, pasamos todos nuestros ratos libres recorriendo los numerosos mercados y puestos callejeros de las inmediaciones del hotel donde tenía lugar el evento.

En uno de esos puestecillos descubrí esta colcha y en cuanto la vi supe que tenía que ser mía. Recuerdo con exactitud cómo Camila y yo regateamos el precio al hombre que nos la vendió; recuerdo también los nachos con guacamole que nos comimos después, sentadas en una cantina; casi puedo sentir el picor de la guindilla del chile que saboreamos en ese sitio quemándome la garganta. De pura frustración, los ojos se me llenan de

lágrimas y aprieto los puños, enfadada conmigo misma.

¿¡Cómo es posible que recuerde con tanta nitidez algo que pasó hace más de tres años y no pueda acordarme de lo que hice hace quince días!?

Yago asoma la cabeza justo en ese momento y se queda callado, mirándome todavía más preocupado e incómodo que antes.

—Lena —pronuncia mi nombre casi en un susurro mientras se acerca a la cama y se acucilla delante de mí tomando mis manos entre las suyas—. Quiero estar contigo, quiero ayudarte, pero si tú no estás cómoda con que esté aquí, puedo llamar a Camila y pedirle que venga ella a quedarse contigo. Me fastidiaría perderme cómo va creciendo nuestro pequeñín, pero lo más importante es que tú estés bien, y estoy seguro de que Camila vendría encantada, eso lo sabes.

Le miro fijamente a los ojos unos instantes antes de negar con la cabeza; obviamente ha malinterpretado la situación. Mi mente retrocede a las numerosas conversaciones mantenidas en el hospital los días anteriores, en las que todos parecían saber qué era lo más conveniente para mí y sentaban cátedra sobre lo que sería mejor hacer o no hacer, sin molestarse en preguntarme siquiera qué era lo que yo quería y, al igual que entonces, vuelvo a sentirme agobiada y enfadada. Camila quería que me fuese a vivir con ella y con Leo, ya que por lo visto, a pesar de que el último recuerdo que yo tengo es que ella lo odiaba a muerte, ahora son el culmen de la felicidad y viven juntos. Esa opción quedó descartada cuando los médicos recomendaron que sería mejor que me mantuviese en mi vivienda habitual; entonces Camila decidió volver a vivir al piso conmigo. César, quien parece ser que en los últimos años se ha convertido en mi mejor amigo, se ofreció también a venirse él a mi casa hasta que me recuperase, y sinceramente, esa opción me apetecía todavía menos que la de irme a vivir con la pareja de enamorados. Por suerte, Yago se negó en rotundo; dijo que si alguien iba a vivir conmigo ese sería él porque, teniendo en cuenta que es el padre de mi bebé, lo más lógico sería que fuese él quien estuviese a mi lado para disfrutar y padecer este embarazo conmigo. Su razonamiento no pareció convencer a nadie, pero a mí me pareció lo más lógico y práctico del mundo. La verdad es que sigo sin comprender por qué todo el mundo estaba en contra cuando es lo más natural. Conozco a Yago desde pequeña y me siento cómoda con él, así que dentro de lo malo y dadas las circunstancias, vivir con él hasta que recupere la memoria me pareció mi mejor opción; decidí que era el momento de hablar y confirmé que así sería como lo haríamos. Ya que por prescripción médica era recomendable que

viviese con alguien durante una temporada, ese alguien sería el padre de mi pequeña guerrera. A excepción de Yago, que sonreía satisfecho, todos se quedaron mirándome como si el golpe en la cabeza me hubiese vuelto loca de remate, pero me dio igual; después de una semana ingresada lo único que quería era salir de allí, en parte porque odio los hospitales, y en parte porque en el fondo albergaba la esperanza de que al llegar a casa y estar rodeada de mis cosas, los recuerdos volvieran como por arte de magia. Nada más lejos de la realidad, estoy en casa y mis esperanzas se han desvanecido en el mismo momento en que he entrado por la puerta, con la misma facilidad con la que se deshace la espuma de las olas del mar que, desde la ventana, veo romper sobre las rocas.

Sacudo la cabeza para alejar de mi mente esos pensamientos y miro a Yago, que continúa pendiente de mi respuesta.

—No es eso —confieso con un hilo de voz. Él permanece callado dándome tiempo para que continúe explicándome y sin apartar en ningún momento sus ojos de mí. Suspiro con fuerza—. Es solo que pensé que cuando llegase a casa y me viera aquí, rodeada de mis cosas... —Mi voz se quiebra y soy incapaz de terminar la frase. Yago comprende lo que me pasa y lo hace por mí.

—Pensaste que estando aquí recordarías.

Asiento, decepcionada, cerrando los ojos. Cuando los abro y vuelvo a mirarlo, su mirada está cargada de tristeza y lástima. Algo en mi interior se rebela al ver la pena con la que sus intensos y penetrantes ojos marrones me miran. Inmediatamente aparto mis manos de las suyas y me pongo en pie.

—No me mires así —exijo, molesta, acercándome a la ventana y dándole la espalda.

—¿Así cómo? —Parece sorprendido.

—Con lastima —respondo sin mirarlo; no soportaría otra mirada de esas.

—Lo siento, no quería molestarte —se disculpa y guarda silencio un momento buscando las palabras adecuadas para continuar explicándose—. Es solo que me da pena que te exijas demasiado a ti misma. No te fustigues ni te castigues, Lena, los recuerdos volverán cuando tengan que volver, pero mientras tanto, lo único importante es que estás bien, que los dos lo estáis. —Lo siento detrás de mí, apoya la mano en mi hombro y me lo aprieta con cariño—. Somos afortunados de poder estar aquí y ahora... los tres —añade con voz emocionada. Me giro y veo reflejada en su rostro toda la verdad que encierran

sus palabras. En el instante en que mis ojos se encuentran con los suyos, algo cambia dentro de mí.

—Tienes razón —concedo sintiendo cómo el peso que cargo sobre los hombros desde que desperté en el hospital no desaparece, pero sí se hace más ligero—. Soy afortunada. Estoy viva, sin lesiones irreversibles, y mi pequeña guerrera también lo está. Todo va a salir bien, haré que salga bien, haremos que salga bien.

Sonrío y Yago me devuelve la sonrisa, me abraza, y por primera vez desde que toda esta pesadilla empezó, siento de verdad que podemos salir de esto si lo hacemos juntos.



YAGO

Su voz suena tan firme y segura que no tengo ninguna duda de que lo conseguirá. Lena conseguirá, cueste lo que cueste, que todo salga bien y, como le he dicho, yo estaré a su lado para asegurarme de que así sea. La aprieto un poco más entre mis brazos y mi pecho se expande por primera vez en meses. Teniéndolos a ambos, a ella y a nuestro bebé conmigo, me cuesta menos trabajo respirar. Hace tan solo un par de semanas me parecía totalmente imposible estar siquiera en la misma habitación que ella sin que saliese corriendo, y sin embargo, ahora... parece que el destino me está dando una segunda oportunidad. Ella apoya la cabeza en el hueco de mi cuello y mis dedos acarician con cuidado su largo y sedoso cabello negro; es tan suave como lo recordaba. Cierro los ojos y aspiro su olor. Es un olor muy suyo, un olor que recuerdo de siempre y que distinguiría en cualquier sitio con los ojos cerrados; huele a fresco, a cítricos... huele a ella. Es casi como un sueño tenerla así, aquí conmigo. Intento no pensar, disfrutar este momento, pero no puedo evitar preguntarme qué pasará cuando Lena recupere la memoria. No soy idiota, soy totalmente consciente de que si ella recordase... Si ella recordase yo no estaría hoy aquí. Un miedo difícil de controlar me invade al imaginar qué pasará en ese momento. No puedo planteármelo siquiera, no quiero hacerlo; iremos paso a paso y lo que tenga que ser será. Intento deshacerme del temor, intento ahuyentar la ansiedad que me produce pensar en

el instante en que ella recuerde, pero ambos parecen haber venido para quedarse y comprendo, con resignación, que de ahora en adelante se convertirán en mis inseparables compañeros de viaje.



Ha pasado un mes, un mes entero en el que Lena y yo hemos adquirido una rutina con la que los dos parecemos estar bastante cómodos. Cuando no tengo turno en el parque me levanto antes que ella y preparo el desayuno para ambos; por suerte, la época de las náuseas parece haber quedado atrás y la pobre por fin empieza a comer con normalidad.

Después de desayunar vamos a la agencia y Lena se queda allí con Camila mientras yo me voy a correr, normalmente comen juntas y después de comer, antes de volver al trabajo Cami la acompaña a casa. Por la tarde salimos a dar un paseo y después hacemos maratón de series en Netflix. La cena casi siempre la prepara ella; dice que necesita sentirse útil y que cocinar la relaja. Yo nunca conseguiré entender cómo alguien puede relajarse cocinando, pero si a ella le gusta, no voy a ser yo quien proteste por ello.

Durante este mes, un día a la semana Lena ha tenido que ir a Vigo a pasar revisión con los neurólogos para comprobar su evolución, pero en la última revisión le dijeron que a partir de ahora tendrá que ir solamente cada quince días.

Lena está mucho más relajada que al principio, pero en el fondo se nota que está ansiosa por recuperar sus recuerdos y de vez en cuando se frustra por no haberlo hecho ya. Es comprensible, no puedo culparla por ello, pero yo por mi parte me encuentro en el extremo opuesto. Cuanto más tiempo paso con ella, cuantas más cosas compartimos juntos, más miedo me da ese momento; el momento en que sus recuerdos regresen. Intento pensar, intento autoconvencerme de que estos días a su lado servirán para demostrarle que mis palabras no eran ciertas, que ni las sentía ni las pensaba, que solo fueron fruto del aturdimiento y el miedo que sentí en ese instante. Quiero pensar que aunque recuerde todo el daño que le hice en el pasado, primará el presente y me perdonará. Me lo repito una y otra vez para intentar creérmelo, pero una voz interior, que cada vez toma más y más fuerza, me dice que no será así, y cuando estoy solo, en la cama, incapaz de conciliar el sueño, una angustia

voraz me devora haciendo que cada día que paso a su lado y al de nuestro bebé, el miedo a perder todo cuanto ahora estoy teniendo la oportunidad de disfrutar se vuelva más intenso y doloroso.

Al igual que actúo cada día cuando estos pensamientos me asaltan, intento alejarlos de mi cabeza y concentro toda mi atención en lo que estoy haciendo, como si en lugar de hacer zumo de naranja estuviese llevando a cabo una operación de la NASA.

Escucho el ruido de la puerta de su habitación abrirse y elevo mis ojos hacia ella justo a tiempo de verla salir estirándose y bostezando. Fijo la vista en ella y la recorro de arriba abajo varias veces. Por suerte, Lena no ha reparado todavía en mí, de lo contrario me habría pillado mirándola con cara de imbécil.

Como cada mañana, va descalza, vestida únicamente con un pantalón corto y una sencilla camiseta floja de asas; y es la sensualidad personificada. Incapaz de apartar los ojos de su cuerpo, analizo cada detalle de su anatomía. Su pelo, todavía despeinado, recogido en una coleta alta, y su rostro, completamente libre de maquillaje, le confieren una imagen tan sexy y sugerente, que hace que se me seque la boca y todo mi cuerpo se incendie por dentro. Miro sus carnosos labios y me imagino mordidiéndolos, saboreándolos; en mi cabeza me veo sentándola encima de la isla de la cocina para...

—¡Yago!

Su grito me sobresalta y parpadeo un par de veces antes de volver al mundo real y de fijar mis ojos en ella, acalorado y completamente excitado, incapaz todavía de articular palabra.

—¡Yago, el zumo! —vuelve a gritar ella señalando el exprimidor.

—¡Mierda! —exclamo al bajar los ojos y ver cómo el líquido naranja desborda el exprimidor empapando la encimera. Inmediatamente lo paro y cojo papel para limpiar el desaguisado que he armado.

—Espera, te ayudo —se ofrece ella con toda su buena intención, inclinándose por encima de la isla para ayudarme.

Sin embargo, el gesto hace que la fina tela de la camiseta se separe de su cuerpo e, instintivamente, mis ojos se deslizan por el hueco de la prenda ofreciéndome una visión más que sugerente. La imagen de su pecho recogido en un delicado sujetador de encaje blanco me hace soltar un gemido de frustración, y aparto los ojos de ahí inmediatamente, obligándome a cerrarlos con fuerza para evitar tentaciones. Por suerte, ella malinterpreta mi reacción.

—Tranquilo, lo limpiamos en un segundo. Lo único malo es que nos

hemos quedado sin zumo. Eran las últimas naranjas, luego saldré a comprar más —dice alegremente mientras continúa limpiando.

Por suerte, llevo un pantalón flojo que ayuda a disimular el resultado de los últimos minutos. Aun así, intento escabullirme para ir al baño pero ella me mira extrañada.

—¿A dónde vas? ¿No desayunas?

—Voy a darme una ducha —respondo secamente.

—¿Otra? Pero si acabas de ducharte hace quince minutos, escuché el agua al despertar. —Me mira asombrada.

—Sí, pero tengo calor, voy a ir a refrescarme un poco. —Y eso es cierto, caliente estoy un rato largo, necesito una ducha de agua fría pero ya.

Es pensar en la ducha y mi mente vuelve a jugarme una mala pasada; la imagino allí conmigo, desnuda, mojada... «¡Por dios, para de una vez!», me grito a mí mismo. ¿Pero qué leches me pasa?

—¿Calor?, ¿en serio? Déjame tocarte la frente, igual tienes fiebre o estás incubando algo —pide preocupada.

—No, no te preocupes, estoy perfectamente. Desayuna tú, yo ahora mismo vuelvo.

Me escabullo a toda prisa mientras ella me mira con el ceño fruncido, me giro con rapidez para esconder la obvedad de mi alta temperatura y, casi corriendo por el pasillo, me meto en el baño y cierro la puerta con pestillo.

Una vez a solas, respiro tranquilo y me miro en el espejo. ¿¡Pero qué demonios me pasa!?! ¡Llevo un tiempo en dique seco, seguro que es eso! Desde que Lena se quedó embarazada he estado tan centrado primero, en que me perdonase por mi cagada; y después, con esto del accidente, en que ella se encontrase bien, que he descuidado otras... necesidades. Eso me explico a mí mismo intentando encontrar un razonamiento lógico... Y como razonamiento sería cojonudo, si no fuese porque cada vez me cuesta más controlarme cuando estoy con ella, y he estado con suficientes mujeres como para saber que lo que me pasa con Lena es... diferente. Pero me niego a pensarlo siquiera, la teoría de la falta de sexo es mucho más fácil de aceptar. Sí, sin duda eso es lo que me pasa, esa es la única explicación posible. Tendré que salir y ponerle remedio en cuanto pueda, no puedo correr el riesgo de volver a perder el control de esta manera con ella. ¡Por dios, pero si parezco un adolescente con las hormonas revueltas! Ahora que las cosas entre nosotros parecen estables, no pienso cagarla por un calentón.

Abro el grifo y me meto debajo dejando que el agua resbale por mi piel

hasta que consigo aplacar mi necesidad. Veinte minutos después, completamente calmado salgo del agua, me seco el pelo y el cuerpo con una toalla, y me la enrolló alrededor de la cintura para ir a mi habitación. En cuanto pongo un pie en el pasillo me doy de bruces con Lena que, vestida con unos vaqueros, una camiseta de manga corta y una cazadora de cuero, ya está lista para salir. Cuando me ve sus mejillas se sonrojan ligeramente. Parece incómoda. Sus ojos recorren mi pecho durante unas milésimas de segundo, para enseguida volver a clavarse en los míos. Siento la tensión entre nosotros, es tan palpable que podría tocarla con los dedos; la complicidad que hemos compartido estos días parece haberse evaporado. Le sonrío intentando relajar el ambiente, pero ella parece cada vez más tensa. Aprieta ligeramente la mandíbula, es un gesto prácticamente imperceptible, pero no tanto como para que no me dé cuenta; algo le pasa, sé que no está a gusto.

—Voy a salir —me informa mientras me da la espalda y se aleja por el pasillo sin mirar atrás.

La veo marcharse sin atreverme a preguntar a dónde o con quién va; cualquier otro día lo haría, hoy... Mejor no tentar a la suerte y tener la boca cerrada.

Estoy casi seguro de que su cambio de actitud se debe a que se ha dado cuenta de mi falta de control en la cocina y se ha molestado por ello, así que lo mejor que puedo hacer es darle espacio y esperar a que se le pase.



Capítulo 7

LENA

Salir de casa, tengo que salir de casa urgentemente, necesito perderlo de vista; eso, y meterme en una cámara frigorífica a diez grados bajo cero. Sí, eso tampoco estaría mal, quizás así conseguiría bajar el calentón que llevo encima. ¿Pero qué pretende ese hombre!?, ¿¡matarme!?

Continúo bajando las escaleras lo más deprisa que puedo, intentando librarme de la imagen que se repite en mi cabeza una y otra vez. Niego con fuerza intentando deshacerme de ella, pero la muy condenada parece haberse quedado grabada en mi retina, ¡y no me extraña!, ¡no es para menos!

Repaso de nuevo la imagen de Yago en el pasillo recreándome con cada detalle: cómo se le oscurece ligeramente el pelo cuando está húmedo, la forma en que las gotas de agua salpicaban su musculado pecho, esa intensa mirada marrón chocolate capaz de hipnotizarme cada vez que me mira, y su sonrisa, esa sonrisa aparentemente inocente pero letal, que no favorece para nada la lucha contra el cambio climático, y a la que ni la más santa de las mujeres sería capaz de resistirse. Y yo, para qué engañarnos, santa, lo que se dice santa... ¡No soy! Rememoro cada detalle, e igual que acaba de ocurrirme en casa, el corazón me da un vuelco y comienza a latir desenfrenado.

Puede que esté amnésica, pero no soy idiota; sé de sobra que no soy ninguna mojigata y recuerdo haber estado con hombres. Pero estoy segura de que ninguno, absolutamente ninguno, me ha afectado tanto en toda mi vida. ¡Por favor, pero si solo me ha faltado empezar a balbucear y babearle encima! ¡Y lo peor es que ni siquiera me ha tocado! ¡No quiero ni imaginar lo que pasaría si lo hiciese! Me siento patética. Cuando por fin alcanzo la calle, el aire fresco de la mañana me golpea la cara e inspiro con fuerza intentando calmarme. No me gusta darme cuenta de que Yago me afecta de esa forma, no me gusta nada. ¡Debe de haber pensado que estoy chalada! ¡Creo que ni siquiera le he hablado con coherencia, como mucho habré soltado un gruñido o dos!

«¡Tengo que controlarme, Yago y yo somos amigos y es el padre de mi hija!», repito mentalmente una y otra vez, a modo de mantra, mientras continúo alejándome del piso a paso veloz.

«¡Las cosas van demasiado bien entre nosotros como para estropearlo todo por un calentón! ¡No puede volver a pasarme esto nunca más, no puede y no va a volver a pasar!» Intento autoconvencerme, pero su sonrisa aparece de nuevo clara y nítida en mi mente, como si la tuviese delante y, frustrada, echo a correr tapándome la cara con ambas manos mientras grito para dejar salir mi malestar. De repente, choco contra alguien y caigo de culo al suelo.

Instintivamente, apoyo ambas manos en el vientre y levanto la cabeza para mirar al hombre contra el que me acabo de golpear. Este inmediatamente se agacha a mi lado para ayudarme.

—Lo siento mucho, ¿se encuentra bien? —pregunta mirándome preocupado.

Lo observo durante unos segundos antes de responder.

—Sí, estoy bien.

Él se incorpora de nuevo, me tiende la mano y, cuando la sujeto, tira suavemente de mí para ayudarme a levantarme.

—¿Seguro? —insiste con el ceño fruncido y mirándome de arriba abajo. Sus ojos se paran en mis manos, que continúan descansando sobre mi vientre.

Debido a la racha de vómitos que acabo de dejar atrás, pese a estar embarazada de casi veintisiete semanas, mi peso no ha aumentado lo que debería, por lo que mi barriguita ha comenzado a notarse hace muy poco. Por eso, en un primer momento me extraña que el hombre fije su mirada ahí; luego soy consciente de que yo misma estoy agarrándome la barriga con aire protector, y de que probablemente el gesto haya llamado su atención.

—Estoy perfectamente. Además, ha sido culpa mía, iba corriendo y no miré por dónde iba. —Voy a agacharme a recoger el bolso, que con el impacto ha caído al suelo, pero él se me adelanta y lo recoge para entregármelo con una sonrisa.

Lo cojo y le devuelvo la sonrisa en señal de agradecimiento. Lo miro más detenidamente. No debe de ser mucho más mayor que yo, es guapo y su ropa se ve vieja pero está limpia. Tiene el pelo muy corto, barba de varios días que le da a su rostro un aire atractivo, y está delgado, pero no excesivamente; se ve que, a pesar de su delgadez, su cuerpo es fuerte y fibroso. Sus ojos se ven inteligentes y vivos. Son de un azul extraño pero bonito, muy bonito. Su sonrisa es cálida y agradable, pero no provoca que la temperatura de mi cuerpo suba veinte grados de golpe como la de... Su voz interrumpe mis pensamientos, y lo agradezco porque no me gusta nada el rumbo que estaban tomando.

—¿Puedo acompañarla a algún sitio? —se ofrece con amabilidad.

—Gracias, pero no es necesario, de verdad; estoy perfectamente —me despido dedicándole una última sonrisa antes de continuar andando.

Lo dejo atrás sintiendo cómo me mira mientras me alejo. Por lo menos el encontronazo ha conseguido calmarme; recuerdo mi reacción en el piso hace un rato y niego con la cabeza sintiéndome una hormona con patas. ¡Eso es! ¡Deben de ser las hormonas!, ¡las hormonas del embarazo son las culpables de mi calentón! Así que lo mejor será ignorar lo que ha pasado y actuar con normalidad, como si no hubiese pasado nada.

Más animada y tranquila, cambio el rumbo de mis pasos y me dirijo a la agencia; tengo ganas de ver a Cami y, ¿qué hay mejor para conseguir la normalidad que necesito que un plan de chicas? Sin sonrisas tentadoras, ni cuerpos semidesnudos o miradas capaces de fundir el acero.

En apenas diez minutos caminando a paso relajado llego a nuestra empresa. Me quedo unos segundos quieta contemplando el enorme edificio de piedra antes de entrar. Todavía me parece mentira que Camila y yo solas hayamos conseguido todo esto; siento rabia por no poder recordarlo, pero también orgullo. Camino hacia el interior y me dirijo a la oficina. Está vacía. Miro el horario que está encima de su mesa y compruebo que a esta hora está impartiendo una clase de defensa personal. Me siento en la que se supone que es mi mesa para esperarla, apoyo el bolso sobre ella y comienzo a abrir los cajones. Hay fotos, papeles, documentos, lápices, bolis de diferentes colores y carpetas con nombres que no me suenan de nada. Voy a abrir una cuando una voz me sobresalta.

—¡Lena! ¿Qué haces aquí? ¿No tendrías que estar descansando? — Camila entra en la oficina vestida con ropa de deporte, zapatillas, y su largo cabello pelirrojo recogido en una coleta.

—Estoy cansada de descansar; estoy amnésica, no inválida —respondo poniendo los ojos en blanco.

—Yaaaa —contesta ella analizándome, sin parecer muy convencida de mi respuesta—. ¿Ha pasado algo? —pregunta tomando asiento en la esquina de mi mesa.

Me pongo a jugar con un lápiz mientras pienso qué contarle y qué no. Decido convenientemente omitir mi pequeño encontronazo de hace unos minutos. La conozco, se pondría histérica, y probablemente no pararía hasta conseguir que me hiciesen cinco ecografías como mínimo. Disimulo una sonrisa al imaginarme la escena. Adoro a Camila, pero es una obsesa del

control; necesita aprender a relajarse.

—No, solo... Necesitaba aire —respondo finalmente.

—Aire —repite ella levantando una ceja—. Necesitabas aire.

Apoyo los codos en la mesa. Cami se cruza de brazos y me observa molesta. Me conoce demasiado, ha notado que algo me pasa y está claro que no va a conformarse con esa respuesta. Ahogo un gemido de frustración y me tapo la cara con las manos antes de confesar.

—Son estas malditas hormonas que me tienen revolucionada. ¡Y claro, tu hermano, paseándose por casa en toalla como si fuese el modelo de un anuncio de bañadores, no ayuda mucho a relajar el ambiente! —confieso finalmente resoplando. Separo un poco los dedos de las manos y miro entre ellos a Camila, que me observa divertida esforzándose por contener la risa.

—Así que, modelo de bañadores dices —comenta con tono jocos—. Solo por curiosidad —añade en tono burlón—, ¿de qué tipo de bañadores estamos hablando exactamente? ¿Largos de los que te llegan casi hasta la rodilla o de esos cortos y pegados que...?

—¡No te burles! ¡No sabes el mal rato que he pasado! —la regaño sin dejar que termine la frase; solo con escucharla me sonrojo de nuevo—. Yo nunca había mirado a Yago así, quiero decir... —intento explicarme atropelladamente—. Es obvio que es guapo, no estoy ciega; pero nos llevamos bien, somos amigos. Yo nunca lo había mirado así... Con esos ojos.

—Eso no es del todo cierto —replica ella cada vez más divertida. La miro asombrada y confundida.

—¿Qué quieres decir? —pregunto algo molesta—. ¿Qué insinúas?

—No insinúo nada, lo afirmo. Puede que tú no lo recuerdes, pero evidentemente alguna vez has debido de fijarte en Yago, si no mi sobrina no estaría ahí dentro en este momento. ¿O acaso crees que se ha metido ahí ella solita por arte de magia? —pregunta con recochineo señalándome la barriga. La miro fulminándola con los ojos.

—Eso fue una sola vez, tú misma me lo dijiste. Tú misma me confirmaste que no estamos juntos, que solo somos amigos y que esto... —especifico señalándome la tripa—. Fue fruto de una noche.

—Te lo dije y es cierto, pero puede que... —comienza a rebatirme ella, pero antes de darle tiempo a decir algo que pueda confundirme o alterarme más, afirmo con rotundidad:

—Lo que ha pasado hoy ha sido cosa de las hormonas y no volverá a pasar, por eso voy a olvidar el tema. Aquí no ha pasado nada y todo volverá a

ser normal entre nosotros.

Ella me mira con una cara que no logro descifrar.

—Define normal —me reta, inclinándose un poco hacia mí.

—Camilaaa. —Su nombre suena a advertencia en mis labios. Ella se encoge de hombros restándole importancia al comentario.

—Solo digo que tú y yo de normal tenemos más bien lo justito. Pero tranquila, si te sirve de consuelo, lo más probable es que Yago ni siquiera se haya dado cuenta de tu acaloramiento. Es un tío, son simples, no le dan tantas vueltas como nosotras a las cosas, así que no te preocupes; apuesto lo que quieras a que la única que se ha dado cuenta de que babeabas por mi hermano has sido tú... Y el suelo, si lo has mojado mucho, claro. —Vuelve a reírse.

La miro frunciendo el ceño, sopeso sus palabras y rezo para que esta vez Camila tenga razón.



YAGO

Abro la puerta procurando no hacer demasiado ruido. Llevo todo el día acojonado pensando en el momento de volver a verla después del cabreo que se agarró por la mañana gracias a mí... “problema de temperatura elevada”, y eso que cuando abandoné la cocina habría jurado y perjurado que no se había dado cuenta de nada, pero obviamente, teniendo en cuenta su reacción cuando nos encontramos en el pasillo, estaba equivocado.

Asomo la cabeza lo justo para ver a Lena sentada en el sillón junto a Leo y Camila. Los tres ríen despreocupadamente. Trago saliva dudando si entrar, o si por el contrario salir por patas; en ese momento ella gira la cabeza y me ve.

—¡Yago! —Su voz parece animada.

Entro, cierro la puerta detrás de mí y me acerco al sillón observándola detenidamente. Efectivamente parece relajada, en su rostro no queda ni pizca del mal humor de esta mañana.

—Estábamos esperándote para elegir una peli —explica ella sonriéndome amistosamente.

Mucho más relajado al comprobar que el momento de tensión ha quedado olvidado, le devuelvo la sonrisa, me dejo caer a su lado y,

bromeando, le quito de la mano el mando de la tele.

—¿Qué tal vuestro día? —pregunto distraídamente mientras cambio los canales para ver las películas disponibles.

—Bien, pero creo que no tan... animado como el tuyo. —Mi hermana lanza el primer cuchillo directo a dar. Siento cómo Lena se tensa incómoda a mi lado y miro a Camila; sus ojos brillan con malicia. Sonrío inocentemente.

—Si a tus días les falta diversión, quizás sea porque quien debería animarlos no lo está haciendo bien, hermanita...

El pobre Leo se atraganta con la cerveza que está bebiendo y comienza a toser como un loco, rojo como un tomate, señalándome enfadado con el dedo.

—¡Oye, oye! A mí no me metáis en vuestras guerras, que yo no he hecho nada —protesta.

—Quizá ese sea el problema, que no haces nada, o por lo menos, no lo suficiente como para tener a Cami animada y calladita, sin tener que meterse donde no la llaman.

—¡Bueno, vamos a dejarlo! —pide molesta Lena—. ¿No íbamos a ver una película? —pregunta mirándonos a Camila y a mí alternativamente con el ceño fruncido. Ella se encoge de hombros; yo decido morderme la lengua y dejarlo pasar.

—Elegid vosotros la que queráis, a mí me vale cualquiera. Mientras os decidís voy a hacer palomitas —digo mientras me pongo en pie. En ese mismo instante, escucho la cisterna del baño y señalo hacia allí, mirándolos confuso.

—Es César. Pasó por la agencia para ver si queríamos salir un rato después del trabajo, y como habíamos decidido venir aquí, le dije que se apuntase —explica Lena alegremente.

Un jarro de agua fría cae sobre mí, así es como me siento, como si alguien acabase de verter un enorme jarro de agua fría sobre mi cabeza justo en el momento en que veo a César pasar por delante de mis narices, sonriéndome con petulancia, para sentarse al lado de Lena, en el sitio que yo acabo de dejar disponible.

Apretando la mandíbula en un gesto que no pasa desapercibido a Camila, que sonrío maliciosamente, me doy la vuelta sin decir una palabra y me dirijo a la cocina. De mala leche, cojo el paquete de maíz y lo meto en el microondas mientras preparo el recipiente para verter las palomitas.

Escucho a Lena y a Cami reírse de algún comentario que ha hecho el payaso de César y mi cabreo aumenta varios niveles. Cuando por fin las puñeteras palomitas terminan de estallar, las echo en el bol y respiro un par de

veces profundamente, intentando calmarme antes de volver con ellos. Intento razonar: Lena está en su casa, puede invitar a quien le dé la gana, el hecho de que este tío sea un imbécil redomado y de que prefiera mil veces que me den un puñetazo en las costillas antes de tener que verle la cara, no es motivo suficiente para que ella no lo pueda invitar. La lógica de mis pensamientos es innegable. Ahora, asumirlo... Eso ya es otra historia. Decido ignorarlo como si de un ficus se tratase y camino de vuelta al salón.

—¿Qué es tan gracioso? —pregunto incapaz de quedarme callado.

—César estaba contándonos una anécdota de su último trabajo.

El único que no se ríe es Leo, probablemente por solidaridad hacia mí. Lo miro y él pone los ojos en blanco dándome a entender que la cosa no es para tanto.

—Es graciosísimo —comenta una entusiasmada Lena sin dejar de reír.

César la observa embelesado y disimuladamente se arrima un poco más a ella, de forma que sus piernas se rozan. Lena no parece percatarse de la maniobra, o si lo hace no parece importarle, pues continúa riendo como si nada.

Molesto, aprieto los puños. Ahora mismo soy como una olla exprés a punto de entrar en ebullición, pero no pienso dejar que nadie lo note. Nadie a excepción de Leo, claro, que me mira como si temiese tener que saltar encima de mí para placarme de un momento a otro.

—Pues eso no es nada, podemos quedar mañana para cenar y te cuento más —propone él inclinando su cuerpo ligeramente sobre ella. ¡Parece una hiena a punto de zamparse a un animalillo moribundo!

—Me parece...

—Mañana no va a poder ser —interrumpo antes de que Lena termine la frase.

—¿Y eso por qué, si se puede saber? No sabía que Lena tuviera que pedirte permiso o consultarte antes de salir —pregunta César entre dientes. Ahora es él quien, molesto, aprieta la mandíbula.

Sonrío satisfecho conmigo mismo y miro a Lena antes de contestar:

—Por supuesto que no tiene que hacerlo, solo un majadero pensaría eso —afirmo intentando ponerlo en evidencia—. Es solo que mañana el parque de bomberos organiza una cena benéfica en favor de las víctimas de los incendios del pasado verano, y si a ella le parece bien, me gustaría mucho que me acompañase —explico observando su reacción.

Lena me mira con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—¿Y cuándo exactamente tenías pensado pedirle que te acompañase, si la cena es mañana? —pregunta Camila desconfiada. Le lanzo una mirada de advertencia, pero mi hermanita no se achanta; cruza los brazos sobre su pecho y me devuelve la mirada, con cara de pocos amigos, esperando una respuesta.

—La verdad es que no había decidido si ir o no, por eso no he comentado nada hasta ahora —contesto de mala gana.

—Qué casualidad que lo hayas decidido justo cuando Lena iba a aceptar venir a cenar conmigo —suelta César torciendo el gesto.

—Dudo que haya sido por eso. ¿Qué motivo podría tener mi hermanito para no querer que Lena cene contigo? ¿Me equivoco, Yago? —pregunta Cami con voz falsamente calmada.

La miro, atónito, sin saber qué leches le pasa. ¿Pero qué puñetas le ha picado hoy? Miro a Lena, quien todavía no se ha pronunciado y parece cada vez más sorprendida por el rumbo que está tomando la conversación. En honor a la verdad, tengo que admitir que hace tiempo que sé lo de la cena y que si no le había dicho nada a Lena es porque no tenía pensado acudir, y menos hacerlo acompañado, pero ha sido imaginármela cenando con el baboso este... ¡Y oye, que de repente me ha parecido un plan fantástico!

—Siento no haberte avisado con más tiempo, pero seguro que lo vamos a pasar bien, y es por una buena causa —intento convencerla—. Además, somos amigos, vivimos juntos y me muero de ganas de que mis compañeros conozcan a la madre de mi hijo.

—Hija —me corrige Camila—. Y perdona que matice, pero conocer, lo que es conocer, ya la conocen. Te recuerdo que el día que te la tiraste estabas de fiesta con tus compañeros del trabajo, así que quiero pensar que antes de bajarte los pantalones, por lo menos tendrías la decencia de presentársela.

—¡Camila! —grita Lena tapándose la cara, avergonzada y sin dar crédito a lo que está escuchando.

—Joder, Camila, como te muerdas la lengua te vas a envenenar —espeto, enfadado.

Ella sonrío con malicia.

—Imposible, soy inmune, pero gracias por preocuparte —objeta lanzándome un beso.

Intentando ignorarla, miro de nuevo a Lena.

—¡Y una mierda! —grita César poniéndose de pie con los puños apretados—. ¡Amigos y una mierda! ¡Tú lo que eres es un hijo de puta! —Tiene la cara tan roja, que por un momento, solo por uno muy pequeño, hasta

temo que le vaya a dar algo.

—Ehhhh, contrólate, amigo —lo increpa Camila—. Te recuerdo que él y yo compartimos madre, así que controla esa lengua.

Mi hermana me señala, pero César la ignora; está completamente fuera de sí y continúa gritando como un loco:

—¡Eres un cabrón que se está aprovechando de su amnesia! ¡Estás jugando con ella y todos te lo estamos permitiendo! —vocifera señalando a su alrededor.

Incapaz de aguantar un reproche más, y mucho menos si proviene de él, prácticamente de un salto, me acerco y lo empujo.

—¡Controla lo que dices por esa boca si no quieres que te la parta! —le advierto—. No pienso aguantarte una sola gilipollez más en mi casa. Así que a no ser que tengas ganas de que te haga una cara nueva, te recomiendo que cierres el pico.

—Está no es tu casa, y nada de lo que hay dentro de ella te pertenece ni te pertenecerá nunca. —El doble significado de sus palabras acaba con el poco control que me queda y, antes de darme cuenta, mi puño golpea contra su mandíbula logrando que se tambalee.

—¡Yago! ¿¡Acaso te has vuelto loco!?! —grita Lena poniéndose en pie y mirándome horrorizada mientras sujeta a César.

El muy cabrón aprovecha para exagerar lo ocurrido y se agarra a ella como si estuviese poco menos que muriéndose. ¡Venga, hombre, pero si no ha sido nada y solo le falta ponerse a hacer pucheros!

Incapaz de permanecer más tiempo dentro de esta estancia, me doy la vuelta antes de volver a hacer algo de lo que tenga que arrepentirme después y camino hacia la puerta. Salgo dando un portazo y comienzo a correr escaleras abajo. Casi he llegado al portal cuando escucho la voz de Camila.

—¡Espera! —grita dándome alcance.

Me paro en seco al escuchar su voz dispuesto a decirle un par de cosas.

—¿¡Se puede saber de qué lado estás tú!?! —le pregunto conteniendo las ganas de gritar a duras penas. El gesto de Camila es duro, sus ojos mortalmente fríos.

—Del lado de Lena, por supuesto.

—¡Eres mi hermana y pareces mi enemiga! —la acuso, incapaz de contener mi enfado.

Su gesto parece suavizarse algo ante tal afirmación.

—Por supuesto que soy tu hermana, pero te lo dije una vez y te lo repito,

si me he de decantar por alguien en todo este asunto, me quedo con Lena. Lo que estás haciendo no me parece justo, Yago; estás jugando con fuego y te vas a quemar.

La miro completamente perdido y, suspirando, me siento en la escalera. Camila toma asiento a mi lado y me empuja suavemente con el hombro antes de continuar hablando.

—Sabes que César tiene mucha razón en lo que dice; si Lena recordase algo de lo que pasó, ni siquiera te miraría a la cara. Te has aprovechado del cariño que te tiene desde niños y de su amnesia para venirte a vivir con ella y, sinceramente, no entiendo qué pretendes con eso. Sabes que en algún momento ella recuperará los recuerdos, y cuando eso pase... Cuando eso pase no sé cómo va a reaccionar, pero me preocupa, Yago; me preocupa mucho —admite con aire cansado.

—Solo quiero aprovechar este tiempo para demostrarle que estoy implicado con el bebé y que quiero lo mejor para ella y para el niño. Espero que cuando los recuerdos vuelvan, pesen más mis acciones que mis palabras —intento explicarme.

—Podría ser —acepta Camila—. Si no fuese porque te conozco lo suficientemente bien como para saber que algo pasa. Lo de la cena de mañana no cuela; la habrías llevado de excursión a Marte con tal de impedir que saliese con César. —Se queda callada un momento eligiendo sus palabras—. No quiero lastimarte, Yago, pero te recuerdo que César es su mejor amigo y que él sí ha estado a su lado en todo momento desde que supo lo del embarazo; no es justo que intentes apartarlo. —A pesar de que en el fondo sé que tiene razón, el simple hecho de tener que admitirlo hace que se me revuelva el estómago.

—Yo no lo veo así, creo que es él quien se esfuerza por apartarme a mí. Yo soy el padre de ese bebé, César nunca lo será, por mucho que él se empeñe —terqueo sin intención de dar mi brazo a torcer.

Ella me mira y veo reflejada la preocupación en sus ojos.

—Te conozco, Yago, no te he parido pero te conozco como si lo hubiese hecho. Veo cómo la miras, veo cómo estás pendiente de cada uno de sus movimientos; veo cómo miras a César, y aunque no diga nada, me doy cuenta de todo. —Me pongo rígido al escuchar sus palabras, ¿tan transparente soy? Ella continúa hablando—: No sé qué demonios te pasa con Lena últimamente, pero te recomiendo que, sea lo que sea, te lo quites de la cabeza. No compliques más las cosas entre vosotros ahora que estás intentando

arreglarlas. ¿Quieres ser su amigo y el padre de vuestro bebé? Bien, estás en tu derecho, pero límitate a eso. No quiero que le hagas más daño.

—Pero...

—Pero nada. No sé cómo ni me importa, pero mentalízate de que entre vosotros no puede haber nada más de lo que hay, o por lo menos no mientras ella no recupere la memoria. Así que búscate la vida, hazlo como quieras, pero quítate de la cabeza lo que sea que te ronda por ella.



Capítulo 8

YAGO

Varias horas y unos cuantos cubatas después, aquí estoy, sentado en la barra del bar del puerto, mirando fijamente el líquido color ambarino que contiene el vaso que sostengo entre mis dedos como si este fuese a desvelarme de un momento a otro la solución a todos mis males. De repente, siento un leve empujón, y de mala gana desvío la vista hacia el taburete de al lado para comprobar que Sara, una de las chicas que estuvo trabajando de camarera en el local este verano, ha tomado asiento a mi lado y me mira divertida.

Sin molestarme en disimular, la miro de arriba abajo. Es una mujer atractiva y llamativa. Su pelo rubio es tan claro que cuando le da el sol casi parece blanco. Lo lleva corto, a la altura de la mandíbula. Su silueta curvilínea hoy va enfundada en unos vaqueros de talle alto que marcan sus caderas, y en una camiseta con escote de pico que, a pesar de no enseñar, insinúa su más que generoso pecho. Observo sus ojos verde agua antes de posar la vista en sus carnosos labios.

—¿Estás ahogando las penas en whisky o intentas ahogarte tú en él directamente? —pregunta alzando las cejas y con voz sugerente.

—Cualquiera de las dos opciones me parece más que aceptable ahora mismo —respondo con desgana volviendo a clavar la mirada en el líquido que tengo delante.

Ella se pega un poco más a mí; siento el calor de su cuerpo y su aliento cálido en mi oreja.

—Puede que a mí se me ocurra alguna forma mejor para hacerte olvidar —me insinúa al oído con voz melosa.

Me aparto un par de centímetros para volver a observarla. No puedo decir que me sorprenda su ofrecimiento, de hecho, no lo hace; no es la primera vez que se me insinúa, aunque quizás sí tan claramente. Mis ojos recorren su cuerpo despacio. Me atrae, por supuesto que lo hace, ¡hasta un ciego se sentiría atraído por ella! Es exactamente lo contrario a Lena, y probablemente eso sea precisamente lo que hace que me incline hacia ella para susurrar sobre sus labios:

—Estoy deseando descubrirlas.

Sin decir una sola palabra más, se levanta del taburete y, tomándome de la mano, me conduce a la calle. El aire húmedo de la noche me despeja, inspiro con fuerza y me dejo llevar por ella, que me guía hasta el portal de su casa. En cuanto nos subimos en el ascensor, sin perder tiempo ella pega su cuerpo al mío y comienza a restregarse contra mí. Segundos más tarde y casi sin saber cómo, me encuentro en su sofá y Sara está sentada a horcajadas sobre mí.

Sin dejar de mirarme a los ojos, se quita la camiseta. Mis ojos bajan a sus tetas que, cubiertas tan solo con un sujetador de encaje negro, se muestran ante mí en todo su esplendor. Llevo ambas manos a sus pechos y los aprieto, ella echa la cabeza hacia atrás jadeando, y siento cómo comienzo a ponerme duro bajo su cuerpo. Atrapo sus pezones con los dedos para pellizcarlos sin ninguna delicadeza, Sara vuelve a gemir.

—Creo que te gusta lo que ves —ronronea moviéndose sobre mí con más fuerza para excitarme más. Me meto una de sus tetas en la boca y la muerdo por encima del sujetador. Ella me deja hacer durante unos segundos; después baja al suelo y, abriéndome las piernas, se sitúa entre ellas, me desabrocha el vaquero y baja la cremallera y el calzoncillo para liberarme. Me mira a los ojos mientras su lengua se pasea por mi miembro antes de chuparlo entero; echo la cabeza hacia atrás, apoyándola en el sillón, y cierro los ojos dejándola que lleve el control. Sara se afana en ponerme a punto, y lo hace muy bien, pero la imagen de Lena esta mañana recién levantada se cuela en mi mente. Incapaz de evitarlo, imagino que es su lengua la que me acaricia y eso basta para sentir cómo todo mi cuerpo se tensa, y en menos de un segundo me pongo duro como una piedra. Me remuevo incómodo, intento olvidarla, sacarla de mi cabeza y concentrarme en Sara, pero es imposible; en mi pensamiento se reproduce de nuevo la imagen de Lena estirándose con su pantalón corto frente a mí, y un calor abrasador me quema por dentro. Sintiéndome terriblemente culpable, pego tal respingo que obligo a Sara a detenerse.

La pobre chica, que me notaba excitadísimo, sin sospechar que ella no tenía nada que ver con ello, me mira confusa.

—Para, esto no es buena idea —digo apartándola suavemente de mí.

—¿Pero qué dices? ¡Te estaba gustando! —replica sin comprender nada.

—Es culpa mía, no tiene nada que ver contigo. Tú eres, ¡buff!! ¡Mírate!
—intento disculparme señalándola con la mano mientras me pongo en pie y me

abrocho el pantalón.

—¿En serio vas a irte ahora? ¿Así? —pregunta ella señalando mi todavía abultado pantalón, sin dar crédito a lo que está pasando.

—Créeme, es lo mejor —contesto sin mirarla mientras me dirijo a la puerta.

Una vez la abro, me giro y la miro una última vez. Ella, todavía con las mejillas ruborizadas, me mira atónita con los brazos cruzados sobre su pecho.

—Lo siento —me disculpo nuevamente.

—No sé si lo sientes, pero te aseguro que lo vas a sentir; no vas a tener otra oportunidad —asegura.

Incapaz de decir una sola palabra, le sonrío y salgo cerrando la puerta. Me meto en el ascensor y apoyo la cabeza contra la pared cerrando los ojos. «¿Pero qué me pasa? Lena, ¿qué me estás haciendo?», me pregunto, pasándome las manos por el pelo.

Salgo a la calle, comienzo a caminar hasta el paseo del puerto, y observo las olas rompiendo en la orilla. Incapaz de ir a casa, bajo las escaleras hasta la arena y me cobijo bajo las tablas que forman el paseo de madera. Apoyo la espalda en la pared de piedra y cierro los ojos aspirando el olor del mar hasta que, agotado por todo lo sucedido hoy, me quedo dormido.



LENA

Escucho el sonido de la puerta de casa al cerrarse y por fin respiro tranquila. Miro la hora en mi móvil; son casi las seis de la mañana, no he conseguido pegar ojo en toda la noche y estoy molida. Escucho a Yago trastear en la nevera unos segundos antes de meterse en su habitación.

Me levanto despacio y me dirijo hacia ella; no sé si debería hacerlo, pero no puedo evitarlo, necesito comprobar que está bien. Me quedo parada unos segundos delante de la puerta sin atreverme a golpear, hasta que finalmente me armo de valor y toco suavemente con los nudillos, antes de entreabrirla un poco y asomar la cabeza.

La luz está apagada, la única iluminación existente proviene de la farola de la calle, pero incluso en la penumbra, siento una punzada de deseo en

cuanto lo veo. Está tumbado encima de la cama, con la espalda apoyada en el cabecero; se ha quitado los zapatos y la camiseta, dejando a la vista su trabajado cuerpo. De repente, todo lo que tenía pensado decir se me va de la cabeza. Me quedo en blanco, incapaz de apartar mis ojos de él, de su esculpido pecho, de su abdomen, sus brazos, ¡qué brazos! ¡Pero, ¿qué estoy pensando?! Me percató de que sus ojos siguen el recorrido de los míos y siento cómo me ruborizo al verme descubierta devorándolo con la mirada. Con esfuerzo, consigo centrarme de nuevo y mirarle a los ojos.

—¿Puedo pasar? —pregunto susurrando.

En realidad no sé por qué hablo en voz baja, ya que aquí solo estamos nosotros, pero me sale así. Él asiente, y sin molestarse en disimular, me mira de arriba abajo en cuanto pongo un pie dentro de la habitación, y siento que mi pantalón corto se vuelve todavía más corto y que mi camiseta de asas encoge bajo su intensa mirada. Disimuladamente, tiro del bajo de la prenda y cambio el peso de mi cuerpo de un pie a otro, incómoda, sin saber qué hacer o qué decir. Yago se da cuenta del gesto y me mira a los ojos frunciendo el ceño.

—¿Te he despertado? —pregunta carraspeando para aclararse la voz, que suena más ronca de lo normal.

—No —contesto negando con la cabeza—. No estaba durmiendo.

Me siento a los pies de su cama, él deja el móvil en la mesilla y me mira extrañado.

—¿No estabas durmiendo a las seis de la mañana? ¿Te encuentras mal? —Su voz suena preocupada, puede que incluso esté un poco ansioso.

El hecho de que se preocupe tanto por mí me entenece; me muero por tumbarme a su lado y sentir el calor de su cuerpo junto al mío, sus brazos rodeándome, su voz susurrando en mi oído. Sin embargo, no lo hago, permanezco rígida como una estatua.

—No me encuentro mal, solo estaba preocupada —admito decidiendo ser sincera con él, o al menos en parte.

Él se incorpora más en la cama para acercarse a mí y clava sus ojos en los míos, estudia mi rostro y, con suma delicadeza, me aparta un mechón de pelo y lo coloca detrás de mi oreja. Es una caricia muy leve, un roce sutil, pero contengo la respiración al sentir cómo mi piel cosquillea bajo sus dedos.

—¿Estabas preocupada por mí? —No es la pregunta sino la incredulidad que percibo en su voz lo que me hace parpadear sorprendida—. No quiero que te preocupes por mí, no lo merezco.

—¡Claro que estaba preocupada por ti! —exclamo sin saber cómo

tomarme sus palabras—. Todos lo estábamos tras el modo en que te fuiste —aseguro sin comprender por qué se asombra por ello.

La culpa ensombrece sus preciosos ojos, el aire parece volverse más denso entre nosotros, y durante unos segundos ambos permanecemos en un incómodo silencio; hasta que veo cómo esa culpa deja paso a una pícaro sonrisa. Siempre me ha gustado su sonrisa, desde niña incluso, porque es una sonrisa de verdad, sincera, sin medias tintas; una sonrisa de esas que no solo regalas con los labios sino con todo tu cuerpo, con tu corazón.

—¿Todos?, ¿estás segura? —pregunta alzando las cejas. No es necesario ser astrofísico para saber que se refiere a César.

—Bueno, casi todos —concedo sonriendo también—. Con respecto a eso... César es mi amigo y voy a seguir viéndolo, pero prometo no volver a traerlo aquí mientras estemos viviendo juntos. Ahora esta también es tu casa y no quiero que te sientas incómodo.

Él aprieta la mandíbula y sonrío de mala gana.

—Gracias, es un detalle.

Se levanta, me da la espalda y se acerca a la ventana para mirar por ella. Se esfuerza en que su voz no suene forzada, pero lo conozco y sé que le está costando.

—También quería decirte que iré contigo a la cena esta noche —añado sin apartar los ojos de su espalda.

—¿De verdad quieres venir? —pregunta, de nuevo sorprendido, mientras se gira para mirarme.

¡Por supuesto que quiero ir! Y lo peor de todo, lo que más me preocupa, es que estoy comenzando a comprender que cualquier plan, mientras sea a su lado, me parece el mejor del mundo. Esta tarde cuando se fue así, enfadado como un basilisco, primero me cabreé, sentí rabia por su reacción, rabia por pegarle a César y, sobre todo, rabia por largarse y dejarme así, sin ninguna explicación. Después comencé a recordar estas semanas a su lado, y no me ha quedado más remedio que reconocerme a mí misma que me he acostumbrado a él, a su compañía, a nuestros momentos juntos. Muy a mi pesar, he tenido que admitir que además, no solo me he acostumbrado a todo eso, sino que me gusta; me gusta cada día más estar con él, verlo cada mañana al levantarme, acurrucarme a su lado en el sofá para ver la tele cada noche; me gusta la forma en que se preocupa por mí, la manera en que me hace reír y, por encima de todo, me gusta cómo me siento cuando estoy a su lado. Así que, después de aceptar todo eso, me he visto observando la puerta con ansiedad, esperando

verle aparecer por ella; una ansiedad que no me ha gustado nada, ya que me ha recordado demasiado a la que, siendo tan solo una niña, sentía cada día esperando a que mis padres se dignasen a aparecer para pasar unos momentos conmigo y para poder arañar unas migajas de su tiempo. Hacía mucho que no sentía ese tipo de apego o dependencia hacia alguien. Con los años, a la fuerza aprendí a ser independiente y a no esperar nada de nadie, a excepción de Camila, claro está, y darme cuenta de que Yago despierta en mí ese tipo de sentimientos, hizo que la rabia se volviese todavía mayor. Pero cuando las horas fueron pasando una tras otra y Yago continuaba sin volver a casa, la rabia se convirtió en miedo; miedo a perderlo. ¿Cómo se puede temer perder algo que no es ni nunca ha sido tuyo? No lo entendía, pero lo sentía. Ese miedo se instaló esta tarde en mi pecho y no me ha abandonado hasta que he escuchado la puerta de casa cerrarse tras él. Solo en ese momento, el peso que me oprimía el pecho se ha evaporado y respirar ha vuelto a ser una tarea fácil. Pero una cosa es admitírmelo a mí misma, y otra muy diferente es hacerlo en voz alta, por lo que, quitándole importancia, me encojo de hombros y respondo como si fuese la cosa más natural y evidente del mundo:

—Tú estás haciendo muchas cosas por mí, por nosotras. —Me toco vientre un momento—. Así que si esto es importante para ti, también lo es para mí. Estaré a tu lado y te apoyaré, igual que tú lo haces conmigo. Somos un equipo —añado guiñándole un ojo—. Es lo que debemos hacer.

Él me regala otra de sus sonrisas, y al mirarla y sentir cómo mi corazón late descontrolado, no me queda ninguna duda de que estoy total e irremediabilmente perdida.



Capítulo 9

LENA

Llegamos al parque de bomberos y accedemos directamente al área de descanso, que es donde va a celebrarse la cena. En cuanto entramos, al igual que hago cada vez que llego a un sitio nuevo por defecto profesional, echo un vistazo rápido para evaluar la zona, comprobar y situar cada punto del lugar, entradas, salidas, puntos ciegos... Es una rutina que tanto Camila como yo tenemos muy interiorizada y que en más de una ocasión nos ha evitado muchos problemas cuando estamos trabajando. El espacio es amplio pero acogedor. Han colocado una mesa alargada que ocupa todo el frontal en donde la comida se sirve a modo de catering, de forma que todo el mundo puede hablar y relacionarse con quien le apetezca. Las sillas, engalanadas para la ocasión, están estratégicamente colocadas por toda la estancia de tal forma que no ocupan demasiado sitio ni entorpecen excesivamente. Una agradable música suave suena de fondo y todo el mundo parece estar relajado, disfrutando y a gusto. Todos menos yo, que noto cómo mi cuerpo va tensándose a cada paso que doy. Yago se da cuenta y coloca su mano en la parte baja de mi espalda para infundirme ánimo; siento el calor de su piel atravesar la fina tela del vestido y aspiro su olor cuando se inclina hacia mí para susurrarme al oído:

—Relájate y disfruta.

Le miro y me dedica una sonrisa que podría iluminar todo el parque, ¡qué digo todo el parque!, ¡toda la ciudad! Obviamente, muy lejos de conseguir el efecto deseado, sentirlo tan cerca de mí y aspirar su olor hace que todo mi cuerpo se revolucione y se tense todavía más.

—Ya, claro, qué fácil es decirlo, sobre todo cuando no es a ti a quien está mirando todo el mundo —replico entre dientes.

Él se ríe por lo bajo y me observa divertido.

—Oh, claro que es a mí a quien miran, pero porque voy con la chica más guapa del parque —contesta guiñándome un ojo.

Pongo los ojos en blanco, negando con la cabeza. Soy una persona bastante segura de mí misma, mi trabajo lo requiere y estoy acostumbrada a mostrar aplomo y tranquilidad en situaciones complicadas, tensas y peligrosas.

Pero en cuanto siento todas las miradas fijas sobre mí analizándome con curiosidad, toda esa seguridad se esfuma como por arte de magia y me siento como si todos esos ojos que nos observan fuesen Kalashnikov apuntándome y a punto de disparar.

Tentada estoy de darme la vuelta e irme por donde he venido. De hecho, creo que lo haría si no fuese porque la mano de Yago continúa en mi espalda animándome a avanzar, y porque antes de que haya podido darme cuenta, dos hombres, uno rubio y otro pelirrojo, se han acercado a nosotros y, sonrientes, le están dando un abrazo a Yago, encantados de verlo.

—Jefe, qué alegría verte por aquí, creíamos que no ibas a venir —saluda el pelirrojo, que parece el más joven de los dos. Debe de tener como mucho treinta años, lleva el pelo muy corto y, si tuviese que destacar algo de él, sin duda serían sus ojos; unos alegres ojos verdes que dan vida a una cara salpicada de pecas que le hacen parecer todavía más joven. Es un poco más bajo que Yago, pero su cuerpo se ve igualmente trabajado.

Me fijo en el otro hombre, el del pelo rubio. Sus ojos son marrones y es un poco más alto que los demás, pero también más delgado. Nos sonríe con amabilidad. Yago los mira feliz a ambos antes de presentármelos.

—Lena, ellos son Carlos y Manuel, dos de los mejores bomberos de este parque. Manuel es además uno de nuestros conductores de camión —me explica señalando al más alto.

—Así que tú eres la famosa Lena —me dice Carlos a modo de saludo.

—No creo que sea famosa, pero sí soy Lena. Encantada de conoceros a los dos —respondo y les doy dos besos en las mejillas.

Carlos se echa a reír.

—Guapa y simpática. ¿Dónde la has tenido escondida todo este tiempo, jefe? —pregunta ganándose un codazo de Yago, quien se dispone a contestarle justo en el momento en que una impresionante rubia se acerca a nosotros.

—¡Lena! ¡Qué alegría volver a verte! —exclama la mujer abriéndose paso entre los tres hombres para acercarse a mí y envolverse en un efusivo abrazo.

Me pongo rígida y la miro completamente descolocada y sin tener ni idea de quién es, a pesar de que ella, por lo que se ve, sí parece conocerme. La rubia me suelta y me agarra las manos separándose unos pasos de mí para verme mejor; sus ojos me repasan de arriba abajo mientras continúa hablando amigablemente, ajena a lo incómoda que me siento en este momento.

—Pero mírate, ¡estás estupenda! Tenía ganas de volver a verte, llevo

semanas diciéndole a Yago que me dé tu número para llamarte, pero siempre consigue escaquearse —explica sin parar de hablar mientras sonrío a Yago con complicidad. Él la mira con evidente cariño y una punzada de celos hace que se me revuelva el estómago.

La observo con detenimiento intentando recordarla, busco y rebusco en mi memoria alguna pista que me lleve a saber quién es, pero nada, es inútil.

Su cuerpo esbelto y proporcionado va enfundado en un entallado vestido negro de pronunciado escote en la espalda, lleva su larga melena rubia recogida en una coleta alta que le da un toque sexy y sofisticado y, por si eso fuese poco, su tez parece de porcelana y sobre ella destacan unos carnosos labios pintados de rojo y unos ojos de un verde tan profundo que harían que un ciego recuperase la vista solo para verlos.

—Lo siento, no te recuerdo —me disculpo para intentar que ambos vuelvan a mirarme.

Ella vuelve la cabeza y me mira con tal intensidad, que si me atrajesen las mujeres, a estas alturas estaría babeando a sus pies.

—No te preocupes, nos vimos una sola noche hace unos meses, pero enseguida congeniamos. Luego pasó lo que pasó y, en fin, qué le vamos a hacer... —Suspira haciendo un gesto con la mano para quitarle importancia a mi comentario. Percibo cómo Yago se tensa al escucharla, pero no entiendo por qué.

—Ceci es una de las mejores, no te fíes de su apariencia. Te aseguro que cuando se trata del fuego, si tuviese que poner mi vida en manos de alguien, sin duda ella estaría la primera de mi lista —explica Yago mirándola con orgullo.

El comentario me coge por sorpresa; no me imaginaba ni por asomo que ella fuese bombera, y menos una tan buena como Yago acaba de afirmar.

Por otra parte, el cariño que desprende su voz al hablar de ella me molesta más de lo que me gustaría. Mi gesto de sorpresa debe de ser bastante evidente, pero ella, en lugar de molestarse por ello, suelta una carcajada.

—Como acaba de decir Yago, no te fíes de las apariencias. Te aseguro que he salvado estos tres preciosos culitos que tienes delante en más de una ocasión —afirma ella guiñándome un ojo mientras le da una sonora palmada a Yago en todo el trasero. Este, en lugar de molestarse, se ríe y coloca un brazo sobre sus hombros.

Durante un largo rato permanecemos hablando los cinco. Bueno, hablar hablar, lo que se dice hablar, yo hablo más bien poco porque en este momento

todas mis energías están concentradas en encontrar todos y cada uno de los defectos de Cecilia. A decir verdad, me conformaría con encontrar uno, a poder ser grande, eso sí. Cuanto más tiempo paso con ellos, más evidente me resulta el cariño, la complicidad, e incluso diría la admiración y el orgullo que, no solo Yago sino también Carlos y Manuel, sienten por ella, y como consecuencia de ello, mis celos aumentan. Intento que Cecilia me caiga mal, pongo todo mi empeño en ello, en serio que lo hago; pero muy a mi pesar, cuanto más tiempo estoy con ella mejor me cae, y eso, por supuesto, me cabrea todavía más porque, llegados a este punto, no me entiendo ni yo. Los camareros no cesan de pasar con bandejas repletas de comida y bebida que van sirviendo en la mesa y ofreciendo a la gente, pero yo soy incapaz de probar bocado; tengo el estómago cerrado y comer algo me parece una tarea imposible. Al final, cansada y mosqueada, decido interrumpirlos no muy educadamente.

—Voy a ir a sentarme un rato, estoy cansada —anuncio haciendo que los cuatro se callen de golpe y me miren.

—¿Te encuentras mal? —pregunta Yago frunciendo el ceño. Niego con la cabeza.

—Solo estoy cansada —repito mostrando una sonrisa más falsa que un bolso de *Bimbo y Lolo*.

—Te acompaño —se ofrece Yago enseguida.

—No la acapares, jefe, yo la acompaño; tú ya la tienes todos los días —se adelanta Carlos ofreciéndome su brazo cómicamente para acompañarme hasta las sillas más próximas.

Una vez nos sentamos, me recuesto y cierro los ojos un momento. Cuando los vuelvo a abrir, inconscientemente dirijo la vista hacia la zona donde hemos dejado a los demás.

—No tienes de qué preocuparte —me informa Carlos en voz baja.

—¿Perdona? —pregunto arqueando las cejas sin saber si quiero entender a qué se refiere.

Él me mira, los señala con la cabeza y sonrío de nuevo.

—No tienes por qué preocuparte, Ceci es una tía increíble y una compañera fantástica, pero entre ella y el jefe no hay nada. —Le miro sorprendida.

—¿Por qué no dejas de llamarle jefe? —pregunto con curiosidad.

—Porque lo es, y uno muy bueno además.

—No tenía ni idea, pensaba que era bombero y punto —admito

sorprendida.

Me paro a pensar y me doy cuenta de que nunca me he molestado en preguntarle a Yago demasiado sobre su trabajo, o quizás sí lo hice en el pasado y es una de las tantas cosas que la amnesia me ha robado.

—Es subinspector —explica Carlos—. Tiene a su mando entre siete y veinte bomberos y ejerce como jefe de intervención, de sector, de seguridad y de planificación. Por ello, es normal que esté especialmente orgulloso de Ceci, porque aunque me avergüence reconocerlo, no se lo pusimos demasiado fácil cuando llegó aquí y Yago fue el único que dio la cara y apostó por ella.

—¿Qué quieres decir? —pregunto extrañada, mirando nuevamente a la rubia.

—El padre y el hermano de Cecilia son bomberos en A Coruña. Digamos que son de la vieja escuela y no la querían en el cuerpo, por lo que después de aguantar mil y una perrerías, finalmente decidió pedir un traslado. Llegó aquí hace cinco años; nosotros no habíamos tenido ninguna mujer en el parque, y cuando la vimos así tan... —Dirige su mirada hacia la mujer que continúa hablando con Yago, ajena a que es el centro de nuestra conversación, buscando las palabras apropiadas, pero no las encuentra. Sigo su mirada y le echo una mano.

—Vale, está claro que a simple vista no es lo que imaginamos al pensar en un bombero.

—Pues eso, la juzgamos por su apariencia y nos equivocamos todos menos Yago. Él fue el único que decidió darle una oportunidad y acertó de pleno. A pesar de lo que pueda parecerle, Cecilia es una profesional increíble y se esfuerza por demostrarlo cada día.

La veo sonreír despreocupada y comienzo a sentir una profunda empatía y respeto por ella.

—Lo entiendo mejor de lo que crees —susurro sin despegar los ojos de ella.

—No me extraña, al fin y al cabo tú y Camila fuisteis el motivo por el que Yago decidió apostar por ella —confiesa él en mi oído.

—¿Qué quieres decir? —pregunto sorprendida una vez más.

—Tú y Camila os movéis en una profesión mayoritariamente masculina y Yago ha visto cuánto habéis tenido que luchar para demostrar lo que valéis. Él os admira por todo lo que habéis conseguido, sabe que no ha sido fácil y por eso siempre ha estado muy orgulloso de vosotras, y lo comprendo perfectamente; por lo que tengo entendido, tenéis una de las mejores agencias

del país. Por eso, cuando Cecilia llegó, Yago quiso brindarle la oportunidad que a vosotras os costó tanto conseguir.

Le miro emocionada y los ojos se me llenan de lágrimas. ¡Malditas hormonas! Es cierto, Camila y yo hemos tenido que tragar y luchar mucho para demostrar lo que valemos. No recuerdo lo que nos ha costado conseguirlo durante los últimos tres años, pero me acuerdo perfectamente de nuestra etapa en Estados Unidos. Nos juzgaron, nos criticaron, tuvimos que aguantar menosprecios y burlas, trabajamos hasta reventar... Pero aquí estamos y, efectivamente, a día de hoy tenemos el orgullo de poder decir que somos una de las mejores agencias del país.

Me levanto y me dirijo directa hacia donde están Yago y Cecilia, lo agarro a él del brazo y le miro con ternura. Él me observa extrañado.

—¿Estás mejor? —me pregunta.

—Como nueva —respondo guiñándole un ojo.

—Empieza el espectáculo —indica Cecilia señalando la mesa alargada al ver que varios camareros se afanan en despejarla y colocan las sillas, hasta ahora esparcidas en grupos por la estancia, en filas delante de ella—. Vamos —nos insta conduciéndonos hacia una de las últimas filas de sillas.

—¿Qué es esto? —pregunto intrigada.

—Espera y verás —responde ella con una sonrisa de oreja a oreja.

Un hombre de traje, que por lo que me dicen, es el representante de la cadena de supermercados que actúa como uno de los patrocinadores del evento, coge un micrófono y comienza a hablar.

—Buenas noches a todos —nos saluda sonriendo—. Espero que estén disfrutando de una fantástica velada. Nosotros, como empresa patrocinadora, estamos emocionados de poder aportar nuestro pequeño granito de arena para una causa que a todos nos ha tocado el corazón. Por ello, hemos preparado algo especial para hacer que esta noche sea más interesante todavía. —El hombre hace una pausa para recorrer las sillas con la mirada antes de continuar explicando la mecánica del juego—. Cinco parejas se colocarán en esta mesa. A uno de los miembros de la pareja se le tapan los ojos, y delante de ellos se colocarán tres platos de comida que su acompañante se encargará de darle a probar. Por cada ingrediente que acierten de cada plato, donaremos cien euros más a la recaudación de esta noche, y la pareja que más ingredientes acierte se llevará el trofeo de la noche.

Todo el mundo aplaude ante la iniciativa, me uno al aplauso colectivo y miro a Ceci preguntándome si ella formará parte de alguna de las parejas que

subirán a la mesa. Ella me mira también sin dejar de sonreír en ningún momento. Cuatro parejas se levantan y se colocan en posición. No, por lo que veo, Cecilia no va a estar entre ellas.

Un compañero de Yago que me han presentado hace un rato se acerca al patrocinador y le dice algo al oído, el hombre asiente y se acerca nuevamente el micrófono a la boca.

—Acaban de informarme de que nos falta una pareja, y menos participantes significa menos dinero, así que, ¿algún voluntario? —pregunta con voz animada.

Todos nos miramos unos a otros.

—Venga, no sean tímidos, les recuerdo que es por una buena causa —insiste el hombre sonriendo.

—El subinspector debería subir para dar ejemplo, estoy seguro de que él y su encantadora pareja estarán emocionados de colaborar con la causa —grita Carlos entre risas ganándose una mirada asesina por mi parte. Yago no se queda atrás y lo mira frunciendo el ceño, pero el resto de los bomberos de la sala, como no, comienzan a vitorearlo y a gritar.

—Venga, jefe, que no se diga.

—Da ejemplo, Yago.

—¿No resultará que ahora eres tímido, no?

—¿No tendrás miedo a perder?

—Te vamos a dar pal pelo, jefe.

Sus compañeros gritan entre risas mientras el patrocinador lo mira divertido esperando su respuesta. Yago suspira y me dirige una mirada de disculpa antes de preguntar:

—¿Te importaría mucho si vamos? —Y me susurra en el oído—: No pasa nada si no ganamos.

Yo le miro alzando las cejas.

—No solo vamos a ganar, los vamos a machacar —respondo en voz alta sonriéndole entre los aplausos y gritos de la sala, esta vez dirigidos hacia mí.

Ambos nos levantamos y nos colocamos detrás de la mesa, al igual que el resto de las parejas.

—No creo que esto se me vaya a dar demasiado bien —murmura en voz baja con cara de perrillo abandonado.

—Tranquilo, yo me encargo —contesto segura de mí misma, tendiéndole el antifaz que tengo que ponerme para no ver las diferentes preparaciones.

Yago se coloca a mi espalda para ajustar la cinta a mi cabeza.

Mi espalda roza su pecho y como hice al entrar en el parque, de nuevo aspiro el aroma que desprende. «¿Por qué huele tan bien?», me pregunto mientras él se inclina un poco sobre mi hombro.

—No te haces una idea de la de usos que se me ocurren para este antifaz —susurra con voz ronca en mí oído.

Su aliento acaricia mi cuello logrando que todas mis ya de por sí revolucionadas hormonas se disparen, y siento una sacudida de deseo recorrerme de arriba abajo con tanta intensidad, que tengo que morderme el labio para ahogar un gemido. Me recuerdo a mí misma dónde estamos, y más importante todavía, delante de quiénes estamos. La oscuridad que me proporciona el antifaz, unida a lo que Yago me hace sentir, parece haberme transportado a un universo paralelo; a una burbuja en la que el resto del mundo ha dejado de existir... Pero existe, existe y está sentado a solo unos pasos de nosotros; eso tengo que repetirme una y otra vez para evitar darme la vuelta y hacer algo de lo que me pueda arrepentir después, ya que, a pesar de que yo no veo a nadie, todo el mundo me ve a mí.

Yago, completamente ajeno —o quizás no tanto como yo creo— a lo que me está haciendo sentir, termina de atar el antifaz con calma y sus manos descienden lentamente por mi espalda desnuda, en una caricia suave y sutil que deja mi piel hipersensible allí donde sus dedos van tocando.

A duras penas, contengo un jadeo cuando, al colocarse nuevamente a mi lado, sus dedos acarician fugazmente los míos. ¿Pero qué pretende este hombre? ¿Si lo que quiere es matarme de un infarto, desde luego va por buen camino! Todos mis sentidos están concentrados en Yago, completamente ajenos a lo que sucede a nuestro alrededor: el sonido de su respiración levemente agitada, cada movimiento de su cuerpo; por ello, la voz del patrocinador me coge totalmente desprevenida haciéndome pegar un brinco.

—Vamos con la última pareja. Por favor, subinspector, destape el plato que tiene delante. —Le escucho decir.

Al cabo de unos segundos percibo un agradable olor a limón. Yago acerca un tenedor a mi boca y lo pruebo. Es un dulce, una tarta; lleva limón, pero también otra cosa... ¿Merengue? ¡Sí, es merengue! Por la textura deduzco que también contiene galleta o bizcocho. Galleta, creo que es galleta.

—Limón, huevo, azúcar y galleta —anuncio en voz alta.

—Efectivamente —afirma el patrocinador—. Está probando una deliciosa tarta de limón, con merengue y base de galleta.

El público aplaude, Yago me aprieta un segundo la mano, y siento cómo

me sonrojo.

—Vamos con el segundo plato —nos apremia a continuar el hombre que, con el micrófono en mano, se viene arriba y parece estar disfrutando.

Por segunda vez Yago acerca algo a mi boca. Intento distinguir su olor antes de probarlo, abro la boca, y unos sabores que conozco a la perfección me inundan el paladar. Son fresas bañadas en chocolate líquido.

—Fresas y chocolate —afirmo con rotundidad una vez me lo he tragado.

—Segundo acierto para nuestra última pareja, a ver si conseguimos tres de tres —nos anima el presentador, cada vez más emocionado, entre los aplausos del público. Este hombre se ha confundido de profesión, clarísimamente tiene vocación de presentador de realitys.

Esta vez no necesito que Yago acerque nada a mi boca, en cuanto destapa el plato un fuerte olor a café me hace apretar la mandíbula con fuerza y tragar saliva. No me gusta el café, nunca me ha gustado, pero desde que estoy embarazada ni lo soporto; su simple olor me produce náuseas. Consigo reprimir la primera arcada y cuando Yago acerca el tenedor a mi boca, me obligo a contener la respiración; quizás, si lo como sin respirar... ¡Qué va, imposible! En cuanto lo pruebo, una fuerte sensación de mareo me hace doblarme entera; me obligo a tragarlo prácticamente sin masticar.

—¡Café! —grito antes de quitarme el antifaz y salir corriendo a toda prisa hacia la puerta.

Siento los pasos de Yago tras de mí, pero ni me paro ni miro hacia atrás. «¡No puedo vomitar, no puedo vomitar!», me repito mentalmente mientras empujo la puerta que da al aparcamiento en la parte delantera del parque. El aire frío de la noche me hace temblar ligeramente pero, ignorándolo, cierro los ojos e inspiro profundamente intentando que la sensación de mareo abandone mi cuerpo. Yago está a pocos pasos de mí, pero me da el espacio que ahora mismo necesito. Se lo agradezco, no sabe cuánto se lo agradezco. Le escucho hablar con alguien, por la voz creo que es Cecilia; debe de haber salido a ver qué ha pasado.

—¿Se encuentra bien? —pregunta la chica.

—Sí, creo que solo se ha mareado.

—¿Necesitáis ayuda? —se ofrece ella.

—No, creo que nos iremos a casa, pero gracias, Ceci.

—Tranquilo, pero no debería quedarse así quieta mucho tiempo, la noche está muy húmeda y hace frío; en su estado no le conviene.

Les escucho hablar de mí como si no estuviese a tan solo unos metros,

pero los ignoro y me concentro en deshacerme del mareo; escucho unos pasos alejándose y una puerta que se cierra.

Una vez estoy segura de que no voy a vomitar y comienzo a respirar con normalidad, siento una chaqueta cubrir mis hombros. Yago se coloca detrás de mí y me frota los brazos con suavidad para ayudarme a entrar en calor.

—¿Estás bien? —pregunta girándome hacia él para estudiar mi expresión.

—Sí, perfectamente. Es que no soporto el café y a nuestra niña parece que tampoco le hace gracia —respondo pasándome una mano sobre el estómago.

Su mirada se dirige un momento a mi mano, pero enseguida vuelve a clavarla en mi cara. Lo veo estudiarme hasta que sus ojos encuentran los míos y me pierdo en ellos. Sus manos todavía acarician mis brazos, pero ahora lo hacen con lentitud; su mirada desciende y contemplo fascinada cómo sus ojos se oscurecen de deseo al posarse sobre mis labios. Está claro que yo también le afecto, y darme cuenta de ello me excita y me hace sentir segura de mí misma a partes iguales.

—Tienes algo aquí —indica con voz ronca, pasando su dedo índice por la comisura de mis labios.

Sus ojos vuelven a encontrarse con los míos, las piernas me tiemblan y en esta ocasión no es por el frío sino por sentir las yemas de sus dedos acariciando mis labios con delicadeza. Yago se acerca poco a poco a mí, reduciendo la distancia que nos separa hasta que esta es inexistente. Contengo la respiración sin atreverme a mover un solo músculo y ansiando que sus labios sigan el recorrido que sus dedos han marcado. Mis manos se agarran a sus brazos, no sé si por la necesidad de sostenerme o por el simple placer de tocarlo. Su cara se inclina sobre la mía tanto que casi puedo sentir sus labios sobre los míos, saborearlos... Me muero por probarlos. Le escucho murmurar mi nombre. Su respiración está tan acelerada como la mía. Cierro los ojos y entreabro mi boca para recibirlo y, de repente, siento cómo su cuerpo se tensa y se separa de mí lentamente. Parpadeando varias veces, se aleja un par de pasos y me veo obligada a soltarlo. Dejo caer mis manos y él se aclara la voz evitando mirarme.

—Vámonos a casa, vas a coger frío.

Sin más, como si hace un momento hubiésemos estado hablando del tiempo en lugar de a punto de besarnos, me da la espalda y echa a andar hacia el coche.

Yo me quedo parada en mitad del aparcamiento, clavada al suelo y sin dar crédito a lo que veo y escucho.

«¿¡Vámonos a casa, vas a coger el frío!? ¿¡En serio!? ¿¡Este chico es tonto o pierde neuronas jugando al póker!? ¡Que me va a coger el frío dice! ¡Ja! ¡Pero será imbécil!», pienso soltando un bufido y cruzándome de brazos. ¡Pero si estoy tan caliente que para estar a mi lado y no quemarse debería echarse protección solar factor cincuenta plus!

Ahora, que si piensa que puede ir por la vida poniéndome como una moto para después dejarme aparcada en el garaje... ¡Lo lleva claro!

—¿Vienes? —pregunta al llegar al coche y darse cuenta de que yo sigo plantada en el mismo sitio.

Le miro unos segundos fijamente mientras mi mente empieza a imaginar...

—Voy —respondo regalándole mi sonrisa más inocente. El pobre me mira más perdido que un gatito en una perrera.

«¡Voy, claro que voy!», pienso mientras camino hacia el coche. «¡Te vas a enterar tú si voy o no voy!»

«¡A ti te quito yo la tontería como que me llamo Lena! ¡Te vas a cagar, chavalín», pienso mientras me subo al coche y cierro la puerta.



Capítulo 10

YAGO

¡Una tortura! ¡Una puta tortura! Eso es lo que ha sido esta noche desde el mismo instante en que asomé la cabeza por la puerta de su habitación para ver si estaba preparada. Y lo estaba, vaya si lo estaba, ¡pero para matarme! Cuando la vi estaba de espaldas. El vestido plateado, aunque de manga larga, dejaba a la vista la delicada piel de su espalda desde el cuello hasta donde esta termina. Recorrí su figura con avidez, observándola como el lobo que acecha a un corderito esperando el momento de saltarle encima. Me repetí una y otra vez que debía mantener la compostura y lo logré, pero cuando se giró y vi cómo la tela se adaptada a cada una de sus curvas, cualquier atisbo de raciocinio desapareció; mis ojos se desviaron hacia su escote y me imaginé caminando hacia ella y arrancándole la ropa para liberar sus pechos; me imaginé llevándome sus pezones a la boca; la imaginé dejándose llevar, gimiendo, jadeando mientras gritaba mi nombre, retorciéndose de placer bajo mis manos; y tuve que hacer acopio de un autocontrol que estaba muy lejos de sentir, para decirle que la esperaba en el salón, y alejarme de allí antes de que cierta parte de mi cuerpo reventase mis pantalones.

Al llegar al parque de bomberos la cosa, lejos de mejorar, empeoró. A pesar de que ella parecía no darse cuenta, yo sí percibí la forma en que muchos de mis compañeros la miraban con admiración y deseo y, a decir verdad, no me extraña. Si ya de por sí cualquier día Lena es una mujer que llama la atención, hoy estaba espectacular, y eso no hizo sino despertar en mí un sentimiento de posesión y unos celos irracionales que nunca había sentido hasta que ella llegó a mi vida. De buena gana le hubiese puesto un letrero hecho con luces de neón encima de la cabeza, que pusiese “Mía, no tocar”, pero, en lugar de eso, tuve que conformarme con ver cómo ella, con su sonrisa, su naturalidad y la seguridad que desprende a cada paso que da, encandilaba a todo el que se acercaba a nosotros. Parecía cómoda en mi entorno. A pesar de que al llegar la noté algo cohibida, en cuanto cruzó la puerta de la sala la vi en su salsa, y eso me gustó y asustó a partes iguales.

El único momento de tensión que percibí en ella fue cuando conoció a

Cecilia. Tengo que admitir que después del mal rato que pasé con César ayer y el que me estaba haciendo pasar cada vez que mis compañeros la devoraban con la mirada, ver los celos reflejados en sus ojos al mirar a mi compañera me gustó y, a pesar de que suene raro, darme cuenta de que de alguna forma yo también le importaba me hizo sentirla un poco más mía.

La extrañé cuando fue a sentarse con Carlos, la extrañé estando en la misma habitación. ¿Cómo puede ser eso posible?

Después, cuando creí que la cosa por fin se había calmado, que iba a poder contenerme hasta llegar a casa y encerrarme en mi habitación, de repente la tuve delante de mí, con su cuerpo a escasos milímetros del mío y los ojos cubiertos con un antifaz. En ese momento mi mente cobró vida propia y nos imaginó a los dos con ese mismo antifaz en otras situaciones muy diferentes y, a mi parecer, mucho más interesantes... Incapaz de evitarlo, acaricié suavemente la piel desnuda de su espalda y la sentí temblar bajo mis dedos; rocé sus caderas y al notar cómo su cuerpo respondía, poco o nada me faltó para darle la vuelta y probar de una vez esos labios que llevaban tentándome toda la noche, esos labios que tan bien recuerdo y que cada noche en mis sueños hago míos una y otra vez hasta despertar sin aliento.

Di gracias al cielo cuando la vi salir corriendo y sin dudarlo la seguí. Cuando de nuevo la tuve frente a mí y leí en su rostro y en su forma de mirarme el mismo deseo que yo siento por ella, no pude contenerme más y me incliné hacia ella para besarla. Pero a punto estaba de tocar por fin sus labios con los míos cuando el miedo a volver a estropearlo todo y a perder lo que ahora tenemos me hizo detenerme y apartarme. Lena me miró confusa y yo, incapaz de soportar su expresión de reproche, me alejé dándole la espalda.

Así que aquí estamos, haciendo el viaje en silencio. Yo me concentro en conducir, en no pensar, en no desearla; y ella mira por la ventanilla sin decir una palabra. A saber lo que está pasando por su cabeza en este momento. Me encantaría preguntárselo, pero no me atrevo.

—Llegamos —digo en voz alta, a pesar de que es evidente, pues llevamos varios segundos aparcados delante del portal sin movernos ninguno de los dos.

Ella no responde; abre la puerta, se baja y comienza a caminar. La sigo sin decir palabra, entramos en el ascensor y Lena me mira fijamente, sonriendo mientras se muerde el labio inferior. Trago saliva sin despegar los ojos de su boca, con celeridad busco las llaves en el bolsillo, y en cuanto la puerta se abre, salgo a toda velocidad y abro la puerta de casa; necesito poner distancia

entre nosotros o no respondo. Su voz me deja paralizado en medio del salón.

—¡Yago!

Me giro despacio y la veo quitarse los zapatos y agarrarlos con una mano antes de acercarse hacia mí caminando lentamente. Veo tanta determinación en sus ojos, que trago saliva y retrocedo un paso. Cuando llega a mi altura se para delante de mí sin dejar de mirarme.

—¿Qué?

La tensión entre nosotros es evidente, el aire se enrarece a nuestro alrededor; la miro de arriba abajo y ella hace lo propio. Aprieto los puños para evitar agarrarla de una maldita vez y hacer lo que llevo deseando toda la noche; el poco control que me queda está a punto de irse por la misma puerta por la que nosotros acabamos de entrar y ella, mirándome de la forma en que lo hace, no me está ayudando nada a conservarlo.

—Solo quería darte las buenas noches —responde con voz dulce poniéndose de puntillas para depositar un suave beso en la comisura de mis labios, mientras deja caer los zapatos al suelo.

Cierro los ojos permitiendo que ese simple contacto de sus labios derribe las barreras que llevo toda la noche intentando levantar. Me rindo, no puedo más, no puedo ni quiero contenerme. Disfruto el momento y, por primera vez en días, o tal vez en semanas, me permito sentir y siento. La corriente que hay entre nosotros es demasiado intensa y evidente como para no sentirla, ella también lo hace. Intenta disimular, aparentar que no le afecta, que tiene el control; pero su respiración agitada, sus pupilas dilatadas y el temblor de sus manos la delatan. Su cuerpo grita lo que ella se esfuerza en acallar, los dos deseamos y necesitamos lo mismo.

Sin pensar en las consecuencias y dejándome llevar tan solo por el instinto, la empujo suavemente, aprisionando su cuerpo contra la pared, y lo aprieto contra el mío, sintiéndolo por fin como llevo deseando desde antes de lo que me atrevo a admitir.

Su corazón acelerado late con tanta fuerza, que siento sus latidos descontrolados golpear contra mi pecho como si del mío se tratase.

Lena tiembla, sin apartar sus vidriosos ojos de los míos, y yo me pierdo en ellos antes de abalanzarme a saquear su boca. Sus labios me reciben entreabriéndose, su lengua sale al encuentro de la mía, y cuando ambas se acarician, creo que mi pecho va a explotar. Lena ahoga un jadeo y enreda sus manos en mi pelo mientras las mías descienden por sus brazos bajando las mangas de su vestido. Lo arrastro dejando sus pechos al descubierto; son tan

perfectos como recuerdo. La miro con adoración antes de descender hacia ellos. Lena respira con dificultad, está tan excitada como yo; gruño de anticipación y la cojo en brazos para dirigirnos a su habitación. Ella engancha ambas manos alrededor de mi cuello mientras muerde con delicadeza el lóbulo de mi oreja; acelero el paso y empujo la puerta de su habitación con la pierna. Por suerte, está entreabierta y cede; por nada del mundo pienso separar mis manos de su cuerpo. Lena enciende la luz y camino hasta la cama dejándola caer en ella con delicadeza.

—¡Ay! —protesta entre risas sacando una caja cuadrada de debajo de su espalda.

—¿Qué es eso? —pregunto dirigiendo la mirada al objeto que sostiene entre sus manos. Es una caja no muy grande, roja, cerrada con un lazo dorado.

—¡No disimules, no hacía falta que me regalases nada! —responde ella sonriéndome mientras comienza a deshacer el lazo.

—No, en serio, no he sido yo —afirmo intrigado sin apartar los ojos de sus manos.

—Entonces debe de ser cosa de Cami... —El nombre de mi hermana muere en sus labios en cuanto destapa la caja, a la vez que su rostro pierde todo rastro de color.

Lena levanta la mirada hacia mí y el miedo que veo en sus ojos hace que se la arranque de las manos para comprobar por mí mismo qué puede contener para haber provocado esa reacción en ella.

Lo que veo en su interior me deja clavado al suelo, siento la sangre abandonar mi cuerpo y me siento en la cama, incapaz de despegar mis ojos de la imagen que contemplan.



LENA

No sé cuánto tiempo llevo quieta mirando el suelo. Ni siquiera he escuchado a Yago llamar por teléfono a Camila, a pesar de que, por cómo mi amiga entra en la habitación con la misma fuerza que un ciclón, seguida de Leo, no tengo duda de que no solo la ha llamado, sino que también la ha puesto al día. Camila se sienta en la cama a mi lado y me abraza con fuerza.

—Lena, cariño, ¿estás bien? —pregunta con voz dulce acariciándome con ternura la mejilla.

Me separo un poco de ella para mirarla fijamente a los ojos, a ella no puedo mentirle.

—No lo sé —murmuro—. No lo entiendo —añado negando con la cabeza.

—Escúchame bien, necesito que me expliques, palabra por palabra, qué ha pasado.

—No hay mucho que contar —respondo y me tomo unos segundos antes de continuar hablando—. Cuando regresamos de la cena en el parque de bomberos vinimos aquí y encontré la caja encima de la cama; al principio pensé que era un regalo de Yago; después, cuando él dijo que no tenía nada que ver, creí que sería cosa tuya. —Me tomo unos segundos, incapaz de seguir hablando—. Pero cuando la abrí... —intento continuar pero se me rompe la voz. Me escuecen los ojos y siento las lágrimas acumulándose en ellos, a punto de derramarse.

—Tranquila, no pasa nada —intenta reconfortarme Camila, abrazándome nuevamente y acariciándome la espalda lentamente—. ¿Visteis a alguien raro por el portal?, ¿os asegurasteis de que el piso estaba vacío? —pregunta de nuevo, ahora mirando a Yago, que está apoyado contra la pared con semblante serio y preocupado.

—Qué va, por la zona no había ni un alma cuando llegamos; el piso estaba vacío y la puerta cerrada con llave, tal como la dejamos.

—Lo primero que vamos a hacer es llamar a la policía y a un cerrajero; si la puerta estaba cerrada con llave y las llaves de Lena están dentro de esta caja, eso quiere decir que la persona que entró tiene otra copia.

Por primera vez desde que la destapé, me atrevo a mirar de nuevo el interior de la caja, y nuevamente lo que veo me revuelve el estómago. Por suerte, suena el timbre de la puerta y el sonido me hace apartar la mirada.

—Yo voy —se ofrece Leo, que no ha dicho nada desde que llegó.

Desaparece y al cabo de unos segundos vuelve seguido de César, quien inmediatamente se acuclilla delante de mí para tomar mis manos entre las suyas.

—Lena, ¿cómo estás? —me pregunta con el ceño fruncido.

—Bien —respondo intentando sonreír. Por instinto, alzo la mirada buscando a Yago y lo veo mirándonos con cara de pocos amigos. Me deshago de las manos de César y me acerco a él, que rodea mis hombros con su brazo

en un gesto protector.

—César, necesito que veas esto —demanda Camila llamando su atención al entregarle la caja.

César la coge y mira en su interior. Inmediatamente nos mira asombrado y, sentándose en la cama, vuelve a mirar dentro de la caja. Con cuidado, como si tuviese miedo de que se autodestruyesen (cosa que, por otro lado a mí no me importaría), saca las fotos y las llaves de la caja antes de volver a mirarnos.

—¿Había algo más dentro de la caja? —pregunta con voz seria.

—No, solo esas fotos y las llaves de Lena —responde Yago.

César asiente y, minuciosamente, observa cada una de las fotos. Son tres: en una se nos ve a César y a mí sentados tomando algo dentro de una cafetería; en otra aparezco yo sola, y solo se me ve por detrás porque estoy a punto de bajar por las escaleras mecánicas; y por último, una en la que aparezco tumbada en el suelo, inconsciente y con un lado de la cara cubierto de sangre.

—No hay duda, son del día que te caíste por las escaleras. Esta es justo antes del accidente, cuando estábamos tomando algo; esta otra te la tomaron cuando ibas a acceder a la escalera, y esta... Esta es la que más me sorprende —dice señalando la última foto sin dejar de mirarla—. Tuvo que ser justo en el instante de la caída porque enseguida te rodeó gente y aquí apareces completamente sola —nos explica agobiado.

—No lo sé, es que no recuerdo nada de ese día —niego con un hilo de voz, cada vez más confusa.

—¡Deja de decir antes de caerse! ¡Es evidente que Lena no se cayó, alguien tuvo que tirarla por la escalera! —exige Camila elevando el volumen antes de dirigirse a mí con voz más suave—. Lena, ¿cómo pueden tener tus llaves? ¿No notaste que te faltaban? ¿Cuándo fue la última vez que las usaste?

—No estoy segura. —Intento hacer memoria—. Ayer abriste tú y hoy lo ha hecho Yago, no recuerdo cuándo fue la última vez que las usé —confieso por fin sintiéndome todavía peor.

Camila, nada satisfecha, parece dispuesta a replicar, pero Leo, apiadándose de mí, pone una mano sobre su hombro y lo aprieta ligeramente para llamar su atención.

—Dale un respiro, Cami, está en shock; ahora mismo no creo que pueda darnos más información.

Ella lo mira dolida.

—Yo no pretendo agobiarla, Leo, solo quiero protegerla.

—Lo sé, cariño, pero ahora creo que no necesita más preguntas —opina

Leo abrazándola.

—Además, te recuerdo que yo estoy con ella —añade Yago.

—¿Eso tiene que consolarme? —pregunta ella mirándolo con el ceño fruncido.

—Camila, no te pases —la reprende él poniendo mala cara—. Lo mejor será que hoy todos nos vayamos a descansar; mañana por la mañana Lena y yo tenemos que ir al hospital a una ecografía, después iremos a la policía. Si mientras tanto vosotros os encargáis de que el cerrajero cambie la cerradura, sería genial.

Es cierto, mañana tenemos ecografía y aunque pueda parecer una tontería, el hecho de que Yago se haya acordado ha sido un bálsamo para mí en este momento. Lo miro y le sonrío; él me arrima un poco más contra su cuerpo.

—¿Y cuándo se ha decidido que seas tú quien vaya con ella a la ecografía? —pregunta Camila disgustada.

La miro sorprendida por la pregunta. Que Yago, siendo el padre, venga conmigo, me parece lo más natural del mundo. Yago la fulmina con la mirada.

—No creo que sea nada que haya que decidir. Soy el padre, obviamente voy a ser yo quien vaya —contesta con voz amenazante.

—¡Y yo soy su tía y, hasta ahora, la que ha ido con Lena a todas las revisiones! —replica Camila sin achantarse.

Los miro a ambos alternativamente, cada vez más perdida.

—¿No has venido a ninguna revisión? —pregunto extrañada a Yago. Él se revuelve incómodo a mi lado. Busco sus ojos intentando encontrar alguna explicación en ellos, pero él evita mirarme.

—No, esta va a ser la primera a la que vaya —confiesa en voz baja.

—¿Y cómo es que no has venido a ninguna? ¿No querías venir? —insisto, cada vez más extrañada.

Siento su cuerpo a mi lado cada vez más tenso. Yago aparta el brazo que hasta ahora cubría mis hombros y ahora sí me mira fijamente.

—¡Por supuesto que quería ir! —alza la voz ofendido.

—¿Entonces por qué no venías? —vuelvo a preguntar sin entender nada. Vale que no estábamos juntos, eso lo sé, pero no me parece motivo suficiente como para que Yago no haya estado presente en ninguna de las revisiones de nuestro bebé, si él realmente quería hacerlo.

—Tú te sentías más cómoda conmigo —responde Camila dirigiéndose a mí por primera vez desde que empezaron a discutir. La miro analizando su expresión. Al igual que Yago, está tensa, pero decido no darle mayor

importancia y dejar el tema. ¡Al fin y al cabo, con la novecita que llevamos, como para no estarlo!

—¡No me parece bien que vayas tú! En otras circunstancias sí, pero así... —replica Camila mirando de nuevo a su hermano.

—¡Me importan una mierda las circunstancias, Camila! ¡Le pese a quien le pese, yo y solo yo soy el padre de este bebé, y yo seré quién vaya! —la interrumpe Yago, cada vez más alterado.

—¡Eso será si a Lena le parece bien! —grita Camila.

—¿Por qué no va a parecerme bien? —pregunto.

—¡Eso digo yo! ¿¡Por qué no va a parecerle bien!? ¡Te recuerdo que compartimos casa! —contesta Yago perdiendo la paciencia.

—¡Basta ya los dos! —exclamo levantando la voz—. Primero, no quiero gritos delante de mi bebé —los regaño, molesta, tocándome la barriga—. Y segundo, no sé cómo hemos organizado esto hasta este momento porque por desgracia no lo recuerdo, pero a no ser que alguien tenga algún motivo por el que no deba ser así, por lógica será Yago quien me acompañe a todo lo que tenga que ver con el bebé a partir de ahora.

Todos nos quedamos callados.

—¿De verdad no vas a decir nada? —pregunta César a Camila, completamente indignado.

—¿Qué se supone que tienes que decirme? —me dirijo a Camila cruzándome de brazos. Ella se queda en silencio, mira a Yago, después a Leo, y a continuación a mí—. ¿Cami? —repito esperando su respuesta.

—Nada importante —acepta finalmente, suspirando.

—¡Increíble! Yo me largo, aquí no pinto nada —farfulla César antes de salir dando un portazo.

Camila me dirige una mirada dolida y me siento mal por ella. Una voz dentro de mí me advierte de que ella no solo está así por no poder venir conmigo, de que pasa algo más, pero decido ignorarla.

—Cami, tú siempre serás su tía, mi hermana. Pero Yago es su padre, es natural que quiera estar en la ecografía; sería injusto que no estuviese ¿no crees? —pregunto sonriéndole con cariño.

Ella nos mira a su hermano y a mí hasta que finalmente da su brazo a torcer.

—Está bien, pero quiero ver esa ecografía en cuanto volváis —exige señalándome con el dedo.

Leo carraspea llamando nuestra atención.

—Ahora que habéis terminado, vamos a hablar de cosas más importantes —dice logrando que todos volvamos la vista hacia él—. Hasta que mañana cambien la cerradura, no me parece prudente que os quedéis aquí a pasar la noche, veniros a casa con Cami y conmigo.

Lo pienso durante unos segundos. Ha sido una noche larga en todos los aspectos y estoy agotada, necesito descansar y, la verdad, opino igual que Leo; no creo que vaya a pasar nada, pero lo cierto es que no creo que me sienta segura en este piso hasta que cambiemos la cerradura, por lo que asiento.

—Gracias, Leo, yo también creo que será lo mejor.

—Danos cinco minutos para coger un par de cosas y ahora mismo nos vamos. Llevaremos los dos coches, así mañana nosotros iremos directos al hospital y no necesitaremos pasar por aquí antes —explica Yago.

Así lo hacemos. Acompañada de Camila, que no me deja sola ni cuando le digo que tengo que ir al baño, meto en una mochila algo para dormir y una muda para mañana. Mientras, Yago hace lo propio en su habitación, y en menos de cinco minutos estamos saliendo de mi piso. Me cuesta admitirlo y ni loca lo reconocería en voz alta, pero en cuanto salimos del que se supone que es mi hogar, me siento mucho más tranquila.



Capítulo 11

YAGO

El dúplex en el que temporalmente viven mi hermana y Leo se encuentra a tan solo unos minutos andando del piso de Lena, por lo que, antes de darnos cuenta, estamos entrando en el amplio salón que forma, junto con la cocina, el aseo, y una gran terraza, la planta baja del piso. La parte superior del mismo se compone de cuatro habitaciones: la que ellos ocupan, un estudio en el que Leo sigue componiendo y trabajando, y dos habitaciones de invitados, todas con baño propio. Tanto Lena como yo hemos estado en muchas ocasiones aquí, pero esta es la primera vez que nos quedamos a dormir.

—¿Queréis comer algo? —pregunta mi hermana.

—Solo quiero dormir, estoy cansadísima —responde Lena conteniendo a duras penas un bostezo.

—Yo también, entre la cena y demás, ha sido un día largo.

—Es cierto, ¿qué tal os ha ido en el parque de bomberos? ¡Con todo este lío se me había olvidado preguntaros! —exclama Camila mirándonos con curiosidad.

Imágenes nítidas de determinados momentos de la noche asaltan mi mente y, a pesar de lo inoportuno del momento, siento un intenso calor recorrer todo mi cuerpo. Miro de reojo a Lena y la veo sonrojarse.

Un sonriente Leo, para quien estoy seguro de que no ha pasado desapercibida nuestra reacción, decide echarnos una mano.

—Mañana tendrás tiempo de sobra para interrogarlos y torturarlos si es necesario, pero ahora es tarde, déjalos descansar.

—Pero... —protesta Cami, pues también se ha dado cuenta de nuestro comportamiento y no está por la labor de irse a dormir sin detalles.

—Pero nada, venga, vámonos —la interrumpe Leo poniéndole un dedo sobre los labios y tomándola de la mano para llevarla escaleras arriba.

Les seguimos por las escaleras. Leo, sin dar tiempo a Camila a pararse, se gira un momento y nos guiña un ojo.

—Buenas noches, chicos, estáis en vuestra casa —se despide antes de entrar en su habitación y cerrar la puerta.

Desde el pequeño pasillo escuchamos protestar a Camila y ambos nos miramos.

—¿Sabes que esto solo es una prórroga, verdad? —pregunto sonriendo.

—¡Claro que lo sé! —responde ella negando con la cabeza.

—Buenas noches, Lena, descansa —digo con suavidad depositando un beso en su frente.

—Buenas noches —responde en voz baja cerrando los ojos al contacto de mis labios sobre su piel.

Con trabajo, me separo de ella y entro en una de las habitaciones. Una vez dentro, me cambio el incómodo traje que todavía llevo puesto por un pantalón corto de deporte, y me meto en la cama dispuesto a dormir pero, al cerrar los ojos, imágenes de Lena se reproducen en mi cabeza una tras otra. Estaba preciosa con su vestido de fiesta; recuerdo su forma de caminar destilando confianza, la sensación de acariciar la piel desnuda de su espalda en la cata, el sabor de sus labios, el deseo reflejado en su mirada; pero también recuerdo las imágenes de las fotos, su cuerpo inerte en el suelo manchado de sangre, y me pongo a dar vueltas, incómodo, entre las sábanas. ¡Cómo me gustaría tenerla a mi lado, aunque solo fuese para tenerla entre mis brazos mientras duerme! Los minutos pasan y yo sigo moviéndome por la cama, incapaz de conciliar el sueño. Al final, cansado, me incorporo y cojo el móvil para mirar la hora; son casi las dos de la madrugada. Mis dedos parecen tener voluntad propia y le escribo un mensaje.

Yago: «Gracias por venir conmigo esta noche.»

Poso de nuevo el teléfono en la mesilla de noche y me froto la cara con ambas manos. Voy a acostarme de nuevo, cuando mi teléfono vibra.

Lena: «Gracias a ti por llevarme, ha sido una gran noche a pesar de todo.»

Leo el mensaje una y otra vez antes de contestar.

Yago: «Lo ha sido, a pesar de que no esperaba que terminase así...»

Espero contestación, pero no llega ningún mensaje. Cuando ya creo que no va a responder, el teléfono vibra de nuevo.

Lena: «¿Puedo hacerte una pregunta?»

Yago: «Dispara»

Lena: «¿Soy mala persona?»

Leo su último mensaje una y otra vez con incredulidad y, sin dudarlo, salto de la cama.



LENA

Estoy esperando su respuesta sin apartar los ojos de la pantalla, cuando siento unos suaves golpes en la puerta.

—Pasa —digo en voz baja, segura de quién se trata.

Yago abre la puerta, entra y se sienta en la cama a mi lado, observándome con el ceño fruncido.

—¿Por qué me preguntas eso? —pregunta incrédulo.

—He estado pensando desde que he abierto esa caja. En realidad, no tengo ni idea de lo que he hecho los últimos tres años, y es duro no saber si le he hecho algo malo a alguien. Intento recordar, Yago, te juro que lo intento, pero no soy capaz —musito con voz derrotada—. Y es que es así como me siento. Hasta ahora, el hecho de no recordar mi pasado más reciente me incomodaba y por momentos me producía algo de ansiedad; pero desde que he abierto esa caja, la necesidad de recordarlo todo es cada vez más acuciante. Intento recordar algo, lo que sea, pero no lo consigo, y cada intento fallido me desmoraliza más y más. ¿Por qué alguien querría lastimarme? ¿Habré hecho algo que lo haya provocado? Mil preguntas se agolpan en mi cabeza y no consigo responder ninguna. ¡Es desesperante!

Su gesto se dulcifica al mirarme a los ojos.

—Lena, tú no harías daño ni a una mosca, eres la persona más dulce y empática que conozco.

—¡Pero algo ha tenido que pasar!, ¡algo he tenido que hacer para que alguien me tenga tanta inquina como para hacer algo así! —protesto con voz ahogada.

—Escúchame bien —pide él tomando mis manos entre las suyas—. No

pienses ni por un momento que tú tienes la culpa de algo de lo que ha pasado porque no es verdad. —Aprieta un poco mis manos y continúa hablando—: No puedo decirte quién está detrás de todo esto o por qué lo ha hecho porque no lo sé, pero lo que sí sé, es que una persona normal no haría algo así, y lo que te garantizo es que tú no has hecho nada malo. Eres una de las mejores personas que conozco, Lena. Puede que tú no lo recuerdes ahora mismo, pero para eso estoy yo aquí, para hacer que no se te olvide —susurra acariciando mis muñecas con sus pulgares. Una lágrima desciende por mi mejilla y Yago me abraza.

—Quédate conmigo —pido con un hilo de voz.

Sin decir nada más, separa las sábanas de la cama y se acuesta a mi lado. Me atrae contra su cuerpo y yo me dejo llevar; apoyo la cabeza sobre su pecho mientras sus brazos me rodean y acarician la espalda delicadamente. Cierro los ojos y poco a poco me voy relajando.

—¡Una patada! —exclamo de repente, incorporándome.

—¿Una patada? —repite Yago mirándome confuso.

—¡Sí! ¡Una patada! ¡La bebé ha dado una patada! —explico emocionada.

Es la primera vez que siento moverse al bebé con tanta claridad, es una sensación increíble, y el hecho de que haya sido cuando estamos los dos juntos lo hace todavía más especial.

Yago se incorpora también, veo la emoción reflejada en su rostro.

—¿De verdad? —Asiento sonriendo. Me acuesto de nuevo, cojo su mano y la coloco sobre mi barriga en la zona en la que hace unos segundos he sentido el movimiento.

Los dos nos quedamos quietos, muy quietos, esperando a ver si se repite.

—¡Madre mía! —grita Yago con los ojos abiertos como platos al sentir el golpecito contra su mano.

Se inclina sobre mí, levanta un poco la camiseta que me cubre, y en un gesto tan tierno que hace que el corazón me estalle dentro del pecho, besa con suavidad la zona en la que nuestro bebé se ha movido y le habla con voz suave.

—Soy papá, estoy deseando conocerte.

Deposita un nuevo beso tan delicado como el anterior sobre mi piel, se recuesta a mi lado sonriendo y, mirándome con intensidad, por un instante no existen la caja, ni la amnesia, ni nada que empañe nuestra felicidad; por un momento solo existimos nosotros y nuestro bebé.

De nuevo apoyo la cabeza en su pecho y él me rodea con su brazo, me dejo envolver por el calor de su cuerpo y poco a poco voy quedándome dormida, sintiendo por primera vez desde que tuve el accidente, que estoy justo donde debo estar.



YAGO

Despierto al sentirla revolverse a mi lado, abro los ojos poco a poco y la observo detenidamente, sin moverme ni atreverme siquiera a respirar para no romper el hechizo en el que parece sumida. Acostada de lado, duerme profundamente. El sol que entra por la ventana arranca destellos cobrizos de su cabello oscuro esparcido sobre la almohada, y la expresión de serenidad de su rostro la hace parecer una visión. Durante unos segundos, yo mismo dudo si estoy despierto o soñando. Movido por una fuerza invisible que soy incapaz de controlar, acerco mis labios a los suyos para depositarlos sobre ellos con suma delicadeza. Es tan solo un roce, un beso efímero, pero suficiente para hacerme comprender que es así como quiero despertar cada mañana, todos los días del resto de mi vida.

Incapaz de apartarme, acaricio su mejilla y ella se mueve ligeramente, aprieta los párpados con fuerza y arruga la nariz, en un gesto que me hace sonreír, antes de abrir un poco los ojos.

Lejos de apartarse para poner distancia entre nosotros, Lena se acerca más a mí, sus ojos buscan mis labios, y no necesito más para lanzarme a por su boca. Ella ahoga un gemido al sentir mi lengua abrirse paso y encontrarse con la suya, y me excito todavía más. Mis manos acarician su pecho sobre la camiseta pellizcando sus endurecidos pezones, y creo volverme loco cuando Lena acaricia mi prominente erección por encima del pantalón. Muerdo su labio inferior y jadeo de placer. Mi lengua recorre su cuello, levanto su camiseta y mis pupilas se dilatan al encontrar lo que esta esconde. Durante un momento la miro; me parece increíble tenerla así, en mi cama, dejándose llevar.

Sin dejar de mirarla para observar cada una de sus reacciones, con las palmas de las manos acaricio sus pechos. Lena se retuerce y se agarra a las

sábanas; paseo mi lengua alrededor de sus pezones sin llegar a tocarlos y la escucho gemir de nuevo. Soltando un gruñido, soplo sobre sus pezones antes de introducirme uno en la boca para atraparlo entre mis dientes, a la vez que torturo el otro con los dedos.

Mi mano se cuela por su pantalón, y ella inmediatamente separa las piernas para mí. Acaricio la fina tela de su braguita, que encuentro empapada y, complacido, golpeo suavemente su clítoris por encima de la tela; ella se arquea echando la cabeza hacia atrás.

Mi boca suelta su pecho y comienza a descender lentamente sembrando un reguero de besos hasta la cinturilla de su pantalón. Lena contiene la respiración y a mí me cuesta horrores no arrancarle ahora mismo ese pantaloncito que lleva mañanas torturándome e introducirme en ella de golpe para aplacar este deseo casi doloroso que siento por ella. Pero quiero ir poco a poco, quiero que lo desee tanto como yo, que lo necesite, que se retuerza de placer entre mis brazos. Mis manos enganchan su pantalón y tiro de él hacia abajo, deslizándolo por sus piernas hasta dejarlo caer. Aparto las sábanas y miro su cuerpo con lujuria, me deslizo hasta el final de la cama y mi lengua va ascendiendo desde su tobillo, por la cara interna de su pierna, con agónica lentitud. Escucho su respiración acelerada; tenerla así, a mi merced, me pone todavía más. Justo cuando llego a la costura de la braguita, retrocedo un poco negándome a entregarle tan fácilmente lo que anhela. Ella gime, se retuerce incómoda, y abre más las piernas en una clara invitación que no pienso desaprovechar. Mi lengua se posa sobre la mojada tela empujándola hacia un lado, y siento su cuerpo tensarse de excitación.

—¡Lena, arriba dormilona! —grita Camila entrando en la habitación a grito pelado.

Mi hermana se tapa la boca con la mano y abre tanto los ojos, que temo que le vaya a dar un pasmo.

—¡No me lo puedo creer! —vuelve a gritar, incapaz de despegar los ojos de la escena que acaba de encontrarse.

Yo rescato a toda prisa la sábana del suelo y nos cubro con ella a mí y a Lena, que mira completamente descolocada a Camila.

—¿No sabes llamar a la puerta? —pregunto molesto a mi hermana, que todavía sigue petrificada. Alertado por los gritos, Leo se asoma detrás de ella.

—¿Qué pasa? —pregunta antes de reparar en nosotros. Al contrario que Camila, que parece horrorizada, mi amigo nos muestra su sonrisa más socarrona—. ¡Ah, ya veo! —dice simplemente sin dejar de sonreír.

—¡Claro que lo ves, como para no verlo! —contesta Camila sin mirarlo siquiera.

—¡Venga, vamos, déjalos tranquilos! —Leo la agarra por los hombros y la gira para llevársela de la habitación—. Vamos a desayunar. —Le escucho decir mientras se alejan por el pasillo.

—¿Desayunar? Se me ha cerrado el estómago —espeta Cami con voz angustiada.

—¡Qué vergüenza, por favor! —exclama Lena levantándose a toda prisa para ponerse el pantalón corto que yo he tirado al suelo hace un rato.

—¿Vergüenza por qué? ¿Qué crees que hacen Camila y Leo por las noches?, ¿jugar al ajedrez? —bromeo intentando tranquilizarla.

Ella, sin hacerme ni caso, sale de la habitación a toda prisa, por lo que, de mala gana, me pongo una camiseta y la sigo.

Al llegar a la cocina, veo a Camila removiendo su café compulsivamente, sin levantar los ojos de la taza. Leo, sin embargo, nos dedica una amplia sonrisa.

—Buenos días —saluda Lena segundos después de sentarse, para romper el hielo.

—¡Para unos más que para otros! —responde Camila de mala gana—. ¿Se puede saber qué era eso de ahí dentro? —añade mirando fijamente a Lena, que enrojece ligeramente.

—El hecho de que tengas que preguntarlo, no deja a Leo en muy buen lugar —contesto con ironía.

—¡A mí no me metas en tus guerras, colega! —Se ríe Leo, pasando por mi lado y dándome una palmada en el hombro—. Tienes que reconocer que la imagen era bastante... gráfica, para estas horas de la mañana —añade riéndose y guiñándome un ojo—. ¡Pero oye, cada uno desayuna lo que quiere, no seré yo quien lo discuta! —Se carcajea el muy cabronazo.

Lo está disfrutando el muy desgraciado y, en realidad, si recuerdo mi reacción después de que lo pillase con Cami la primera vez... La verdad, no puedo reprochárselo.

Él parece darse cuenta de los derroteros que están siguiendo mis pensamientos y sus ojos brillan divertidos.

Lena, visiblemente incómoda, se bebe un vaso de zumo a toda prisa y escapa como puede para cambiarse. En cuanto ella desaparece, mi hermana me mira enfadada.

—¡Te estás aprovechando de ella! —me acusa.

—¡No me estoy aprovechando de ella! ¡Te aseguro que Lena no estaba a disgusto ni sufriendo precisamente! —me defiendo a pesar de que sé que no se refiere a eso.

—¡No lo digo por eso y lo sabes! Está confundida, no recuerda lo que pasó y tú estás aprovechándote de eso. Si Lena no hubiese perdido la memoria, no te querría a menos de tres metros de distancia. Estás aprovechando que no recuerda lo que le hiciste para acercarte a ella —me recrimina Camila negando con la cabeza.

Una punzada de culpa se clava en mi pecho dolorosamente. Me acerco a mi hermana y la miro con tristeza.

—Sé que esta no es la situación ideal para empezar algo, pero necesito estar con ella. Quiero estar con ella y ahora tengo la oportunidad de demostrárselo; de demostrarle que estoy a su lado y lo que siento de verdad. No puedo desaprovecharla, Cami, lo siento pero no puedo.

Ella niega de nuevo con la cabeza; sus ojos pasan del enfado a la tristeza antes de mirarme fijamente.

—No va a funcionar. Lo que estás empezando no es real porque está levantado sobre un engaño, y así es como se sentirá Lena. Sentirá que te has aprovechado de su amnesia, que la has engañado, y te quedarás sin nada —sentencia ella, haciendo que un escalofrío recorra mi espalda.

—Puede ser —admito—. Pero los dos sabemos que esta es mi única oportunidad para estar con ella, tengo que intentarlo.

—¿La quieres, Yago?, ¿o esto es solo un calentón? —pregunta mi hermana con la duda reflejada en su rostro.

Yo no tengo ninguna duda al respecto.

—La quiero, quiero estar con ella y con nuestro bebé. Cada día que paso a su lado, lo que siento por ella se vuelve más grande, Cami. No es un capricho, es de verdad.

Camila suspira y me mira con tristeza.

—Me alegro de que por lo menos en eso estés siendo honesto. Entiendo que necesites intentarlo, pero lo siento por ti, Yago, porque si lo que me dices es verdad, la hostia que te vas a pegar va a ser todavía más grande —afirma apenada.

La abrazo y beso su cabeza con suavidad sin dejar de pensar una y otra vez en sus palabras.



Capítulo 12

LENA

Después de nuestro intenso desayuno con Camila y Leo, nos dirigimos al hospital. Vamos a aprovechar el viaje, ya que tengo también cita con el neurólogo para evaluar cómo va mi recuperación, y hemos decidido que al salir pasaremos por la policía para denunciar lo ocurrido anoche.

Durante el trayecto los dos permanecemos callados. No sé qué le estará pasando a Yago por la cabeza, pero lo que soy yo, cada vez que le miro no puedo evitar recordar sus manos y su boca sobre mi cuerpo. Le observo de reojo y, como cada vez que le miro, siento que se me acelera el corazón. No soy tonta y, a pesar de que no lo diga en voz alta o prefiera no pensar en ello, sé perfectamente que lo que siento por él no es un capricho o un rollo más; es intenso, es diferente y, sobre todo, es real, es de verdad.

Cada día que paso a su lado siento que nuestro vínculo y relación se estrecha y se hace más fuerte. Yago me transmite tranquilidad, complicidad y seguridad. Es una tontería, pero con él a mi lado me siento capaz de comerme el mundo, y la sensación me gusta y aterra a la vez.

—Ya estamos aquí —anuncia mientras aparca.

Le sonrío con nerviosismo y ambos nos bajamos del coche. Cuando llega a mi lado, Yago me mira y entrelaza sus dedos con los míos.

—¿Preparada? —pregunta sonriendo.

—Preparada —afirmo. Y es cierto que lo estoy, hoy me siento preparada para todo.

Entramos en el enorme hospital y nos dirigimos al área de neurología. Prácticamente no tenemos que esperar nada antes de que el neurólogo me haga pasar para realizarme las pruebas pertinentes. Una vez terminadas, me manda de vuelta a la sala de espera, donde Yago me espera nervioso.

—¿Qué tal ha ido? —pregunta en voz baja en cuanto tomo asiento a su lado.

—Ni idea, no me han dicho nada —respondo en un susurro. Yago besa mi frente en señal de apoyo y de nuevo sostiene mi mano entre las suyas.

La puerta se abre minutos después y una enfermera pronuncia mi nombre.

—Puedes venir conmigo —le digo a Yago, que no sabe si permanecer sentado o levantarse para acompañarme. Él asiente y, unidos de la mano, entramos en la consulta del neurólogo.

—Buenos días —nos saluda él sonriendo afablemente antes de darnos la mano a ambos—. ¿Qué tal te has encontrado estos días, Lena? —pregunta mientras revisa el resultado de las pruebas a las que acabo de someterme.

—Bien —respondo escuetamente. Los hospitales, médicos y demás, siempre me han puesto nerviosa, y todavía lo hacen.

—¿Has notado algún cambio? —insiste levantando la vista de los papeles para fijarla en mí.

—No, nada nuevo.

Él asiente pensativo.

—Pues no creo que tardes mucho en comenzar a notarlos, la superficie lesionada se ha recuperado significativamente, por lo que el área afectada es cada vez menor. Tu recuperación está siendo incluso mejor de lo esperado. Felicidades, Lena —informa el médico sonriente.

—¿Eso qué quiere decir exactamente? ¿Cuánto tiempo cree que puede tardar en recuperar la memoria? ¿Recuperará recuerdos parciales o totales? —pregunta Yago con voz tensa.

—No podemos asegurar con exactitud cuánto tiempo puede pasar, pueden ser días o alguna semana, pero por los resultados de las pruebas, no creo que pase demasiado tiempo antes de que recupere la memoria. En cuanto a los recuerdos, Lena recuperará la totalidad de ellos. Es posible que al principio sufra algunas lagunas pero, en el caso de padecerlas, estas irán disminuyendo poco a poco.

—¡Es una noticia estupenda! —afirmo emocionada—. ¿Verdad, Yago?

Él, que está estático en su silla, sonrío asintiendo.

—Sí, sí que lo es.

—Creo que ya os lo habíamos comentado, pero me gustaría recordaros que el momento de recuperar la memoria después de una amnesia, sobre todo cuando se trata de amnesias duraderas en el tiempo como la que Lena ha sufrido, puede ser abrumador y agobiante para muchos pacientes. No dudes en pedir ayuda psicológica en el caso de necesitarla, Lena. También me gustaría que en cuanto recuperes la memoria pidas cita para poder evaluarte nuevamente, si esto sucede antes de nuestra próxima revisión —continúa explicando el médico—. ¿Alguna pregunta?

—No, muchísimas gracias por todo —respondo mientras me levanto y le

doy nuevamente la mano para despedirme antes de salir de la consulta, seguida por Yago, que camina a mi lado más serio de lo normal.

—¿Qué te pasa? —pregunto extrañada.

—Nada —contesta sin mirarme.

—¿Cómo que nada? Estás raro desde que hemos entrado a la consulta.

—Me preocupa un poco lo que ha dicho el médico sobre que la recuperación de la memoria puede ser agobiante para algunos pacientes. Eso es todo —contesta él forzando una sonrisa.

Estoy tan contenta, que decido quitarle importancia y lo abrazo por la cintura.

—Tranquilo, eso no va a pasar, y si pasa, tú estarás a mi lado, ¿verdad?

—Le miro arqueando las cejas, segura de la respuesta sin necesidad de que la pronuncie.

—Verdad —asiente mirándome con intensidad.

Nos dirigimos a ginecología; aquí tenemos que esperar algo más antes de que nos hagan pasar. El ginecólogo, un hombre algo entrado en años, que ha seguido mi embarazo desde el principio, nos saluda sonriente.

—Buenos días a los dos, qué bien acompañada te veo hoy, Lena.

—Sí, no podría tener mejor compañía. —Sonrío feliz mirando a Yago, que parece más animado.

—Bueno, ya sabes cómo va esto, prepárate y vamos a ver a ese bebé.

Minutos después estoy tumbada con Yago a mi lado sin perder detalle, escuchando el corazón de nuestro bebé latir a toda velocidad, mientras me realizan la ecografía.

—¿Queréis saber el sexo? —pregunta el médico.

—Yo ya sé que es niña, pero puede confirmármelo —anuncio, segura de mis palabras.

El hombre me mira sorprendido y se echa a reír.

—Efectivamente, es una niña. Estás embarazada de veintiséis semanas y cuatro días.

—Lo sabía —confirmo con un hilo de voz, mirando a Yago con los ojos llenos de lágrimas. Este, visiblemente emocionado, deposita un suave beso sobre mis labios, incapaz de decir una palabra.

—Es nuestra pequeña guerrera —susurro.

—Como su mamá —añade Yago, mirándome con amor. Porque sí, estoy segura de que lo que distingo en sus ojos es amor, y no puedo ser más feliz por ello.

Una vez vestida de nuevo y sentada ante el ginecólogo, este nos explica.

—Todo parece estar bien. Sin embargo, has cogido muy poco peso durante lo que va de embarazo y el del feto es demasiado justo para la semana en la que estás. No es preocupante porque todavía tiene tiempo para engordar y crecer, pero deberías intentar comer más para curarnos en salud y que no llegue muy bajo de peso al termino del embarazo.

—Lo intentaré, es que hasta hace poco vomitaba todo lo que comía —explico.

—Tranquila, le pasa a muchas embarazadas. A partir de ahora lo llevarás mejor en ese sentido, y si no es así, pide cita y te daremos algo para las náuseas. Pero tienes que ganar peso —indica él mirándome a mí antes de dirigir la vista a Yago—. Que haga por lo menos cinco comidas al día; no es necesario que sean grandes cantidades, pero es muy importante que coma a menudo.

—Así lo haremos, muchas gracias por todo —le asegura Yago antes de coger la ecografía de nuestra niña y despedirse del médico.

Abandonamos el hospital y, al contrario que cuando salimos de la consulta del neurólogo, en esta ocasión a Yago la sonrisa no le cabe en la cara.

—¿Cómo sabías que era niña? —pregunta divertido.

—No lo sé, instinto supongo. Lo sentía —respondo acariciándome la barriga.

—La niñita de papá —dice él con voz orgullosa.

—¡Oye! ¡Y de mamá! —le corrijo riendo.

El resto de la mañana pasa volando; los dos estamos como en una nube. Llamo a Camila para darle la noticia y después pasamos por la comisaría. Aquí nos tiramos un montón de tiempo, y cuando salimos ya es hora de comer.

Yago insiste en ir a tomar algo a un centro comercial para aprovechar y comprar algunas cosas para la niña; ahora que ya sabemos el sexo, Yago está embalado y no hay quien lo pare. Acepto sonriendo, encantada de verle tan feliz. Estoy segura de que va a ser un gran padre, no hay más que ver cómo se preocupa y me cuida a mí para imaginar cómo será con nuestra hija. Sé que no fue un embarazo buscado pero... «Mi hija no podría tener mejor papá y yo no podría tener mejor compañero para criarla», pienso emocionada. Le veo revolver entre la ropa de niña, completamente absorto en lo que hace, y mi corazón da un vuelco.

No sé qué sucederá entre nosotros en un futuro; lo que siento por él es fuerte, muy fuerte, pero el miedo a que esto no salga bien también lo es. Mi

corazón dice una cosa y mi cabeza otra, la única duda es, ¿a cuál de los dos debo hacerle caso?



YAGO

Fue una mañana extraña y una mezcla rara de sentimientos bullía en mi interior. A la preocupación de qué pasará en el momento en que Lena recupere la memoria, se unió la emoción de escuchar el corazoncito de mi bebé y la alegría de saber que es una niña, porque sí, le hubiese querido con toda mi alma fuese lo que fuese, pero me muero por tener entre mis brazos a una *miniLena*; una princesita, la princesita de papá. Lo pienso y sonrío como un imbécil al entrar en el parque de bomberos para empezar mi turno. Después de comer y de hacer algunas compras para la niña, he dejado a Lena con Cami y Leo y he venido a trabajar.

Mi trabajo me encanta, siempre lo ha hecho y dudo que algún día deje de hacerlo, pero hoy me ha costado separarme de Lena mientras esta le enseñaba a una emocionada Cami todas nuestras adquisiciones. Mi hermana me ha mirado emocionada y, creo que por primera vez desde que se enteró de que Lena está embarazada, no he visto acritud ni reproche en sus ojos al hacerlo, solo felicidad.

No se lo reprocho, sé que no puedo hacerlo; Lena es una hermana para ella y entiendo que esté dolida por lo que pasó. Pero la echaba de menos; echaba de menos a mi Cami. Por eso, cuando ha venido a abrazarme con cariño no he podido evitar sentirme conmovido.

Entro en mi despacho y lanzo la bolsa a una esquina del suelo; saco la ecografía de mi bolsillo y la miro, incapaz de borrar la sonrisa de mi cara. Justo en ese momento, una voz me hace levantar la cabeza.

—Jefe, vamos a salir a hacer maniobras hoy, ¿verdad? —pregunta Ceci entrando en mi despacho—. Espera, espera, espera. ¿Qué es eso que te tiene con esa carita de pánfilo? —pregunta dejándose caer en una silla.

—Es la ecografía de mi hija —respondo orgulloso.

—¿Puedo? —pregunta alargando la mano con una sonrisa dibujada en su cara.

Sin dudarle, se la entrego y ella la mira detenidamente.

—¡Felicidades! Ahora, ya te digo yo, que si esta niña es la mitad de guapa que su madre, no sabes el sufrimiento que te espera dentro de unos años —me advierte guiñándome un ojo al devolverme la imagen.

—¡Calla! ¡Todavía no ha nacido! ¡Déjame disfrutar el momento! —resoplo poniendo los ojos en blanco.

Me siento en otra silla para colocarme a su lado y Ceci me mira poniéndose seria.

—¿Qué te preocupa entonces? Porque a mí no me engañas.

La miro fijamente. Es cierto, a ella no puedo engañarla; el día que Cecilia llegó al parque, no solo conseguí una gran bombera sino que también encontré a mi mejor amiga. Ella es probablemente, junto con Leo y Camila, la persona que mejor me conoce y, sin duda, en la que más confío.

—Hemos estado en el neurólogo. Lo más seguro es que en cuestión de días, semanas a lo sumo, Lena vaya recuperando la memoria —explico llevándome las manos a la cara.

—Entiendo..., y eso te preocupa.

—Sí, claro que sí. ¡Como para no preocuparme! No tengo ni idea de cómo va a reaccionar Lena cuando lo recuerde todo. —Alzo la voz, preocupado—. Lo que tenemos es especial, es tan perfecto que no quiero perderlo, no quiero que vuelva a alejarme de ellas. Algunas veces pienso que sería mejor que no recuperase la memoria; total, solo son tres años, puede vivir perfectamente sin tres años de recuerdos. —Me quedo callado un instante, mirándola fijamente—. Pero después me siento culpable por pensar algo así —confieso abatido, mirando al suelo.

—Yago, mírame —pide Ceci tocándome el hombro—. Puede que creas que lo que tenéis ahora es perfecto, pero no será real del todo mientras ella no tenga la posibilidad de recordar y elegir.

—Eso es precisamente lo que me preocupa, que decida no elegirme. No quiero perderlas, no puedo perderlas, ni a ella ni a mi hija. No quiero ser un espectador, no quiero ver a la niña fines de semana alternos ni ver a Lena rehacer su vida con otro. ¡Quiero ser yo quien se despierte a su lado cada día! ¡Quiero ver crecer a nuestra hija a su lado! —exclamo, incapaz de explicar con palabras todo lo que llevo dentro.

Ceci sonrío con cariño.

—Yo no me preocuparía demasiado si fuese tú. Lo que hiciste estuvo mal, y probablemente lo que estás haciendo ahora tampoco sea lo más honesto

del mundo, pero os he visto juntos, he visto cómo te mira. ¡Habría que estar ciego para no darse cuenta de que lo que siente por ti es especial! —Sonríe intentando animarme—. Puede que cuando ella recupere la memoria se enfade, no solo por lo que hiciste en el pasado, sino también por haberte aprovechado de la situación, pero creo que al final pesará más lo que sentís el uno por el otro que el rencor. Así es como debe ser.

—Ojalá tengas razón, pero preferiría no tener que descubrir qué pesa más.

—Eso lo dices ahora, pero en el fondo sabes que si ella no tuviese la posibilidad de elegir sabiendo todo lo que hay detrás, siempre te quedaría la duda de si habría escogido estar contigo. Siempre te quedaría el temor al qué hubiese pasado si... Y nunca serías completamente feliz.

La miro y comprendo que tiene razón, Lena tiene derecho a elegir. Solo espero que, como dice Ceci, el amor pueda más que el rencor y me elija a mí.



Capítulo 13

LENA

Treinta y cinco horas, dos mil cien minutos y ciento veintiséis mil segundos, ese es el tiempo exacto que llevo echando de menos a Yago. Ayer, en cuanto me dejó en la agencia para irse al parque de bomberos, Camila y Leo ya estaban esperándonos, y los tres juntos estuvimos paseando y comprando algunas cosas. Después, Leo insistió en que fuésemos a cenar a casa de su madre y acepté encantada; quiero mucho tanto a Carmen como a la *tata*, a la que considero prácticamente una abuela, y me encanta pasar tiempo con ellas. Camila y Leo (sobre todo Cami) insistieron en que volviese a dormir esa noche en su casa, pero a eso sí que me negué en rotundo. Como le intenté hacer comprender a mi amiga, la cerradura es nueva y todas las llaves están a buen recaudo. Además, vivo en un edificio rodeada de vecinos, no en medio de la nada, y estoy en perfectas condiciones para valerme por mí misma; no soy ni una pobrecita ni una cobarde. Por la familia que me tocó tener, aprendí desde muy pequeña a apañármelas, y no pienso salir corriendo cada vez que tenga que pasar la noche sola.

En cuanto llegué a casa, me acomodé dentro de la cama, cerré los ojos, y mi mente voló a él. ¿Cómo se puede extrañar tanto a alguien a quien hace apenas unas horas que no ves? Me parece ridículo, no tiene sentido y, sin embargo, no puedo evitarlo. Me digo a mí misma que son las hormonas; eso, y el hecho de haber dejado a medias lo que empezamos la noche anterior. Me lo repito una y otra vez hasta quedarme dormida. Pero llega la mañana y conforme va pasando el día, la necesidad de verlo, lejos de disminuir aumenta, y de nuevo tengo que reconocer que no solo le echo de menos por la atracción que evidentemente hay entre nosotros y que ya ninguno se molesta en negar, ni por el deseo que provoca en mí. Sí, es cierto, extraño su sonrisa, sus ojos, su forma de abrazarme, lo que me hace sentir cuando me toca; pero también añoro con tanta o más fuerza todavía nuestros pequeños momentos juntos, esos detalles comunes y corrientes que hacen que cada día a su lado me parezca único y especial.

Levantarme y verlo preparando el desayuno, sus bromas, nuestra

complicidad, la forma en que me cuida. Quiera o no admitirlo, Yago se ha convertido durante este tiempo en parte de mi día a día, y me gusta que sea así. No recuerdo cómo ha sido mi vida durante los últimos tres años, pero cada vez me importa menos porque tal y como está ahora soy feliz.

Conforme pasan las horas mi ansiedad aumenta. Yago debería haber llegado a casa hace rato y sin embargo no ha dado señales de vida. Su turno es de veinticuatro horas; a veces, debido a su cargo tiene que hacer alguna hora más, pero aun así... Sale de trabajar a las cinco de la tarde, son casi las seis de la madrugada y todavía no sé nada de él.

Las dudas empiezan a hacer mella en mí. ¿Será que no tiene tantas ganas de verme como yo? ¿Habrá decidido salir con sus compañeros al terminar el turno? Peor todavía, ¿habrá salido con Cecilia? Recuerdo a la guapa bombera sonriéndole con cariño y una punzada de celos se me clava en el pecho; los imagino juntos y no puedo evitar sentirme dolida y traicionada. Tengo que recordarme a mí misma que en el fondo no tengo motivos para ello porque Yago no me debe nada, nosotros no somos... ¡En realidad no tengo ni idea de qué somos! Vivimos juntos, sí, pero tengo que admitir que, a pesar de que yo estoy encantada, puede que él solo lo haga obligado por la situación. Sin embargo, entre nosotros han pasado cosas... ¡Y qué cosas!

Me acaloro solo de pensarlo, pero no sé si eso es suficiente para darme derecho a pedirle explicaciones. Me muero por llamarlo, preguntarle dónde está, pero no me atrevo a hacerlo por miedo a parecer celosa o controladora.

Aunque eso no evita que mis dedos vayan cada pocos minutos a mi móvil, o que mi vista se dirija continuamente al reloj de la cocina, que parece mover sus agujas más lentamente de lo normal solo para vacilarme mientras corto champiñones como una loca a las seis de la madrugada. No me he acostado, ¿¡para qué!? ¡Si no habría conseguido pegar ojo! En lugar de eso, aquí estoy, cortando verduras como para invitar a comer a todo el pueblo y al de al lado si fuese necesario.

Escucho la puerta abrirse despacio y, sin pensarlo, dejo lo que estoy haciendo y me dirijo hacia la entrada.

En cuanto veo a Yago me siento enormemente aliviada y me tiro a sus brazos.

Él me mira sorprendido pero, sin dudarlo, me estrecha contra su cuerpo con fuerza.

—¡Lena!, ¿pero cómo es que estás despierta a esta hora? ¿Te encuentras bien?—pregunta preocupado, mirándome de arriba abajo.

Asiento sintiéndome estúpida y contenta a partes iguales.

—Estaba preocupada. No podía dormir, tenía ganas de verte, te extrañaba... Estaba preocupada —repito de nuevo como si no acabase de decirlo hace solo un momento. Ni lo oculto, ni lo niego, ni me molesto en disimularlo, con Yago no necesito hacerlo; con él sé que siempre puedo ser sincera porque siento que él lo es conmigo. Con su brazo sobre los hombros, avanzamos y él observa sorprendido el despliegue de verduras en la encimera.

—¡Ya veo! —exclama divertido alzando las cejas—. Siento haberte preocupado, hubo un incendio complicado en una nave de un polígono industrial y nos llevó algo de tiempo controlarlo, por eso es tan tarde —se justifica él mirándome fijamente a los ojos y acariciándome con suavidad la mejilla. Me siento completamente hipnotizada por la fuerza de sus ojos, la intensidad con la que me mira me hace contener el aliento, y me agarro a sus brazos con ambas manos.

—Yo también te he extrañado, me moría por verte. —Su voz, firme y profunda, me envuelve y trago saliva con fuerza.

—¿Sí? —susurro.

Él asiente recorriéndome con mirada hambrienta.

—Sí, y por tocarte. —Las yemas de sus dedos se posan en mi hombro y descienden lentamente por mi brazo hasta llegar a mi mano, entrelaza nuestros dedos y tira un poco de mí, posando la otra mano en mi cintura.

—¿Sí? —vuelvo a preguntar, o eso creo porque estoy tan concentrada en cada uno de sus gestos, que por un instante dudo si realmente he llegado a decir algo o si tan solo me lo he imaginado.

Él asiente de nuevo acercando sus labios muy lentamente a los míos, sin dejar de mirarme un solo segundo. Sus ojos, con las pupilas dilatadas por el deseo, se posan sobre mi boca.

—Sí —afirma con voz ronca—. Pero por encima de todo, ¿sabes qué es lo que más ganas tenía de hacer?

Niego despacio con la cabeza tragando saliva.

—Esto —susurra atrapando mis labios entre los suyos con ansia, casi con violencia.

Su mano se enreda en mi pelo y su cuerpo se pega al mío. Un jadeo escapa de mi garganta mientras mis manos rodean su cintura; respondo al beso con la misma intensidad, atrapo su labio inferior entre mis dientes y tiro de él, tentándolo, provocándolo. Su lengua busca la mía, exigente y demandante; no me da tregua, yo tampoco se la doy. Casi sin aliento e incapaces de

separarnos, caminamos con torpeza hasta tropezar con el sillón. Mis manos se cuelan bajo su camiseta y acaricio con devoción su pecho. Veo cómo su mandíbula se tensa, le siento contener la respiración cuando mis dedos acarician su piel y, sin perder tiempo, se quita la prenda y la lanza contra el suelo para, a continuación, repetir la misma operación con la mía. Pero una vez lo ha logrado, en lugar de tirarla, se coloca a mi espalda y me tapa los ojos con ella, atándola firmemente para que no se suelte. Siento su cuerpo pegarse al mío y, con delicadeza, aparta el pelo de mi cuello, dejando el camino libre a sus labios, que van depositando a lo largo de él delicados mordiscos y húmedos besos.

—No sabes las ganas que tenía de tenerte así, todita para mí. No te muevas —susurra en mi oído con la voz más sexy que he oído en mi vida, antes de mordirme ligeramente el lóbulo de la oreja y de darme una suave palmada en el culo.

Jadeo y siento un escalofrío recorrerme de los pies a la cabeza. Su cuerpo se separa del mío, extraño su calor, lo escucho alejarse y, sin mover un solo músculo, tal como él me ha dicho, contengo la respiración esperando ansiosa su siguiente movimiento. Los segundos pasan y la espera, no verlo y no saber qué va a suceder a continuación, hacen que el deseo sea todavía más intenso.

—Me encanta tu cuerpo —dice mientras, con destreza, me desabrocha el sujetador y, despacio, muy despacio, lo desliza por mis brazos.

Sin previo aviso, Yago acaricia uno de mis pezones con un hielo; el contraste de sensaciones, frío y placer, me hacen gemir. Él parece satisfecho ante mi respuesta y repite la operación con el otro pecho, tomándose todo el tiempo del mundo para atormentarme. Completamente excitada, jadeo al sentir cómo las palmas de sus manos frotan la zona que hasta hace un momento el hielo se encargaba de torturar. Siento cómo la incomodidad entre mis piernas aumenta, a la vez que mi ropa interior se humedece. Yago se coloca de nuevo a mi espalda y con su dedo la recorre de arriba abajo. Sus manos agarran mi cadera y tiran de mí para pegarme de nuevo a su cuerpo; está tan excitado como yo, lo siento duro contra mí y mi respiración se acelera todavía más. Él gruñe al sentir cómo me froto contra su abultada erección. Siento su pecho golpear contra mi espalda. Mientras una de sus manos permanece en mi cadera para que no me mueva, la otra se mete por dentro de mi pantalón y me acaricia por encima de la ropa interior. Lo escucho gemir excitado y me parece el sonido más sensual que he oído en mi vida.

—Estás empapada —murmura separando la tela.

Cuando sus dedos se posan sobre mi clítoris y comienzan a masajearlo, siento que todo comienza a dar vueltas a mi alrededor, apoyo la cabeza contra él, cierro los ojos y me abandono al placer. Yago introduce dos dedos dentro de mí y comienza a moverlos, primero despacio, luego más rápido. Mis jadeos se vuelven más intensos, siento todo mi cuerpo en tensión, ¡lo quiero dentro de mí y lo quiero ya! Pongo mi mano sobre su brazo para hacerlo parar, me giro, comienzo a desabrocharle los vaqueros y los empujo hacia abajo junto con el bóxer. Observo su prominente erección, me arrodillo y acaricio su glande con la lengua antes de rodearlo con la mano y metérmelo en la boca. Él me mira completamente fascinado, aguantando la respiración y con los puños apretados por el esfuerzo de contención. La forma de mirarme y la manera en que le cuesta controlarse me hacen sentir sensual y sexy. Yago tira ligeramente de mi brazo para acostarme sobre el sofá y se tumba sobre mí, con cuidado de no aplastarme. Se introduce uno de mis pechos en la boca, atrapa mi pezón entre sus dientes y lo acaricia con la lengua mientras me baja el pantalón y la braguita. Con su rodilla separa mis piernas y se coloca entre ellas. Sus labios abandonan mi pecho y atrapan los míos con furia, con necesidad, casi con desesperación. Lo siento a punto de introducirse en mi cuerpo y separo un poco más las piernas para darle mejor acceso. Me muevo un poco contra él, impaciente, acariciando su espalda y animándolo a invadirme por fin. Yago gime y, con esfuerzo, separa nuestros labios y apoya su frente contra la mía jadeando.

—¿Qué pasa? —pregunto con la voz entrecortada al sentir cómo su espalda se tensa.

Él me mira y veo la duda en sus ojos.

—Tengo miedo de hacerte daño —confiesa finalmente.

—Estoy perfectamente —afirmo acariciando su mejilla—. Además, te garantizo que el único que va a sufrir daño físico aquí vas a ser tú como no termines lo que has empezado y me dejes así. —Sonrío con malicia mientras me restriego nuevamente contra él.

Yago me mira con hambre y, en una lenta y deliciosa agonía, se va introduciendo lentamente dentro de mí hasta llenarme por completo. Siento su piel contra la mía, sin barreras, sin nada que se interponga entre nosotros, haciendo que sea más íntimo y especial.

Nuestros cuerpos se acoplan a la perfección y ambos comenzamos a movernos lentamente primero, para ir aumentando cada vez más el ritmo. Mi

corazón late desbocado cada vez que mi cadera choca contra la suya, el placer es tan intenso que me cuesta respirar. Una corriente eléctrica recorre cada terminación nerviosa de mi cuerpo, mis músculos se tensan, mis labios besan su cuello y muerdo su clavícula sofocando un grito. Yago gime e introduce su mano entre nuestros cuerpos acariciando mi clítoris y sin dejar de moverse. Siento que todo se nubla a nuestro alrededor, el placer se vuelve insoportable y todo mi cuerpo convulsiona en una explosión mientras grito su nombre. Segundos después, con un último empujón, Yago también se deja ir, mirándome a los ojos y derramándose en mi interior. Una vez los dos hemos conseguido recuperar el aliento, Yago me besa con suavidad en los labios, se levanta y, tomándome en brazos, me conduce a su habitación.



YAGO

El estridente sonido del timbre me hace abrir los ojos de mala gana. Observo a Lena acostada a mi lado, profundamente dormida; sus piernas se enredan con el edredón y su brazo descansa sobre mi cintura. La miro, incapaz de creer todavía que todo lo que sucedió anoche entre nosotros haya sido real. Si no fuese porque los dos estamos completamente desnudos y en la misma cama, incluso dudaría que hubiese sido un sueño.

Después de nuestro primer asalto en el salón, hubo varios más a lo largo de la noche. Cada vez que pensaba que por fin me había quedado saciado, era sentir a Lena a mi lado o verla, y volvía a desearla con la misma intensidad que si llevásemos una eternidad esperándonos en lugar de acabar de estar juntos.

El timbre vuelve a sonar y, de mala gana, separo con cuidado el brazo de Lena para no despertarla. No me apetece nada dejarla en la cama y levantarme, pero como estoy feliz y más fresco que una lechuga a pesar de no haber dormido casi nada, hago el esfuerzo. Me pongo unos boxers y una camiseta, y me dirijo a abrir la puerta, con una sonrisa de oreja a oreja, antes de que Camila, o Leo, o quien leches sea el que está quemando el timbre, termine por despertarla; Lena necesita descansar. Acelero el paso y abro sin molestarme en comprobar quién es, completamente seguro de que mi hermana

o Leo están tras la puerta. En cuanto la abro, la sonrisa se me borra de golpe.

—¿Qué quieres? —pregunto de mala gana sin molestarme en saludar siquiera.

—¿Está Lena? —pregunta César mirándome con mala cara.

—Para ti no, está durmiendo —respondo cruzándome de brazos en medio de la puerta por si se le ocurre entrar.

—¿Está durmiendo a las doce del mediodía? ¿Se encuentra mal? —pregunta extrañado, mirando el reloj. Su cara denota que la preocupación que siente es genuina, sé que no debería decir lo que estoy a punto de decir... Pero no puedo evitarlo.

—Se encuentra mejor que nunca, pero anoche no dormimos demasiado... Tú ya me entiendes —respondo guiñándole un ojo. Su mandíbula se tensa, soy consciente del esfuerzo que hace para controlarse y ¡Dios, cómo lo estoy disfrutando! Sonríe con chulería, pasándomelo pipa.

—César, ¿qué haces aquí? —Escucho la voz de Lena desde el salón y me giro para verla.

Por cómo me mira, me queda claro que ha escuchado lo que acabo de decir y no parece estar muy conforme; me encojo de hombros y la miro con gesto inocente. Está preciosa, vestida con una camisa mía que le queda algo por encima de las rodillas, el pelo revuelto y las mejillas todavía algo enrojecidas. Aunque para ser sinceros, Lena estaría preciosa incluso envuelta en un saco de patatas y, por cómo la mira César, es obvio que no soy el único que lo piensa.

—Pasa, César, no te quedes ahí —lo invita ella.

Él me mira un momento con cara de satisfacción, y ganas me dan de cerrarle la puerta en las narices pero, en lugar de eso, resignado, me aparto y lo dejo entrar. Él pasa por mi lado sin ni siquiera mirarme y sigue a Lena, que va a sentarse en el sillón. Me uno a ellos sentándome al lado de ella y, en un gesto nada casual y que a nuestro invitado no le pasa desapercibido, la tomo de la mano y entrelazo mis dedos con los suyos. Al principio Lena se tensa; sabe perfectamente que lo hago para fastidiar a César y se remueve incómoda cuando los ojos de este se clavan en nuestras manos. Finalmente, suspira y niega con la cabeza dejándome por imposible.

César, que parece haber decidido ignorar mi presencia y centrarse solo en ella, la mira a los ojos con gesto nuevamente preocupado.

—Camila me ha dicho que estabas aquí y, después de lo de las fotos, no deberías; este sitio no es seguro —sentencia, molesto.

—¡No digas tonterías! Hemos cambiado la cerradura, quien entrase no podrá volver a hacerlo —responde Lena con tranquilidad.

—¿Me lo dices en serio?, ¿precisamente tú? Te mueves en esto, Lena, sabes igual que yo que eso lo cambia todo. La persona que tenía esas fotos estaba controlándote el día del accidente. ¿De verdad crees que fue casualidad que estuviese allí!? ¡Porque vamos, yo creo que tu accidente, de accidente tiene poco! —grita él poniéndose en pie, alterado.

En el fondo comprendo su preocupación, hasta podría llegar a empatizar con él. Al fin y al cabo, yo estoy con Lena, estoy tranquilo porque puedo asegurarme de que ella está bien, pero él no tiene esa posibilidad; tiene que conformarse con enterarse de todo desde fuera, es normal que esté intranquilo por ella.

—Hemos avisado a la policía. Tengo que admitir que después de ver esas fotos yo tampoco creo que fuese un accidente. Pero por otro lado, me extraña que alguien se haya arriesgado tanto como para hacerme algo en un centro comercial, y no entiendo ni quién ni por qué puede querer hacerme daño. Igual solo se trataba de alguien que estaba vigilándome a saber por qué y aprovechó el momento para sacar las fotos —sugiere ella poniéndose de pie y acercándose a César—. De todos modos, una cosa tengo clara —afirma con voz segura—. Sea casual o no, no pienso alterar mi vida ni dejar que ningún desquiciado tenga poder sobre lo que hago o dejo de hacer, ni sobre cómo vivo; eso sería dejarle ganar y no me da la gana. Estoy bien, voy a estar bien —afirma abrazándolo, ¡y ya está! Aquí se termina cualquier posible empatía que pueda haber llegado a sentir con él. Cuando sus manos se posan en la espalda de Lena y la acarician, lo único que siento son ganas de cortárselas lenta y dolorosamente.

—No te preocupes, va a estar bien, yo me encargo de eso —digo poniéndome en pie para cortar el momento.

César la suelta de mala gana y me mira frunciendo el ceño.

—¿Se supone que debería quedarme más tranquilo porque tú estés con ella? —pregunta con voz molesta.

—Deberías —confirmo asintiendo con la cabeza—. Aunque para ser sinceros, me importa una mierda cómo te quedes o te dejes de quedar —añado sonriendo y fulminándolo con la mirada.

—¡Bueno, ya basta los dos! —nos regaña Lena, resoplando y cruzándose de brazos—. César, estaré bien, no tienes que preocuparte por eso.

Él la mira sin tenerlas todas consigo.

—¿Y cuando míster mangueritas este trabajando?, ¿te quedarás sola? —pregunta despectivamente, señalándome con la cabeza—. Te recuerdo que cada vez estás más avanzada en tu estado, eso quiere decir que eres más lenta que antes, Lena, no puedes confiarte.

¡Mangueritas! ¡Mangueritas me llama el Jackie Chan de pacotilla este! ¿A que le doy una hostia y lo dejo más guapo de lo que es?

—Mangueritas no, manguera, y no veas todo lo que puedo hacer con ella —respondo con ironía.

Su cara se va poniendo roja y aprieta la mandíbula con tanta fuerza, que hasta me parece escuchar cómo se le rompe algún diente.

—¡Te voy a...!

—¿Me vas a qué? —pregunto mirándolo con gesto intimidante—. ¡Cuidado, Jackie Chan, que vas de lobo y no llegas ni a chihuahua! —espeto comenzando a enfadarme de verdad.

—¡Ya basta los dos! ¡Por favor, parecéis dos niños de patio de colegio! —grita Lena enfadada—. ¿¡No es posible que estéis un día diez minutos, solo diez minutos, sin pelearos!? ¡Solo diez! ¿¡Es tanto pedir!? —Nos mira a ambos, irritada, cruzándose de brazos. Cierra los ojos y se obliga a tranquilizarse—. César, voy a estar perfectamente, no te preocupes. Te prometo que no me quedaré sola; mientras esto no se aclare, cuando Yago esté trabajando me iré con Camila, con Leo o contigo, ¿de acuerdo? —pregunta mirándolo fijamente.

—De acuerdo —concede él de mala gana.

Ella se aleja de nosotros hacia la puerta gruñendo: «Por favor, son como dos niños pequeños peleándose por un bollito en el patio de un colegio».

César me mira con malicia.

—¿Sabes qué es lo mejor de todo? Que puede que tú le hayas pegado un bocado al bollito, pero cuando Lena recupere la memoria, seré yo quien se lo coma entero —susurra al pasar por mi lado para dirigirse hacia la puerta.

Me quedo clavado al suelo incapaz de moverme, incapaz de responder, e incapaz incluso de respirar por miedo a que sus palabras pasen de amenaza a realidad y, como me ocurre cada vez que pienso en ese momento, por mucho que intento mantenerlo a raya, el pánico me zarandea y se cuela en mi interior invadiéndolo todo.

La observo cerrar la puerta y sonreírme negando con la cabeza como si fuese un niño pequeño al que hay que regañar, y solo tengo una certeza: «No quiero perderla. No puedo perderla. Ya no».



Capítulo 14

Lena

Me concentro en partir cuidadosamente en juliana todas las verduras que, previamente, Camila y Carmen, la madre de Leo, van pelando. Los cuarenta principales suenan bajito y me sorprende canturreando la canción que emiten en este momento, mientras muevo la cadera al ritmo de la melodía. Estoy animada, me encuentro genial; estoy embarazada de veintisiete semanas y tres días, y cada vez siento más a menudo a mi guerrera. Además, estar con ellas siempre me pone de buen humor, y claro, puede que el hecho de que el turno de Yago termine en un par de horas también ayude. Desde que hace casi una semana nos acosamos por primera vez (o por lo menos, la primera vez que yo recuerdo), no nos hemos separado hasta ayer, que tuvo que irse a trabajar, y lo echo de menos. Cada día nuestra complicidad aumenta y me siento más a gusto a su lado... «A pesar de que él sea el culpable de que el número de horas que duermo por las noches haya mermado considerablemente», pienso sonriendo como una tonta. La *tata* nos observa a las tres sin perder detalle.

—Te sienta muy bien el embarazo, Lena, se te ve bien —comenta inocentemente, mirándome con ojos brillantes.

—Me encuentro divinamente —admito sonriéndole feliz.

—¡Ya, claro! Y... ¿Seguro que se debe solo al embarazo? ¿No tendrá nada que ver en ello cierto bombero, que da la casualidad de que es mi hermano? —pregunta Camila mirándome de reojo.

—Yago y yo estamos bien; muy bien, la verdad —afirmo echándome a reír.

—¿Ya habéis....? —pregunta ella.

La miro alzando las cejas, divertida, haciéndome la despistada.

—¿Que si ya hemos qué? —Me hago la tonta, más por hacerla rabiar que por otra cosa.

—¿Que si ya habéis...? ¡Oh, venga, ya sabes a qué me refiero!

—La verdad es que no lo sé —contesto lo más seria posible, intentando aguantar la risa.

Camila resopla poniendo los ojos en blanco.

—¡Que si el chico ya te ha pegado un meneo, te ha dado una alegría, te ha puesto mirando *pa* cuenca o como quieras llamarlo, hija! —suelta la *tata* en voz alta haciendo que todas la miremos con la boca abierta y los ojos como platos.

—¡Mamá! —exclama la madre de Leo riéndose.

—¿Qué? —pregunta ella haciéndose la inocente—. Igual lo he entendido mal, pero creí que era eso lo que queríamos saber —se justifica sonriendo con picardía.

Todas nos echamos a reír ante su salida; esta mujer nunca dejará de sorprenderme. ¡La adoro!

—Bueno, ¿qué?, ¿vas a seguir haciéndote la interesante o vas a contestarnos de una vez? —insiste Cami empujándome ligeramente con el hombro.

—Sí, lo cierto es que sí. Hemos hecho todas esas cosas, *tata*, y puede que alguna más también —admito guiñándole un ojo a la anciana, que asiente satisfecha. Siento cómo mis mejillas enrojecen. Soy bastante reservada, nunca se me ocurriría hablar de estas cosas con nadie, pero con ellas... Son mi familia, la única que tengo; con ellas puedo hablar de todo.

—¿Y? —pregunta Camila haciendo un gesto impaciente con la mano.

—¿Y qué? —respondo sin comprender.

—¿Y qué tal? —vuelve a preguntar.

—¿Necesitas preguntarlo? ¿No ves la cara que tiene? —pregunta la madre de Leo riendo.

—Muy bien, la verdad. Mejor que eso, nunca me había sentido así —confieso mirándolas a las tres.

—¿Solo vas a decir eso? ¿No vas a contarnos nada más? —La voz de Camila suena decepcionada.

Ahora sí la miro sorprendida.

—¡No pretenderás que te dé detalles!, ¿verdad, Cami? —pregunto alucinada.

—¿Por qué no? ¡Nunca hemos tenido secretos! —responde ella indignada.

—¡Por dios, Camila, es tu hermano!

—¡Por eso mismo! ¡Te he dado al mejor de mis hermanos! ¡Sangre de mi sangre! ¡Lo mejor de la familia! ¡Lo menos que merezco son algunos detallitos, ¿no?! —reprocha ella con gesto teatral.

—¡Pero si es el único que tienes, cuentista! —Niego con la cabeza

mientras la *tata* se desternilla de risa.

—Eso es un detalle sin importancia, y en mi defensa tengo que decir, que aunque tuviese más hermanos, estoy segura de que Yago sería el mejor — replica encogiéndose de hombros.

—Vaaaale, ¡está bien! Los momentos que paso con él son especiales, estamos a gusto y me hace sentir cosas... diferentes.

—¿Diferentes para bien o para mal? —insiste mirándome atentamente.

—Cuando me mira fijamente, siento que el resto del mundo no existe, es como si todo se paralizase a mi alrededor y solo estuviésemos él y yo. Cuando me toca, cuando estamos juntos, me siento plena; siento que estoy donde debo estar.

Camila me mira fijamente; sus ojos son tan transparentes para mí como siempre lo han sido. En ellos veo emoción, felicidad, pero también una gran preocupación que no entiendo.

—Lena, nada me gustaría más que fuereis felices juntos, pero tómatelo con calma; estás embarazada y en un momento delicado.

—¿Qué quieres decir? —pregunto sin comprender—. Pensé que te alegrarías de que estemos bien.

—¡Y me alegro! —afirma ella de inmediato—. ¡No sabes cuánto! Pero por encima de todo, quiero que estés bien. No quiero que te dejes llevar por el momento y sufras. Por eso te pido que te tomes las cosas con calma.

—¡Paparruchas! —nos interrumpe la *tata*, mirándonos a ambas con expresión feroz—. ¡La vida es eso! ¡Momentos! Los hay buenos y malos, felices y tristes; algunos son maravillosos y te dan alas para volar, otros te rompen en mil pedazos destrozándote por dentro; pero todos son únicos e irrepetibles, por eso hay que exprimir cada uno de ellos y vivirlos al máximo. —Nos mira a ambas con ojos brillantes y su voz emocionada se cuele por cada poro de mi piel—. Disfrutad cada momento, dejaos llevar por ellos, sufridlos, anheladlos, aprovechadlos, soñadlos, saboreadlos, vividlos. No os entreguéis a medias, dadlo todo siempre. Esa es la única manera que yo conozco de vivir la vida de verdad; el resto simplemente es sobrevivir, y sobrevivir no merece la pena. Hacedle caso a esta vieja que ya ha vivido muchos más de los que le quedan.

Sin palabras, con los ojos llenos de lágrimas y el corazón encogido por sus consejos, ambas nos acercamos a ella poniéndonos de rodillas ante la silla de ruedas, para dejarnos abrazar por esas manos ajadas, ásperas y arrugadas por el paso de los años, que con una simple caricia son capaces de transmitir

la sabiduría y el amor que da una vida entera.

Mi móvil comienza a vibrar encima de la encimera y la sonrisa de la *tata* se hace todavía más extensa llenando su rostro.

—Vete, anda, no le hagas esperar —me apremia, apretándome cariñosamente el brazo, sin necesidad de ver el nombre que aparece en la pantalla.

Tras darle un último beso en la mejilla, me levanto y leo el mensaje.

—Yago está saliendo de trabajar —anuncio feliz.

—Márchate y venid mañana los dos a comer —dice Carmen—. Leo y Camila también estarán, y tengo ganas de teneros a todos juntos; todavía no os he enseñado las fotos del viaje que hice hace unos meses y estoy deseando hacerlo.

—Vendremos encantados —acepto de buen grado la invitación mientras me pongo el abrigo.

—Te llevo a casa —se ofrece Camila cogiendo el suyo y caminando hacia la puerta.

Voy a decirle que no es necesario, pero para qué molestarme si sé que no va a hacerme caso. Me encojo de hombros y, despidiéndome de ambas con la mano, salgo tras ella, muerta de ganas de encontrarme con Yago.



Entro en casa y aspiro el olor a comida que lo inunda todo. Yago alza la vista en cuanto me ve entrar y se seca las manos con papel mientras me sonrío. Está detrás de la isla de la cocina, vestido únicamente con unos vaqueros; lo miro de arriba abajo y se me hace la boca agua. Él, que parece divertido por el repaso que le acabo de pegar, camina hacia mí mientras yo, sin molestarme siquiera en apoyar el abrigo y el bolso en una silla, lo dejo caer todo al suelo y me lanzo a sus brazos. En cuanto sus labios rozan los míos, el deseo se vuelve necesidad; entrelazo mis manos alrededor de su nuca y la acaricio con delicadeza.

Él me pega contra su cuerpo duro y sólido, y me siento estremecer.

—Te he echado de menos —susurra en mi oído cuando sus labios se separan de los míos para esparcir un reguero de besos por mi cuello.

—Yo a ti también —confieso cerrando los ojos para dejarme llevar por

el universo de sensaciones que provoca en mí.

—¿Tienes hambre? —pregunta con voz profunda.

—Mucha —respondo dejando resbalar las yemas de mis dedos por los surcos de su espalda.

—Estoy haciendo la cena —me informa él con voz ronca.

—De eso también —añado llevando mi mano al botón de sus vaqueros y desabrochándolo para introducirla en su interior.

—Si no paramos, se va a quemar la comida —objeta con voz entrecortada al sentir cómo mi mano se envuelve alrededor de su miembro y empieza a moverse con rapidez.

Mis dientes atrapan el lóbulo de su oreja y tiran con suavidad de él.

—Suerte que tenemos un bombero en casa. —Mi voz se vuelve casi un ronroneo y Yago no se hace de rogar.

Me coge en brazos y, sin dejar de besarme, nos conduce a ambos a mi habitación. Me deposita con un cuidado exquisito sobre la cama. La ropa, al igual que cualquier otra barrera que se interponga entre su piel y la mía, sobra. A partir de este momento, nuestros cuerpos se funden en una maraña de brazos, labios, besos y caricias. Nos anhelamos, nos deseamos, nos provocamos. Intentamos llevar al otro al límite hasta que, finalmente, cuando el placer es casi doloroso y la necesidad de sentirlo dentro de mí me nubla la mente, me subo sobre él y uno nuestros cuerpos haciendo que estos se conviertan en uno solo. Veo sus ojos fijos en cada uno de mis movimientos; siento sus manos acariciando mi piel mientras ambos nos movemos al compás de un baile que nos lleva al delirio; jadeo y echo la cabeza hacia atrás al sentir cómo mi cuerpo se tensa y se contrae justo antes de explotar. Yago acelera el ritmo al sentir cómo me dejo llevar por el orgasmo y, clavando sus dedos en mis caderas, le veo apretar la mandíbula con fuerza antes de gritar mi nombre y dejarse ir en mi interior.

Todavía con la respiración entrecortada y el cuerpo completamente laxo, me dejo caer sobre él y permanecemos así, unidos, hasta que el ritmo de nuestras respiraciones va volviendo a la normalidad. Yago acaricia mi espalda con cadencia y yo cierro los ojos disfrutando de la intimidad y de la serenidad que me proporciona su cuerpo, hasta que la postura empieza a resultarme incómoda.

Con cuidado, me aparto de él y me acuesto a su lado. Yago traza suaves caricias en la cara interna de mi brazo.

—¿Qué tal el trabajo?, ¿algún fuego que apagar? —pregunto con voz

perezosa y los ojos cerrados.

Él se ríe entre dientes.

—Tú me quemas más que cualquier fuego —dice con voz suave mientras traza suaves círculos sobre mi piel.

De repente, comienzo a sentir una sensación de desasosiego que hace que me revuelva inquieta en la cama, y un frío paralizante se cuele en mi cuerpo haciéndome estremecer, mientras esa frase se repite una y otra vez en mi cabeza: «Tú me quemas más que cualquier fuego, tú me quemas más que cualquier fuego, tú me quemas más que cualquier fuego»; y sin previo aviso, una imagen tan nítida y clara que casi me parece estar viviéndola de nuevo me viene a la mente. Los dos, en esta misma cama, Yago acariciando mi cuerpo, besando mis labios mientras entra y sale de mí una y otra vez, a la vez que susurra en mi oído esa misma frase: «Tú me quemas más que cualquier fuego». Recuerdo la pasión, el deseo, ¡todo! Los recuerdos vuelven a mi mente como una tromba, arrasándolo todo a su paso. Recuerdo contener el aliento al verlo en el aeropuerto cuando Cami y yo regresamos; recuerdo cómo a partir de ese momento la atracción que sentía por él no hizo más que crecer; recuerdo encontrarlo en el bar aquella noche con sus compañeros, lo guapo que estaba, la forma en que prácticamente nos arrancamos la ropa por el pasillo de camino a la cama, a esta misma cama en la que ahora nos encontramos; recuerdo el placer de sentir su cuerpo contra el mío. Recuerdo todo eso con todo lujo de detalles, pero por desgracia, también recuerdo todo lo que vino después... La desesperación, el miedo, la decepción, la angustia y la soledad. Recuerdo sus palabras clavándoseme en el pecho como si de cuchillos afilados se trataran.

El dolor me golpea con fuerza, como un Tsunami que llega a la orilla aniquilándolo todo a su paso. Al principio me siento perdida, desorientada; mi mente se niega a creer. Poco a poco, el dolor se va colando dentro de mi cuerpo invadiéndolo todo, destruyéndolo todo a su paso, adueñándose de todo y cortándome la respiración.

La rabia, la desilusión y la decepción vuelven con fuerzas renovadas, ocupando mi corazón y sin dejar espacio para nada más. Las caricias, que hasta hace unos instantes eran placenteras, se vuelven dolorosas. Cierro los ojos un instante intentando volver atrás, negándome a recordar; me siento traicionada, utilizada y terriblemente vulnerable. Solo quiero olvidar, ¡olvidarlo todo!, pero es demasiado tarde; todo ha regresado y nada volverá a ser como antes.



YAGO

Siento cómo su cuerpo se tensa y su respiración se acelera. Sus ojos se abren desmesuradamente y, durante unos segundos que se me hacen eternos, se queda muy quieta, sin mover un solo músculo. Cierra los ojos un instante y, de repente, se incorpora en la cama de golpe y se queda sentada. Está pálida y comienza a temblar. La miro temiendo que algo malo le esté sucediendo a la niña.

—Lena, cariño, ¿estás bien? —pregunto apretándole un poco el brazo pero, a pesar de que me niego a creerlo, algo en mi interior me grita a todo pulmón que su reacción poco o nada tiene que ver con la niña.

Ella se tapa con la sábana antes de girarse para mirarme completamente horrorizada. Entonces lo sé, ha llegado. El momento que llevo temiendo cada día desde que esto empezó ha llegado y ya no tengo cómo pararlo.

Si por casualidad a ella le quedaba alguna duda, por pequeña que fuese —cosa que dudo por la rabia y la decepción que veo en sus ojos—, mi cara de culpabilidad se la ha debido de despejar por completo.

—¡Oh, dios! ¡Oh, dios! ¡No puede ser verdad! ¡Dime, por favor, que no es verdad! —grita levantándose, mientras las lágrimas resbalan por sus mejillas.

La miro, incapaz de articular palabra y sintiendo como si una mano se metiese en mi pecho y me estrujase el corazón. Lo intento, pero por mucho que me esfuerzo, soy incapaz de que una sola palabra salga de mis labios. Lena corre por la habitación, completamente desquiciada, mientras, de cualquier manera, se enfunda una camiseta, unos vaqueros y una chaqueta —ni se molesta en ponerse ropa interior o calcetines—, y sale corriendo. Por fin consigo reaccionar e intento detenerla, pero me esquivo y coge al vuelo su bolso, que dejó tirado en el suelo cuando llegó, con intención de salir de casa. Me pongo corriendo unos vaqueros y la sigo. Cuando la alcanzo ya está en las escaleras.

—Lena, por favor, para. Estás descalza, vas a enfermar. Piensa en la niña —intento hacerla entrar en razón.

Ella no me contesta, no me mira, pero da la vuelta y regresa corriendo.

Entra en casa, se pone las primeras zapatillas que encuentra, y de nuevo sale corriendo, esta vez cruzando el descansillo hacia el ascensor, sin dirigirme una sola mirada. Intento agarrarla, pero de nuevo consigue esquivarme.

—¡No me toques! ¡No te atrevas a tocarme! —grita enfurecida antes de entrar en el ascensor y pulsar compulsivamente el botón del cero mientras la puerta se cierra.

Bajo corriendo por las escaleras. Ella está saliendo a la calle cuando consigo alcanzarla.

Estoy descalzo y sin camiseta, el frío de la noche me golpea en el pecho haciéndome estremecer, pero no me importa; solo quiero... Necesito que me escuche.

Lena cruza la calle hacia la playa sin molestarse siquiera en mirar hacia los lados. Por suerte, es madrugada y a esta hora por aquí prácticamente no pasan coches, porque dudo que ella se lo haya planteado.

Cuando siente la arena bajo sus pies, para en seco y se cruza la chaqueta sobre el pecho para protegerse de la brisa del mar. El viento agita su pelo y la luna ilumina su piel confiriéndole un aspecto casi irreal. Cuando al fin se gira, sus ojos se clavan en los míos.

La miro conteniendo la respiración y sabiendo que, pase lo que pase, nunca olvidaré su aspecto en este preciso momento.

—¡Eres un cabrón! ¿¡Cómo has podido!? ¡Me has estado engañando! ¡Sabías que no quería ni verte delante y te has estado aprovechando de mi amnesia para engañarme! ¡Eso es demasiado bajo y rastrero incluso para ti! —me acusa señalándome con el dedo—. ¿¡Cómo has podido!? En serio, ¿cómo puedes mirarte al espejo cada día sabiendo que me has estado engañando para acostarte conmigo!? —continúa gritando mientras tiembla por la ira.

—¡No te engañé! —intento explicarme—. Es cierto que me aproveché de tu amnesia para ganar algo de tiempo juntos, pero necesitaba demostrarte cómo soy realmente...

—¿¡Cómo eres realmente!? ¿¡Cómo eres realmente!? ¡Eso me lo dejaste claro hace mucho tiempo! —me interrumpe ella, incapaz de dejarme hablar.

—¡Eso no es verdad! ¡Yo soy este! El que ha estado viviendo contigo, el que durante este tiempo se ha dado cuenta de lo que siente por ti; de lo que sentimos —respondo intentando acercarme a ella.

—¿¡Lo que sientes!? ¿¡Lo que sentimos!? ¿¡Cómo te atreves a hablar de sentimientos cuando todo ha sido mentira, cuando todo ha sido un engaño!? —grita sin molestarse en secarse las lágrimas que descienden por su rostro.

—¡No voy a permitir que digas eso! ¡Lo que siento por ti es tan real como el mar que tenemos delante o la arena que pisamos! ¡No te atrevas a dudarlo! —grito frustrado, sintiéndome impotente ante sus palabras. Necesito que me crea, necesito que se dé cuenta de que, a pesar de todo lo que ha pasado, lo nuestro es de verdad—. Lena, te quiero. Te aseguro que he intentado evitarlo, pero no he podido. Te quiero de una forma que no sabía que se podía querer. Esto no es un calentón, no es un polvo de un día ni de una semana ni de un mes. Esto es real y me mata haberte lastimado. Me mata hacerte daño, pero necesito que creas en mí, en nosotros.

Ella fija su mirada en el horizonte, allí donde el mar se une a la oscuridad de la noche.

—No puedo... A decir verdad ni quiero ni puedo. Yo no te puedo querer porque no sé quién eres ni quién has sido durante todo este tiempo; no sé cuál es el Yago real y cuál no. —Se queda callada unos segundos apretando la mandíbula—. Lo que hiciste cuando te conté que estaba embarazada... —continúa ella negando con la cabeza—. Lo que me dijiste... Es algo que nunca voy a poder perdonarte.

—Lo siento. ¡Me pasé!, ¡me equivoqué y la cagué! No pensaba ni una sola de esas palabras y, por supuesto, sé que nunca debí pronunciarlas, pero fueron solo eso, palabras —me disculpo dejándome caer de rodillas ante ella. Lena me mira con expresión fría y distante, pero no dice nada—. Creo —continúo hablando, buscando algún tipo de cambio en ella—, que durante estos meses te he demostrado con hechos que nada de lo que dije era real. Lena, por favor, dime algo —pido con voz desesperada, pero ella no se inmuta. Continúa impassible, con la vista clavada en ese punto del horizonte y sin mirarme siquiera—. Fui un cabrón, un gilipollas, y te juro que si me dejas, dedicaré cada día de mi vida a demostrarte que nuestra niña y lo que hay entre nosotros son lo más importante para mí. Me equivoqué y lo reconozco, pero Lena, no soy mala persona. No he matado ni agredido a nadie, solo me dejé llevar por el miedo. Si pudiera cambiarlo lo haría, pero por desgracia no puedo, y tampoco puedo continuar fustigándome y castigándome el resto de mi vida por ello porque no serviría de nada. Te quiero; te quiero a ti y quiero a nuestra hija. Por favor, déjame demostrártelo, dame la oportunidad de hacerte feliz, de haceros felices a ambas. Necesito una oportunidad, solo una. Confía en mí y te juro que nunca más volveré a fallarte —suplico con voz temblorosa.

Ella por fin me mira, clava sus ojos en los míos, y el dolor y la decepción que veo en ellos me corta la respiración.

—Dices que no mataste a nadie y que solo fueron palabras. Sin embargo, yo me sentí morir con cada una de ellas. Dices que me quieres, pero el amor de verdad es sincero; no miente, no engaña y, sobre todo, no duele. —Su voz es dura como el acero—. Sé que serás un buen padre para nuestra hija pero, en lo que a mí respecta, a partir de este momento quedas fuera de mi vida. —Se queda callada y veo un dolor tan profundo reflejado en su rostro, que soy incapaz de decir nada más—. Ahora voy a ir a dar un paseo. Cuando vuelva a mi casa, no quiero encontrarte en ella; no quiero ni que tú ni tus cosas sigáis allí. Recógelo todo, márchate y haz como si estos meses no hubiesen existido, ya que yo ya los he olvidado —dice ella dándome la espalda para alejarse.

—Lena —pronuncio su nombre haciendo un último intento por detenerla.

—Solo te pido una cosa —dice ella sin mirarme, antes de alejarse—. Espero que ahora me muestres el respeto que no me has mostrado estos meses y aceptes mi decisión sin poner las cosas más difíciles de lo que ya son. —La veo alejarse, incapaz de moverme.

Mis puños se clavan en la arena y me dejo caer, completamente derrotado, viendo cómo la pierdo, cómo se va de mi vida, y con ella, mi mundo entero.



Capítulo 15

LENA

Me alejo sin mirar atrás. Los sentimientos se agolpan en mi pecho impidiéndome respirar. Siento que me ahogo; cierro los ojos e inspiro profundamente el aire frío y húmedo que me regala el mar, pero este, en lugar de aliviarme, parece clavarse en mi pecho aumentando mi dolor. Cuando consigo alejarme lo suficiente, siento que mis temblorosas piernas no van a sostenerme por mucho más tiempo, así que me dejo caer sentada en la arena, me abrazo las piernas y, escondiendo la cara entre las rodillas, dejo salir toda la angustia, la decepción y la rabia en forma de lágrimas. Llora, llora en alto y sin contención por lo que he perdido. Aunque, en realidad, no puedes perder algo que nunca has tenido, y yo a Yago no lo tuve nunca. Solo tuve una mentira, un engaño, algo que no existía en realidad; pero, aun así, duele. Duele saber que nunca más veré su sonrisa al despertarme cada mañana, saber que no me refugiaré de nuevo en sus brazos, y no escucharé su voz susurrando en mi oído.

Su imagen aparece en mi mente y siento que se me para el corazón. Parecía tan real, lo que teníamos parecía tan verdadero... Y en parte lo era, por lo menos por mi parte. Por muy traicionada o lastimada que me sienta, no puedo negar que lo que siento por él es tan cierto, tan intenso y tan fuerte, como el mar que se extiende ante mis ojos; pero también tan imposible de tener, como esas estrellas que veo brillar lejanas en el cielo, porque sé que aunque lo intentase, no podría perdonarlo. Algo se ha roto dentro de mí, y cuando algo se rompe, por mucho que pegues los pedazos, es imposible que vuelvan a quedar igual.

Solo cuando considero que ha pasado el tiempo suficiente como para no encontrármelo, decido volver a casa. Tengo el cuerpo entumecido por el frío y la tensión. Me levanto despacio y comienzo a caminar de nuevo por la playa. Intento cubrirme con la chaqueta, pero es demasiado fina y el frío atraviesa la tela atacándome sin piedad y haciendo que me castañeen los dientes. Cuando por fin abandono la arena, cruzo la calle y me paro delante del portal de casa. Con las manos temblorosas y los ojos todavía anegados en lágrimas, abro el bolso para buscar las llaves; espero tenerlas dentro. Estoy revolviéndolo todo

cuando siento un cuerpo pegado a mi espalda. Intento reaccionar, pero no tengo tiempo; una mano rodea mi cuello impidiéndome respirar, mientras siento algo puntiagudo ejerciendo presión sobre mi barriga. Bajo la vista para ver, horrorizada, cómo la hoja del enorme cuchillo ejerce presión justo donde siento moverse a mi niña dentro de mí.

—Una sola palabra y te juro que le atravieso la cabeza al engendro ese que llevas dentro —sisea en mi oído una voz que apesta a alcohol—. ¿Nunca te han dicho que de noche a las niñas buenas se las merienda el lobo feroz? Levanta las manos, date la vuelta y camina despacito hacia la furgoneta negra —ordena en voz baja.

Hago un amago de intentar girarme, pero siento cómo la presión del cuchillo aumenta sobre mi barriga.

—Nada me gustaría más que clavártelo, así que te recomiendo que no me des el más mínimo motivo para ello —recomienda mi agresor, riendo en voz baja mientras aprieta más su mano sobre mi cuello.

No consigo verlo, pero está claro que tiene fuerza y que sabe lo que hace; ha conseguido inmovilizarme y sus movimientos son seguros. No vacila, no duda y eso, por desgracia, no facilita mi situación.

Despacio, me giro hacia la furgoneta, tal y como me ha dicho; el portón trasero está abierto. Por fin mi raptor me da la vuelta y puedo verlo. Tal y como me había imaginado, es alto y, aunque está delgado, es de complexión fuerte. Lleva la cara cubierta por un pasamontañas que solo deja a la vista sus ojos; los observo detenidamente intentando reconocerlo, pero no consigo identificarlo. No tengo ni idea de quién demonios puede ser.

Otro hombre sale de la parte trasera de la furgoneta con una cuerda. Al igual que su compañero, lleva pasamontañas; es más bajito y robusto que mi agresor y sus movimientos son más torpes. Por un momento me planteo la posibilidad de enfrentarme a ellos para intentar escapar, pero sentir la hoja del cuchillo sobre mi vientre me hace desechar cualquier intento de fuga; no voy a poner en riesgo a mi bebé, por lo menos, no si puedo evitarlo.

Estoy muerta de miedo. Por mi trabajo, me he visto en muchas situaciones peligrosas y complicadas, algunas incluso en las que mi vida ha llegado a correr verdadero peligro, pero a diferencia de ahora, estaba sola. Sin embargo, en este momento mi hija depende de mí y me da pánico pensar que algo malo pueda pasarle.

Con brusquedad, me retuerce un brazo y me ata las manos a la espalda, me pone cinta aislante en la boca y me tapa los ojos con algo que no llego a

identificar, haciendo un nudo con fuerza. De un empujón me tira dentro. Al caer me golpeo la espalda con algo y tengo que ahogar un gemido de dolor. Sin contemplaciones, uno de ellos me agarra con fuerza los tobillos y me los ata con una cuerda, apretando tanto el nudo, que me corta la circulación.

Me cuesta respirar y mi corazón late a tanta velocidad, que creo que el pecho me va a reventar, pero me obligo a intentar mantener la calma; eso es lo primero que te enseñan en mi profesión. La diferencia entre mantener la calma o perder el control puede suponer vivir o morir, y yo no pienso morir; no hoy al menos.

Uno de los hombres salta dentro y siento la chapa vibrar bajo mi cuerpo. Se acerca a mí y me da un brutal tirón de pelo, obligándome a echar la cabeza hacia atrás.

—Ahora vamos a dar un paseíto —Distingo la voz del hombre que me asaltó en el portal justo antes de que me tape la nariz con un trapo empapado en algo que distingo como cloroformo.

Durante unos segundos contengo la respiración, pero él se da cuenta y me zarandea sin piedad, tirándome del pelo.

—¡O respiras o te asfixias, puta! —Alza la voz.

Tiene razón, me resulta imposible respirar por la boca debido a la cinta aislante, así que al final no me queda más remedio que respirar por la nariz. El penetrante olor del anestésico invade mis fosas nasales haciendo que todo se difumine. Intento mantener los ojos abiertos, pero estos, ajenos a mis deseos, se cierran. Siento cómo mi agresor me empuja la cabeza contra el suelo justo antes de que todo se sume en la más profunda oscuridad.



YAGO

Deambulo por mi piso como un animal enjaulado, llevándome de vez en cuando a la boca el botellín de cerveza ya caliente que tengo entre las manos. Soy incapaz de quedarme quieto porque, cada vez que lo hago, la imagen de Lena alejándose de mí se reproduce en mi cabeza. No sabría precisar cuántas horas han pasado desde que, después de recoger mis cosas tal como ella me pidió, llegué aquí. Tampoco recuerdo cuántas veces la he llamado, pero han

sido muchas antes de dejar de intentarlo. Me lo ha dejado claro, no quiere saber nada más de mí y no me queda otra que asumirlo. Sin embargo, la simple idea de hacerlo duele como si me arrancasen el corazón del pecho y saltasen encima.

De repente, alguien comienza a aporrear la puerta.

—¡Yago, abre la puerta! ¿¡Estás ahí!? ¡Si estás ahí, abre inmediatamente!
—grita Camila, histérica.

Suelto un gemido de frustración y cierro los ojos, ahora sí, dejándome caer en el sillón. Si hay algo que no me apetezca ahora mismo, es una charla o bronca de mi hermana.

—¡Yago, abre la maldita puerta de una vez o te juro que la tiro abajo! —
vocifera visiblemente nerviosa.

Niego con la cabeza; más tarde la llamaré, ahora no tengo fuerzas para enfrentarla.

—¡Yago, por favor, abre la puerta! ¡Es urgente! ¡Necesito saber si estás ahí! —Su voz se ha vuelto débil y temblorosa.

Abro los ojos de golpe en cuanto la escucho, poso el botellín encima de la mesa, y prácticamente salto hacia la puerta. Algo no va bien, y no me refiero al hecho de que Lena y yo no estemos juntos; algo ha tenido que pasar para que Cami flaquee de esa forma.

Abro la puerta y veo a mi hermana con la cara congestionada y los ojos llorosos.

—¡Menos mal que estás aquí! —grita lanzándose a mis brazos—. ¡Por lo menos tú estás bien! —Deja salir el aire que estaba reteniendo mientras se limpia las lágrimas. Yo la miro con todo mi cuerpo en tensión, sin saber qué demonios quiere decir.

—¿Qué pasa, Camila? —pregunto haciéndola entrar en el piso mientras le acaricio la espalda.

Ella se deja guiar. Pasea su mirada, primero por el salón, donde he dejado tiradas de cualquier manera las bolsas con las cosas que traje de casa de Lena y que ni siquiera me he molestado en recoger; después por los botellines de cerveza vacíos en la mesita del salón; y finalmente por mi rostro.

—Yago, ¿por qué estás aquí?, ¿qué ha pasado? —formula la pregunta a pesar de que, por el tono en que lo hace, estoy seguro de que ya conoce la respuesta.

—Lena recuperó la memoria y me echó —confieso mientras camino hasta el sillón y me dejo caer en él, abatido. Me froto la cara con

desesperación y la miro fijamente—. Te juro que intenté hacer las cosas bien, Cami. Puede que la manera de hacerlas no fuese la más ortodoxa del mundo; puede que quizás no debiera haberme aprovechado de que no recordase que no quería nada conmigo para irme a vivir con ella —admito y me quedo callado unos segundos—. Pero yo solo necesitaba tiempo para demostrarle que nuestra hija me importa, que ella me importa. —Camila se sienta a mi lado y toma mi mano entre las suyas.

—Lo sé —admite con voz suave—. Pero creo que lo dejaste llegar demasiado lejos.

La miro sabiendo que se refiere a todo lo que ha pasado entre nosotros, y cierro los ojos con fuerza. Recordarlo, recordar todo lo que nunca va a volver a pasar, es todavía más doloroso, y siento que a duras penas puedo respirar.

—Al principio solo era atracción y creí que podría manejarlo, pero cada día que pasaba a su lado, cada minuto juntos, lo que sentía por ella se fue volviendo más y más fuerte, y al final fui incapaz de controlarlo. Sé que hice mal; ella no estaba en condiciones de decidir si quería algo conmigo o no y yo me aproveché. Pero te juro, Camila, que lo que siento por ella es lo más real y sincero que he sentido en toda mi vida. —La miro y veo comprensión en sus ojos—. Nunca pensé que diría estas palabras, pero estoy enamorado de Lena.

—Eso, y que ella siente lo mismo por ti, lo tenemos todos claro desde hace mucho, Yago.

—Si ella sintiese lo mismo por mí, me habría perdonado —objeto, negando con tristeza.

—No es tan sencillo, imagínate cómo se habrá sentido ella. Todo era maravilloso entre vosotros, y de repente, recupera la memoria y no solo recuerda lo que hiciste cuando se quedó embarazada, sino que además se da cuenta de que has utilizado su amnesia para conseguir justo lo que no quería: acercarte a ella. Ha debido de sentirse utilizada, decepcionada y traicionada, y probablemente no solo por ti, sino también por nosotros, ya que lo permitimos sin decir o hacer nada, Yago. ¿Cómo querías que reaccionase?

—¡Sabía que no iba a ser fácil, pero pensé que pesaría más lo que hay entre nosotros que el rencor y la rabia! —respondo ofuscado, levantando la voz.

—Es que estás confundido; no son el rencor y la rabia lo que pesa más, es el dolor —me contradice ella—. Le has hecho daño, Yago. Lena, por su pasado y, sobre todo, por el daño que le hizo su familia, es una persona que tiende a protegerse y a cerrarse en banda en cuanto ve la más mínima

posibilidad de que alguien la hiera, y tú lo has hecho no una, sino varias veces. Te conoce de siempre, ella confiaba en ti, a su manera te quería, y cuando se quedó embarazada le hiciste daño; por eso se cerró en banda. Después, pierde la memoria y cuando la recupera, no solo recuerda ese dolor, sino que se da cuenta de que le has mentado, te has aprovechado y la has traicionado. Lena no es una mujer de segundas oportunidades, Yago. Si se entrega a ti, si te quiere, te da hasta su alma; pero si le fallas una vez, no te va a dar opción de hacerlo una segunda.

—Lo sé, la he cagado pero bien —admito, derrotado.

—Sin embargo —continúa ella—, entiendo lo que hiciste y por qué lo hiciste. Sé que lo que sientes por Lena es de verdad, no hace falta más que ver cómo la miras para saberlo, y también sé que lo que ella siente por ti también lo es. Nunca había visto a Lena así antes, y eso probablemente no hubiese sucedido si no te hubieses ido a vivir con ella porque nunca te habría dado esa opción, así que, a pesar de todo, me parece que no te has equivocado tanto como crees.

—Eso ya nunca lo sabremos. No me va a perdonar, lo vi en sus ojos, Cami. He intentado hablar con ella mil veces desde anoche, pero es imposible; no quiere saber nada de mí —admito. El gesto de mi hermana se contrae de dolor y sus ojos se llenan de lágrimas.

—Yago, Lena ha desaparecido.

—¿Cómo que ha desaparecido? —pregunto mirándola sin comprender qué narices quiere decir.

—Pues eso, que ha desaparecido —confirma ella con voz temblorosa—. Habíamos quedado en casa de la madre de Leo para comer, pero Lena no ha aparecido. La hemos llamado varias veces, pero como no había forma de localizarla, Leo y yo hemos ido a su piso. Al llegar nos hemos encontrado su bolso abierto tirado en una esquina, al lado del portal. Dentro estaban todas sus cosas: el móvil, la cartera, las llaves de casa... Tú tampoco cogías el teléfono y no sabíamos nada de ti; por eso he venido —explica Cami mirándome con los ojos inundados de preocupación.

—¿Habéis llamado a la policía? —pregunto mirándola asustado.

Camila asiente.

—Leo está con ellos en su piso.

—Pues vamos —la insto poniéndome en pie rápidamente y saliendo a toda velocidad, seguido por Camila.

La angustia y el miedo no me dejan pensar, y casi es mejor así porque

solo de imaginar que pueda haberle pasado algo malo a Lena... Siento que me muero.

Por el camino le explico a Camila con todo lujo de detalles qué fue exactamente lo que pasó anoche; ella me escucha sin decir una palabra hasta que termino.

—Es culpa mía, Cami, nunca debí dejarla irse sola. ¡No sé en qué estaba pensando! Si le llega a pasar algo, yo... Me muero, Cami —susurro con voz desesperada.

Ella se para delante de mí, justo antes de entrar en el portal de casa de Lena, y me mira muy seria.

—Mírame —pide—. Mírame, Yago —ordena con voz firme, tocándome la mejilla para obligarme a mirarla. Sus ojos cargados de preocupación, pero también de amor, se clavan en los míos—. No es culpa tuya. Estoy segura de que la vamos a encontrar, no vamos a dejar que le suceda nada malo; pero escúchame bien, pase lo que pase, no es culpa tuya.

—Pero... —intento interrumpirla, pero ella coloca un dedo sobre mis labios para hacerme callar.

—Adoro a Lena y sabes que soy la primera en reprochártelo cada vez que la cagas, pero en este caso no podías haber hecho nada, Yago. Conozco a Lena tan bien como me conozco a mí misma, y sé a ciencia cierta que después de lo que os pasó anoche ni a la fuerza hubieses conseguido que Lena se fuese contigo. Quería estar sola y no podías hacer nada para evitarlo —dice intentando tranquilizarme, aunque, por desgracia, no funciona. Sus palabras ni me consuelan ni me hacen sentir menos culpable de lo que me siento.

En este momento Lena está sola en algún sitio; a saber lo que estará pasando, lo que estará padeciendo. Por mucho que Camila diga lo contrario, todo esto es culpa mía. No debí dejarla sola, nunca debí marcharme de la playa, por mucho que ella así lo quisiese.

Soy un gilipollas, un auténtico gilipollas, y la persona que más quiero puede que esté pagando las consecuencias de ello. Un dolor agudo me atraviesa el pecho haciendo que respirar sea un trabajo casi insoportable. El miedo se vuelve pánico, y a duras penas consigo mantenerme en pie por el temblor de mis piernas. El cuerpo me pesa una barbaridad, siento cómo me sudan las palmas de las manos, y prácticamente me dejo arrastrar por Camila escaleras arriba. La escucho abrir la puerta con su propia llave, veo a Leo venir hacia mí, lo siento abrazarme con fuerza, pero no reacciono. Mi mente parece estar envuelta en una nebulosa que me impide pensar con claridad, y el

presentimiento de que algo muy malo está sucediendo en este instante hace que el dolor se vuelva casi insoportable.

Dos policías se acercan a nosotros presentándose como el inspector Ramírez y el agente Vázquez. No les hago mucho caso hasta que la voz del agente hablándome directamente me obliga a centrarme.

—Usted estaba con ella anoche, ¿verdad?

El policía está de pie delante de mí y lleva puestos unos guantes.

—Sí —contesto.

Es joven, no tendrá ni cuarenta años. Me mira de arriba abajo estudiándome sin disimulo.

—¿Hasta qué hora? —vuelve a preguntar.

—Hasta las dos de la madrugada, más o menos.

—Necesitamos que nos relate con detalle lo que pasó durante las últimas horas que estuvieron juntos —demanda el inspector al ver que yo soy más bien parco en palabras—. Cualquier detalle, por insignificante que parezca, puede ser importante en este tipo de situaciones —nos aclara mirando también a Camila y a Leo, que se han sentado conmigo, uno a cada lado.

Asiento. Mi cabeza viaja a la noche anterior, a los momentos en que Lena todavía estaba a mi lado, y por unos segundos, siento que mi corazón deja de latir. Una lágrima resbala por mi mejilla; no me importa, ni siquiera me molesto en secarla. Como un autómatas, empiezo a relatar todo lo acontecido la noche anterior; los policías me escuchan sin perder detalle, Leo también. Camila ya conoce la historia, pero aun así, la veo contener la respiración mientras hablo, atenta a cada una de mis palabras.

—Entonces, ella se alejó por la playa en dirección al puerto, y unos minutos después, yo vine aquí, recogí mis cosas y me fui a mi piso —concluyo.

—Entiendo —afirma el agente—. ¿Hay alguien que pueda confirmar que estuvo con usted desde ese momento hasta ahora? —pregunta el inspector mirándome fijamente.

Inmediatamente, como si me hubiesen clavado un tenedor, me levanto del sillón y lo encaro apretando los puños. Es un poco más alto que su compañero, también algo más mayor. Me mira sin amilanarse y sin inmutarse siquiera ante mi reacción.

—Espero que no estén insinuando que yo pueda haberle hecho algo, porque le recuerdo que está hablando de la madre de mi hija, la mujer de la que estoy enamorado —escupo cada una de las palabras con desagrado,

indignación, y casi con violencia.

—Sí, la misma mujer con la que había discutido. Ella acababa de echarlo de casa, como acaba de indicarnos —alega él como si tal cosa.

—¡No me lo puedo creer! ¿¡De verdad van a perder el tiempo haciendo insinuaciones sin sentido en lugar de dedicarse a buscarla!?! —grito exaltado.

Camila se pone en pie y me sujeta del brazo para intentar calmarme. La miro horrorizado; la simple idea de que alguien piense que yo sería capaz de tocarle un pelo a Lena... me revuelve las tripas.

—Tranquilícese, aquí nadie está insinuando nada —interviene el agente Vázquez intentando apaciguar los ánimos—. Al igual que vosotros, lo único que queremos es encontrar a Lena, a poder ser lo antes posible. Para eso, en estos casos no podemos descartar ninguna hipótesis. Ahora mismo todo está en el aire y, como ya os hemos explicado, cualquier detalle puede resultar relevante.

—¡No quiero tranquilizarme! ¡No me da la gana! Si de verdad queréis encontrarla como decís, dedicaos a buscarla en lugar de hacer insinuaciones que no vienen al caso.

—Estoy de acuerdo con mi hermano. Además, me gustaría recordarles que hace unos días la propia Lena acudió a comisaria y denunció que alguien había entrado en su casa. Tampoco me gustaría que olvidasen que esa misma persona tenía fotos que demostraban que estuvo presente el día que Lena sufrió el accidente que casi la mata y que le hizo perder la memoria. Mi hermano en todas esas ocasiones estuvo con ella o acompañado, por lo que no pudo ser él. Me parece que esa es una línea lo suficientemente sólida por donde empezar a buscar, ¿no les parece? —pregunta Camila con voz fría.

—Es un buen punto de partida, sí —admite el agente mirándola fijamente—. ¿Qué hay de ese otro amigo que estaba con ella el día del accidente? ¿Han podido hablar con él?

—Le he estado llamando, pero cogió quince días de vacaciones porque tenía pensado viajar a Grecia y tiene el teléfono apagado —responde Camila sacando su móvil del bolsillo para volverlo a intentar.

—¿César? ¿No lo coge? —pregunto girándome hacia ella de golpe.

—No, tanto Leo como yo hemos estado llamándolo, pero salta el buzón.

—¿Creen que puede tener algún tipo de relación con la desaparición de Lena? —interroga el policía, observándonos detenidamente.

Me quedo callado pensando en sus palabras. César es un gilipollas y cada vez que lo veo me dan ganas de partirle todos los dientes, pero estoy

completamente seguro de que nunca le haría nada malo a Lena. Es más, por mucho que me joda, tengo que admitir que su lealtad hacia ella es innegable; siempre ha estado a su lado... Y eso ya es más de lo que se puede decir de mí.

—No, es imposible que él tenga algo que ver. Estoy completamente seguro —afirmo.

—Está bien, pero de todos modos, sigan intentando ponerse en contacto con él; es importante —indica el policía más joven.

—El semáforo más cercano está provisto de cámara, ya hemos mandado analizar las imágenes para intentar averiguar algo. Estén localizables, les mantendremos informados ante cualquier novedad —explica el inspector—. Estas situaciones son complicadas, entiendo que es un momento delicado y que están preocupados, pero mientras no tengamos más datos, lo mejor es intentar mantener la calma.

—No se preocupe, así lo haremos pero, si no les importa, quiero ir con ustedes para el visionado de las cintas; estoy preparada para desenvolverme en este tipo de situaciones y puedo resultar de ayuda —se ofrece Camila con una entereza digna de admiración. Conozco a mi hermana y sé que está preocupadísima, pero sabe que lo mejor que puede hacer por Lena es controlarse y mantener la calma, y por ello se esfuerza por mostrarse entera, aun cuando está a punto de derrumbarse.

Leo, tan consciente de ello como yo, no se despega de su lado; la observa constantemente como si se tratase de una bomba de relojería a punto de explotar, y acaricia con suavidad su espalda para infundirle fuerza y valor. Los miro con envidia; envidia sana, pero envidia al fin y al cabo. Daría lo que fuese por poder apretar a Lena entre mis brazos y asegurarme de que está bien; es más, daría lo que fuese solo por saber que está bien.

—Lo siento, conocemos su trayectoria, pero está demasiado involucrada en este caso. Si de verdad quieren ayudar, intenten localizar a su amigo para que se ponga en contacto con nosotros lo antes posible. —El inspector se muestra firme.

Camila entiende que no va a conseguir hacerlo cambiar de idea, por lo que, con el ceño fruncido y luchando por resignarse, saca el móvil y, con manos temblorosas, vuelve a llamar a César.



Capítulo 16

LENA

Siento el frío del suelo contra mi mejilla y la boca terriblemente seca; intento moverme, pero el cuerpo no me responde. Continúo con los ojos vendados, por lo que no tengo ni idea de dónde me encuentro, pero deduzco que estoy a cubierto porque el sonido de una lluvia intensa llega a mis oídos desde el exterior y yo estoy seca. El estruendo de un trueno me hace encogerme temblando. No me gustan las tormentas, nunca lo han hecho, y en esta situación, menos todavía. Mi corazón late desbocado, como si una manada de sementales cabalgase dentro de mi pecho. Me obligo a respirar con calma para no comenzar a hiperventilar. En algún punto de la habitación, una gotera filtra el agua de la lluvia que se estrella contra el suelo.

De pronto, escucho un chirrido; parece el sonido de una puerta al abrirse. Me quedo muy quieta escuchando los pasos que se acercan con rapidez, y rezo para que se alejen de mí, para que se vayan en otra dirección, a pesar de que sé que eso no va a suceder porque, para mi desgracia, suenan cada vez más cerca.

Me hago la dormida. Tiempo, necesito ganar tiempo.

—Quítale la venda de los ojos. —Escucho que ordena un hombre y, por la voz, sé que es el mismo que me asaltó en el portal.

Unas manos algo temblorosas liberan mis ojos que, molestos, parpadean varias veces cuando una linterna los enfoca directamente. Bajo la mirada para apartarlos del haz de luz. Cuando, después de unos segundos dejan de enfocarme y apoyan la linterna en el suelo, mirando hacia arriba para iluminar la estancia, disimuladamente miro a mi alrededor. Estoy en lo que deduzco que debe de ser una casa abandonada. Las paredes son altísimas y están formadas por piedras de gran grosor. El suelo, que en su momento debió de ser de madera noble, ahora está podrido y mohoso. La única ventana de la habitación está situada a gran altura; a través de sus resquebrajados cristales observo que fuera todo está oscuro también. Debe de ser de noche.

—No te molestes, ni en sueños adivinarías dónde estás y, aunque lo hicieras, de poco te serviría. Cuando alguien consiga encontrarte será

demasiado tarde para ti. —Escucho a mi espalda mientras mi interlocutor camina unos pasos para situarse delante de mí y dar por fin la cara.

¡No puedo creer lo que ven mis ojos! Más bien, ¡no puedo creer a quién ven mis ojos! Y no porque me sorprenda especialmente, sino porque ni siquiera contemplaba la posibilidad de que se tratase de él.

Ha adelgazado, está visiblemente descuidado y desmejorado. Una barba de varias semanas oculta parte de su rostro, pero sin duda es él. Diego, más conocido como «El coletas». Trabajó para nosotras brevemente durante la gira de Leo, pero Camila se vio obligada a despedirlo en Valencia porque no paraba de cuestionarla y provocarla. Es una persona egocéntrica y vanidosa que nunca nos gustó demasiado, pero jamás imaginé que fuese peligroso, y mucho menos, que sería capaz de hacer algo así.

Cruzando los brazos sobre su pecho en actitud desafiante, Diego me mira con desdén mientras sonrío con arrogancia. Su compañero se coloca a su lado, visiblemente incómodo. Lo miro intentando reconocerlo, pero sin duda es la primera vez que lo veo. En sus ojos, al contrario que en los de Diego, solo veo pena y arrepentimiento; por lo tenso y nervioso que está, no es difícil deducir que es la primera vez que se ve en una situación de este calibre. Vamos, que casi apostaríamos a que a este pobre incauto lo han liado, y probablemente no tenía ni idea de dónde se metía. Es más joven que Diego y, tal y como imaginé mientras me ataba, menos corpulento. Tiene el pelo castaño muy corto; no logro distinguir bien el color de sus ojos, pero estoy segura de que son claros. Lo más característico de su rostro es la cicatriz que atraviesa su pómulo izquierdo casi de un lado al otro.

Una rabia inmensa me quema por dentro. ¿Cómo no nos dimos cuenta de que este tío estaba como una cabra cuando lo contratamos? Recuerdo haber mirado su expediente y era impoluto, pero la verdad es que, como andábamos justas de tiempo, no nos paramos a contrastar las referencias. Groso error por nuestra parte; en este trabajo es muy importante saberlo todo acerca de las personas para las que trabajas, pero, más importante todavía es conocer bien a las personas que trabajan para ti. Cometí un fallo de principiante al no asegurarme bien de que el expediente de Diego fuera correcto, al no pedir más referencias, y por desgracia, fue una equivocación que voy a pagar muy caro.

—¿¡Esto no te lo esperabas, eh!? Apuesto lo que quieras a que era la última persona que pensabas encontrarte aquí —escupe las palabras irradiando en cada una de ellas toda su frustración, odio y rencor, mientras camina a mi alrededor sin dejar de mirarme. Se pone en cuclillas para

agacharse a mi lado y, de un tirón, arranca la cinta aislante que cubre mis labios.

¡Duele!, ¡vaya si duele! Y no solo la boca; las muñecas y los tobillos me arden debido a la presión de las cuerdas, pero no pienso darle la satisfacción de emitir un solo quejido.

—La verdad es que tienes razón, no esperaba encontrarte aquí, pero porque nunca se me pasó por la cabeza que estuvieses tan enfermo —respondo intentando aparentar una serenidad que estoy muy lejos de sentir.

—¡Tan listas os creíais! ¡Tan perfectas! ¡Tú y tu amiguita os creéis una especie de Lara Croft! ¡Pensáis que estáis por encima del resto de los mortales! No pensasteis en mí porque me menospreciabais; no me teníais en cuenta; me creíais inferior a vosotras; no me veíais capaz de preparar un plan como este, y mucho menos de llevarlo a cabo. Y ahora mírate, ahí tirada, indefensa, sin nadie que te proteja, completamente a mi merced.

Me muerdo la lengua para no contestarle, y le dejo seguir despoticando mientras, disimuladamente, busco a mi alrededor algo que pueda serme útil para conseguir salir de aquí. No tengo mucho tiempo, ¡necesito algo y lo necesito ya!

—Tu amiga, tan perfecta y tan digna, me despidió ¡a mí! Prácticamente tendría que haber besado el suelo que yo pisaba y, en lugar de eso, tuvo las santas narices de echarme delante de todo el mundo. ¡Me convirtió en el hazmerreír de la profesión! ¡Se deshizo de mí como si fuese un despojo viejo! ¡Me lo quitó todo! —grita fuera de sí.

—Solo era un trabajo —replico con toda la seguridad que soy capaz de mostrar.

—¿Un trabajo?, ¿que solo era un trabajo dices? ¡No solo era un trabajo! ¡Era mi trabajo! Soy el mejor, y tu amiguita me humilló y desacreditó delante de todos, y no contenta con eso, cuando después la llamaron para pedir referencias sobre mí, me dejó con el culo al aire. Habló tan mal de mí, que sería prácticamente un milagro que me contratasen siquiera como vigilante de discoteca.

—Y visto lo visto, no me extraña que lo hiciese —contesto, incapaz de contenerme—. Es más, en cuanto la vea, yo misma la felicitaré por tan sabia decisión.

En el mismo instante en que las palabras abandonan mis labios, veo cómo su rostro adopta una expresión tan cruel y despiadada, que contengo la respiración mientras su cara se vuelve cada vez más roja de pura rabia. Se

agacha a mi lado y rodea mi cuello con su mano, apretándolo poco a poco hasta que el aire deja de entrar en mis pulmones. El pecho comienza a arderme y todo se va volviendo borroso a mi alrededor. Mientras, escucho su voz susurrar:

—No vas a volver a verla, por lo menos no hasta que os encontréis en el infierno. —Suelta mi cuello y aspiro una gran bocanada de aire tosiendo descontroladamente.

Apenas tengo tiempo de reaccionar, encogiéndome e intentando pegar la barbilla a las rodillas para protegerme el vientre, antes de advertir el movimiento de la pierna de Diego y de que me propine la primera patada, cargada de ira y directa a la espalda. Una, otra, después otra más. Cada golpe es más fuerte y rabioso que el anterior, desquitándose contra mi espalda, mis brazos y mis piernas. Una de las patadas me da directamente en la cabeza y siento que todo da vueltas a mi alrededor. Mientras, su acompañante intenta contenerlo sin éxito.

—¡Para ya! ¡La vas a matar! —grita el chico, asustado, mientras empuja a Diego intentando apartarlo de mi magullado y tembloroso cuerpo.

—¿Y qué si lo hago!? —pregunta él, encarándolo completamente histérico—. ¿No pensarías que iba a dejarla viva, verdad!? ¡Porque si lo pensabas, es que eres incluso más idiota de lo que creía! ¡Esta zorra no va a volver a ver la luz del sol! Su amiguita me lo quitó todo y yo pienso pagarle con la misma moneda. A ella le quitaré la vida —continúa gritando mientras me señala—, y Camila, la gran Camila, tendrá que vivir sabiendo que su amiga murió por su culpa y que no pudo salvarla.

Un dolor agudo me atraviesa el vientre haciéndome gritar de dolor. Ambos se giran hacia mí y veo cómo sus ojos se dirigen hacia mis piernas. Diego sonrío con maldad, mientras su acompañante abre los ojos desmesuradamente y palidece todavía más. Busco el motivo de sus reacciones, y lo encuentro al ver el reguero de sangre que tiñe de rojo mi pantalón. Un nuevo pinchazo me hace cerrar los ojos con fuerza y apretar la mandíbula. Me quedo sin tiempo, lo sé, algo no va bien.

Diego saca el móvil y, horrorizada, veo cómo comienza a grabar con él mientras saca una pistola de la parte trasera de su pantalón.

—Voy a explicarte cómo va a ir esto —comienza a hablar mirando la pantalla del móvil—. ¡Voy a acabar contigo lenta y dolorosamente! —Ríe y el sonido de su risa me recuerda a una hiena—. Primero voy a dispararte en la barriga. Cuando notes cómo el hijo que esperas deja de moverse dentro de ti y

sientas cómo lo pierdes, te dispararé en el pecho. Tus pulmones irán encharcándose lentamente, y cada vez que intentes respirar, el dolor se volverá insoportable, consumiéndote poco a poco. Cuando vea que ya no puedes más, entonces te mataré de un tiro en el corazón. —Siento cómo mis ojos se llenan de lágrimas al escuchar sus palabras—. ¿Y sabes qué es lo mejor? ¡Que todo quedará grabado para que Camila pueda disfrutarlo con palomitas y todo! ¡No diréis que no soy generoso! —Vuelve a reírse a carcajada limpia.

—Vas a pudrirte en la cárcel —le amenaza con voz temblorosa.

—Lo dudo. Esa parte es la mejor, ¿sabes por qué? Porque lo tengo todo cuidadosamente planeado y, para cuando te encuentren, yo ya estaré muy lejos de aquí. ¿Sabíais que en China no hay extradición? —pregunta mirando de nuevo el móvil que lo está grabando todo—. Pues exactamente dentro de tres horas y media embarcaré en el aeropuerto de Vigo rumbo a Madrid, y en menos de veinticuatro horas estaré comiendo cerdo agridulce. Mientras, tú estarás muerta, pudriéndote, hasta que la inútil de Camila te encuentre. Eso sí, tranquila, dejaré mi móvil al lado de tu cuerpo con todo grabado para que ninguno de tus amigos se pierda el espectáculo. La policía lo verá, por supuesto, pero en ese momento yo ya estaré de turismo por la Gran Muralla China —se regodea él, muy seguro de sí mismo.

—¿Pero qué dices? ¿Qué demonios estás diciendo? —vocifera el otro chico, blanco como un fantasma—. Me pagaste para que te ayudase a darles un susto, nada más. Me dijiste y aseguraste que no nos verían la cara, que estaría unas horas retenida y que después la dejaríamos en algún sitio para que la encontrasen. Ya nos ha visto, vale, eso ya no tiene remedio, ¡pero yo no pienso cargar con una muerte! ¡Me aseguraste que no sufriría ningún daño! —grita el pobre páfilo, completamente aterrorizado—. Todavía estamos a tiempo, por favor, no lo compliques más —ruega el chico con voz temblorosa.

—Cambio de planes, cosas del directo —afirma Diego encogiéndose de hombros.

—¡No te lo pienso permitir! ¡Tú estás fatal! ¡Voy a avisar a la policía! —continúa chillando el otro, mientras se da la vuelta y corre hacia la puerta. Diego lo ve alejarse hasta que, de repente, alza la pistola y, apuntándole con ella a la cabeza, dispara.

—¡No! —grito al verlo caer desplomado en el suelo.

Me quedo mirando fijamente su cuerpo tirado boca abajo y levanto la vista para ver, horrorizada, cómo Diego se gira hacia mí, sonriendo complacido de sí mismo.

El odio que desprende su mirada es tal, que hace que se me erice la piel. El miedo se entremezcla con el dolor, que es tan intenso, que por un momento solo quiero que todo termine de una vez. Por un instante, la idea de cerrar los ojos y esperar a que todo se acabe es tan tentadora... Entonces algo se mueve dentro de mí; mi guerrera está luchando por quedarse a mi lado, y si ella lucha, yo no voy a ser menos.

—En unos minutos estoy contigo, tengo que ocuparme de un pequeño contratiempo —dice Diego guiñándome un ojo.

Incapaz de pestañear, veo cómo se acerca al cuerpo que yace inerte delante de nosotros y, agarrándolo por los pies, lo arrastra hasta la puerta dejando un reguero de sangre tras él.

Un nuevo pinchazo más intenso que los demás me hace contraerme de dolor. ¡Necesito salir de aquí y necesito salir de aquí ya! La sangre que mana de mi cuerpo cada vez es más abundante y yo cada vez tengo menos fuerzas. Desesperada, miro hacia todos los lados rezando para que ocurra un milagro que me ayude a salir de esta. Algo, lo que sea, una pequeña esperanza a la que aferrarme... Y el milagro aparece en forma de azulejo roto unos metros a mi izquierda. Haciendo acopio de las pocas fuerzas que me quedan, me arrastro como puedo hasta que consigo alcanzarlo con una mano. Para que Diego no sospeche, vuelvo al sitio en el que me encontraba y comienzo a frotar la cuerda que aprisiona mis muñecas con la esquina afilada del azulejo. Siento cómo el filo de la pieza me corta los dedos. El dolor de mi barriga se vuelve más agudo, extendiéndose a piernas y riñones; me cuesta horrores respirar y cada vez estoy más cansada. No hay que ser un genio para comprender que no voy a ser capaz de resistir mucho más; las fuerzas parecen abandonar mi cuerpo poco a poco. El tiempo se vuelve irreal; solo pido una y otra vez tener el tiempo suficiente para conseguirlo. No sé cuánto rato llevo friccionando el azulejo contra las cuerdas ni el tiempo que me queda antes de que Diego vuelva y todo termine. Solo sé que no puedo rendirme; mientras me quede un mínimo aliento, tengo que seguir intentándolo. Las lágrimas salen de mis ojos a borbotones por el dolor, la desesperación, la angustia y la impotencia. Por fin siento que las cuerdas comienzan a ceder; tiro de mis muñecas con fuerza a la vez que continúo frotando el azulejo contra ellas, y finalmente consigo liberarlas.

Sin perder un solo segundo, aflojo las de las piernas y deshago el nudo, pero dejo las cuerdas colocadas encima para que Diego no se dé cuenta de nada. Un vez he terminado, me coloco como estaba, con las manos detrás de la

espalda y el azulejo a buen recaudo entre ellas.

Nerviosa, asustada como nunca en mi vida recuerdo haberlo estado, pero también decidida a luchar hasta el final, espero angustiada a que mi verdugo vuelva. No se hace de rogar demasiado; pocos minutos después aparece con la pistola entre las manos y se acerca, quedándose a pocos metros de distancia de donde yo me encuentro. Necesito que se acerque más.

—Perdona por haberte hecho esperar, pero ya sabes... A veces las cosas no salen perfectas. —Sonríe guiñándome un ojo de nuevo.

Me apunta con la pistola y creo que el corazón me va a explotar dentro del pecho. Un frío intenso me recorre el cuerpo haciéndome temblar con violencia.

—Llevo meses planeando cómo acabar con vosotras y por fin ha llegado el momento que tanto he estado esperando —afirma con crueldad.

—Fuiste tú quien me empujó por la escalera, ¿verdad? —pregunto intentando ganar tiempo.

Él se echa a reír y, antes de contestar, vuelve a presionar el botón de grabación del móvil.

—¡Claro que fui yo! ¿Quién si no? Fue tan sencillo... Desde el momento en que Camila me despidió y dio malas referencias a las empresas que llamaron para pedir información sobre mí, decidí que si vosotras habíais acabado con mi carrera, yo acabaría con vuestras vidas. Comencé a seguirlas sin que os dieseis cuenta. En principio, mi idea era matarte; acabar contigo para que Camila sufriese en sus propias carnes el dolor de perder a la persona que más quieres. En el momento en que te asomaste a esas escaleras lo vi claro, era mi oportunidad, así que no lo dudé; te empujé pensando que no sobrevivirías, pero lo hiciste, y eso lo volvió todo todavía más interesante porque perdiste la memoria. Ese hecho me facilitó mucho el trabajo porque podía seguirte sin miedo a que me reconocieses; de hecho, cuando choqué contigo en la calle y te quité las llaves del bolso ni siquiera me reconociste.

—¡Es cierto! ¡Tú eres el que chocó conmigo en la calle! ¡Tú me quitaste las llaves! —le acuso recordando ese momento. Mi mente retrocede a ese instante en concreto; recuerdo que su cara me resultaba vagamente familiar, pero ni de broma lo hubiese reconocido. Es más, no había vuelto a pensar en él hasta ahora.

—Entré en tu casa y te dejé las fotos. Quería que te sintieses observada, perseguida, insegura; eras como un ratoncillo indefenso y yo el gato esperando el mejor momento para darte caza. Reconozco que a partir de ahí, todo se

complicó un poco porque no te dejaban sola ni a sol ni a sombra, y no salen vuelos para China todos los días, por lo que, para asegurar mi huida, tuve que comprar los billetes con anticipación. Eso limitaba mi tiempo de acción, pero también lo volvía todo mucho más emocionante. Tenía que actuar ya, lo tenía todo preparado para hacerlo mañana, pero esta noche tú has decidido ponerme las cosas fáciles quedándote sola en la playa. Eso ha sido... providencial, diría yo.

—¿Y el chico al que acabas de matar? ¿Quién es?

—Ese pobre desgraciado era mi primo. Tranquila, el mundo no pierde gran cosa sin él. Fue fácil convencerlo. Al principio no se mostró demasiado dispuesto a colaborar, pero le dije que solo quería darte un susto, y *blablabla, blablabla*. Le ofrecí algo de dinero por ayudarme y al final aceptó. No creo que le dé tiempo a gastarlo, la verdad —añade, entre risas.

—Me das mucho asco —aseguro, entre dientes.

—Gracias, me lo tomaré como un cumplido. —Su cara me resulta de lo más espeluznante.

—Y ahora dime, ¿preparada para morir? ¿Algo que quieras decirle a la cámara? ¿Unas últimas palabras tal vez? —pregunta inclinándose hacia mí para apoyar la pistola sobre mi barriga.

Inspiro un par de veces infundiéndome valor, y contengo la respiración. Estoy aterrorizada; siento el sudor frío recorriendo mi espalda y todos mis músculos agarrotados por el dolor y el miedo. Me pregunto si mi cuerpo responderá, pero no es momento de dudar, ¡es ahora o nunca! Solo voy a tener una oportunidad y tengo que aprovecharla.

—No, ¡pero quizás tú sí debas decir las! —respondo abalanzándome sobre él.

Tomado por sorpresa, Diego pierde el equilibrio y se tambalea, momento que yo aprovecho para quitarle la pistola y lanzarla a través de la ventana con las pocas fuerzas que conservo. Antes de darle tiempo a reaccionar, le clavo la esquina afilada del azulejo en el pecho, y veo cómo inmediatamente su camisa se tiñe de rojo. Él, mirándome con los ojos y la boca muy abiertos por el dolor y la impresión, echa las manos hacia el lugar donde la afilada pieza se clava en su carne, pero la adrenalina, o quizás el instinto de supervivencia, me proporcionan la fuerza necesaria para sacar el azulejo y volver a hundirlo en su cuerpo con fuerza. Tras empujarlo hacia el suelo, le quito el móvil de la mano y echo a correr hacia la puerta. Con cada paso que doy siento como si mil agujas se me clavasen por todo el cuerpo;

tiemblo compulsivamente y un zumbido cada vez más agudo resuena en mi cabeza. Alcanzo la puerta sin dejar de escuchar los gritos de Diego, que intenta ponerse en pie. No me giro, no miro, no puedo parar porque, si lo hago, no tendré fuerzas para continuar. La puerta da a un largo pasillo; lo recorro agarrándome a las paredes y apoyándome para no caer, mientras siento cómo mis fuerzas cada vez son más escasas.

A duras penas, alcanzo la puerta de la entrada y salgo al exterior. Miro a mi alrededor; la casa está en lo que parece ser un bosque. Corro entre los árboles mientras la lluvia me empapa la cara, la ropa se pega a mi cuerpo, y el agua se entremezcla con la sangre que baja por mis piernas. Camino perdida sin saber a dónde dirigirme, arrastrando los pies, incapaz de levantarlos del suelo, y con la visión cada vez más borrosa. Respirar se convierte en una ardua tarea que cada segundo que pasa me cuesta más realizar. Tropiezo con una raíz y me caigo al suelo; casi se me escapa el móvil de las manos, pero me aferro a él con fuerza. Un relámpago lo ilumina todo a mi alrededor. El dolor me consume; calambres cada vez más intensos recorren mi cuerpo de arriba abajo. El zumbido se ha vuelto un sonido atronador. Llorando, me tapo los oídos para intentar no escucharlo, pero no desaparece. Como puedo, me arrastro hasta un tronco y, agarrándome a él, me levanto y grito; grito de dolor y me aprieto la barriga al sentir que me parto en dos por dentro. Todo mi cuerpo se contrae. Me obligo a continuar respirando por muy doloroso que resulte, y de nuevo empiezo a caminar, apoyándome en los árboles. «¡Un poco más! ¡Aguanta solo un poco más!», me digo a mí misma mientras mis lágrimas se mezclan con la lluvia y el pelo enmarañado se me pega a la cara.

Un nuevo latigazo de dolor me hace doblarme. No tengo fuerzas para gritar, ya no; solo un débil lamento escapa de mi garganta antes de cerrar los ojos sollozando, sin fuerzas para continuar. Me dejo caer sentada en la tierra mojada y lloro abrazando mi barriga, a mi niña; esa niña que nunca llegaré a tener entre mis brazos. Lo siento pero no puedo más, me siento desfallecer. Miro a mi alrededor por última vez antes de dejarme ir, cuando a lo lejos, detrás de los árboles, algo llama mi atención; una luz pasa veloz ante mis aturdidos ojos.

¡Un coche! ¡Eso solo puede ser un coche! ¡La carretera! Si consigo llegar allí, alguien me encontrará y mi niña tendrá una oportunidad. En un último esfuerzo desesperado, me pongo de pie y camino agarrada a los árboles en dirección hacia donde he visto la luz. El dolor me impide respirar, el suelo tiembla bajo mis pies; camino unos metros y me apoyo en un árbol durante

unos segundos. Ya queda poco, solo unos segundos más y después podré descansar... Camino algunos metros, pero mis piernas se niegan a sostenerme por más tiempo, y de nuevo me siento caer. Arrastrándome por el suelo con la ayuda de los troncos y de las raíces a las que me voy agarrando, recorro los últimos metros que me separan de la carretera. Angustiada, miro el pequeño espacio que separa el bosque del arcén, y observo con la visión borrosa mis temblorosas piernas, completamente cubiertas de sangre. Mi cuerpo derrotado se niega a continuar, pero con mi último hilo de consciencia, continúo arrastrándome hasta el arcén y, cuando por fin siento el cemento bajo mi cuerpo, apoyo la cabeza en él, cierro los ojos y me acaricio la barriga.

«Lo hemos conseguido, tendrás una oportunidad», murmuro entre lágrimas.

«Ahora te toca a ti seguir luchando, mi pequeña guerrera. Vive, porque tú eres mi vida y, mientras tú vivas, yo lo haré en ti. Siempre estaré contigo», susurro antes de cerrar los ojos y dejar que el dolor se desvanezca.



YAGO

Más de veinticuatro horas, ¡llevamos más de veinticuatro horas sin saber absolutamente nada de Lena! Y aquí seguimos, quietos, perdiendo el tiempo, viéndolo pasar sin hacer nada, sin movernos del piso de Camila y Leo, tal y como la policía nos ha pedido que hagamos. ¡Me siento tan impotente y tan inútil! Necesito hacer algo, necesito moverme, necesito tenerla entre mis brazos, ¡necesito encontrarla! ¡Necesito encontrarla ya! ¡No aguanto más tiempo aquí encerrado! Tanto la angustia de no saber dónde o cómo está, como la desesperación y la culpabilidad, me corroen por dentro, consumiéndome poco a poco.

Me levanto del sofá y me acerco al ventanal que ocupa la pared lateral del salón. Mis ojos se pierden en el horizonte. Está amaneciendo, los primeros rayos de sol se funden con el mar y la lluvia, que no ha cesado desde hace horas, creando una estampa triste y melancólica. Inevitablemente, recuerdo nuestra última discusión al lado del mar. ¡No debí dejarla sola! ¡Por mucho que insistiese, no debí hacerlo! Mi mente bucea entre los recuerdos: recuerdos

de los dos, recuerdos de hace apenas unas horas y que, sin embargo, parecen quedar a años luz, de tan lejanos que los siento... El corazón se me encoge dentro del pecho y los ojos comienzan a escocerme; lucho contra las lágrimas y, con esfuerzo, consigo retenerlas.

—Ella resistirá, estoy segura. —La voz de la *tata* me trae de vuelta al mundo. Me giro y la encuentro detrás de mí, sentada en su silla de ruedas observándome con cariño. Me pongo en cuclillas para quedar a su altura y la miro, incapaz de contener mi dolor. Con ella disimular no merece la pena; no me serviría de nada aunque me lo propusiese, así que ni lo intento.

—Es culpa mía, *tata*, yo tengo la culpa de todo.

—Tonterías, no siempre hay que buscar culpables porque a veces simplemente no los hay.

—Si le llega a pasar algo, si alguien le hace algo malo, yo... No sé si lo aguantaría —confieso con la voz quebrada.

—Pase lo que pase, ella resistirá —sentencia la *tata* mirándome con amor infinito—. Ten más confianza en mi niña, ella tiene la misma fuerza que ese mar que tienes ante tus ojos. Resistirá, estoy segura.

—Está embarazada, en shock, y no sabemos qué le ha pasado. Lo único que sé es que Lena no se ha ido por voluntad propia, *tata*. —Niego con la cabeza sintiendo que me falta el aire.

—Tú no tienes ni idea de lo que una madre es capaz de hacer por su hija —afirma con seguridad.

—Se fue sin creer lo importante que es para mí, se fue sin creer que la quiero. Se lo dije, *tata*, pero no me creyó. Haría lo que fuese por ella, lo que fuese, pero ella no lo ve; no quiere o no puede verlo.

—El problema, cariño, es que a veces nos empeñamos en ver cosas con los ojos, cuando solo pueden verse con el corazón —susurra acariciándome con ternura la mejilla.

Yo apoyo la cara en su mano y, cerrando los ojos durante unos segundos, me dejo reconfortar por ella.

—A veces no es suficiente con decir las cosas, con intentar explicarlas; hay que demostrarlas. Las palabras son fáciles de decir, los hechos difíciles de mostrar.

—Lo intento, te juro que lo intento, *tata*, pero no es fácil; ella no me deja hacerlo.

—Las cosas que merecen la pena de verdad nunca lo son —replica ella encogiéndose de hombros.

La abrazo y, justo en ese momento, suena el timbre. Camila corre a abrir la puerta; la observo mientras lo hace. Si yo estoy mal, Camila no está mucho mejor que yo. Con cara de preocupación, abre la puerta para dejar pasar al inspector Ramírez y al agente Vázquez, que nos miran a todos con gesto serio. En cuanto los rodeamos comienzan a explicarnos cómo está la situación.

—Estuvimos analizando la cámara de un semáforo que hay unos metros más adelante del portal en el que apareció el bolso de Lena. —Se miran entre ellos unos instantes, y me basta ver la forma en que lo hacen para saber que lo que tienen que contarnos no nos va a gustar.

—Creo que es mejor que se sienten —opina el policía más joven.

—Continúe hablando, por favor —pide Camila con voz temblorosa.

—Lo haremos cuando tomen asiento —responde, obstinado, el policía.

—Pero... —va a protestar Camila, pero la interrumpo sentándome de golpe en el sillón.

—¡Camila, por favor! ¡Haced el favor de sentaros de una maldita vez! —grito perdiendo los nervios.

—Lo siento mucho, subinspector. —Por lo visto, han hecho los deberes y ya saben que soy bombero y el cargo que ostento—. Sé que esto no es fácil, pero les pedimos que dentro de lo posible mantengan la calma —dice el hombre mirándome directamente con cara de circunstancias.

«¡Al próximo que me diga que tengo que mantener la calma, voy a decirle por dónde puede metérsela!», pienso, cada vez más ofuscado.

—¿Se veía algo en las cámaras, sí o no? —pregunto apretando los puños.

—Por desgracia sí. En las imágenes se ve claramente cómo dos hombres encapuchados asaltan a Lena cuando esta va a entrar en el portal y, amenazándola con un cuchillo, consiguen reducirla, atarla y meterla en la parte trasera de la furgoneta en la que escapan.

Dejo salir de golpe el aire que ni siquiera era consciente de estar reteniendo. Camila me mira tapándose la boca con la mano; las lágrimas corren por sus mejillas.

—Hay algo más —continúa el hombre con voz firme—. Hace tan solo un par de horas hemos localizado esa misma furgoneta en un polígono a las afueras de Vigo. Estaba vacía. Nuestros compañeros están buscando cualquier indicio, resto o pista que pueda darnos más información.

—Si hubiese alguna cámara en ese polígono, tal vez podríamos averiguar algo más. —Escucho decir a mi hermana.

Yo soy incapaz de procesar ningún tipo de información; Lena está secuestrada, alguien la tiene retenida contra su voluntad. La imagino asustada, sola, quizás herida. Incapaz de controlarme, me levanto y doy una patada a la mesa que tengo delante dejando salir toda mi rabia y frustración.

—¡Maldita sea! —grito antes de apoyar ambas manos en la madera intentando recuperar la respiración sin éxito.

Siento la mano de Leo en mi hombro.

—Vamos, tienes que calmarte —pide mi amigo mirándome con tristeza.

—¡No puedo! ¡Ni puedo ni quiero! —grito de nuevo—. ¡Estoy cansado de mantener la calma, lo he intentado y mira para lo que me ha servido! —continúo vociferando.

—No me importa si quieres o no quieres hacerlo, no te queda más remedio. Tienes que tranquilizarte, todos necesitamos que lo hagas. Camila te necesita y, lo que es más importante, ¡Lena te necesita!

—¿¡Crees que no lo sé!? ¡De eso se trata exactamente! ¡Lena me necesita! ¿¡Y qué hago yo en lugar de ayudarla!? ¡Estoy aquí como un pasmarote, mirando pasar las horas sin hacer nada!

Los policías nos miran atentos, preparados para intervenir en cualquier momento. El teléfono del más joven empieza a sonar y, después de mirar a su compañero, sale al descansillo para contestar. Ajeno a todo, continúo mirando a Leo, que intenta hacerme entrar en razón. El policía entra corriendo, mirándonos exaltado.

—Una pareja de chicos jóvenes que conducían hacia Bueu han encontrado a una mujer malherida y tirada en el arcén de la carretera. Iba indocumentada, por lo que no podemos garantizarlo, pero su descripción coincide con la de Lena. Hay muchas probabilidades de que se trate de ella.

Incapaz de contenerme, avanzo hacia el policía y, agarrándolo por la chaqueta, por poco no comienzo a zarandearlo.

—¿¡Cómo está!? ¿¡Cómo que no pueden garantizarlo!? ¿¡No se lo preguntaron!?

—Cuando la encontraron pensaron que estaba muerta, pero en cuanto se dieron cuenta de que todavía respiraba, avisaron a emergencias. Una UVI móvil está trasladándola en este momento. No sé más. Si queréis ir directamente al hospital, nosotros os llevaremos; así llegareis antes —se ofrece el hombre al vernos completamente rotos.

Camila me mira blanca como un papel; me acerco a ella y agarro su cara entre mis manos.

—Cami, Lena está viva, está viva —susurro aferrándome a esas palabras con todo mi ser.

Ella, incapaz de hablar, traga saliva y asiente, pero en su mirada veo lo perdida que se siente. Se aferra a Leo con fuerza y como almas en pena, nerviosos y muertos de miedo, salimos del piso y nos subimos en los coches de policía. Miro fijamente por la ventana mientras mentalmente me repito una y otra vez esas tres palabras: Lena está viva, está viva y eso, ahora mismo, es lo único que importa.



Capítulo 17

YAGO

En cuanto llegamos a la puerta de urgencias, salto del coche antes incluso de darle tiempo al agente a parar del todo. Entro en el edificio y me dirijo corriendo al primer mostrador de información que encuentro.

—Buenos días, necesito información de Lena García Ramos, la chica que traen en la ambulancia. ¿¡Ha llegado ya!? —pregunto sin detenerme siquiera a respirar.

Una mujer entrada en años me mira desde detrás de la mesa con cara de pocos amigos.

—Disculpe, pero aquí no estamos autorizados para dar información así, a la buena de Dios.

Respiro un par de veces intentando contener las ganas que tengo en este instante de decirle un par de cosas a la buena mujer; sé que solo cumple con su obligación, y también sé que por las malas no voy a conseguir nada, así que me conviene tranquilizarme.

—Perdone, sé que usted solo hace su trabajo, y muy bien, por cierto, pero necesito saber si la chica que están trasladando en ambulancia desde Bueu ha llegado ya —lo intento de nuevo, esta vez sonriendo, aunque creo que no da resultado porque la mujer me mira todavía más molesta que antes.

—Lo que intento hacerle entender es que por la ley de protección de datos, no podemos ir dando información a cualquiera que nos la pida —me explica, armándose de paciencia.

—Perdone, pero yo no soy cualquiera, soy subinspector de bomberos y necesito esa información —insisto empezando a desesperarme de nuevo.

La mujer, perdiendo la paciencia se levanta y, apoyando ambas manos en la mesa, se me encara mirándome fijamente a los ojos.

—Por mí como si es usted Popeye el Marino, no pienso darle ninguna información de ningún paciente a no ser que acredite ser familiar directo, e incluso así tendría que esperar en la sala a que sea el médico quien lo llame, no yo —replica, enfadada.

Me giro y veo entrar por la puerta a Camila y a Leo, acompañados de los

dos policías que nos han llevado al hospital. El agente Vázquez se acerca al mostrador y, con la mejor de sus sonrisas, se dirige a la enfermera.

—Necesito saber si la ambulancia que trae a la mujer que encontraron en la carretera de Bueu ha llegado ya. —Lo miro agradeciéndole el gesto, aunque por desgracia, no sirve de nada.

—¡Otro más! —murmura ella resoplando—. Como le decía a su amigo, lo siento pero no estoy autorizada para dar información de los pacientes.

—¿Pero usted qué tiene dentro de la cabeza? ¿Nos ve cara de estar bromeando? —grito echando fuego por los ojos—. ¡Me parece increíble esta falta de empatía! —la acuso señalándola con el dedo.

Un médico, alertado por los gritos, nos mira con cara extraña y se acerca a nosotros.

—¿Hay algún problema? —pregunta con el ceño fruncido.

El agente saca la placa de su bolsillo y se la enseña.

—Necesito saber si la ambulancia que traslada a la mujer encontrada en la carretera de Bueu ha llegado ya.

—¿Son ustedes familiares?

—Soy el padre de su hija —respondo todavía alterado.

El médico nos mira y asiente.

—Todavía no ha llegado, pero debe de estar a punto. Lo tenemos todo preparado para meterla a quirófano en cuanto llegue. El médico de la UVI móvil que la acompaña ha avisado de que necesita una transfusión inmediata de sangre, tipo cero negativo, y una cesárea de urgencia. Su situación es crítica.

Todos nos quedamos mirando hacia él, sin palabras. Intento decir algo, pero soy incapaz.

—¿Cómo que estado crítico? —consigo pronunciar finalmente con voz quebrada.

—Es lo único que puedo decirles de momento porque es lo único que sé, pero les aseguro que no podría estar en mejores manos. Haremos todo lo posible por ella y les informaremos en cuanto haya novedades —afirma el doctor, mirándome con aire comprensivo.

La sirena de una ambulancia nos alerta y tanto Camila como yo salimos corriendo, con Leo pisándonos los talones. Nos dirigimos a la entrada lateral y esperamos, conteniendo la respiración, mientras la UVI móvil se detiene a escasos pasos de donde nos encontramos. Los sanitarios son los primeros en bajar y abren la puerta trasera a toda velocidad. La preocupación de sus caras

y la urgencia con la que suben al interior para bajar la camilla me ponen en alerta, pero nada, absolutamente nada podría haberme preparado para lo que ven mis ojos.

Tumbada en la camilla, mortalmente pálida, Lena parece un espectro. Su cuerpo yace inconsciente, completamente inmóvil, con el pelo empapado y pegado a la piel. Profundas ojeras violáceas enmarcan sus ojos, justo encima de donde la máscara de oxígeno se ajusta a su cara para ayudarla a respirar. Incapaz de despegar mis ojos de ella, aprieto la mandíbula al observar sus delicadas manos, esas mismas manos que hace tan solo unas horas me acariciaban con ternura, cubiertas de cortes y arañazos. Pero lo peor, lo que más me impresiona, la imagen que se quedará grabada en mi cerebro mientras viva, es la de sus piernas completamente cubiertas de sangre. Camila, que ha visto lo mismo que yo, ahoga un grito y retrocede un par de pasos, tan impresionada que se habría caído al suelo si Leo no llega a estar detrás para sujetarla.

Los sanitarios bajan la camilla con precisión y rapidez. Es entonces cuando veo al médico al lado de Lena, pues no se separa de ella. Completamente absorto en su cometido, ni siquiera repara en nosotros porque no aparta los ojos de la mujer de mi vida. En cuanto la camilla toca el suelo, la arrastran corriendo hacia el interior del edificio. Negándome a perderla de vista de nuevo ni un solo segundo, echo a correr detrás de ellos hasta colocarme al lado de Lena.

—Lena, Lena, no me dejes, no puedes dejarme. Te quiero. Cariño, te necesito, tú eres fuerte. ¡Lucha, Lena, lucha! ¡No te rindas, no puedes rendirte! Lo eres todo para mí, las dos lo sois —grito con voz tomada por la emoción, intentando seguir a su lado hasta que una doctora me corta el paso, agarrándome del brazo con delicadeza.

—No puede pasar, lo siento pero tiene que esperar en la sala a que lo llamemos. —La miro y de un tirón me suelto de su agarre y continúo caminando hacia el pasillo.

Veo la camilla cada vez más lejos mientras escucho al médico que, con voz firme, da órdenes sin parar. Entonces la doctora se pone delante de mí de nuevo y levanta los brazos.

—Señor, por favor, no puede pasar. Si de verdad quiere ayudarla, lo mejor que puede hacer es esperar sin dar problemas; el tiempo que perdemos ocupándonos de usted, es tiempo que no podemos dedicarle a ella. No me obligue a llamar a seguridad, no quiero hacerlo, de verdad que no, pero no

vacilaré si es necesario —añade la mujer mirándome con pena.

La miro a los ojos y comprendo que lo que dice es cierto; miro una vez más el pasillo por el que Lena acaba de desaparecer y, a continuación, retrocedo un par de pasos para que vea que no voy a hacer nada más. Respiro agitadamente, todo mi cuerpo tiembla y me cuesta horrores mantenerme erguido. Veo cómo todo mi mundo se desmorona a mi alrededor y soy incapaz de detenerlo.

—Intente tranquilizarse —me aconseja la doctora sin atreverse a dejarme solo en el estado en el que me hallo—. ¿Se encuentra usted bien? — Me mira como si temiese que de un momento a otro fuese a darme un ataque.

Desolado, pego la espalda a la pared y, apoyado en ella, resbalo hasta el suelo, cierro los ojos y trago saliva con dificultad. De nuevo intento calmar mi respiración, me paso las manos por la cabeza y la miro fijamente a los ojos.

—Usted no lo entiende. Soy subinspector de bomberos, la gente me llama cuando tiene problemas, cuando necesita ayuda; estoy acostumbrado a arriesgar mi vida para salvar la de los demás. Sin embargo, cuando las personas más importantes de mi vida me necesitan, no puedo hacer nada por ellas. ¡Ni siquiera sé si mi hija continúa con vida! ¡No sé nada! Las pierdo, siento que las pierdo a ambas, que su vida se escurre entre mis dedos, delante de mis narices, y no puedo hacer nada para salvarlas.

Absolutamente desolado y con un dolor tan agudo en el pecho, que por un instante yo mismo creo que voy a sufrir un ataque al corazón, escondo la cabeza entre las piernas y lloro; lloro amargamente. Y tengo miedo; por primera vez en mi vida siento que el miedo me domina, que es más fuerte que yo y que no puedo hacer nada para vencerlo.

—Confíe, tiene que confiar. —La voz de la mujer suena suave.

Se ha sentado a mi lado y, posando la mano sobre mi hombro, me mira sonriendo. La miro sin comprender a qué se refiere.

—Confíe en ella, si todavía está viva es porque sigue luchando. No la conozco pero, visto lo visto, no creo que sea de las que se rinden fácilmente. —Sonríe afablemente.

—No, no lo es —afirmo con orgullo, mirándola a los ojos y secándome las lágrimas.

—Pues si ella no se ha rendido, usted tampoco debería hacerlo —opina con seguridad—. Ahora vaya a la sala de espera, le prometo que le informaré en cuanto sepa algo.

Se levanta, fijo la vista en la placa con su nombre y la llamo cuando

comienza a alejarse.

—Dra. González.

—¿Sí? —pregunta ella girándose hacia mí.

—Gracias.

—De nada. A veces hasta los héroes necesitan ser rescatados — responde regalándome una sonrisa sincera.

La veo perderse a lo lejos por el pasillo. Incapaz de moverme, continúo sentado en el mismo sitio y en la misma posición durante mucho tiempo. En varias ocasiones intento levantarme, pero me siento sin fuerzas. Cuando finalmente lo consigo y arrastrando los pies llego al exterior, busco con la mirada a Camila y a Leo, pero no los veo por ninguna parte. No tengo ni idea de cuánto tiempo he estado en el pasillo, pero intuyo que mucho, por lo que deduzco que deben de estar en esa famosa sala de espera a la que yo también debería ir. La lluvia ha cesado, pero el cielo continúa gris y completamente encapotado; hoy incluso el sol parece haberse puesto en huelga, negándose a regalarnos ni uno solo de sus rayos. Aspiro un par de veces el aire húmedo intentando despejar mi mente y camino lentamente hacia la dichosa sala.

En cuanto pongo un pie dentro, Camila se acerca a mí y me abraza.

—No sabíamos dónde estabas, ¿te dejaron pasar? —pregunta mirándome preocupada con los ojos hinchados y enrojecidos.

—No, solo he podido acceder al pasillo, no me dejaron avanzar más.

—Pensé en ir a buscarte, pero no me atreví a dejarla sola —se disculpa Leo señalando a Camila cuando llega hasta nosotros. Coloca un brazo sobre mi hombro y lo aprieta ligeramente.

—Tranquilo, has hecho bien —respondo abrazando a mi hermana, que ha comenzado a llorar de nuevo, mientras intento contener mis propias lágrimas.

—No entiendo por qué tardan tanto en decirnos algo. Llevan ahí dentro más de dos horas y todavía no sabemos nada —protesta Camila, más nerviosa de lo que la he visto en toda su vida.

No puedo darle una respuesta a eso, me encantaría, pero no la tengo, por lo que me quedo callado sin saber qué decir. Los tres nos sentamos en silencio. Intento centrar mi atención en algo que no sea el movimiento de la aguja del reloj de la pared para intentar mantener la cordura y no volverme completamente loco.

—¿Y los policías? —pregunto.

—Uno está fuera haciendo guardia, el otro ha tenido que ir a comisaría —contesta Leo.

—No sé quién habrá hecho esto, pero lo va a pagar. Esto no se va a quedar así, eso te lo juro —sisea Camila entre dientes.

—Por supuesto que no, pero lo único importante ahora es que Lena y el bebé estén bien. Del resto que se ocupe la policía —respondo mirando a mi hermana fijamente a los ojos. El odio y el rencor que veo en ellos no me gusta un pelo.

Ella evita mi mirada.

—Camila —pronuncio su nombre con dureza y ella clava sus ojos llenos de dolor en los míos. La veo apretar los dientes cuando finalmente baja la mirada—. Prométeme que no vas a hacer nada —pido mirándola con determinación.

Ella me mira de mala gana.

—Te lo prometo —cede finalmente.

Los tres continuamos la angustiada espera, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Recuerdo cada momento con Lena, cada segundo a su lado, y rezo. Nunca me he considerado creyente, pero hoy rezo todo lo que sé para que esos momentos ni sean los únicos ni los últimos a su lado. Cada segundo que pasamos sin noticias hace que aumente la tensión, la impotencia y la ansiedad.

La puerta se abre y los tres nos levantamos de un salto. La doctora González junto a otro médico entran con las mascarillas todavía colgadas al cuello. En el momento en que ella me mira y sonrío satisfecha, vuelvo a sentir el mundo girar bajo mis pies. Me acerco a ellos con lágrimas en los ojos.

El doctor nos mira a los tres y comienza a hablar.

—Ha sido prácticamente un milagro, hemos estado a punto de perderlas a ambas, pero las dos han sobrevivido —anuncia sonriendo satisfecho—. La madre había sufrido un desprendimiento grave de placenta y, debido al tiempo que llevaba sangrando, entró prácticamente desangrada. Hemos tenido que someterla a dos transfusiones de sangre y a una cesárea de emergencia. En principio creímos que sería necesario practicarle una histerectomía para frenar la hemorragia, pero finalmente hemos conseguido detener el sangrado y no ha sido necesario. Hay que ver cómo evoluciona durante las próximas horas; todavía es pronto y no descartamos tener que realizarle una nueva transfusión. Pero casi puede decir con seguridad que hoy ha vuelto a nacer.

¡Lena está bien! Bueno, no sé si bien, pero viva por lo menos sí, y eso ahora mismo es todo lo que importa.

—¿Y mi hija? ¿Cómo está mi hija, doctor? —pregunto sintiendo que el

aire vuelve a entrar en mis pulmones.

—Ha tenido mucha suerte. Hemos conseguido salvarla a tiempo pero, debido a que el embarazo se encontraba en la semana veintisiete de gestación, sus pulmones no están completamente desarrollados y por ello necesita ayuda para respirar. Le hemos inyectado corticoides para ayudar a que maduren más rápido, pero todo lleva un proceso. Su peso también es mucho más bajo de lo normal, apenas pesa un kilo y tan solo mide treinta y cinco centímetros, por lo que le espera una larga temporada en la incubadora. Aun así, a pesar de que es pronto para decirlo, ya que en los bebés tan prematuros es fácil que se den complicaciones o infecciones, si todo va bien, no debería quedarle ninguna secuela; sin duda su hija es un verdadero milagro —explica el médico sonriendo.

—¿Puedo verlas? —pregunto.

—A la madre no; acaba de salir de quirófano y todavía está bajo los efectos de la anestesia. En el mejor de los casos, si todo va según lo previsto, pasará en reanimación unas horas. Si por el contrario, surge alguna complicación, habrá que ir valorando su estado y las medidas a adoptar según varíe antes de subirla a planta. Pero a la niña sí pueden verla. Si me acompañan, les daré la ropa que deben ponerse para entrar y les desinfectaremos las manos. Podrán estar dentro tan solo unos minutos, después solo los padres podrán pasar a verla. Los bebés tan prematuros no tienen defensas y cuanta más gente entre, más riesgos hay de complicaciones. Por eso, como medida preventiva, no se admiten visitas —explica la doctora González guiándonos un ojo.

¡Lena va a sobrevivir, mi niña va a sobrevivir! Casi no me creo que sea cierto; es más, creo que mientras no compruebe con mis propios ojos que ambas están bien, no terminaré de creérmelo. Sin embargo, a pesar de ello me siento como si flotase en una nube, porque por primera vez en horas veo un rayo de luz y de esperanza al final del camino. Feliz y agradecido, soy incapaz de retener las lágrimas mientras me fundo en un abrazo con Camila y Leo, que parecen tan afectados como yo.

Seguimos a la doctora, quien nos suministra un gorro, una especie de bata y una mascarilla para cubrirnos la boca a cada uno; nos desinfectamos las manos y las cubrimos con unos guantes. Una vez todos nos hemos preparado adecuadamente, la doctora González nos conduce al ascensor y descendemos a la planta menos uno, donde se encuentra la UCI neonatal; recorreremos un pasillo y entramos en una habitación. Nos recibe el pitido de una máquina, y

algo sobresaltados, todos nos giramos para mirarla.

—No se preocupen, es normal, con esa máquina controlamos el ritmo cardíaco del bebé —nos explica la doctora—. Y con esta otra le suministramos el oxígeno necesario para ayudarla a respirar. Ahora voy a salir unos minutos y los dejaré a solas con la niña. Puede acariciarla con cuidado por uno de esos agujeros —indica señalando las dos aberturas laterales de la incubadora, antes de salir y cerrar la puerta con cuidado tras ella.

Completamente sobrecogido por la situación y con el corazón latiéndome descontrolado dentro del pecho, permanezco inmóvil durante unos segundos, incapaz de dar un solo paso y observándolo todo a mi alrededor. Las dos máquinas de las que la doctora nos hablaba hace unos segundos están situadas a ambos lados de la incubadora, que ocupa el centro de la habitación. Mi mirada se posa en ella. En su interior, sumida en un placentero sueño, se encuentra mi pequeño milagro. Una fuerza invisible e incapaz de controlar me empuja a avanzar, a reducir el espacio que nos separa. Me acerco despacio hacia ella y miro en su interior conteniendo la respiración. En el preciso instante en que mis ojos se posan en ese pequeño, delicado y frágil cuerpecito que allí descansa, el amor más puro e inmenso que he sentido nunca nace dentro de mí desbordando mi corazón y conquistando mi alma. No necesito más de una milésima de segundo para comprender que a partir de este momento, pase lo que pase, mi vida, mi ser y mi persona, nunca más volverán a ser míos porque le pertenecen a ella. Me acerco más y la observo, admirándola con devoción y grabando a fuego lento en mi mente cada detalle de ese pequeño ser, por el que sin dudarlo, entregaría mi vida entera. Es tan pequeña que cabría en una sola de mis manos. La veo ahí, tan delicada, rodeada de cables y con ese gorrito que prácticamente le tapa la carita entera y, sin embargo, me parece el ser más increíble y maravilloso que ha existido alguna vez sobre la faz de la tierra. Completamente hipnotizado por ella y aguantando la respiración, introduzco uno de mis dedos por el agujero de la incubadora y, con suma delicadeza y cuidado, acaricio su insignificante manita.

—Bienvenida al mundo, tesoro —consigo decir, completamente emocionado, al sentir su manita moverse alrededor de mi dedo.

—Felicidades, papa —susurra Camila en mi oído sin contener las lágrimas—. Es preciosa —añade mirándola por encima de mi hombro.

—Es perfecta, como su mamá —respondo sin apartar un segundo la vista de ella.

Durante unos minutos más, los tres continuamos mirándola embelesados sin apartar los ojos de ella y susurrándole, hasta que, poco después, la doctora vuelve a entrar y nos manda salir. De mala gana, saco el dedo de la incubadora y me separo de ella; cada paso que doy para alejarme resulta más doloroso. Con el corazón encogido, echo un último vistazo a mi pequeña antes de salir y ver cómo la doctora cierra la puerta tras nosotros.

Ella me mira comprensiva.

—No se preocupe, podrá volver a verla enseguida, pero antes me gustaría explicarle algunos detalles.

La miro alarmado.

—Por el momento, la niña es demasiado pequeña y no tiene fuerza para succionar. Ahora mismo estamos supliendo la falta de leche materna, pero cuando el estado de la madre mejore, lo ideal sería poder alimentarla con su leche a través de sonda.

—¿Cuándo podremos ver a Lena? —pregunto impaciente. Ahora que he conocido a mi pequeña, me muero por ver a Lena y comprobar con mis propios ojos que todo va a salir bien.

—Por desgracia, tal y como nos temíamos, acaban de avisarme de que va a ser necesario realizarle una nueva transfusión, por lo que, por el momento va a permanecer unas horas más en la UCI; todavía no podéis verla.

Escucho sus palabras y las siento caer sobre mí como una losa. En cuestión de segundos, el miedo vuelve a encogerme el corazón.

—Pero continúa estable, ¿verdad? —pregunta Camila, insegura.

—Todo lo estable que puede estar teniendo en cuenta las condiciones en las que llegó. En principio, con esta nueva transfusión debería estabilizarse. Después le haremos unos análisis y unas pruebas para comprobar los valores. Todavía continúa bajo los efectos de la anestesia, pero si todo va según lo previsto, una vez realizada la transfusión, uno de ustedes podrá pasar a verla unos minutos; pero solamente unos minutos.

—¿Cuánto puede tardar? —pregunto preocupado.

—Un par de horas —responde ella—. Si le parece bien, puede quedarse con la niña y yo vendré a avisarle cuando pueda pasar a verla —me ofrece ella con amabilidad.

—Muchas gracias por tomarse tantas molestias —agradezco emocionado.

—Nosotros deberíamos ir a hablar con la policía y a informar a mi madre y a la *tata*. Les mandé un whatsapp hace un rato, pero aun así, deben de

estar desesperadas —dice Leo.

—Yo no pienso moverme de aquí —se niega Camila.

—Hay que hablar con la policía para saber qué va a pasar ahora y tú te mueves en este mundo mejor que yo, sería bueno que vinieses —insiste Leo.

Camila le mira molesta. Sabe que tiene razón, pero la conozco y sé que hasta que compruebe con sus propios ojos que Lena va a recuperarse, no piensa irse de aquí.

—Pues entonces te agradecería que invitases a la policía a la sala de espera para hablar conmigo, porque a mí de esa sala no me sacan ni con aceite hirviendo mientras no vea a Lena —replica Camila sin dar su brazo a torcer.

—Está bien —acepta Leo, resignado. La conoce y sabe que no la va a convencer—. Hablaré con ellos para que vengan a verte al hospital.

—Gracias, eres un cielo. —Sonríe mi hermana, satisfecha, dándole un suave beso en los labios.

Los miro con envidia; sana, pero envidia. Me encantaría que Lena y yo pudiésemos tener la complicidad que ellos tienen. «De hecho, la teníamos, pero yo solito me encargué de cargármela», pienso con tristeza. Alejo esos pensamientos de mi mente, no es momento de pensar en eso. «Ahora lo único importante es que Lena y mi niña se recuperen lo antes posible, el resto ya se verá», pienso antes de volver a entrar en la habitación en la que mi pequeña lucha por sobrevivir como la campeona que es.



LENA

Dolor, mucho dolor. Dolor en los brazos, en las piernas; un gran dolor de cabeza y, sobre todo, muchísimo dolor en el abdomen. Intento tragar saliva, pero tengo la boca seca, terriblemente seca. De repente, un aluvión de imágenes me asalta haciéndome estremecer. Me veo atada en el suelo; veo a Diego dándome patadas de forma brutal mientras yo intento cubrirme la barriga; me veo clavándole algo en el pecho para conseguir escapar; recuerdo mis piernas cubiertas de sangre mientras me arrastro por el bosque; recuerdo sentir que mi cuerpo se partía en mil pedazos, y el dolor; recuerdo el dolor, un dolor insoportable recorriéndome entera mientras luchaba por darle una

oportunidad a mi niña. ¡Mi niña!

El pánico me golpea y, sobresaltada, abro los ojos gritando sin control. Me siento perdida, no sé dónde estoy.

Unos fuertes brazos me atrapan y me arrullan con ternura mientras la voz de Yago me susurra en el oído con dulzura:

—Tranquila, tranquila, cielo, estoy aquí, estoy contigo. Ya ha pasado todo, estás bien. —Su mano acaricia compulsivamente mi cara, y por un momento, la impresión de saber que estoy viva me paraliza; estaba convencida de que no sobreviviría.

Mis temblorosas manos lo apartan un poco de mi cuerpo, débilmente, para poder mirarle a la cara. Necesito verle; necesito comprobar que es real, que no estoy soñando; necesito asegurarme de que estoy aquí, con él, viva. Solo cuando sus ojos se clavan en los míos me cercioro de que es real; estoy viva y estoy aquí. Parece imposible, pero es cierto. Todavía aturdida y sintiendo que la cabeza me va a explotar, automáticamente me llevo las manos a la barriga, la palpo, y un miedo irracional me corta la respiración.

—¿Y la niña?, ¿dónde está mi niña? —pregunto, muerta de miedo, conteniendo la respiración con voz temblorosa.

—Está bien. Está en la incubadora, pero está bien. Lo conseguiste Lena, la salvaste —me responde con voz rota mientras sus ojos se llenan de lágrimas.

¡Está viva! Incapaz de contener por más tiempo mis emociones, me agarro a sus brazos y comienzo a llorar sin control. Las lágrimas manan de mis ojos llevándose todo con ellas: la desesperación, el miedo y la impotencia vividas. Pensé que ninguna de las dos sobreviviría, pensé que nunca llegaría a conocerla; mi cuerpo comienza a temblar todavía más. Yago me mira y, mientras sus propias lágrimas resbalan por sus mejillas, me pega contra su cuerpo permitiéndome desahogarme, dejándome sacarlo todo. Me aferro; me aferro a su cuerpo como si me ahogase en el océano y él fuese mi único salvavidas. Sus labios acarician mi frente y, por primera vez desde que esta pesadilla empezó, me siento segura. No sé cuánto tiempo permanecemos así, ni sé cuánto más podríamos haber estado de no haber sido porque una enfermera se acerca a la camilla y carraspea para llamar nuestra atención.

Yago se gira para mirarla, pero no se aparta de mi lado.

—Quiero ver a mi hija —pido entre hipos.

—Lo siento, ahora mismo no es posible, acabas de despertarte y tenemos que comprobar cómo estás; pero si todo va bien, podrás verla muy pronto —

me explica ella sonriendo con amabilidad—. Necesitamos que salgas y esperes fuera —dice mirando a Yago.

Involuntariamente, aprieto su brazo con aprensión. No quiero que se vaya, no quiero quedarme sola de nuevo.

—Tranquila, no voy a irme a ningún sitio, estaré ahí fuera y volveré enseguida —intenta tranquilizarme él—. Además, Camila está fuera esperando, y como se entere de que te has despertado y no la he avisado, yo seré el próximo en estar ahí tumbado —susurra señalando la camilla.

—Quiero verla —pido mirándolo a los ojos.

—Por favor, necesito que salga ya de la habitación —insiste la enfermera—. Enseguida vendrá el doctor a verla.

Yago me besa la frente y me guiña un ojo.

—Volveré en unos minutos.

Le veo alejarse mientras la enfermera me toma la tensión, la temperatura, y me palpa la barriga anotando todos los resultados en los papeles que lleva en la mano. Un hombre entrado en años se acerca a nosotras. Según su placa, es el doctor Prieto.

—Buenas tardes, soy el doctor Prieto, uno de los ginecólogos que la operaron cuando entró en urgencias. Vamos a ver cómo está —dice leyendo los informes que la enfermera le tiende. Los estudia unos segundos y luego me mira. Al igual que ha hecho antes la enfermera, me palpa la barriga y se aparta un poco de la cama—. ¿Cómo vamos de dolor? —me pregunta. Tuerzo el gesto poniendo mala cara.

—Sería más llevadero si pudiese ver a mi hija.

Él me mira con una chispa de humor en los ojos; enseguida me cae bien.

—Veremos qué podemos hacer para solucionarlo, pero por ahora voy a darle unos analgésicos para que el dolor disminuya —me anima mientras lo deja todo anotado en mi expediente, y me informa—: Entró en urgencias con un severo cuadro de desprendimiento de placenta. Eso le provocó una hemorragia intensa que, al no ser tratada inicialmente, hizo que estuviese a punto de morir desangrada. Tuvimos que hacerle tres transfusiones de sangre, dos antes y una después de la cesárea de emergencia que le practicamos para salvarlas a ambas. Por suerte, todo salió bien. Durante los próximos días le realizaremos análisis para verificar que todos los valores vuelven a estar como deben. También le hemos puesto un drenaje que movilizaremos dentro de tres días. En un rato la subiremos a planta y allí seguiremos vigilando su evolución.

—¿Cómo está mi niña? —pregunto nerviosa.

—Un prematuro de veintisiete semanas siempre conlleva riesgos, pero la unidad de UCI neonatal hace un trabajo increíble. Le aseguro que su hija no podría estar en mejores manos. La doctora González y su equipo son una eminencia en lo suyo.

Asiento con la cabeza. Él me sonrío.

—En un rato la trasladarán a planta y, si todo va bien, pasaré a visitarla mañana por la mañana —se despide.

—Doctor —Lo llamo al ver que se marcha.

—¿Sí?

—Gracias por todo.



Capítulo 18

LENA

La expresión “paso del tiempo” adquirió su propio significado desde el momento en que me subieron a planta. A partir de entonces, todo comenzó a suceder muy deprisa, y en algunos momentos llegué a sentirme como si fuese el personaje principal de una de esas películas antiguas que pasan a cámara rápida.

Justo antes de mi traslado, la doctora González vino a verme. Me informó de que mi pequeña se encontraba estable y sana, dentro de lo que conlleva ser un bebé prematuro de veintisiete semanas. Me preguntó si quería darle pecho y, cuando le dije que sí, me recomendó que comenzase a sacarme leche lo antes posible para alimentar con ella a mi niña a través de la sonda, hasta que ella misma pudiese salir de la incubadora y succionar. Una vez quedaron despejadas todas mis dudas, ella misma, acompañada de una enfermera, me llevó a conocerla. En el instante en que supe que por fin podría verla y tenerla junto a mí, creí que el corazón me explotaría de felicidad.

Nunca, por muchos años que viva, olvidaré el momento exacto en que mis ojos se posaron en ese cachito de mi ser. Lo que sentí fue mágico e indescriptible; sin duda, el momento más especial de mi vida. Incapaz de contener las lágrimas y temblando de la emoción, introduje la mano por uno de los agujeros de la incubadora para acariciar su cuerpecito, tan frágil y delicado, pero tan fuerte a la vez, dando gracias por el milagro de tenerla a mi lado.

La quise desde el primer momento en que la sentí dentro de mí. Pero una vez, solo necesité ver una vez su carita redondita y perfecta para comprender que ya no podría vivir sin ella. Todo el sufrimiento y el dolor de los últimos días habían merecido la pena solo por el lujo de poder acariciar su fina piel. La miraba y la volvía mirar, más segura de lo que jamás he estado de ninguna otra cosa, de que volvería a pasar por ello una y mil veces más si fuese necesario, con tal de poder permanecer un solo segundo a su lado.

Durante los momentos en los que creí que no había salida para nosotras, cuando pensé que todo se acababa, solo por ella me obligué a seguir. Ella, y

únicamente ella, fue la responsable de hacerme conservar la esperanza; y por eso decidí que justamente ese sería su nombre: Esperanza.

De eso han pasado ya nueve días y, pese a que continúo con analgésicos y antibióticos, me encuentro mucho mejor.

Cuando me subieron a la habitación, no solo Leo, Cami y Yago estaban allí; Carmen y la *tata* se encontraban también esperándome y ambas corrieron a abrazarme, emocionadas, en cuanto las enfermeras se alejaron dos pasos de mi cama. El único que faltaba era César, pero Camila me explicó que después de venir a verme a casa y encontrarme con Yago, le pidió unos días de vacaciones para viajar a Grecia y que todavía no habían conseguido localizarlo.

La policía vino a tomarme declaración el primer día que pasé en planta.

Explicué todo lo acontecido sin dejarme ningún detalle, bajo la atenta mirada de Camila y Yago, que escuchaban horrorizados cada una de mis palabras sin perder detalle. Vi cómo Camila palidecía poco a poco y Yago apretaba los puños, lleno de rabia, cuando me escucharon identificar a Diego como uno de mis agresores. La policía escuchó atentamente todo lo que les conté, pero para mi sorpresa, nada de lo que dije les cogió por sorpresa. Me explicaron que estaban al tanto de todo porque habían mandado analizar el móvil que encontraron a mi lado, en donde Diego había dejado grabada toda su confesión.

«¡Es cierto!», pensé. «¡Estaba tan mal cuando se lo quité de las manos, que me había olvidado completamente del dichoso móvil!»

Al parecer, tampoco les costó mucho trabajo encontrar la casa abandonada en la que estuve retenida.

Solo pensar en esa casa me ponía la piel de gallina, y todavía lo hace. Me explicaron que en la parte posterior encontraron el cuerpo de mi otro secuestrador, ese al que Diego se encargó de matar a sangre fría delante de mis ojos. Para mi desgracia, al que todavía no habían localizado era al propio Diego que, a pesar de haber quedado herido, había conseguido escapar y se encontraba en búsqueda y captura. Por ese motivo, la policía nos advirtió de que, mientras no lo detuviesen, una pareja de agentes vigilaría el hospital en todo momento. Saber que Diego estaba suelto por ahí me preocupaba, y mucho; ahora que sabía de lo que era capaz, no quería correr ningún riesgo, y me inquietaba sobremanera no saber dónde estaría exactamente. Pero eso no solo me ocurría a mí; Yago y Camila, visiblemente afectados por todo lo que acababan de escuchar, no estaban dispuestos a dejarme sola un solo segundo y,

después de todo lo ocurrido, la verdad, lo entendía perfectamente. Por ello, después de muchas discusiones entre ellos, fui yo quien decidió que, ya que Esperanza dormía en la UCI y no en mi habitación, no tenía sentido que fuese Yago quien se quedase, por lo que sería Cami quien pasaría las noches conmigo. Por supuesto, Yago no estuvo nada de acuerdo con esa decisión, al contrario que Camila, que estaba encantada. Sin embargo, no le quedó más remedio que aceptarla. Yo, sin embargo, estaba segura de mi determinación. Tener a Yago a mi lado todo el día ya era suficientemente complicado, pues me hacía sentir cosas que ni estaba dispuesta ni quería aceptar; por lo que, tenerlo también conmigo por las noches no haría sino más complicado el momento en el que ya no lo tuviese junto a mí. Sabía de sobra que me tocaría sufrir, pero intentaría que fuese lo menos posible.

La pobre Camila, que se ha tomado lo de no dejarme sola ni a sol ni a sombra tan en serio como cabía esperar de ella, no se ha separado de mi lado ni un solo momento; lleva nueve días con sus nueve noches sin salir del hospital para nada. Tanto es así, que Leo, resignado a que no la convencería de que se acercase a su casa ni siquiera cuando los médicos estaban conmigo o durante las horas que paso con Esperanza, finalmente ha optado por traerle su propia bolsa de ropa; e incluso las enfermeras, haciendo la vista gorda, le han dejado usar varias veces la ducha del baño de mi habitación.

Otro que tampoco se ha movido del hospital en todos estos días, a pesar de mi negativa a que se quede a pasar las noches a mi lado, es Yago, y eso ya es otra historia porque, aunque tengo que reconocer que me gusta que esté aquí, cada vez que lo veo conmigo, pendiente de cada detalle, o cuando se acerca a mí, me sonrío o me mira con esa intensidad con la que solo él sabe hacerlo, siento que todo se descontrola y se revoluciona en mi interior. A veces tengo la sensación de que mi corazón y mi cabeza están echándose un pulso y no tengo ni idea de cuál de los dos ganará la partida. Por suerte, él parece completamente ajeno a lo que provoca en mí y, a pesar de mi revolución interna de emociones, hemos conseguido establecer una rutina bastante cómoda para los dos. Yago, que ha unido la baja de paternidad a sus vacaciones de este año para tener más tiempo, llega al hospital cada mañana a primera hora, viene a verme y se queda conmigo hasta que los médicos comienzan a hacer su ronda. Entonces baja a la UCI neonatal para estar con Esperanza y yo aprovecho para quitarme la leche con la que la alimentamos a través de la sonda. Nuestra niña lo tiene completamente enamorado y, por mucho que intento no fijarme, me llena de orgullo y felicidad ver cómo sus

ojos brillan emocionados cuando habla de nuestra pequeña guerrera.

Por la tarde ambos bajamos a verla y pasamos todo el tiempo que nos permiten en esa pequeña habitación. En cuanto cerramos la puerta y estamos con ella, parecemos entrar en una dimensión paralela en la que el resto del universo deja de existir; y es ahí cuando el tiempo parece burlarse de nosotros, las horas juegan en nuestra contra convirtiéndose en minutos, y estos a su vez en segundos.

Más veces de las que me gustaría admitir me sorprende a mí misma observando a Yago completamente embelesada por la forma en la que mira a Esperanza. Lo veo acariciar su manita con ternura, escucho el amor con el que le habla, y siento que se me parte el corazón porque, a pesar de que no tengo ninguna duda de que estoy perdidamente enamorada de él, también continúo sintiéndome muy herida y traicionada. Y aunque daría lo que fuese por poder hacerlo, no consigo obviar lo que ha pasado; las heridas han sido demasiado profundas y no quiero engañarme a mí misma creando algo que no tiene futuro, algo que no sería capaz de sostenerse en el tiempo, y mucho menos ahora que las consecuencias de mis decisiones no solo me afectan a mí, sino también a Esperanza.

Y aquí estoy ahora, cinco días después, acompañada como siempre de Yago y Camila mientras esperamos la visita del médico, el ginecólogo y la pediatra. Hoy nos dan el resultado de las últimas pruebas.

—¿No deberían haber pasado ya? —pregunta Camila impaciente.

—Tranquila, dijeron que pasarían a lo largo de la mañana —contesto acomodándome en el sillón en el que estoy sentada. Todavía me duele bastante la barriga, sobre todo al cambiar de posición o al quitarme la faja para ducharme, pero poco a poco voy sintiéndome mejor.

—No entiendo cómo puedes estar así, tan tranquila —me reprocha mi amiga mirándome sorprendida.

—Porque para histérica ya te tenemos a ti —responde Yago haciendo que me gane una mirada asesina de su hermana.

Yo sonrío intentando que no me vea, pero a Camila no se le escapa una; a veces me pregunto si no tendrá ojos en la espalda.

—No tiene gracia —responde haciéndose la ofendida, pero enseguida se le escapa una sonrisa a ella también—. Está bien, reconozco que estoy un poco ansiosa —admite poniendo los ojos en blanco—. Pero es que quiero preguntarle a la pediatra cuándo podré bajar a ver de nuevo a Esperanza. Vosotros dos estáis todo el día con ella, pero a mí solo me han dejado verla un

par de minutos y ni siquiera se le veía bien la carita —protesta.

—¿Se te ha ocurrido pensar que quizás sea por el insignificante detalle de que nosotros somos sus padres? —pregunta Yago burlándose de ella—. Además, tanto Lena como yo te hemos ofrecido varias veces la posibilidad de ver alguna de las fotos que le hemos sacado y nunca has querido.

—¡Por supuesto que no he querido! ¿De verdad crees que puedo conformarme con ver a mi ahijada por foto? ¿En serio? —pregunta Cami mirándolo como si hubiese dicho la mayor de las infamias—. ¡De eso nada! Cuando llegue el momento de volver a ver su preciosa carita no será en un papel, eso tenlo por seguro. ¡Faltaría más!

Me río negando con la cabeza. Sin duda Camila es única y doy gracias cada día por tenerla en mi vida.

—Mira, creo que ya no vas a tener que esperar mucho más —indico señalando la puerta de la habitación, que comienza a abrirse.

Los tres miramos en esa dirección, pero cuando la puerta termina de abrirse, en lugar del médico, quien entra con un enorme oso de peluche y un ramo de rosas rojas no es otro que César.

—¡César! —gritamos Camila y yo a la vez.

Él nos mira con gesto serio. Abraza a Cami antes de apoyar el oso sobre la cama y se acerca a mí mirándome emocionado. Se acuclilla en el suelo y me entrega el ramo.

—Lo siento, Lena. —Me mira fijamente mientras me acaricia el pelo con cariño—. Siento muchísimo no haber estado aquí antes —se disculpa con pena y remordimiento—. Intenté coger el primer vuelo en cuanto Cami me contó lo que había pasado, pero las conexiones eran terribles.

—Tranquilo, no pasa nada —respondo quitándole importancia.

—Sí que pasa, no debí irme, y mucho menos apagar el teléfono, pero necesitaba desconectar un poco y ni se me pasó por la imaginación que pudiese ocurrir algo así —se justifica con voz atormentada.

—Era imposible que supieses lo que iba a pasar, y lo único importante es que ya estás aquí —intento tranquilizarlo.

—De hecho, demasiado pronto has llegado. —Escucho susurrar a Yago, que nos observa visiblemente molesto.

César desvía su mirada hacia él y su gesto se ensombrece.

—Yo sin embargo, me alegro mucho de que estés aquí —digo en voz alta para llamar nuevamente su atención.

Él me abraza y yo me dejo querer. Por el rabillo del ojo, veo cómo Yago

nos dedica una mirada cargada de dolor antes de abandonar la habitación. Siento una punzada de culpabilidad en el pecho y me remuevo incómoda en mi asiento. No quiero hacerle daño, por nada del mundo le haría sufrir intencionadamente. Pero necesito poner distancia entre nosotros. Sé que por Esperanza la distancia física no es posible, pero necesito quitármelo de la cabeza y del corazón. Necesito empezar a verlo solo como el padre de mi hija, y por ello, a pesar de que me duela en el alma y el corazón se me parta en mil pedazos, creo que la decisión que acabo de tomar es la mejor para ambos. Es necesario que ambos podamos seguir adelante con nuestras vidas y, si haciendo lo que voy a hacer tengo aunque sea una mínima oportunidad de lograrlo, creo que merecerá la pena intentarlo.

—Camila, necesito que me dejes unos minutos a solas con César, quiero hablar con él —le pido a mi amiga, que me mira frunciendo los labios.

—Lenaaaa —pronuncia mi nombre en señal de advertencia, negando con la cabeza. Me conoce, me conoce bien y estoy segura de que sabe lo que me propongo.

—Por favor —insisto viendo que no tiene pensado moverse.

—Está bien —acepta finalmente con gesto derrotado—. Pero antes déjame recordarte algo que yo misma tuve que aprender a la fuerza. Huir de lo que sientes no va a hacer que tus sentimientos desaparezcan. Puedes ocultarlos, incluso ignorarlos durante algún tiempo; pero cuando estos son de verdad, y no tengas ninguna duda de que los tuyos lo son, no se diluyen, ni se esfuman ni se evaporan, y estarán esperándote cuando decidas dejar de escapar. Lo único que conseguirás evitando enfrentarte a lo que sientes es retrasar lo inevitable. —Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago.

La veo salir de la habitación sabiendo cuánta verdad esconden en el fondo sus palabras, pero me niego a aceptarlas o a creerlas. No se trata solo de que no quiera hacerlo, es que no puedo. César aprieta suavemente mi hombro haciéndome volver a la realidad.

Le miro fijamente y él sonrío acariciándome nuevamente la cara con delicadeza. Mis ojos se encuentran con los suyos y trago saliva infundiéndome valor para lo que estoy a punto de hacer. Una voz dentro de mí, muy dentro de mí, me dice que es un error, que me detenga, pero la ignoro.

—Me alegro de que estés aquí —comienzo a hablar—. Me alegro de verdad. —Y es cierto, no puedo negar que tener a César a mi lado lo hace todo más sencillo.

Él sonríe satisfecho.

—¿Dónde iba a estar si no? Sabes que te quiero, no es ningún secreto, como tampoco lo es que estaré a tu lado siempre que me necesites. Me conoces, Lena, sabes que siempre voy a estar aquí para ti. —La determinación que veo en su voz y el infinito cariño con que el me mira mientras me coloca un mechón de pelo tras la oreja, me dan el último empujón que necesito.

—Lo sé —admito sin dejar de mirarlo a los ojos—. Ahora lo recuerdo. Siento si estos días no he sido muy justa contigo o si te lo he hecho pasar mal, no era mi intención lastimarte —me disculpo, e igual que antes, continuó siendo completamente sincera. Aprecio a César, le quiero; puede que no como a él le gustaría que lo hiciese, pero es mi mejor amigo y le quiero mucho.

—Tranquila, esa no eras tú. Era la amnesia la que actuaba —responde él intentando quitarle importancia, a pesar de que en sus ojos puedo ver que el recuerdo de esos días le hace daño.

Me quedo callada, pensando en sus palabras, dudando si realmente la amnesia me hizo no ser yo misma o más bien todo lo contrario. La falta de recuerdos me hizo olvidar mis miedos y barreras permitiéndome ser quien en realidad quería ser; quien en realidad soy.

—Puede ser, pero ahora lo recuerdo todo y, si todavía estas dispuesto a ello, me gustaría que intentásemos que lo nuestro funcionase.

Sus ojos se abren desorbitadamente por la impresión que le producen mis palabras.

—¿Estas segura? —pregunta sin atreverse a creer lo que está escuchando—. Quiero decir... No me malinterpretes, nada me gustaría más, pero te lo he pedido muchas veces y siempre me has dejado claro que no me veías como nada más que un amigo.

—Es cierto, no voy a mentirte, César, no lo he hecho nunca y no voy a hacerlo ahora; te quiero demasiado como para eso. No puedo prometerte amor eterno, ni voy a decirte que de la noche a la mañana me he dado cuenta de que estoy locamente enamorada de ti porque no es verdad —confieso cogiendo su mano entre las mías—. Pero sí te aseguro que te quiero, te quiero mucho; me gusta estar contigo y eres una de las personas más importantes de mi vida. —Le miro un instante para observar su reacción antes de continuar hablando—. Por eso, si tú estás dispuesto a luchar por esta relación y a tener paciencia conmigo, te prometo que lo pondré todo de mi parte para que el cariño que siento por ti se transforme en amor. No sé si lo conseguiremos ni cuánto tiempo tardaremos, pero estoy dispuesta a intentarlo con todas mis fuerzas.

César me mira fijamente sin decir una sola palabra.

—Voy a hacerte una pregunta y quiero que seas sincera conmigo —dice al fin.

—Siempre voy a ser sincera contigo, siempre lo he sido.

—Estás enamorada de Yago, ¿verdad? Es por eso que quieres intentar algo conmigo, para intentar olvidarte de él, ¿no es así? —pregunta atento a cada uno de mis gestos. Bajo la mirada, incapaz de sostener la suya, antes de responder.

—Sí —contesto con sinceridad—. Pero sé que las cosas entre nosotros no pueden salir bien. Yago lleva en mi vida desde que tengo uso de razón, y a partir de ahora estará más presente todavía porque tengo en común con él lo más importante de mi vida: mi hija —intento buscar las palabras adecuadas para expresar lo que siento, pero no es sencillo. Por desgracia, nada de todo esto lo es—. Pero nada me gustaría más que conseguir que el amor que siento por él se transforme en amistad, y la amistad que siento por ti en amor. Yo estoy dispuesta a intentarlo, pero si tú no lo estás lo entenderé —afirmo intentando sonar más segura de lo que en realidad estoy.

Como única respuesta, sus labios se posan con suavidad sobre los míos. Su lengua se abre camino en mi boca, y el beso, en principio dulce y delicado, se va volviendo cada vez más intenso. César coloca su mano en mi nuca para dirigirme y tener así mejor acceso, yo me dejo hacer; es un buen beso, un beso increíble en realidad. Contengo la respiración buscando algo en mi interior, una señal de que esto va a salir bien, cualquier cosa; pero por más que lo intento, no encuentro nada. La tensión, la corriente eléctrica, el deseo, todas esas sensaciones que Yago provoca en mí solo con mirarme, la necesidad que siento cuando roza mi piel; todo parece haberse esfumado en el mismo instante en que los labios de César han rozado los míos, y algo me dice que no será fácil recuperarlo.



Capítulo 19

YAGO

Después de pasar más de dos horas con Esperanza, mucho más calmado decido regresar a la habitación de Lena; tenemos que hablar y, cuanto antes lo hagamos, mejor. Lo que hay entre nosotros es único y especial, yo nunca había sentido por nadie lo que siento por ella y estoy seguro de que a ella le ocurre lo mismo, no tengo ninguna duda de ello. Lo sé por cómo sus ojos me buscan cuando estamos en la misma habitación, por cómo contiene la respiración cuando rozo su piel y, sobre todo, por el amor que veo en sus ojos cuando me mira. ¡Lo que hay entre nosotros es evidente para cualquiera que tenga ojos en la cara y soy incapaz de entender por qué ella se niega a verlo o a aceptarlo! ¡Incluso Camila ha terminado aceptando que esto es de verdad!

Tenemos una hija maravillosa y una oportunidad de ser felices, felices de verdad, con letras mayúsculas. Soy de los que cree profundamente en el destino, y estoy convencido de que nuestro destino es estar juntos.

En cuanto pongo un pie dentro de la habitación compruebo con alivio que César ya no está. La que si está es mi hermana, que me mira con cara de circunstancias. Está disgustada, muy disgustada, pero no tengo ni idea de por qué. Intrigado, desvío la mirada hacia Lena, que está en la cama, busco sus ojos con los míos, y es en ese momento, cuando ella rehusando mirarme los fija en el suelo, cuando me doy cuenta de que algo ha pasado, y por desgracia creo que, sea lo que sea, no me va a gustar. No tengo tiempo de preguntar porque antes de que pueda abrir la boca el inspector Ramírez y el agente Vázquez entran en la habitación.

—Buenas tardes —nos saluda el inspector con una sonrisa que hace presagiar buenas noticias—. Nos complace informarles de que esta madrugada hemos procedido a la detención de Diego Álvarez Puerta en el Hospital Montecelo de Pontevedra.

Me acerco a Lena, que mira al policía con los ojos llenos de lágrimas y, tomándola de la mano, entrelazo sus dedos con los míos.

—¿Cómo ha sido? —consigue preguntar ella con voz temblorosa.

—Como ya saben, se encontraba malherido. Debía de estar intentando

curarse él solo porque hasta ayer no había acudido a ningún centro médico, pero las heridas eran bastante profundas y en una de ellas había quedado un pequeño resto del azulejo con el que usted lo apuñaló —explica el inspector refiriéndose a Lena—. Eso produjo que la herida, en lugar de ir mejorando se infectase, y la infección, al no ser tratada correctamente, pasó a la sangre y le produjo una sepsis. Por lo que finalmente, Diego se vio obligado a acudir al hospital para recibir atención médica. Ni siquiera sabemos cómo consiguió llegar por su propio pie, teniendo en cuenta el estado en el que se encontraba. Al tramitar su ingreso no le quedó más remedio que facilitar su DNI; en ese momento saltó el aviso de que estaba en busca y captura e, inmediatamente, la dirección del hospital se puso en contacto con la policía. Como les he dicho, el arresto se produjo la pasada madrugada sin incidencias, el sospechoso no opuso resistencia y ahora mismo se encuentra ingresado en ese mismo hospital, bajo custodia policial. El caso ha sido remitido al juzgado y el juez ha decretado prisión provisional sin fianza por riesgo de fuga, a la espera de juicio, así que cuando reciba el alta será trasladado a la cárcel de A Lama.

—No me lo puedo creer —dice Lena en voz baja tapándose la boca con la mano que tiene libre—. No me creo que todo haya terminado por fin. —Una lágrima resbala por su mejilla y siento un leve temblor recorrer su cuerpo. Camila se acerca a ella para abrazarla.

—Se terminó, Lena, por fin se terminó —dice mi hermana besándola en la mejilla.

Lena, incapaz de decir nada, asiente.

—A partir de este momento no será necesario que la policía esté vigilando el hospital, por lo que podrá volver a su vida normal —añade el agente Fernández sonriendo.

—Muchísimas gracias por todo. —Suelto momentáneamente a Lena y me acerco a los dos agentes para estrechar su mano—. No saben cuánto les agradecemos todo lo que han hecho por nosotros estos días. Quiero pedirles disculpas si en algún momento perdí un poco los papeles, pero me vi sobrepasado por la situación —me disculpo mirándolos a ambos.

—Tranquilo, es comprensible —responde el agente encogiéndose de hombros.

—Antes de marcharme, me gustaría decirle una cosa más —añade el inspector acercándose a la cama y dedicando a Lena una mirada cargada de admiración—. Debe sentirse muy orgullosa de lo que ha hecho, usted solita ha conseguido salvar su vida y la de su hija mostrando una valentía y una fuerza

de voluntad fuera de lo común. Si no hubiese actuado como lo hizo, ahora las dos estarían muertas, ya que por desgracia, dadas las circunstancias nosotros no hubiésemos llegado a tiempo. Es usted una mujer excepcional, Lena; estoy seguro de que conseguirá todo lo que se proponga en la vida, nunca lo olvide. Si ha podido con esto, no le quepa ninguna duda de que podrá con todo lo que se le ponga por delante. —Lena sonrío profundamente emocionada.

—Solo hice lo que cualquiera en mi lugar hubiese hecho —responde con modestia, sonrojándose ante el cumplido del policía.

—Ha sido un verdadero placer conocerla, gracias por ponérselo tan fácil —añade el agente Vázquez.

Ella asiente sin saber qué más decir y ambos se despiden y abandonan la habitación, dejándonos solos y abrumados, pero sintiéndonos por primera vez desde que esta pesadilla comenzó, ligeros y en paz.

—Es increíble que todo haya terminado por fin, casi no me lo creo. —Camila es la primera en hablar, y lo hace contenta y sonriendo. Parece haberse olvidado de lo que la tenía tan preocupada hace tan solo un momento, y la verdad, no me extraña; no es para menos.

—Yo solo espero que ese... no sé ni cómo llamarlo, se pudra en la cárcel y no vuelva a ver la luz del sol en muchos, muchos años. —Mi voz suena tan cargada de odio, que hasta a mí mismo me sorprende escucharme, por lo que no me extraña que tanto Lena como Camila me miren asombradas. No puedo evitarlo, me siento aliviado, pero eso no impide que cada vez que imagino lo que Lena tuvo que pasar, me lleven mil demonios.

—Yo con no volver a verlo en lo que me resta de vida y saber que está a buen recaudo, donde no pueda volver a hacerle nada malo a nadie, me conformo. En el fondo creo que no es más que un enfermo. Una persona que hace lo que él hizo, no puede ser otra cosa que eso, un enfermo —declara Lena.

—Eso está claro, pero lo que no entiendo es que se nos pasase. Desde luego nos lucimos contratándolo. Ese fue un fallo que no se puede volver a repetir, tendremos que ser mucho más precavidas a partir de ahora con los procesos de selección. —Camila mira a Lena frunciendo el ceño y ella asiente mostrando su conformidad.

—Cami, déjame a solas un rato con Lena; necesito hablar con ella.

—¡Pero qué manía os ha entrado hoy a todos con echarme de la habitación! —protesta Camila resoplando—. ¡Ni que Lena no fuese a contarme después todo lo que habláis!

—No tengas morro y vete a dar una vuelta, o a visitar a tu novio, que me parece que últimamente lo tienes muy abandonado —respondo guiñándole un ojo.

—¡Pero qué mala es la envidia! —me acusa ella frunciendo el ceño.

—¡Lo que quieras, pero vete de una santa vez! —Resoplo empezando a impacientarme.

—Vale, que conste que yo solo lo decía para ahorrar tiempo viéndolo en directo, pero como queráis, esperaré a la versión en diferido. —Se ríe la muy petarda guiñándole un ojo a Lena, que pone los ojos en blanco.

—¡Eres una sinvergüenza! —la acuso, entre mosqueado y divertido. Es un don, creo que Camila es la única persona en el mundo capaz de cabrearme y hacerme gracia a la vez; es una técnica que maneja desde pequeña y que ha conseguido perfeccionar con el paso de los años.

—¡Gajes del oficio! Si no querías que estuviese al tanto de tu vida privada, deberías haberlo pensado antes de liarte con mi mejor amiga. Ahora, ajo y agua, guapo, o lo que es lo mismo, a joderse y aguantarse. —contesta con chulería al pasar por mi lado, pero por fin sale de la habitación.

Una vez estamos solos, me siento en la cama y observo a Lena. Parece incómoda, mueve las manos con nerviosismo y es incapaz de sostenerme la mirada.

—Tenemos que hablar, Lena, creo que es hora de decidir qué vamos a hacer.

—No entiendo a qué te refieres —dice ella, cada vez más inquieta, esquivando mis ojos como si le fuese la vida en ello.

—Tenemos que definir nuestra relación —aclaro, a pesar de que estoy seguro de que me está entendiendo perfectamente.

—Yo creo que entre nosotros no hay nada que definir, la noche de la playa quedó todo clarísimo. Lo que ha pasado estos días no cambia nada —asegura mirándome por fin a los ojos. La determinación que veo en los suyos no me gusta nada; no va a ponerme las cosas fáciles, ya lo imaginaba. Pero si me quedaba alguna duda, acaba de despejármelas todas de golpe.

—Lena —pronuncio su nombre con suavidad y agarro sus manos entre las mías. Con mi pulgar acaricio delicadamente la cara interna de su muñeca; ella dirige un instante su mirada a nuestras manos, se muerde el labio inferior y clava sus ojos en los míos—. El día de la playa estabas enfadada y lo entiendo. Sé que no hice las cosas bien, lo reconozco. Siempre lo he reconocido, del mismo modo que siempre he dejado claro que estoy dispuesto

a hacer lo que sea necesario para que me perdones, dejes atrás el pasado y podamos empezar de cero.

Me quedo callado durante unos segundos observando su reacción. Ella permanece inmóvil. A simple vista parece que no se ha inmutado, ni siquiera pestañea, pero su cuerpo la delata, poniéndose más rígido y tenso según los segundos van pasando. No es una buena señal, pero continúo hablando igualmente:

—Te quiero, de alguna manera siempre te he querido y lo sabes... Pero lo que siento por ti ahora va mucho más allá de eso. Estoy enamorado de ti, te amo como nunca había amado a nadie; me encanta cómo me sonríes, cómo te levantas con el pelo revuelto por las mañanas, la forma en que arrugas tu naricita cuando algo no te gusta. Me vuelven loco tus labios, tu forma de mirarme, y cada vez que me tocas, el resto del mundo deja de existir para mí. Me gusta sentir tu respiración tranquila cuando duermes apoyada sobre mi pecho. Eres preciosa, valiente, inteligente y divertida. No podría quererte más de lo que te quiero. Tú, Esperanza y la familia que hemos formado sois mi universo entero. Solo quiero tener una oportunidad para demostrarlo y necesito que tú me la des. Necesito que creas en mí, en nosotros, como yo lo hago —suplico con el corazón latiéndome desenfrenadamente en el pecho.

Sus ojos se llenan de lágrimas; Lena los cierra con fuerza. Cuando vuelve a abrirlos, el dolor que veo en ellos me paraliza y me corta la respiración.

—Lo siento, no puedo. —Su voz apenas es un susurro inaudible. Baja de nuevo la mirada a nuestras manos, que continúan unidas, y vuelve a cerrar los ojos con fuerza intentando evitar que las lágrimas que pugnan por salir empapen sus mejillas.

—Sé que tú también me quieres, Lena, no puedes negarlo. Lo noto, lo siento. Lo siento aquí —insisto sujetándole la barbilla con delicadeza para obligarla a mirarme mientras coloco su otra mano sobre mi corazón.

—No voy a hacerlo. Estoy loca por ti, es tan obvio que ni siquiera voy a molestarme en negarlo, Yago —afirma encogiéndose de hombros—. Pero eso no es suficiente, el amor no lo es todo. Me gustaría pensar lo contrario, pero estoy segura de que lo nuestro no saldría bien.

Me levanto, incapaz de permanecer sentado por más tiempo. Me doy cuenta de que no tengo la más mínima oportunidad de convencerla y no entiendo por qué.

—¿Cómo puedes saber que no saldría bien si ni siquiera te molestas en

intentarlo? —Mi voz suena más dura de lo que pretendo, pero no puedo evitarlo. Un dolor intenso que soy incapaz de controlar recorre mi cuerpo dominándome por completo. Por un instante me cuesta hasta respirar.

—Porque hay cosas que no puedo olvidar, Yago. Nuestra relación estaría cimentada sobre mentiras y dolor, es imposible que algo así salga bien.

—¡Estás confundida! ¡Nuestra relación estaría cimentada sobre el amor, amor puro, amor de verdad, de ese que la mayoría de la gente nunca llega a conocer! ¡Nosotros lo tenemos y tú estás dispuesta a tirarlo a la basura! —grito sin dar crédito a lo que estoy escuchando.

—Lo siento, no puedo. Tenemos que pasar página, Yago, ¡los dos tenemos que hacerlo! ¿¡No te das cuenta de que si lo intentamos y sale mal, está vez no solo sufriremos nosotros!?! ¡Será Esperanza la que saldrá perjudicada por nuestras decisiones! No puedo permitirlo, no quiero que mi hija sufra por mi culpa, no quiero que sufra al ver que su familia se rompe. ¡Y lo nuestro está condenado a romperse, Yago! —vocifera dejándose llevar—. Hay demasiado dolor acumulado, demasiado en contra. Serás un gran padre, de hecho ya lo eres, y la mejor de las parejas para alguien; pero ese alguien no voy a ser yo. Lo siento pero no puedo serlo.

—¡Yo no quiero ser una gran pareja para otra persona, Lena! ¡Quiero ser una gran pareja para ti! ¡Dame una oportunidad, solo una! —suplico acercándome de nuevo a ella. Las yemas de mis dedos acarician su piel son suavidad; ella cierra los ojos e inspira profundamente como si intentase grabar la sensación en su memoria. Sus lágrimas saladas mojan mis dedos.

—No puedo, lo siento. Voy a hacer todo lo que esté en mi mano por olvidarte, y tú deberías hacer lo mismo. —Sus palabras se clavan en mi corazón como cuchillos afilados, y casi puedo sentir cómo este va desangrándose poco a poco.

Necesito alejarme unos pasos, por lo que me acerco a la ventana y le doy la espalda unos segundos. ¡La pierdo, la estoy perdiendo y no puedo hacer nada por evitarlo! Aunque para ser sincero, no sé si alguna vez llegué a tenerla.

—Yo no puedo ni quiero olvidarte —respondo sin mirarla, dejando que todo el dolor que siento quede plasmado en mis palabras.

—Voy a darle una oportunidad a César, siempre ha estado a mi lado y he decidido intentarlo con él. —Con esa sencilla frase me asesta el golpe de gracia.

Sus palabras queman mi cuerpo abrasándolo por dentro como el peor de

los incendios. La imagino entre sus brazos y, enfurecido como pocas veces en mi vida lo he estado, me giro y me acerco a ella lentamente. Su mirada, sus ojos atormentados se clavan en los míos y me ahogo en ellos, me pierdo en ella. Despacio, me acerco a su oído.

—Puedes intentar engañarte a ti misma, pero sabes tan bien como yo, que cada vez que sus labios te besen, desearás que sean los míos; cuando sus manos te acaricien, imaginarás que son las mías las que lo hacen; cuando te acuestes con él, cerrarás los ojos para imaginar que es mi cuerpo el que sientes; cuando te estremezcas de placer, será porque estés pensando que soy yo el único que puede poseerte y me amarás; me amarás en silencio porque por mucho que te empeñes en cambiarlo, la verdad es que tu mente, tu cuerpo y tu corazón me pertenecen, igual que yo te pertenezco a ti —siseo antes de sentir su mano golpear mi cara con fuerza. Cierro los ojos y me alejo de ella unos pasos.

—No quiero verte más de lo necesario, tú vendrás por las mañanas a ver a Esperanza y yo por las tardes. A partir de ahora, lo único que tú y yo tendremos en común será a Esperanza, nada más. —Su voz suena rota, como mi corazón.

—Haremos lo que quieras. No voy a ponértelo difícil, Lena, solo quiero que seas feliz —digo antes de girarme para dirigirme a la puerta—. A pesar de que tú te empeñes en no serlo —añado con tristeza—. Solo dime una cosa —pido antes de salir, agarrándome al marco de la puerta—. ¿Cómo una persona tan valiente puede ser tan cobarde a la vez? —No espero a que me conteste, ni siquiera la miro, no puedo hacerlo, duele demasiado. Me siento frustrado, decepcionado, y lo peor de todo, vacío, terriblemente vacío. Salgo de la habitación. Lo he intentado y he fracasado, pero me queda el consuelo de saber que si me muero mañana, moriré sabiendo lo que es amar de verdad.



Capítulo 20

LENA

—¡Espabila! ¡Vamos a llegar tarde y, créeme, no nos conviene! —grita Camila entrando como un huracán en mi habitación. La miro de reojo, pero continúo acostada en la cama sin ninguna intención de levantarme.

—Yo no voy a ir, id vosotros y pasadlo bien —informo acurrucándome más entre las mantas.

—De eso nada, guapa, eso no te lo crees ni tú —replica Camila poniéndose delante de la cama y colocando los brazos en jarras—. Yo te diré lo que vas a hacer. Ahora mismo vas a sacar tu precioso trasero de la cama, vas a ducharte, cosa que, por cierto, buena falta te hace, vas a vestirte y vas a venir con nosotros a cenar a casa de la madre de Leo como estaba previsto. — Hace una pausa y me mira frunciendo el ceño, pero al ver que sigo exactamente en la misma posición, continúa hablando—. Es el cumpleaños de la *tata*, nos han invitado a todos, y como le hagas el feo de no presentarte y nosotros te lo permitamos, no solo te va a caer una colleja a ti, es que va a ponerse a repartirlas como si estuviésemos en Noche Buena y ella fuese Papá Noel. Por lo tanto, no te hagas de rogar y espabila que llegamos tarde — afirma metiéndome prisa.

Ignorándola, me doy la vuelta dándole la espalda para seguir durmiendo, o por lo menos intentarlo. Camila se queda unos segundos golpeando impaciente con el pie en el suelo, y cuando se convence de que no pienso hacerle caso, gruñe enfadada y sale de la habitación. Suspiro aliviada al escuchar sus pasos alejarse por el pasillo. Me da pena no felicitar a la *tata* y celebrar con ella su cumpleaños, pero Yago también está invitado y, sinceramente, no tengo ni fuerzas ni ganas de enfrentarme a él; hoy no.

Continúo pacientemente con los ojos cerrados esperando a que Morfeo me lleve de nuevo entre sus brazos. Sin embargo, el pobre Morfeo no tiene tiempo ni de acercarse porque de nuevo escucho a Camila entrar en la habitación y, antes de que pueda reaccionar, vierte una taza de agua helada sobre mi cara.

Grito de la impresión y me siento en la cama secándome con la sábana y

fulminándola con la mirada.

—¿¡Pero tú de qué vas!?! —bramo, enfadada.

—¿¡Que de qué voy yo!?! ¡De qué vas tú! —grita ella todavía más alto que yo.

—¡No he sido yo la que te ha tirado agua helada por encima! —le recrimino saltando de la cama para encararla.

El movimiento, demasiado brusco, me produce un latigazo de dolor y llevo mi mano a la barriga para mitigarlo mientras me siento en la cama. Hace ya treinta y cinco días que me dieron el alta hospitalaria y que estoy viviendo en casa de Camila y Leo, y cuarenta y dos desde que nació Esperanza, por lo que estoy recuperada del todo, pero cuando cambio de posición, cambia el tiempo atmosférico o hago algún movimiento brusco como el de ahora, todavía me resiento. Camila se da cuenta de mi gesto de dolor y su expresión se suaviza al instante.

—¿Estás bien? —pregunta sentándose a mi lado.

—Todo lo bien que puede estar una cuando acaban de tirarle agua por encima —contesto todavía molesta.

—Lo siento, pero te lo merecías y lo sabes. Lo he intentado por las buenas y no me has hecho ni caso —se defiende. La miro con cara de pocos amigos mientras continúo frotándome la barriga—. Lo siento, Lena, pero es que verte día tras otro como si fueses un zombi, termina por cansar a cualquiera, y las dos sabemos que la paciencia no es una de mis mayores virtudes —se disculpa empujándose ligeramente con el codo—. Me parece perfecto que mi hermano y tú no estéis juntos, es vuestra decisión y, esté o no de acuerdo con ella, voy a respetarla. Pero los dos sois mayorcitos y tenéis que normalizar vuestra situación porque esto no os afecta solo a vosotros, nos afecta a todos y no es justo. —Me mira fijamente y la pena que veo en sus ojos me conmueve—. Al principio era comprensible —continúa explicándose sin dejar de observar mi reacción—. Pero me parece que ya ha pasado el tiempo suficiente como para que podáis estar juntos en la misma habitación sin que por ello se acabe el mundo. Así que, amiga mía, os guste o no, os va a tocar demostrar que tenéis la madurez suficiente como para hacerlo. Si no queréis hacerlo por vosotros mismos o por nosotros, hacedlo por vuestra hija.

Me quedo callada pensando en sus palabras; en el fondo algo de razón tiene. Desde que me dieron el alta no he salido de casa más que para ir al hospital para estar con Esperanza, asegurándome de no cruzarme con Yago. Las tardes se pasan volando al lado de mi pequeña, quien, por suerte, no ha

tenido ninguna complicación y cada día se encuentra mejor. De hecho, probablemente en unos días reciba el alta y pueda venir a casa. Es una campeona y no deja de demostrarlo. El resto del tiempo, sin embargo, tengo la sensación de que las horas trascurren a cámara lenta.

No me he cruzado con Yago en estos treinta y cinco días. Si bien hablamos por teléfono algunas palabras para compartir la información que nos van dando en el hospital sobre Esperanza, no hemos vuelto a vernos desde que se fue de la habitación del hospital y, por mucho que lo intento, por mucho que me esfuerzo en no pensar en él, lejos de olvidarlo cada día su ausencia se me hace más complicada de sobrellevar, el dolor se vuelve más intenso y, a pesar de que siempre estoy acompañada, me siento terriblemente sola. Las fuerzas parecen haberme abandonado, me encuentro derrotada y no me apetece hacer nada; apenas como y, a pesar de que me paso muchas horas en la cama, me cuesta conciliar el sueño. Cuando al fin lo consigo, siempre es con Yago con quien sueño, por lo que me levanto todavía más frustrada y cansada que la noche anterior.

César está teniendo tanta paciencia conmigo, que no me sorprendería que cualquier día de estos le hiciesen un monumento en el puerto. El pobre intenta no presionarme, pero aunque las primeras semanas la ilusión hacía que todo le pareciese bien, resulta evidente que cada vez esta situación le resulta más complicada.

—Lo siento, Camila, en cuanto le den el alta a Esperanza me iré con ella a casa —me disculpo. Reconozco que para mi amiga no es fácil verme como un alma en pena todo el día; menos, cuando está comenzando a vivir con Leo y todo debería ser felicidad y mariposas para ella.

—¡No digas tonterías! Leo y yo estamos encantados de tenerte aquí y lo sabes, igual que sabes que ni de broma pienso dejar que disfrutes tú sola de mi ahijada ahora que por fin va a salir del hospital. Pienso malcriarla cada día —objeta frunciendo el ceño.

La miro con los ojos inundados de lágrimas, completamente segura de que lo hará; Camila se muere por mi niña desde el mismo momento en que nació. De hecho, desde que los médicos dieron luz verde para que pudiese recibir visitas, no ha dejado de ir a verla un solo día. Ni yo misma me creo la suerte que tengo de tenerla en mi vida. Es maravillosa, y eso que la situación tampoco es fácil para ella; al fin y al cabo, Yago es su hermano y sé que aunque no lo diga, todo esto le hace daño. A pesar de ello, Camila nunca ha dejado de apoyarme y sé, con la misma seguridad de que mañana será otro día,

que nunca lo hará.

—Lo intento, Cami, te juro que lo intento, pero no consigo quitármelo de la cabeza. —Sollozo dejando salir todo lo que siento y apoyando la cabeza en su hombro. Ella me abraza y, besándome la frente, me acaricia la espalda con cariño.

—Lo sé, cariño, lo sé. Sabes que te dije que siempre voy a estar contigo y lo haré, pero es que no entiendo esta obsesión que te ha entrado por pasarlo mal sin necesidad, Lena. Los dos estáis sufriendo sin motivo y tú tienes en tu mano acabar con ese sufrimiento —susurra con voz suave—. ¿Acaso te está funcionando ese superplan de enamorarte de César para olvidar a Yago?

—Por desgracia no, todo lo contrario. —La miro sin esconder todo el dolor que siento—. Cada vez me cuesta más estar con él y la situación se enrarece cada día más porque no me veo capaz de darle lo que quiere y merece. Te juro que lo intento, pero es que lo pienso y no soy capaz. ¿Y sabes qué es lo peor de todo? Lo peor de todo es que tengo la sensación de estar perdiendo a mi mejor amigo —continúo lagrimeando.

—¡Normal! ¡Es que menuda idea de bombero se te ocurrió! ¡Y nunca mejor dicho! —bufa ella.

Continúo llorando como una magdalena y ella continúa abrazándome.

—Lena, mi hermano metió la pata y de sobra sabes que estuve a punto de cortarle los huevos en rodajitas por ello, pero rectificó y demostró con creces que os adora a ti y a la niña. ¿No crees que se merece esa oportunidad que te niegas a darle?, ¿por qué no lo intentas?

—No me pidas eso, Camila, no puedo hacerlo. Sé que Yago no lo hizo a propósito, pero lo que hizo me dolió de verdad; por primera vez desde que mis padres me dejaron me sentí sola y vulnerable, y no quiero volver a sentirme así. No quiero sufrir.

—Clarooo, porque ahora no estás sufriendo nada de nada, noooo. —Su voz irónica casi me hacer reír.

Me limpio las lágrimas con el dorso de la mano antes de responder:

—Sí, pero este sufrimiento no es nada comparado con lo que sería arriesgarme, entregarle mi corazón y que me lo rompiese. No lo soportaría, Cami, no sería capaz de soportarlo. Me destrozaría y no puedo permitírmelo ni por mí ni por Esperanza.

—Creo que te equivocas; por miedo a sufrir en el futuro estás sufriendo ahora. Los dos lo estáis haciendo. —Camila me mira apenada—. Estás dejándote guiar por el miedo y no por lo que sientes de verdad. —La tristeza

de su voz cala en mi interior y clavo la mirada en sus profundos ojos azules, dejándome atrapar por ellos—. Lena, el miedo es una cárcel de barrotes invisibles que nadie puede abrir por ti, solo tú puedes hacerlo. Tener miedo no es malo, lo malo es ceder ante él, porque permitir que tus miedos controlen o dominen tu vida y te atrapen es una forma como cualquier otra de estar muerto. —Sus palabras tan duras y ciertas a la vez hacen que de mis ojos vuelvan a brotar lágrimas sin consuelo—. Lo importante es que decidas lo que decidas, con César o sin él, con Yago o sin él, sabes que nunca vas a estar sola. Tú y yo estaremos juntas, pase lo que pase, como siempre ha sido y como siempre será —afirma con dulzura.

La abrazo y me dejo consolar durante unos minutos. Cuando por fin consigo calmarme, Cami me da una cariñosa palmada en el brazo.

—Anda, prepárate; César debe de estar al caer y en cuanto venga tenemos que salir pitando o llegaremos tarde. Y hazme caso, no nos conviene hacer pasar hambre a la *tata* el día de su cumpleaños.

—Se me había olvidado que César también viene —alego cerrando los ojos con fuerza y masajeándome la sien.

—Pues fuiste tú quien lo invitó, y para animar la cena me parece estupendo. Deja que él y mi hermano se junten en la misma habitación, el espectáculo está garantizado. —Sonríe con malicia.

Lloriqueo como una niña pequeña. No sé en qué demonios estaba pensando; si la situación ya va a ser incómoda de por sí, tener allí a César no la va a hacer más fácil precisamente. Bueno, en realidad sí lo sé, es mi mejor amigo guion novio, ¿cómo leches no lo iba a invitar? Además, no me dejó mucha opción; en cuanto supo que Yago también venía, prácticamente se invitó él solo.

—Quiero verte espectacular, que a los dos se les caiga la baba —exige Cami guiñándome un ojo mientras se dirige a mi armario y lanza encima de la cama un vestido rojo que solo me he puesto un par de veces. La miro negando con la cabeza.

—No voy a ponerme ese vestido para ir a casa de la *tata*.

—Oh, sí, sí vas a hacerlo. Ni se te ocurra ponerte otra ropa o te la arranco. —Me reta con la mirada, y lo peor es que sé que lo dice en serio, por lo que, resignada, me levanto y comienzo a cambiarme mientras Camila sonrío satisfecha y sale de la habitación.



Esta noche César está más callado de lo normal. Desde que llegó y me saludó con un casto beso en los labios, él, que normalmente es la alegría de la huerta, se ha mantenido serio y no ha dicho más de dos frases contadas. Camila, que también se ha dado cuenta de ello, nos observa por el espejo retrovisor. Creo que está preocupado por la cena y nuestro encuentro con Yago le afecta más de lo que quiere demostrar.

—Aquí estamos —anuncia Camila aparcando delante de la entrada principal.

César baja del coche y, tan atento como siempre, me sujeta la puerta para que yo pueda bajar.

—Gracias. —Sonrío acariciándole la cara con cariño. Mi gesto se ve recompensado con una bonita sonrisa, un tanto forzada quizás, pero preciosa igualmente. Me duele saber que le pasa algo y que no se siente con la suficiente confianza como para contármelo. Antes esto no habría ocurrido; siento que lo estoy perdiendo y no sé qué hacer para evitarlo.

Camila toca el timbre y César, mirándome fijamente, se inclina un poco sobre mí para susurrarme al oído:

—Estás preciosa.

Lo miro de arriba abajo.

—Tú también estás muy guapo.

Y es cierto, lo está. Es guapísimo, divertido, cariñoso, atento y leal: cualquier chica mataría por estar a su lado y yo, que tengo la oportunidad de hacerlo, soy incapaz de sentir por él algo que no sea cariño y amistad. Y lo peor es que después me siento culpable por ello, y eso hace que todavía me sienta peor cuando estoy a su lado, viéndome envuelta en un bucle del que no soy capaz de salir.

Leo abre la puerta dedicándonos una sonrisa y besando a su novia en los labios, como si llevase años sin verla, cuando en realidad hace tan solo un par de horas que se han separado.

—Pasad, chicos, ya estamos todos en el salón —nos saluda apartándose a un lado para permitirnos entrar.

Caminamos por el pasillo, todavía cogidos de la mano, detrás de Camila, y entramos al salón. Involuntariamente mis ojos barren la estancia

buscando al culpable de todos mis males.

Lo encuentro apoyado en el mueble hablando con la madre de Leo. Está algo más delgado, luce ojeras y barba de varios días, pero aun así, me parece más guapo que nunca. Mi cuerpo se siente atraído hacia él como un imán.

Lleva unos vaqueros negros, que le sientan como un guante, y una camiseta gris entallada, que se ajusta a su cuerpo como si se la hubiesen hecho a medida. Su mirada, esa mirada profunda e intensa que tan bien recuerdo, se encuentra con la mía y todo se revoluciona en mi interior. Me siento hipnotizada, atrapada por sus ojos, incapaz de romper el hechizo que estos ejercen sobre mí. Solo cuando siento que César me observa poniendo mala cara, me obligo con gran esfuerzo a apartar la vista de él. Camila se acerca rápidamente a darle un beso y le susurra algo al oído; Yago asiente endureciendo su gesto y camina hacia nosotros.

—Hola, Lena. —El sonido de mi nombre en sus labios me hace parpadear varias veces—. Estás muy guapa.

Sonríe apoyando su mano en mi cintura para acercarse y darme con lentitud dos besos en las mejillas. Incapaz de responder, noto cómo todo mi cuerpo arde por dentro. Todas las sensaciones que he intentado encontrar con César sin conseguirlo y más, son las que Yago es capaz de provocar en mí solo con mirarme o rozarme la mejilla con sus labios. ¡Esto no es bueno! ¡Definitivamente no es bueno!

—Hola, César —le saluda también Yago tendiéndole la mano. Pero César, en lugar de estrechársela, frunce el ceño y percibo cómo se tensa todavía más a mi lado.

—Creo que deberíamos ir a saludar —me comenta ignorando a Yago, que no dice nada, pero tampoco se aparta de nuestro camino.

La tensión es palpable y cada vez estoy más incómoda. Desvío la vista y me encuentro a la *tata* mirándonos con una expresión que no logro descifrar. Todavía estoy observándola cuando una voz que recuerdo muy bien llama mi atención.

—¡Ya habéis llegado! ¡Lena, caramba, qué bien te ves! ¡Parece mentira que hayas tenido una hija hace poco más de un mes! ¡Pero si estás todavía más guapa que antes de quedarte embarazada! —me saluda Cecilia con una efusividad excesiva y una alegría más falsa que un billete de trescientos euros, antes de darme la espalda y agarrarse al brazo de Yago para dirigirse a él—. Desde la ventana del baño se ve el jardín de atrás, es una preciosidad —le dice pegándose a él como una lapa mientras ambos caminan hacia donde Yago

estaba situado antes de nuestra llegada.

No tengo derecho, sé que no lo tengo, pero unos celos irracionales se apoderan de mí sin que pueda hacer nada por evitarlo. La miro de arriba abajo y tengo que reconocer que está espectacular; el vestido azul noche que lleva realza su cuerpo esbelto resaltando lo justo y necesario cada una de sus curvas. Lleva su larga melena suelta y los labios pintados de rojo, que le dan un aspecto sexy y atractivo. Vamos, que la muy desgraciada no podría estar más guapa ni aunque lo intentase. No sé qué le dice Yago, pero ella se echa a reír y, poniéndose de puntillas, le besa en la mejilla. Él, lejos de apartarse o mostrarse incómodo, la mira con cariño y ella, como si fuese lo más natural del mundo y estuviesen solos en lugar de estar en un comedor lleno de gente que apenas conoce, comienza a limpiarle la mancha roja que el pintalabios ha dejado sobre su mejilla. No sé qué me molesta más, lo que hace ella o que él se deje hacer. Miro a Camila, que se encoge de hombros dándome a entender que está tan sorprendida como yo y, soltándome de César, me dirijo a saludar a la *tata*.

—Feliz cumpleaños, *tata*. —La abrazo con amor.

—Gracias, cariño —responde mirándome con una dureza que me hace retroceder varios pasos.

—Vamos, todos a la mesa, la cena está lista —anuncia Carmen.

Todos nos sentamos en la mesa del salón. En una cabecera se sienta la *tata*, en la otra Carmen; yo tomo asiento entre Camila y César, y justo enfrente de mí se sitúan Yago, Cecilia y Leo. Carmen sirve la cena y todos permanecemos en un incómodo silencio; un silencio que, como no podía ser de otra forma, se encarga de romper la *tata*.

—Por cierto, que la manta térmica esa que me habéis regalado y la tele para mi habitación están muy bien, pero yo ya sé lo que quiero de regalo —dice con un brillo extraño en sus ojos mientras se pela un langostino como si tal cosa.

—¿Qué quieres, *tata*? —pregunta Leo sorprendido. Su abuela no es muy de pedir cosas, de ahí que el comentario lo haya cogido desprevenido.

—Quiero ir al concierto que va a dar el mes que viene el Pablo Alborán ese en Vigo —nos suelta tan tranquila y con la misma naturalidad que si acabase de decirnos que quiere comerse unas lentejas con chorizo.

A Leo se le cae de la mano el langostino que estaba sujetando y la mira con los ojos como platos y la boca abierta.

—Pero *tata*, las entradas para ese concierto se agotaron hace meses —

explica Camila aguantando la risa. Ella la mira sonriendo inocentemente, pero sus ojos brillan con picardía.

—Seguro que mi Leito, con los contactos que tiene puede conseguir unos pases de esos que te cuelgan al cuello y puedes entrar a todos lados, ¿verdad, Leito? —pregunta mirando a su nieto, que no da crédito a lo que dice su abuela, mientras se zampa tranquilamente la gamba que acaba de pelar.

—Ehhhhh, sí, supongo que sí —contesta el pobre Leo, que se ha quedado blanco sin saber qué más decir.

—¡Pero, mamá!, ¿¡no te parece que eso es mucho jaleo para alguien de tu edad!? Acabas de cumplir noventa y cuatro años.

La *tata* mira a su hija de tal forma, que a los demás no nos falta nada para escondernos debajo de la mesa.

—¡Pues eso, hija! ¡Acabo de cumplir noventa y cuatro años, así que de momento todavía sigo viva, y mucha guerra tengo que dar aún! ¡No me entierres antes de tiempo porque no estoy muerta y, a pesar de que haya gente que se empeñe en no vivir su vida, yo sí quiero hacerlo! —la regaña soltando un dardo envenenado que va directito hacia mí.

—Diga que sí —la anima Cecilia. La escucho y a puntito estoy de tirarle el tenedor a la cabeza—. ¡Hay que disfrutar la vida, yo de mayor quiero ser como usted! —le dice la muy...

—Hay, hijita, eso es un arte al alcance de muy pocas personas. —Le ríe la ocurrencia la *tata*.

Yo las miro a ambas sin acabar de creerme lo que estoy oyendo. ¡Pero la tía esta de qué va! ¡Será idiota!

—Yo estoy intentando convencer a Yago para que en verano nos vayamos de vacaciones a Estados Unidos. Quiero sobrevolar en helicóptero el Cañón del Colorado, pero de momento no he conseguido que se decida. No quiere alejarse de Esperanza y la niña todavía será demasiado pequeña para viajar —explica ella guiñándole un ojo a Yago, que le sonríe con complicidad—. Tendré que ser más persuasiva —añade sonriendo a la *tata*—. Aunque, a decir verdad, yendo con él seguro que me lo paso bien vayamos adonde vayamos; incluso si nos quedamos aquí, no tengo ninguna duda de que encontraremos la manera de pasarlo de lujo —apostilla la muy guarra, mirándome de reojo y colocando su mano sobre la de Yago, que ni la aparta ni se ve molesto en absoluto por el gesto.

¿He dicho que estaba pensando en lanzarle el tenedor? ¡Ja! ¡Y una mierda un tenedor, un cuchillo le lanzaba yo!, ¡un cuchillo y, a poder ser,

jamonero! ¿Pero está de qué va? ¡Necesito aire, necesito agua, y necesito partírle la cara a la asquerosa esta! Por el rabillo del ojo veo a Yago mirándome disimuladamente y siento cómo mis mejillas arden.

—¿Alguien quiere agua? —pregunto con la voz más aguda de lo normal—. Voy a la cocina a cogerla —me disculpo levantándome y saliendo del salón antes de que nadie conteste, a toda la velocidad que me permiten las piernas.

—Voy con ella por si no encuentra las botellas. —Escucho a Camila, que se levanta y viene tras de mí.

En cuanto llego a la cocina, abro el grifo y comienzo a pasear de un lado a otro.

—¿Por qué no me dijiste que esa iba a estar aquí? —pregunto a Camila, echando fuego por los ojos, en cuanto entra en la cocina.

—Porque no tenía ni idea de que Yago la iba a traer, imagino que se lo diría a Leo y él no me comentó nada.

—¡Será guarra la tía! —exclamo cada vez más cabreada—. ¿¡Pero tú la has oído!? Seguro que con él lo pasaré bien vaya donde vaya —repito sus palabras imitando su voz.

—Baja las revoluciones y relájate, que creo que te estás montando una película y esto no llega ni a corto.

—¡Cortar, cortar, eso es lo que voy a hacer!, ¡le voy a cortar yo a esa la lengua como no se calle! —amenazo.

—¡Pero vamos a ver! Primero, tranquilízate; y segundo, ¿no fuiste tú quien le dijo a mi hermano que los dos teníais que pasar página y *blablabla*, *blablabla*? —pregunta mirándome fijamente.

—Sí, pero una cosa es que pase página y otra que me traiga aquí una puñetera enciclopedia —replico molesta.

—Ya, ¿y acaso tú no has traído a César? —insiste y sus palabras me dan una bofetada en toda la cara porque tiene razón, toda la razón, y me cueste o no reconocerlo, Yago no está haciendo nada que yo no esté haciendo también.

—Es diferente, César es amigo nuestro desde hace años.

—Si te sirve de consuelo, hasta donde yo sé, Cecilia y Yago solamente son muy buenos amigos. Pero Lena —añade con voz firme—, aunque fuesen otra cosa, tampoco tendrías derecho a reclamar nada. Tú has decidido que las cosas sean así y ahora te toca lidiar con tu decisión —me reprende con voz segura. La miro apretando los puños, expiro todo el aire que tengo retenido, e inspiro varias veces.

—Lo sé, lo sé, tienes razón —acepto finalmente—. Es solo que no esperaba encontrármela aquí. Dame unos segundos y enseguida se me pasa — pido apoyando ambas manos en la encimera. Pasar, ni de coña se me pasará, pero intentaré disimular un par de horas, y en cuanto tenga ocasión, me iré a casa.

—Esa es mi chica. —Sonríe Camila. Me besa en la mejilla y sale de la cocina, dejándome unos segundos para que vuelva a recuperar la compostura. Al cabo de unos minutos vuelvo al salón sin la botella de agua.

—¿No has encontrado el agua? —pregunta Leo.

—Déjalo, hijo —responde la *tata*—. Creo que esta noche nos va a venir mejor el vino —añade mirándome a mí directamente—. ¿Verdad, cariño?

La miro frunciendo el ceño. La *tata* nunca se calla una, pero esta noche está siendo especialmente mordaz conmigo. Voy a contestarle cuando el móvil de Yago comienza a sonar. Mira el número de la pantalla y se dirige a nosotros.

—Perdonad, es del parque, tengo que cogerlo —se disculpa levantándose y saliendo del salón para atender la llamada.

Todos nos quedamos en silencio mirando hacia la puerta y esperando a que Yago vuelva a entrar. Cuando lo hace, su cara no presagia nada bueno; mira primero a Cecilia y después a nosotros.

—Lo siento mucho, pero tenemos que irnos. Ha habido una explosión en una fábrica de motores de barco, en los astilleros. Varias patrullas están ya intentando controlar el fuego, pero la cosa se está complicando porque se ha extendido a las naves contiguas y están cerca de una gasolinera —explica mirando nuevamente a Cecilia, que se pone en pie en cuanto escucha sus palabras—. Lo siento mucho, *tata* —añade acercándose a la anciana para darle un beso en la mejilla—. El año que viene celebraremos los noventa y cinco y a lo mejor para ese nos pides ir a una fiesta ibicenca —bromea con ella.

—Eso, tú dale ideas —sigue la broma Leo.

Camila se levanta y abraza a su hermano.

—Ten cuidado y llámame cuando acabes —le pide besándolo en la mejilla.

—Tranquila, lo tendré, siempre lo hago —responde él devolviéndole el beso y despidiéndose con la mano de los demás.

Sus ojos buscan los míos por última vez, y cuando se encuentran siento algo extraño en mi interior. Me muero por acercarme a él, darle un beso y

pedirle que tenga cuidado, igual que ha hecho Camila, pero me contengo.

Yago y Cecilia se van y yo me quedo con unas tremendas ganas de llorar y una sensación de desasosiego que no me deja respirar.

Continuamos cenando, intentando aparentar la mayor normalidad posible, pero el ambiente no es el mejor. El único que parece estar más relajado que cuando llegó es César, que ha empezado a ser el de siempre en cuanto Yago ha salido por la puerta.

Una vez la *tata* ha soplado las velas y hemos devorado la deliciosa selva negra que Carmen ha hecho para la ocasión sin dejar ni un pedacito de muestra, Camila y yo nos ofrecemos a lavar los platos. Leo enseguida se levanta para ayudarnos, pero Camila le hace sentarse de nuevo.

—Tú ya has ayudado a preparar la cena, nosotras nos encargamos de recoger —lo exime, aunque en realidad sé que lo que quiere es quedarse a solas conmigo en la cocina—. Vale, tú lavas y yo seco —propone en cuanto colocamos los platos y vasos en el fregadero. No hemos lavado ni dos platos cuando la puerta de la cocina se abre y Carmen y la *tata* entran en ella.

—¿Qué tal estás, Lena? —pregunta Carmen mirándome con preocupación.

—Bien, aquí lavando platos —contesto yéndome por las ramas. Sé que no se refiere a eso, pero me hago la loca. Desde que Yago se fue, no me encuentro bien y, la verdad, no me apetece nada hablar.

—Lo que habría que lavarte a ti es el cerebro, a ver si espabilas de una santa vez —murmura la *tata* con voz enfadada, lo suficientemente alto como para que todas la escuchemos.

—Mamá, contrólate —le pide Carmen mirándola con dureza.

—Lo estoy haciendo, y mucho —replica ella disgustada.

La miro y los ojos se me llenan de lágrimas. Cierro el grifo, me limpio las manos con el trapo de cocina que tengo al lado, y me siento en una de las sillas de la mesa. Ellas me imitan y toman asiento a mi lado.

—Pero vamos a ver, hija mía. Igual es que yo soy mayor y ya empiezo a chochear, si es así te pido perdón, pero es que no entiendo qué estás haciendo con tu vida. Es que de verdad que no lo entiendo. ¿Me puedes explicar qué haces perdiendo el tiempo con ese chico, César, en vez de estar con el hombre que realmente quieres? —pregunta la *tata* sin cortarse un pelo.

—César es buen chico, *tata* —contesto con un hilo de voz.

—Eso no lo pongo en duda, tiene que ser muy buen chico y quererte mucho para aguantar lo que está aguantando. O eso, o es tonto perdido —

argumenta ella—. Es obvio que tú no le quieres, hija.

—Es mi mejor amigo, le tengo cariño —me defiende con voz quebrada.

—¡Si quieres algo a lo que tenerle cariño cómprate un perro! —alza ella la voz.

—¡Mamá! —la regaña Carmen otra vez.

—Lo siento, hija, pero es cierto —se defiende ella mirando primero a su hija y luego a mí. Acerca su silla de ruedas y toma mi mano entre las suyas—. Vamos a ver, cariño, estás loca por un hombre que te adora y que, además, es el padre de tu hija. ¿Se puede saber qué demonios esperas para lanzarte a sus brazos!? —pregunta indignada—. ¿A que se canse de esperar y busque a otra que sí sepa valorarlo!?

—Eso es injusto, *tata*. No es tan fácil, han pasado muchas cosas —intento explicarme.

—¡Pues claro que es injusto! ¡La vida es así! Mírame a los ojos, Lena —me pide con voz firme. Obedezco y ella aprieta un poco mi mano con cariño—. Yago se equivocó, ¿pero quién no se equivoca? Tú también te equivocarás algún día y probablemente necesitarás que te perdonen igual que él lo necesita ahora. —Hace una pausa, su mente viaja al pasado y sus ojos se vuelven más brillantes todavía—. ¿Sabes qué me han enseñado estos noventa y cuatro años? Que por muy injusta, difícil o puñetera que sea la vida, siempre es mucho más fácil si al final del día tu colchón son los brazos de la persona a la que amas. Yago te quiere, te adora, haría cualquier cosa por ti, eso lo sabes, y tú sientes lo mismo por él. Si a pesar de todo eso no eres capaz de perdonar una equivocación, es que no lo mereces —afirma con seguridad.

—No soportaría perderlo, *tata* —confieso con voz trémula.

—Lo único que vas a perder es la oportunidad de ser feliz si no vences ese miedo que te tiene paralizada. Hija, hazle caso a esta vieja que te quiere con todo su corazón. Lo peor que te puede pasar es llegar a mi edad y ver que tu vida se acaba y no te has atrevido a vivirla. Respira, lucha, disfruta y vive cada segundo como si fuese el último, porque nunca se sabe si mañana podrás hacerlo.

La miro emocionada, incapaz de decir una sola palabra. Camila y Carmen, con lágrimas en los ojos, se colocan a su espalda y la abrazan también.

—¿Sabes cuál es la única pena que me llevaré a la tumba en esta vida? —me pregunta ella con voz temblorosa. Nunca la había visto así y me impresiona; nos impresiona a todas—. Yo estaba locamente enamorada de mi

Julio —comienza a explicarnos. La miro a los ojos y me doy cuenta de que estos están viajando muchos años atrás—. El día que mi marido murió me había enfurruñado con él porque no había lavado las tazas del desayuno. Cuando se fue a trabajar vino a darme un beso y me dijo que me quería. Yo no le contesté, me quedé con las ganas de hacerlo pero, orgullosa como he sido toda mi vida, no lo hice, y nunca más tuve la oportunidad de hacerlo, porque el mar se lo llevo horas después. No sabes la de veces que he pensado en lo que daría por haberle dicho ese te quiero —confiesa con pesar, cerrando los ojos—. No hagas como yo, no esperes a que sea demasiado tarde, hija —pide mirándome de nuevo fijamente—. Lo peor no es fracasar, es arrepentirse de no haberlo intentado por miedo al fracaso —asegura.

—Tienes razón, *tata*, todas la tenéis. Soy una imbécil orgullosa. Le quiero, le quiero y estoy cansada de intentar evitarlo. Solo espero estar a tiempo de arreglar las cosas —pienso en voz alta.

—¡Vida mía!, ¿pero tú has visto cómo te miraba el pobre chico? Si tienes alguna duda es que necesitas gafas con urgencia —opina Carmen echándose a reír.

—¡Camila, ven rápido! —llama Leo.

Asombradas por la urgencia de su voz, las cuatro nos dirigimos al salón. Cuando entramos, tanto él como César están viendo un especial informativo en el que hablan del incendio al que han acudido Yago y Cecilia.

Las noticias que llegan son preocupantes, el fuego se extiende con rapidez debido a que parte de los materiales que hay en el interior de las naves son altamente combustibles, y eso, unido a la proximidad de la gasolinera, hace que la situación se vuelva cada vez más delicada. La policía ha establecido ya un perímetro de seguridad y está evacuando las viviendas de la zona. Mientras, los bomberos dividen sus esfuerzos en rescatar a las personas que todavía quedan en la zona afectada por el fuego e intentar impedir que este siga avanzando. Según informan, se han producido varias explosiones en la nave en la que se originó el fuego. La reportera que se encuentra más cerca de la escena explica que hacía años que no nos encontrábamos ante un incendio tan peligroso, tanto por su localización como por su magnitud.

Soy incapaz de separar los ojos de la pantalla, las imágenes son desoladoras. Veo la inmensa columna de humo negro ascender imparable hasta el cielo y ese infierno de llamas iluminándolo todo en la noche. Imagino a Yago en mitad del fuego y las piernas dejan de sostenerme; cuantas más

imágenes veo peor me encuentro, pero al mismo tiempo soy incapaz de dejar de mirar. Las manos me tiemblan, siento cómo el color abandona mis mejillas y el aire mis pulmones.

—¿Lena, estás bien? —pregunta Carmen acercándose a mí.

Todos se giran para mirarme, camino un par de pasos y me dejo caer en el sofá.

—Lena, cariño, ¿qué te pasa? —pregunta Camila preocupada, acercándose a mí.

—Necesito un poco de agua —pido casi sin voz.

—Leo, apaga la tele —ordena Camila.

—No, no la quites, por favor. Quiero saber qué pasa —pido antes de darle tiempo a Leo de coger el mando siquiera. César coge una manta pequeña y me la coloca por encima de los hombros.

—¿Seguro que estás bien? ¿Quieres que vayamos a urgencias? —pregunta observándome detenidamente.

—Estaré bien —respondo forzando un amago de sonrisa—. Solo necesito unos minutos —aclaro alargando la mano para coger el vaso de agua que Carmen me tiende.

Cierro los ojos y apoyo la cabeza en el respaldo del sillón mientras escucho la voz de Camila preguntando de fondo:

—¿Hay heridos o muertos? —Se dirige a Leo, ya que él empezó a ver la noticia antes de que nosotras llegásemos.

—Por el momento no se sabe, pero al parecer, más de una veintena de trabajadores de una de las empresas han quedado cercados por el fuego en una zona de difícil acceso. Los bomberos están intentando acceder a ellos lo antes posible porque no saben cuánto tiempo aguantara la estructura.

En mi cabeza aparece la sonrisa de Yago iluminándolo todo; repaso todos y cada uno de los momentos que hemos vivido juntos y rezo para que no sean los últimos, para que el fuego no me lo arrebate, para que no se lleve al único hombre con el que quiero y puedo compartir mi vida. Las palabras de la *tata* se repiten en mi mente una y otra vez; solo espero que en mi caso no sea también demasiado tarde para decirle te quiero.



Capítulo 21

YAGO

Llevamos horas luchando contra el incendio y parece que al fin estamos controlándolo. La mayoría de las personas atrapadas han sido rescatadas ya, y por suerte, creo que lo que podría haber acabado en una tragedia, se quedará en un gran susto.

Acabo de sacar a una mujer y me dirijo de nuevo dentro, cuando veo salir a Cecilia con una chica embarazada semiinconsciente. Verla me hace pensar automáticamente en Lena y en Esperanza. Me acerco a ellas y le hago un gesto a Cecilia para indicarle que la ayudo a transportarla.

—Yo la llevo a la ambulancia —anuncio.

—Perfecto, jefe, yo voy a ayudar a sofocar la parte norte; dentro solo quedan dos víctimas más y ya están sacándolas —me informa.

—Perfecto.

Camino con rapidez hacia la zona destinada a ambulancias y deposito a la chica en una de las camillas. Apenas me he girado, cuando me sorprende el estruendo de parte de la estructura al derrumbarse. Corro hacia la nave, Cecilia sale a mi encuentro.

—¿Cuánta gente queda dentro? —grito a uno de mis hombres al verlo salir llevando en brazos a una mujer inconsciente.

—Carlos está atrapado por una viga que le ha caído encima de la pierna; está consciente pero no puede moverse. También hay dos mujeres más, una de ellas muerta.

—Cecilia, conmigo, rápido —ordeno.

Los dos nos ajustamos la máscara antihumos y, corriendo, entramos en la nave. El polvo, unido a la ceniza, nos envuelve haciendo que la visibilidad sea prácticamente nula. El fuego en esta zona es todavía intenso pero, aun así, no tardamos demasiado en localizar a Carlos y a una de las mujeres. La otra está a unos nueve metros de ellos; hago señas a Cecilia para que se acerque conmigo a comprobar su estado. Cuando llegamos al cuerpo comprobamos que sus piernas y brazos están completamente quemados y un trozo de metal ha caído sobre su cabeza aplastándole el cráneo. La mujer yace con los ojos y la

boca abiertos y, sin duda, está muerta—. Saca a la mujer, yo me encargo de Carlos —ordeno a Cecilia sin perder un momento.

—¡Mi hermana, por favor, salvad a mi hermana! —grita la mujer, desconsolada, tosiendo sin parar e intentando soltarse de Cecilia, que la agarra con fuerza para intentar dirigirla hacia la salida.

Cecilia y yo nos miramos un segundo antes de que las pierda de vista entre el humo.

Me dirijo hacia donde está Carlos y con esfuerzo consigo apartar la viga y ayudarlo a incorporarse, justo antes de que un trozo de techo ardiendo se desplome sobre el lugar en el que hace tan solo unos segundos él se encontraba tendido. Cuando conseguimos alcanzar la salida, busco con la mirada a Cecilia. Ella continúa agarrando a la mujer, que lucha por quitarse la máscara de oxígeno que los técnicos sanitarios intentan colocarle sin éxito. En cuanto me ve, la mujer se zafa de ellos y viene corriendo y tosiendo hacia mí; le cuesta respirar, pero no se detiene.

—¡Mi hermana está ahí dentro! ¡La han dejado ahí! —grita acercándose a mí.

Veo las lágrimas emborronando su cara cubierta de ceniza mientras todo su cuerpo tiembla, y siento lástima por ella. Me imagino en su situación y comprendo perfectamente que se niegue a aceptar que su hermana ya no esté. Probablemente yo también lo haría.

—¡Tú! ¡Tú! —me grita completamente fuera de control— ¡Has salvado a tu compañero y has dejado dentro a mi hermana! ¡La has dejado abandonada! —continúa gritando mientras los sanitarios que se han acercado a nosotros intentan calmarla.

—Señora, lo siento mucho, pero su hermana ha fallecido —intento explicarle con voz suave.

—¡No!, ¡mientes! ¡Mi hermana está viva! ¡Viva, ¿me oyes?! —me acusa agarrándome del traje—. No la dejes ahí dentro, no podéis dejarla ahí dentro, solo está inconsciente. ¡No la dejéis morir! —suplica desesperada, todavía dando gritos.

—Intente tranquilizarse, señora —le pido antes de dirigirme a mis compañeros—. Voy a sacarla —les informo.

—¿¡Estás loco!?! ¡El edificio está a punto de derrumbarse y esa mujer estaba muerta, los dos lo comprobamos! ¡No hay la más mínima posibilidad de que esté viva!, ¡no puedes arriesgarte así por alguien que ya no podemos salvar! ¡Cuando el incendio esté controlado la sacaremos! ¡No podemos hacer

nada más por ella, está muerta! —intenta razonar conmigo Cecilia.

—Esa mujer no se va a creer que su hermana está muerta mientras no la vea con sus propios ojos, y lo entiendo; si yo fuese ella y mi hermana estuviese ahí dentro, tampoco me conformaría —intento hacérselo comprender pero no hay forma, y no puedo perder más tiempo porque, efectivamente, el edificio está a punto de derrumbarse.

—Que nadie, a parte de mí, entre en el edificio —ordeno a mi equipo, que me mira con una mezcla de preocupación y resignación—. Es una orden directa —especifico antes de ajustarme nuevamente la máscara y correr hacia el interior del edificio.

En cuanto pongo un pie dentro, siento que estoy en el mismísimo infierno; la estructura cruje y las llamas cada vez dejan menos espacio sin devorar. Llego hasta el cuerpo de la mujer y lo muevo alejándolo del fuego para poder cogerla en brazos. En cuanto lo consigo, me dirijo a toda velocidad hacia la salida. No debo de haber recorrido más de cinco metros cuando escucho un estruendo atronador, y una parte del tejado se derrumba golpeando una columna en llamas que, comida por el fuego, cae con facilidad y me golpea la espalda derribándome. Intento levantarme nuevamente, pero la misma columna que me ha golpeado me tiene aprisionado y no consigo moverla. La pilastra está atrapada por un panel lateral que necesito apartar para poder desplazarla y desde mi posición no llego. Un nuevo estallido lo inunda todo; miro al techo y veo cómo parte del tejado lateral se desploma también, a pocos pasos de donde me encuentro. No creo que el resto de la nave tarde demasiado en ceder también. Intento cambiar de posición para desplazar el panel, pero me resulta imposible.

Preocupado, miro hacia arriba al sentir un nuevo ruido todavía más fuerte que los anteriores, y contengo la respiración al ver cómo el techo se tambalea peligrosamente justo encima de mí. ¡Necesito salir de aquí ya! Hago presión con las piernas contra la columna intentando desplazarla, pero no se mueve ni un milímetro. Miro nuevamente hacia arriba; no creo que al techo le queden más de unos segundos, no voy a conseguir salir de aquí. Pienso en Lena, en Esperanza y en Camila, y los ojos se me inundan de lágrimas.

—¿Me echabas de menos, jefe? —pregunta Cecilia, que llega corriendo a donde me encuentro.

—Te dije que no entrases —grito.

—Lo hiciste, ya me sancionarás cuando salgamos de aquí —responde ella. Es increíble, ni siquiera en estas situaciones pierde ese humor tan

peculiar que tiene.

—La viga está atrapada con ese panel, hay que moverlo para poder salir —indico mirando al techo, que cada vez está más inclinado.

Cecilia corre hacia el panel e intenta moverlo pero no es capaz. Lo intenta varias veces sin éxito. Un nuevo crujido hace que ambos alcemos la vista hacia arriba. Una de las vigas de metal que sujeta las planchas está literalmente colgando de un hilo; en cuanto caiga, todo lo hará.

—Cecilia, se va a desplomar, tienes que salir de aquí ya —le ordeno.

—No me voy a ir sin ti —replica ella.

—Cecilia, es una orden.

—Lo sé, jefe, lo sé, te encanta mandar.

Miro de nuevo al techo mientras ella, haciendo un esfuerzo sobrehumano, tira de la plancha hacia arriba y consigue al fin levantarla; entonces se dobla un instante para recuperar la respiración y un trozo de tejado cae a pocos centímetros de su cabeza. Empujo la viga con las piernas para ayudar a Cecilia a levantarla lo justo para poder arrastrarme y salir de debajo.

Una vez estoy libre, ella la suelta y me ayuda a ponerme en pie; un dolor intenso me recorre la columna vertebral.

—Apóyate en mí —indica Cecilia y así lo hago.

Descargando parte de mi peso en ella, ambos corremos y nos dirigimos hacia la entrada. Estamos alcanzándola cuando un ruido atronador suena a nuestra espalda. Sin pensarlo, nos lanzamos en plancha al exterior cubriéndonos la cabeza. Nuestros compañeros corren a socorrernos; nos levantan y nos ayudan a alejarnos del amasijo de hierros y paneles que se está derrumbando detrás de nosotros.

Me quito la máscara y miro a Cecilia, quien me imita y sonrío con los ojos llenos de lágrimas. La abrazo agradecido y emocionado.

—Hoy ha estado cerca, muy cerca —admito con un hilo de voz.

Ella solo asiente y me devuelve el abrazo.

—¡Mi hermana! ¡Tú la has dejado morir! ¡La has matado! —grita la mujer, completamente desencajada, mientras se lanza al suelo y llora sin consuelo.

—Vamos, tiene que verte un médico, el fuego aquí está prácticamente controlado. —Cecilia me toma del brazo y me conduce hacia una de las ambulancias.

La sigo, pero mis ojos continúan clavados en la mujer que, tirada en el suelo, no deja de llorar. Sé que, por mucho tiempo que pase, jamás olvidaré su

mirada perdida y desesperada.



LENA

Han pasado más de tres horas y en todo este tiempo ninguno se ha despegado ni un segundo de delante de la televisión. Seguimos con los nervios a flor de piel y en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos y pendientes en todo momento de las noticias, que no han dejado de dar información sobre el incendio. Finalmente, después de lo que nos ha parecido una eternidad, el incendio está controlado y prácticamente extinguido. Según los informativos, cinco personas han resultado heridas de gravedad, hay once heridos leves y una fallecida: una mujer de treinta y dos años que, al parecer, trabajaba en una de las naves que se ha derrumbado.

Necesito respirar un poco, necesito que me dé el aire frío para despejarme, por lo que, colocándome bien la manta sobre los hombros, me levanto y salgo a la entrada. Cierro la puerta con cuidado y me apoyo en el marco. Miro al cielo buscando alguna estrella, pero hoy cualquier rastro de luz parece haberse evaporado del cielo.

—¿Qué piensas? —Escucho a César, que acaba de abrir la puerta y se coloca a mi lado.

—Que a partir de ahora voy a pensar menos y a vivir más.

—Entiendo —dice escuetamente sentándose en el escalón de la entrada. Le imito y tomo asiento a su lado.

Nos miramos a los ojos y sé que no es necesario decir nada más. Por muy mal que suene, me siento aliviada, aunque también triste, apenada y muy culpable; pero sobre todo aliviada.

—Lo siento. Quería que lo nuestro funcionase, nunca quise hacerte daño —me disculpo con sinceridad.

—Lo sé, yo también lo quería, pero siempre supe que no saldría bien. A pesar de eso, tenía que intentarlo —contesta él regalándome una sonrisa cargada de tristeza.

—¿Por qué estabas tan seguro de que no iba a funcionar?

—Fácil, nunca me has mirado como le miras a él —responde clavando

sus ojos en los míos—. Puede que tú no quisieses verlo, Lena, pero para el resto del mundo era tan evidente... He sido un estúpido —se recrimina pasándose las manos por la cabeza.

—No quiero perderte, César. Me equivoqué forzando las cosas, pero te juro que quería darte lo que deseabas; quería enamorarme de ti, solo que...

—Solo que ya estabas enamorada de él y yo me negué a verlo. Pero esta noche, cuando tus ojos se han encontrado con los suyos... han vuelto a brillar. Ahí por fin me he dado cuenta de que por mucho que tu cuerpo esté conmigo, tu corazón siempre estará con él. No puedo luchar contra lo que sientes, Lena, y tú tampoco puedes —termina la frase sin ocultar todo el dolor que siente.

—No quiero perderte, eres mi mejor amigo y te quiero. —Tomo su mano entre las mías; él aprieta la mandíbula y traga saliva.

—Yo también te quiero, solo que tengo que aprender a hacerlo de otra manera, y para eso necesito tiempo. —Se queda callado y me mira a los ojos—. No vas a perderme, siempre voy a estar ahí para ti, pero ahora mismo necesito poner algo de distancia. Necesito estar bien conmigo mismo para poder estar bien contigo, ¿entiendes?

Lo entiendo, claro que lo entiendo, pero eso no lo hace ni más fácil ni menos duro. Asiento con los ojos llenos de lágrimas.

—Dime que esto no es un adiós —pido con voz entrecortada.

—No es un adiós. Nunca habrá un adiós entre nosotros, pero ahora tú necesitas seguir tu camino, y yo tengo que buscar el mío y aceptar que tú no estarás en él —contesta abrazándome.

Siento un nudo en la garganta y me apoyo en su hombro, incapaz de responder.

—¡Lena! —grita Camila.

Cuando sale al exterior y nos encuentra, se queda parada durante unos segundos. La miro con ojos llorosos; ella clava los suyos en César y parece comprender lo que está pasando, pues su gesto se vuelve más serio todavía.

—Ve arrancando el coche —indica a Leo, que sale a toda prisa tras ella.

También él parece darse cuenta de lo que sucede y, al pasar por nuestro lado, coloca unos segundos su mano sobre el hombro de César en señal de apoyo, antes de continuar caminando hacia el coche.

—¿Qué pasa? —pregunto alarmada.

—Primero que nada, no te asustes —pide Camila clavando sus ojos en los míos. La preocupación que veo en ellos me hace temblar.

—¿Que no me asuste por qué? —En mi cabeza aparece al instante la

imagen del fuego y de Yago. Me pongo en pie de golpe y la miro asustada—. ¡Si me dices que no me asuste, lo primero que hago es asustarme! —exclamo alzando la voz.

—Acaba de llamarme Yago. Al parecer, una viga se derrumbó y le golpeó en la espalda dejándolo atrapado en el incendio de una de las naves — comienza a explicarme Camila, intentando parecer calmada, pero sus gestos la delatan—. Pero tranquila, está bien; Cecilia consiguió sacarlo a tiempo, justo antes de que la estructura se derrumbase. Es un milagro que los dos estén vivos.

Me siento lívida, me apoyo en el marco de la puerta para evitar caer al suelo y la miro aterrorizada.

—¿Seguro que está bien? ¿Cómo puedes estar tan segura? —La miro, incrédula.

—Porque él mismo me lo ha dicho y le creo. Me ha explicado que está algo magullado, pero ya lo han revisado y no tiene nada grave. Voy a ir a verle ahora. Cecilia lo ha llevado a su casa porque le recomendaron que no condujese por si debido al golpe sufría algún mareo —aclara ella.

—Voy contigo —digo dejando que la manta caiga al suelo y comenzando a andar hacia el coche, seguida por Camila.

A medio camino, me doy cuenta de que César continúa ahí de pie, quieto, viendo cómo nos alejamos. Me paro y le miro fijamente.

—Vete tranquila, yo estaré bien. Puede que no ahora mismo, pero lo estaré —asegura dedicándome una sonrisa que ilumina la noche más que cualquier estrella.

Camino hacia él y deposito un suave beso en su mejilla.

—Gracias, gracias por todo, siempre tendrás un lugar en mi corazón — me despido con un hilo de voz y le miro por última vez antes de correr hacia el coche en el que Camila y Leo ya me están esperando.



Capítulo 22

LENA

No tardamos ni cinco minutos en llegar a casa de Yago, pero el camino se me hace eterno; mil dudas asaltan mi mente poniéndome todavía más nerviosa de lo que ya estoy. ¿Estará bien o solo lo habrá dicho para tranquilizar a Camila? ¿Y si no quiere verme? ¿Y si ahora que por fin yo me he decidido, él se ha cansado y ya no quiere saber nada de mí? O peor todavía, ¿y si está rehaciendo su vida con Cecilia? Desde luego, en la cena parecían de lo más compenetrados. Mi cabeza no para de darle vueltas a todo una y otra vez como si fuese una peonza. Tan sumida estoy en mis pensamientos, que ni siquiera me doy cuenta de que el coche se ha detenido y Camila, sentada a mi lado, está llamándome.

—Lena, ¿estás bien? ¿Seguro que estás bien? —insiste Camila mirándome preocupada.

—Muerta de miedo —contesto con sinceridad.

Leo se gira y me mira con empatía.

—¿Prefieres esperarnos en el coche? —me ofrece ella sin tenerlas todas consigo.

—No. De hecho, si no os importa, prefiero subir yo sola.

Camila y Leo se miran entre ellos pero no dicen nada.

—He comprendido que por mucho que lo intente, no puedo olvidarme de Yago. Quiero estar con él, quiero tener una oportunidad para que seamos felices los tres —admito mirándolos a los ojos.

—¿En serio? ¿Y lo único que necesitabas para admitirlo era verlo devorado por las llamas? ¡Haberlo dicho antes, mujer! —bromea Camila guiñándome un ojo para intentar que me relaje.

—En serio, Cami, estoy muerta de miedo, ¿y si ahora es él quien no quiere saber nada de mí?

—No lo sabrás si no lo intentas —contesta Leo.

—Ya, claro, qué fácil es decirlo —refunfuño cada vez más nerviosa.

—Lo mejor que puedes hacer es subir y hacerlo de una vez. De hecho, toma —dice Camila ofreciéndome las llaves que saca del bolsillo trasero de

su bolso. Me quedo mirándolas como si me fuesen a morder.

—¡Son las llaves de su casa, mujer! ¡Para que no tengas que llamar al telefonillo y no te cargues el factor sorpresa! —explica ella armándose de paciencia, como si fuese lo más evidente del mundo.

Cojo las llaves y me bajo del coche sintiendo los ojos de ambos clavados en mi espalda.

Entro en el portal y subo por las escaleras hasta el primer piso, sintiéndome como si fuese a pasar el examen más importante de mi vida y no hubiese tocado los libros. Me tiemblan tanto las manos, que apenas atino con la cerradura. Estoy a punto de introducir la llave cuando la puerta se abre y el factor sorpresa me lo llevo yo en toda la cara, ya que delante de mis narices aparece Cecilia, vestida con un pantalón de chándal y una camiseta de manga larga de Yago, y mirándome de arriba abajo con cara de pocos amigos. Se apoya en la puerta frunciendo el ceño y cruzando los brazos sobre su pecho, sin decir una sola palabra y dejándome sin saber qué hacer ni decir.

—¿Está Yago? —pregunto al fin carraspeando para aclararme la voz.

—Está en la ducha —responde escuetamente, sin moverse un ápice de la puerta.

—¿Me dejas pasar? —pregunto comenzando a sentirme molesta por su actitud hacia mí.

—Pues la verdad es que no sé por qué debería hacerlo —contesta enfadada—. ¿Para qué?

—Quiero ver cómo está y hablar con él.

—Físicamente está bien, anímicamente hecho una mierda gracias a ti. Si necesitas algo más, dímelo; si no, ya puedes ir marchándote por dónde has venido. Ha sido una noche muy larga y complicada, hemos perdido a una persona en el incendio y, sinceramente, no tengo ningunas ganas de dejarte entrar para que continúes atacando a Yago con tus reproches, desprecios y comentarios hirientes. —La escucho y alucino con lo que estoy oyendo. ¡Esta tía alucina!

—¿Pero tú quién te crees que eres para decirme a mí si puedo ver a Yago o no puedo verlo? —siseo molesta.

—Su amiga, una amiga que valora la gran persona que es, que le quiere, le respeta, y que está hasta las mismísimas narices de verle sufrir por tu culpa —responde sin cortarse un pelo—. Mira, Lena, Yago se equivocó, ¿y qué!? ¡Todos lo hacemos! ¡Supéralo de una santa vez!

—¡No tienes derecho a hablarme así! ¡No tienes ni idea de lo que dices!

—intento defenderme a pesar de que sé que tiene razón.

—¡Oh, sí! ¡Claro que lo tengo! Tengo todo el derecho del mundo porque a diferencia de ti, a mí sí me preocupa lo que le pase, porque yo sí soy capaz de mirar más allá de mi ombligo y de darme cuenta de lo que sucede a mi alrededor. Y quizás también porque soy la única que se atreve a decirte a la cara que no eres más que una mujer insegura, que no has sabido valorar lo que tenías y que te has desquitado con Yago, haciéndole pagar tus frustraciones y traumas infantiles cuando lo único que él ha hecho desde hace meses ha sido estar a tu lado. ¡Si necesitas ayuda, búscate un psicólogo, pero no pagues tus historias con él! Yago te quiere de verdad y, sinceramente, no entiendo por qué, ¡porque no lo mereces! —Prácticamente me escupe las palabras a la cara; el resentimiento que veo en sus ojos es como una bofetada, una que quizás debería haber recibido hace mucho tiempo. Me quedo callada unos segundos sosteniendo su mirada.

—Tienes razón —admito finalmente, suspirando—. En todo.

Mi respuesta parece desconcertarla y baja un poco la guardia.

—Yago me hizo daño, pero sé que fue sin querer. No voy a justificarlo porque lo que me dijo fue horrible, pero es cierto que desde el primer momento se ha esforzado en demostrarme lo importante que nuestra hija y yo somos para él, a pesar de que yo no se lo he puesto nada fácil. —Hago una breve pausa antes de continuar—. Después me enamoré de él como una imbécil. Nunca en mi vida había sentido nada tan fuerte por nadie, y de repente, sin buscarlo ni esperarlo, Yago pasó a ocupar mi cabeza y mi corazón. Sin pedir permiso se adueñó de mi cuerpo, de mis pensamientos, de mi voluntad y hasta de mis sueños. Me encontré a mí misma amándolo con cada parte de mi ser, extrañándolo, necesítándolo, y eso me asustó, me asustó muchísimo, y me entró el pánico, un pánico irracional que no supe controlar porque desde que mis padres me dejaron, nunca había tenido esa sensación de dependencia y necesidad hacia nadie. Mis emociones me superaron y no supe manejarlas ni lidiar con ellas; el miedo me ganó la partida y decidí huir, huir de él, de lo que me hace sentir, e incluso de mí misma —explico emocionada abriéndole mi alma y mi corazón, y a medida que hablo, su gesto se va suavizando, hasta que el rencor se convierte en emoción—. Decidí que la única forma de protegerme era olvidándome de él, frenando mis sentimientos antes de que estos fuesen más allá, y me equivoqué, porque para evitar que él me rompiera el corazón, yo misma me lo rompí en mil pedazos. Le perdí, y al hacerlo me perdí a mí misma por el camino. —Ahora que he empezado a

hablar, siento la necesidad de sacarlo todo, no puedo parar—. Me mentí, intenté engañarme, pero siempre fue inútil; cuanto más intentaba olvidarlo, más presente lo tenía. Me dije una y mil veces que el tiempo acabaría aliándose conmigo, que borraría sus recuerdos y difuminaría los sentimientos; pero hoy, cuando he visto las imágenes del incendio y lo he imaginado allí dentro, cuando he pensado que podía perderle para siempre, me he dado cuenta de que mi miedo más grande, el único que de verdad no podría superar nunca, es el que me produce imaginar mi vida sin él. No tener la oportunidad de decirle te quiero —confieso con voz llorosa.

Cecilia me mira con lágrimas en los ojos.

—¿Es eso cierto? —La voz de Yago, emocionada y ronca, me hace contener la respiración.

Con los ojos nublados por las lágrimas, le veo caminando por el salón hacia mí. Lleva una toalla envuelta a la cintura. Su pecho, descubierto todavía, se ve salpicado de gotas de agua que resbalan sobre su piel; y sus ojos, más intensos que nunca, me devoran buceando en mi alma.

—Me parece que ya no me necesitáis —se despide Cecilia sonriéndonos a ambos.

—Cecilia —la llamo sin apartar mis ojos del hombre que se acerca hacia mí—. Gracias por sacarlo de ahí, gracias por devolvérmelo.

—Un placer —responde ella antes de cerrar la puerta dejándonos solos.

Su cuerpo está a tan solo unos centímetros del mío y ansío tocarlo, besarlo y lanzarme a sus brazos, pero no me atrevo siquiera a respirar.

—Todavía no me has contestado, ¿es cierto lo que acabas de decir?

—Cada palabra —respondo consiguiendo a duras penas que me salga la voz.

Yago me mira sin esconder ninguna de las emociones que lo embargan. Con suma delicadeza, como si tuviese miedo de que fuese un sueño que puede desvanecerse en cualquier instante, acaricia mi cara. El simple roce de sus dedos me hace estremecer y miles de sensaciones que creía perdidas renacen con más fuerza que nunca en mi interior.

—Te quiero —pronuncio mientras sus dedos acarician mis labios—. Te quiero —repito sintiéndome más libre de lo que nunca me he sentido.

—Yo también te quiero y siempre lo haré.

—Me ha costado, pero por fin he comprendido que el amor verdadero es lo que te hace libre, lo que te da alas para volar, y yo quiero volar siempre a tu lado —declaro, y con esas palabras le entrego mi corazón.

Sus labios atrapan los míos con desesperación, mis manos acarician su nuca, tiemblo entre sus brazos y aspiro su aroma, ese aroma que tanto he echado de menos y que me hace sentir en casa. Sus manos recorren mi cuerpo y, bajo sus caricias, siento que las piezas de mi corazón roto se recomponen y este vuelve a sentir y a latir.

El deseo incontrolado, la pasión reprimida y los sentimientos escondidos bullen en nosotros con la intensidad y la fuerza de un volcán que después de largo tiempo dormido entra en erupción barriéndolo todo a su paso, y nos envuelven haciendo que olvidemos todo lo que no sean nuestros cuerpos buscándose, consolándose, deseándose y amándose como nunca debieron dejar de hacerlo.

Yago me empuja contra la pared mientras mis manos se enroscan en la toalla que lo cubre y la dejan caer al suelo; él acaricia mi pierna hasta enredarse en el bajo del vestido y lo levanta a la vez que sus labios besan mi cuello con necesidad. Sus dientes se clavan en mi hombro, sin ningún esfuerzo me alza y yo, sin perder un segundo, enrosco las piernas en su cintura apretándome más contra él. Necesito sentirlo tanto como necesito respirar; su corazón late con fuerza contra mi pecho; y nuestras bocas se unen en un baile sin fin, en una batalla en la que no existen los perdedores. Su miembro choca contra mi cuerpo buscándome y tentándome; me froto contra él anhelando sentirlo dentro de mí. Sin hacerse de rogar, Yago lo coloca en mi entrada y comienza a empujar despacio hacia mi interior, mientras sus ojos se encuentran con los míos. Siento cómo el mundo deja de existir cuando se va introduciendo dentro de mí, en una lenta agonía, hasta que nuestros cuerpos se acoplan por completo. Espera unos segundos para que me amolde a él; el sudor perla su frente. Sus manos me aprietan todavía más contra él. Entonces sale del todo y vuelve a empujar con fuerza, una y otra vez, hundiéndose en mi interior cada vez con más fuerza y más rápido. Cada vez que nuestros cuerpos se encuentran, cada vez que mi cadera choca contra él, todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo reciben una sacudida eléctrica. El placer es indescriptible. Le escucho jadear, su lengua rodea mi oreja, sus dientes atrapan mi labio inferior tirando ligeramente de él, y siento que no aguanto más. La tensión aumenta dentro de mí hasta que todo mi ser explota.

—¡Yago! —grito su nombre y clavo las uñas en su espalda al sentir el orgasmo que me arrasa, dejándome devastada y exhausta.

Yago pronuncia mi nombre entre jadeos; su cuerpo se pone rígido y siento cómo llega al límite, cómo se tensa dentro de mí y cómo se deja ir

derramándose en mi interior, entregándose sin reservas, sin miedos, sin cautela, y entregándome todo lo que tiene y todo lo que es. Ambos nos miramos y sonreímos; sus labios me besan con suavidad. Recuperando la respiración, apoyo la cabeza en su hombro y siento que por fin mi mundo vuelve a girar en la dirección correcta.



YAGO

La miro, la miro dormir. Siento su mejilla descansando sobre mi pecho, su brazo rodeando mi cintura, y todavía no me creo la suerte que tengo. Han pasado siete días, siete maravillosos días desde que Lena decidió apostar por mí, por nosotros, y a veces, en momentos como este en que la veo a mi lado, relajada y feliz, sin secretos, sin mentiras, y sin nada que se interponga entre nosotros, todavía tengo que pellizcarme para convencerme de que es real y no un sueño.

Ella se remueve un poco y abre ligeramente los ojos para volver a cerrarlos a continuación.

—Buenos días, dormilona —la saludo dándole un beso en la punta de la nariz.

—¿Dormilona yo? —pregunta con voz perezosa, estirándose.

—Teniendo en cuenta que más que dormir, hibernas, sí, podría decirse que eres bastante dormilona —respondo dedicándole una sonrisa.

—¡No tengas cara! Eso es culpa tuya porque por las noches me dejas agotada —replica haciéndose la ofendida.

Me echo a reír y, con cariño, le aparto un mechón de pelo de la cara, la abrazo y beso sus labios con dulzura.

Ella se pone seria y me mira fijamente durante unos segundos.

—Gracias —dice finalmente.

—¿Por qué? —pregunto sorprendido.

—Por hacerme sentir que el lugar más seguro del mundo es entre tus brazos —responde haciendo que me emocione.

De nuevo atrapo sus labios entre los míos mientras mi mano desciende hasta su pecho y lo acaricia. Lena gime y me aparta ligeramente.

—Te recomiendo que pares; te recuerdo que en menos de una hora vendrán Leo, Camila, Carmen y la *tata* en su coche, ya que es más grande y está adaptado para la silla de ruedas de la *tata*. Tenemos que ir al hospital a recoger a Esperanza, ¡hoy le dan el alta y por fin podemos traérsola a casa! —Sus ojos brillan emocionados, y no es para menos.

Desde que Lena volvió a mi vida, ambos nos pasamos el día entero con Esperanza en el hospital. Nuestra pequeña es, como su mamá la llama, una guerrera, y no ha parado de mejorar en todo este tiempo; pero cada noche, cuando toca despedirse de ella, dejarla en el hospital y volvernos solos a casa, es como si nos estrujasen el corazón. Cada día, el momento de la separación se estaba volviendo más duro y nos costaba más. Por eso, ayer cuando la doctora González nos confirmó que hoy por fin podríamos llevársola, la alegría fue infinita. Hoy por fin se acabarán las despedidas y las lágrimas; hoy por fin los tres volveremos juntos a casa.

Lena salta emocionada de la cama.

—Voy a ducharme, no me sigas o no acabaremos nunca —me advierte arqueando una ceja, y yo me echo a reír por lo bien que me conoce.

—¿De verdad es necesario que vayamos todos a recoger a Esperanza, tipo la tribu de los Brady? —pregunto levantándome de la cama.

—Pues hombre, necesario, necesario no es... —La escucho desde el baño mientras abre el grifo de la ducha—. Si tú te atreves a decirles que no vengan...

Lo pienso un momento, me imagino a la *tata* y a Camila al recibir la noticia, y enseguida cambio de idea.

—Casi mejor que vayamos todos, les tengo demasiado cariño a todas las partes de mi cuerpo.

Lena se carcajea.

—Sabia decisión. Si llegas a decirles algo, son capaces de montarnos un complot, con la *tata* como cabecilla, y pincharnos hasta las ruedas del coche —grita para que la escuche.

El comentario me hace sonreír; me imagino a la *tata* modo guerrilla armada y, la verdad, le pega tanto que mejor no probar.

Minutos más tarde, Lena sale de la ducha y me mira feliz.

—Además, tenemos que estar agradecidos de que nuestra niña tenga tanta gente que la quiera —afirma guiñándome un ojo.

Lo pienso y tengo que admitir que tiene razón; tanto Esperanza como nosotros mismos somos afortunados de tenerlos.



Capítulo 23

YAGO

Tal y como estaba previsto, en menos de una hora todos estamos subidos en el coche de Leo de camino al hospital.

—Id subiendo vosotras, voy a colocar en el coche la sillita para Esperanza y enseguida os alcanzo.

—¿Tú vas a colocar en el coche la sillita? —pregunta Lena, desconfiada, alzando una ceja.

—Sí, no sé por qué te extraña tanto, la verdad —respondo frunciendo el ceño.

—Dice el hombre que para montar la cuna tuvo que ver dos tutoriales de YouTube —replica Camila aguantando la risa.

—¿Era necesario que le contases eso a mi hermana? —le recrimino a Lena.

—Cariño —dice ella besándome en los labios—, es que a parte de ser tu hermana, Camila es mi mejor amiga; ese tipo de cosas entran en el pack. Además, Yago, admitámoslo, tienes muchas virtudes, pero ser un manitas no es una de ellas; por lo menos, no para la construcción —añade ruborizándose ligeramente. Me guiña un ojo y niego con la cabeza.

Lena y yo hemos decidido que para empezar de cero, lo mejor es hacerlo en terreno neutral, por lo que estamos buscando una casita con jardín donde Esperanza tenga sitio para jugar y crecer feliz. Mientras, hemos decidido quedarnos en mi piso y, esta última semana, al volver del hospital estuvimos preparando su habitación. Tengo que reconocer que montar la dichosa cuna me dio más trabajo del que esperaba, pero sigo pensando que el hecho de que me sobrasen tornillos era porque venían de más, no porque yo estuviese montándola al revés.

—Yo me quedo a ayudarle, subid vosotras y en un rato os alcanzamos —se ofrece Leo.

—Me parece una idea genial —acepta Lena besándome la mejilla.

Las cuatro se alejan de camino al hospital mientras Leo y yo desempaquetamos, leemos las instrucciones y montamos la sillita.

—¡Ya estamos listos para Esperanza! ¿Cómo te sientes, papá? — pregunta mi amigo dándome una palmada en la espalda.

—No podría estar mejor —admito feliz.

—Me alegro mucho por vosotros, por un momento pensé que no conseguiríais solucionarlo, a pesar de que Camila estaba convencida de que terminaríais juntos.

—Yo no tenía tanta fe como mi hermana, creía que la había perdido — recuerdo echando la vista días atrás y sintiendo que me falta el aire.

—Lo importante es que eso ya quedó atrás, ahora estáis juntos, felices, y en un ratito estaremos en casa celebrando que ya tenemos con nosotros a Esperanza —dice Leo rodeando mi hombro con su brazo mientras ambos entramos en el hospital.

Cuando llegamos a la habitación veo a Lena guardando las cosas de la niña en una bolsa.

—¿Y Esperanza? —pregunto deseando besar a mi pequeña.

—Hace unos quince minutos ha venido la enfermera y me ha dicho que la doctora González quiere aprovechar que todavía está aquí para ponerle ya el refuerzo de la vacuna de la hepatitis B que le tocaba ponerse la semana que viene. Van a pesarla y medirla por última vez, y después pasará la doctora a darnos el alta —explica Lena sonriendo feliz.

—Por cierto, acaban de poner a la venta una casita casi al lado de la que estamos construyendo nosotros, estoy segura de que os gustaría —comenta Camila.

—¿En serio? —pregunta Lena interesada—. Una casita al lado del mar sería perfecta para nosotros.

—No sé yo, no me gusta demasiado el vecindario —respondo para picar a mi hermana.

—Ja, ja, ja. Muy gracioso —contesta ella sacándome la lengua.

La doctora González entra en la habitación sonriendo abiertamente. La miro con aprecio; nunca le estaré lo suficientemente agradecido por lo bien que se ha portado con nosotros durante todo este tiempo.

—Buenos días, familia —nos saluda—. ¿Listos para irnos a casa?

—Más que listos —contesto sonriendo.

La doctora asiente con la cabeza, mira hacia la cuna, después a nosotros y pregunta:

—¿Dónde está Esperanza?

—La enfermera que se la llevó para ponerle la dosis que le toca de la

vacuna de la hepatitis B y pesarla todavía no la ha traído —responde Lena.

—Ya —asiente la doctora mirando los papeles que tiene en la mano—. Esperad un segundo, ahora mismo vuelvo —indica sonriendo con nerviosismo.

Sale a toda prisa de la habitación. Lena me mira algo confundida, ha percibido lo mismo que yo y se mueve inquieta en el sillón. Un par de minutos más tarde, la doctora vuelve con cara de circunstancias.

—¿Os ha dicho la enfermera que se ha llevado a Esperanza cómo se llamaba? ¿Habéis visto la placa con su nombre? —pregunta visiblemente alterada. Lena la mira sin comprender qué pasa.

—¿Qué pasa, doctora? —pregunto nervioso poniéndome en pie.

—No llevaba placa, iba vestida con el uniforme blanco, pero no llevaba placa —responde a su pregunta Camila, que se ha acercado a ella.

—¿Qué pasa, doctora? —vuelvo a preguntar, cada vez más nervioso.

—Yo no he dado orden de ponerle ninguna vacuna hoy a Esperanza, no tenían que pesarla tampoco porque lo hemos hecho a primera hora de la mañana, y ni está en el nido ni ninguna de las enfermeras de planta dice haberla cogido. ¿Cuánto hace que se la han llevado? —vuelve a preguntar con la cara descompuesta.

—No puede ser, otra vez no —susurro recordando el calvario de la desaparición de Lena.

—Unos veinticinco minutos —responde Lena, con voz temblorosa, levantándose del sillón en el que se había sentado tras acabar de guardar las cosas de la niña.

La doctora sale corriendo de la habitación. Lena se gira hacia mí con los ojos llenos de lágrimas y temblando descontroladamente.

—Se han llevado a nuestra niña, Yago, se la han llevado —afirma llevándose una mano a la boca.

—Tranquila, seguro que es un malentendido, Esperanza tiene que aparecer —la consuela Camila, pero su cara no dice lo mismo que sus palabras.

Lena se sienta nuevamente en el sillón y comienza a llorar, me siento a su lado y la atraigo contra mi cuerpo.

—Lena, Lena, mírame —pido.

Ella lo hace e intenta secarse las lágrimas.

—La vamos a encontrar, no le va a pasar nada, no te olvides de que estamos hablando de nuestra guerrera —afirmo intentando transmitirle una seguridad que para nada siento.

De repente, su rostro cambia y se vuelve todavía más pálido, tanto, que temo que pierda la consciencia. Abre los ojos desmesuradamente y veo miedo, mucho miedo en ellos.

—Ayer trasladaban a Diego del hospital de Pontevedra a la cárcel, esto tiene que ser cosa suya. Seguro que se ha escapado y esto es cosa suya. —Su voz, sus manos, todo su cuerpo tiembla tanto que temo que le dé algo.

—Camila, tráele un vaso de agua y llama a la enfermera para que le den algo a Lena —le pido a mi hermana, que corre al baño y vuelve con un vaso de agua y lo acerca a los labios de Lena mientras yo marco el número del inspector.

—No quiero ningún tranquilizante —se niega ella—. Solo quiero encontrar a mi hija —solloza.

—Lena, tienes que mantener la cabeza fría, acuérdate de que eso fue precisamente lo que te salvó la vida cuando te secuestraron, y puede ser lo que hoy se la salve a Esperanza —dice mi hermana abrazándola, con lágrimas en los ojos.

—¿Pero tú sabes lo que me estás pidiendo? —pregunta Lena entre hipos.

—Sé que es mucho pedir, pero también sé que si alguien puede hacerlo, esa eres tú —contesta Camila con infinito cariño.

La *tata* y Carmen parecen estar en estado de shock; miran horrorizadas a Lena que, haciendo un esfuerzo sobrehumano, lucha por mantener la cordura.

Me alejo un par de pasos para hablar con el inspector y explicarle lo que ha pasado. Unos minutos más tarde, la doctora González entra con el jefe de seguridad del hospital, termino de hablar por teléfono y me uno a ellos.

—No sabemos quién se ha llevado a Esperanza ni por qué lo ha hecho, pero la vamos a encontrar —afirma convencida de sus palabras.

—Acabo de hablar con el inspector Ramírez, que es quien lleva el caso de Diego. Ayer lo trasladaron a la cárcel de A Lama sin incidencias y allí sigue, así que no ha podido ser cosa suya —explico—. El inspector viene de camino.

—Hemos mandado cerrar las puertas del hospital y también hemos avisado a la policía —nos informa la doctora y, arrodillándose delante de Lena y tomándola de las manos, se dirige a ella—: Lena, necesitamos que describáis a la mujer que se llevó a Esperanza.

—Era una mujer joven, de unos treinta y pocos —comienza a describir ella con una precisión que me deja impresionado, teniendo en cuenta el estado en el que se encuentra—. Pelo negro cortado a la altura de la barbilla, ojos

azul claro, muy claros, piel blanca, alta y delgada.

El jefe de seguridad toma nota de todo.

—¿Algún dato más que recuerden? —pregunta mirándonos a todos.

—Una cicatriz, tenía una cicatriz en la mejilla izquierda, como una quemadura —añade Camila.

De repente, me asalta la imagen de unos ojos que no he podido olvidar, de una expresión desesperada. Con los ojos muy abiertos, miro a Lena y me dejo caer en el sofá.



LENA

Yago me mira completamente desencajado. Sus ojos se clavan en los míos, pero estoy segura de que no me ve; su pensamiento está ahora mismo muy lejos de aquí.

El inspector acaba de llegar y se une a nosotros sin decir una sola palabra.

—Creo que sé quién ha podido ser —asegura Yago con voz angustiada.

Le miro sin comprender a qué se refiere y lo agarro por los hombros; sus ojos se clavan en los míos y por fin parece reaccionar.

—La descripción coincide con la de una mujer que salvamos en el incendio de la semana pasada en los astilleros, su hermana falleció allí —explica sin ocultar su miedo—. Ellas y Carlos eran los únicos que quedaban dentro del edificio. Carlos estaba atrapado y su hermana ya estaba muerta cuando llegamos, por lo que tuvimos que sacarlo primero a él. Le explicamos a la mujer que su hermana ya había fallecido antes de que la encontrásemos; tenía el cuerpo quemado y una viga le había aplastado la cabeza. Estaba... Su cara... —Se detiene un instante y su rostro se contrae—. No es algo fácil de recordar. Una vez fuera le explicamos que no se podía hacer nada por ella, pero la mujer se negaba a aceptar que su hermana había muerto. Entré de nuevo para intentar sacar el cadáver y conseguí llegar hasta él, pero antes de alcanzar la salida, una viga se derrumbó y me dejó atrapado. Hubiese muerto si Cecilia no me hubiese salvado; nosotros conseguimos salir justo a tiempo, pero el edificio explotó y no pudimos rescatar el cuerpo. La mujer me culpó

por haber sacado a mi compañero en lugar de a su hermana, decía que yo la había dejado morir —explica y siento cómo el dolor le impide respirar.

—Mandaré que comprueben sus datos inmediatamente. Hay un listado de todas las personas afectadas por el incendio, hablaremos con la empresa para que nos faciliten toda la información sobre esa mujer —nos informa el inspector.

Yago, que tan absorto como estaba ni siquiera se había percatado de su presencia, le mira agradecido.

—Inspector, muchas gracias por venir tan rápido —le premia.

—Es mi trabajo, encontraremos a su hija —afirma mirándonos a ambos.

La médica, el jefe de seguridad y el inspector salen y nos quedamos solos.

—¡No me lo puedo creer! ¡De verdad que no me lo puedo creer! —afirma Yago paseando por la habitación de un lugar a otro.

—Era imposible que imaginases algo así, nadie podría haberlo hecho, Yago —intento consolarlo abrazándolo.

—¡Tú no lo entiendes, vi la cara de esa mujer antes de subir a la ambulancia, estaba desesperada! —explica, roto por la preocupación.

—Perdonad que os interrumpa —nos llama el inspector desde la puerta—. Necesitamos que veáis unas imágenes.

Lena y yo lo seguimos hasta la oficina de seguridad del hospital y allí nos ponen las cintas de seguridad de la cámara de la entrada.

—Es esa, ¡esa es la mujer que se llevó a Esperanza! —grito al ver su imagen en pantalla.

—No hay duda, es ella; es la mujer que rescaté del incendio —afirma Yago confirmando mis peores sospechas.

—Pues no son buenas noticias. Por desgracia, esa mujer no solo está siendo tratada desde hace años por problemas psiquiátricos y una fuerte depresión, sino que además, está siendo investigada como sospechosa del incendio de los astilleros.

—¿Está intentando decir que la psicópata que se ha llevado a mi hija, es además la que provocó el incendio en el que murió su hermana? —pregunta Yago apoyándose en la mesa para conseguir mantenerse en pie.

—Me temo que sí. La empresa quería despedirla porque había estado ocasionando problemas los últimos meses y, presuntamente, en un arranque de ira provocó el incendio —explica el inspector—. Sospechamos que había abandonado la medicación y eso le produjo una crisis.

—Madre mía. —Es lo único que consigo decir mientras siento cómo las piernas dejan de sostenerme—. No puede ser, mi hija no puede estar en manos de una loca —pienso en voz alta.

Yago me abraza; su mano acaricia mi espalda intentando reconfortarme.

—La encontraremos, te lo prometo —susurra en mi oído.

—Por lo menos sabemos quién la tiene, es un principio —afirma el inspector intentando infundirnos ánimos.

—Pero es tan pequeña y frágil; no puede defenderse y está en manos de esa desquiciada —sollozo apoyando la cabeza en el pecho de Yago—. Es nuestra niña, ¡nuestra niña!, ¿no ha pasado suficiente ya? ¿Por qué tiene que pasarnos esto a nosotros? —Lloro aferrándome a él.

—No lo sé, cariño, no lo sé. Pero lo solucionaremos —intenta consolarme él, con voz temblorosa, pero por su respiración agitada, la forma en que aprieta la mandíbula, y el dolor que veo reflejado en su rostro cuando me mira, dudo que se crea sus propias palabras.

El móvil de Yago comienza a sonar y mira el número extrañado.

—No tengo este número registrado, es una vídeollamada.

El inspector se acerca a nosotros, y a toda prisa toma nota del número.

—Cógelo, es posible que sea ella. Si es así, intenta mantenerla todo el tiempo que sea posible en línea; voy a hablar con comisaria e intentaremos rastrear la llamada. Si lo conseguimos, la tendremos —indica.

Yago inspira y descuelga el teléfono. La imagen de la falsa enfermera aparece en pantalla. Desde el teléfono, la mujer nos sonríe con maldad; sus ojos perdidos y vacíos de toda emoción se clavan en los nuestros haciéndome estremecer. En sus temblorosas manos sostiene una pistola.

—Me quitaste a la única persona que estaba a mi lado, la única que me quería y me aceptaba. No llegaste a tiempo para salvar a mi hermana y ahora no llegarás a tiempo para salvar a tu hija. Ella sentirá lo que sintió mi hermana al morir y tú sentirás lo que sentí yo al perderla. Cuando la encuentres, será demasiado tarde. —Su risa, completamente desquiciada, me pone la piel de gallina.

—¡Espera! —pide Yago intentando mantener la calma—. Mi hija es inocente, no tiene la culpa de nada.

—Mi hermana tampoco la tenía —alega ella con una mueca de dolor—. Tú eres bombero, así que estoy segura de que sabes que morir quemado es una de las formas más dolorosas de hacerlo. —Su voz es puro veneno. Desvía el móvil, la imagen tiembla unos segundos, y a continuación enfoca un bidón de

gasolina, lo abre y lo derrama por el suelo.

—¿Cómo supiste que Esperanza es mi hija? —pregunta Yago para intentar ganar tiempo.

—Fue tan fácil... Solo te diré que el sistema de protección de datos del parque es bastante deplorable. —Sonríe—. De todas formas, te recomiendo que dejes de hablar de ella en presente porque dentro de nada será pasado.

—¡Como le hagas daño a mi hija te juro que te mataré con mis propias manos! —grito completamente fuera de mí. Con más impotencia de la que he sentido en toda mi vida, la escucho carcajearse al otro lado de la línea mientras enciende la cerilla, quema con ella unos papeles y los tira al suelo de madera.

—Cuando la gasolina llegue al papel, de vuestra hija solo quedaran cenizas, lo mismo que quedó de mi hermana.

—¡Nooooo! —grita Yago, incapaz de contener las lágrimas y la desesperación—. ¡Para!, ¡no lo hagas! ¡No puedes hacerlo! —vocifera, completamente roto—. Haré cualquier cosa, lo que quieras, pero por favor, no lo hagas. —Llora desconsolado.

Le arranco el móvil de las manos.

—¡Hija de puta, te voy a matar!, ¡como le pase algo a mi hija te mato! —bramo, histérica—. ¡Te juro que te mato, loca! —continúo amenazándola completamente fuera de control.

—Estoy segura de que te encantaría hacerlo —afirma mientras la vemos alejarse, entrar en otra habitación y cerrar la puerta—. Pero no tendrás esa oportunidad porque lo haré yo misma —añade antes de coger una pistola y metérsela en la boca.

—Un poco más, aguantad un poco más —nos pide el inspector en voz baja.

Pero antes de que podamos decir nada más, ella aprieta el gatillo, escuchamos un sonido sordo, y la imagen tiembla cuando el móvil cae al suelo.

Perpleja, miro la pantalla del móvil. En él solamente se ve la pata de una cama sobre una alfombra gris y un trozo de edredón. Parpadeo un par de veces mirándolo fijamente.

—¡Tu casa! —grito señalando la pantalla.

—¿¡Cómo dices!?! —pregunta Yago sin entender lo que quiero decir.

—¡Esa en nuestra casa! ¡Esa es la alfombra de tu habitación!, ¡ese es tu edredón! —Señalo sin creer lo que ven mis ojos.

Yago me arranca el móvil de la mano y lo mira incrédulo.

—¡Es cierto! —confirma—. Es mi casa.

El inspector de inmediato llama a comisaría mientras corre hacia el parking para coger su coche; Yago y yo lo seguimos. Una vez en el coche, Yago avisa al parque de bomberos para poner en conocimiento de sus compañeros lo ocurrido; el inspector arranca y salimos del hospital a toda velocidad. Las sirenas van alertando a los vehículos, haciendo que se aparten para dejarnos pasar.

Yo pido una y otra vez que no sea demasiado tarde, que no lleguemos demasiado tarde. Yago, incapaz de permanecer quieto, golpea con el pie en el suelo.

Para cuando llegamos a Aldán, los nervios están a punto de acabar conmigo. No podemos entrar en nuestra calle porque la encontramos cortada por coches de la policía. Sin pensarlo, ambos nos bajamos del coche y echamos a correr tan rápido como podemos hacia el edificio del que ya, incluso a esa distancia, podemos apreciar que sale gran cantidad de humo negro por las ventanas. A lo lejos, vemos el despliegue policial. Dos ambulancias, una de ellas medicalizada, y tres camiones de bomberos están aparcados delante del piso intentando sofocar el fuego; las llamas naranjas lo iluminan todo.

¡Hemos llegado tarde! ¡No hemos podido llegar tarde! Mi mente se nubla, un dolor insoportable me consume por dentro, y me dejo caer al suelo. Uno de los técnicos sanitarios se acerca a mí para intentar levantarme, pero me niego a hacerlo.

—¡Soy bombero, dejadme pasar! —grita Yago, empujando a los policías que intentan cortar el paso. Cuando consigue colarse entre ellos, varios compañeros se acercan a él e intentan detenerlo.

—¡Yago, sin traje no puedes entrar ahí!

—Soltadme ahora mismo, es una orden. —Su voz fiera y su gesto los detiene y Yago consigue acceder al edificio.



Capítulo 24

YAGO

Subo las escaleras corriendo de dos en dos y llego al umbral de mi casa. Nunca el fuego me había parecido tan feroz, tan destructivo e implacable, como cuando veo el salón del que hasta hace unas horas había sido mi hogar, consumido por las llamas. Sin dudarlo, me quito la chaqueta para cubrirme con ella la nariz y entro en la vivienda. El calor es sofocante, soy incapaz de respirar. Camino intentando esquivar las llamas y mirando en todas direcciones en busca de cualquier rastro de mi pequeña. De repente, unas manos me sujetan de los hombros y me empujan hacia la salida. Intento resistirme, pero no soy capaz.

—¡Soltadme, soltadme! ¡Es mi hija!, ¡mi hija está ahí dentro! —grito desesperado.

Dos pares de brazos me conducen escaleras abajo hasta sacarme del edificio. Una vez fuera, consigo girarme y veo a Carlos y a dos compañeros más mirándome con pesar.

—Tenemos cinco personas dentro barriéndolo todo para encontrar a Esperanza, Cecilia también está con ellos. Vamos a encontrarla, jefe, pero déjanos trabajar; no puedes entrar ahí así —intenta consolarme Carlos.

Le miro a los ojos y asiento. Miro hacia atrás, Lena está de rodillas en el suelo con la vista perdida en las llamas que salen de las ventanas. Me acerco a ella, pero no digo nada. No puedo hacerlo, simplemente me quedo a su lado. Aguantando la respiración, por segunda vez en unos meses me veo rezando para que ocurra un milagro.

Camila y Leo llegan corriendo a nuestro lado; alguno de los policías del hospital debe de haberles alertado de la situación. Carmen viene más atrás empujando la silla de la *tata*. La anciana mira el fuego con los ojos llenos de lágrimas y, por primera vez desde que la conozco, veo en ellos el miedo.

Poco a poco las llamas van desapareciendo y nuestro estado de nervios se va volviendo insostenible. Entonces veo salir a Cecilia del interior del edificio; se quita el casco y sus ojos buscan los míos. Cuando los encuentra y veo en ellos la tristeza más absoluta y las lágrimas surcando su rostro, siento

que mi vida ha terminado. Lena llora sin consuelo y golpea con los puños contra el cemento hasta que la sangre comienza a manchar sus manos. Intento abrazarla mientras siento mi propio cuerpo convulsionar por el llanto; ella se agarra con las manos ensangrentadas a mi camiseta.

—Lo siento muchísimo —intenta disculparse Cecilia entre sollozos—. Creemos que el incendio se originó a pocos metros de donde estaba la niña, porque había restos de un pañal. El salón debía de llevar cerca de veinte minutos ardiendo cuando llegamos; hemos buscado por todas partes, pero no hemos podido encontrarla con vida. Entraremos de nuevo para intentar recuperarla ahora —explica con voz llorosa.

Escucho sus palabras y siento que mi corazón deja de latir; Lena continúa llorando sin consuelo.

El inspector también se acerca a nosotros apesadumbrado.

—Lo siento muchísimo, nadie esperaba este final. —Su voz se corta ante nuestro dolor.

—¡Inspector! ¡Inspector, tiene que venir a ver esto! —dice un agente que llega corriendo junto a nosotros. El inspector lo mira con mala cara, pero el chico insiste—: De verdad, tiene que venir. De hecho, todos deberían venir —añade sonriendo.

Lo miro sin comprender si es tonto por naturaleza o tan gilipollas que no sabe respetar un momento como este. Pero, ante la insistencia, ayudo a Lena a levantarse del suelo; sus piernas tiemblan tanto, que temo que de un momento a otro se desplome. Caminamos un poco más allá del paseo de madera. Ahí paradas, mirando el edificio completamente horrorizadas, están mi vecina del tercero y su hija Aitana de cinco añitos, agarrada a su cochecito de muñecas como si le fuese la vida en ello.

La pobre mujer mira el humo negro que sale por las ventanas de mi casa, y a continuación me mira a mí tapándose la boca, completamente consternada. Veo sus ojos húmedos. Lena ni siquiera es capaz de levantar la vista hacia ella.

Entonces un sonido llama nuestra atención; es un pequeño gorgojeo, un llanto ligero que proviene del carrito de la niña.

Lena mira hacia allí y veo su cara mutar al asombro más absoluto.

—¡Esperanza! —grita lanzándose hacia el carrito.

La miro pensando que se ha vuelto loca cuando, efectivamente, la veo sacar del carro a nuestra hija, vestida con ropa de muñeca, y acunarla contra su pecho mientras se deja caer de rodillas al suelo y la cubre de besos y

lágrimas. Me uno a ellas y acaricio la cara de mi niña, siento que mi corazón vuelve a latir y miro boquiabierto al inspector, que parece tan asombrado como nosotros.

—¿Pero cómo es posible? —pregunto sin terminar de creérmelo.

—Parece ser que su vecina iba a ir al parque con la niña, esta quiso ir bajando, y como no la dejan usar sola el ascensor, metió el carrito de muñecas en él y ella bajó por la escalera. Al pasar por el primer piso se encontró la puerta de su casa abierta y a Esperanza llorando en el suelo del salón. La niña vio al bebé solo y no se le ocurrió otra cosa que cogerlo y cambiarlo por la muñeca que llevaba en su carrito. Metió a la niña en el carro y la tapó con una mantita para que su madre no la viese.

—Cuando llegué al portal ni me fijé en el carro —continúa explicando mi vecina, sin saber dónde meterse—. Y como la niña es tan buena y no se inmutó en todo el camino, no me di cuenta de que no era una muñeca sino un bebé de verdad hasta que llegamos al parque y Aitana paró el carrito a mi lado para ir a los columpios. Al quedarse el carro quieto fue cuando la niña protestó, y cuando aparté la mantita y vi que era un bebé de verdad, casi me da un infarto —nos cuenta mirando enfadada a su hija—. Llamé a Aitana y cuando me contó lo que había hecho, volvimos enseguida para devolverla. Acabamos de llegar ahora mismo y nos hemos encontrado el edificio así.

—Imagino que la niña entró y se llevó a Esperanza en el momento en que la secuestradora se metió en la habitación y por eso no se enteró de nada —explica el policía.

Lena me entrega a Esperanza y se acerca a la pobre Aitana, que parece muerta de miedo. Mirándola con dulzura, sostiene su carita entre sus manos y, entre lágrimas, la besa en la mejilla.

—Has salvado la vida de mi hija. Creo que no sabes lo que quiere decir eso, pero yo nunca lo olvidaré.

La niña, que se esperaba una bronca monumental y no entiende nada, la mira confundida, y al final se atreve a preguntar:

—¿Eso quiere decir que podré jugar con ella alguna vez?

—¡Aitana! —la regaña su madre, que todavía no se ha recuperado de la impresión.

—Claro que sí. —Sonríe Lena—. Siempre que quieras —contesta atrapando a una sorprendida Aitana en un abrazo que la deja sin respiración. La niña sonrío feliz.

—¡Y mi madre que decía que me iba a reñir la policía! ¡Ja! ¡No solo no

me han reñido, sino que he ganado un juguete nuevo, y uno que llora de verdad! —suelta la pequeña, emocionada, haciéndonos reír a todos.



Epílogo

LENA

—¡Leo, coloca ese sillón con cuidado, no lo tires como si fuese una colchoneta! —indico al ver cómo Leo suelta un sillón en medio del salón de nuestro nuevo hogar.

Ha pasado casi un mes del susto del incendio y las cosas por fin se han tranquilizado del todo. Yago y yo decidimos comprar la casita de la que Leo y Camila nos habían hablado, y estamos acabando la mudanza. Todo está lleno de cajas y bultos, pero no me importa; en realidad, nada me importa. Después de todo lo que hemos tenido que vivir para llegar hasta aquí, cada día con Yago y Esperanza me parece un regalo; un regalo que estoy dispuesta a disfrutar al máximo.

Yago está hecho un padrazo, le encanta pasar tiempo con su pequeño milagro, como él la llama; tanto, que en cuanto me descuido un segundo, la encuentro metida en nuestra cama.

No puedo quererle más, cada vez que me mira siento que mi corazón va a estallar. Nunca en mi vida habría soñado encontrar a alguien como él. El único defecto que puedo encontrarle es que cada vez que se va a trabajar, mi antiguo compañero de viaje, “el miedo”, hace acto de presencia. Aunque, quién puede culparme, teniendo en cuenta nuestros antecedentes con el fuego... Sé que poco a poco me acostumbraré a ello.

Dentro de un mes me reincorporo a la agencia, tenemos mucho trabajo y no puedo permanecer más tiempo de baja. Al principio me planteé meter a Esperanza en una guardería, pero la *tata* y Carmen casi me arrancan la cabeza cuando lo propuse, por lo que finalmente decidimos que ellas serán las encargadas de ejercer de orgullosas abuelas cuando a Yago y a mí nos coincidan los turnos de trabajo. Sé que no podría estar en mejores manos. Lo único malo es que creo que va a ser la niña más consentida del mundo.

Veo a Cecilia entrar por la puerta de la cocina con una lámpara mientras habla con Camila. ¡Ese sí que ha sido todo un descubrimiento! Y pensar que antes tenía ganas de estrujarle el cuello cada vez que la veía por los celos que me producía, todo por mis miedos e inseguridades, y ahora sin embargo, se ha

convertido en una gran amiga, una de esas en las que sabes que siempre podrás confiar. Lástima que la veremos menos a partir de ahora; le han ofrecido un ascenso, muy merecido por cierto, y lo ha aceptado, pero ello supone que tendrá que mudarse a A Coruña. No creo que allí le pongan las cosas fáciles, pero tengo total confianza en que se las arreglará de maravilla, y si no, solo tiene que pegarnos un telefonazo y Camila y yo nos plantaremos allí a patear culos encantadas de la vida.

Del que poco he sabido hasta el momento es de César. Un par de días después de nuestra última conversación entró un encargo en la agencia para cubrir una gira de conciertos y él le pidió a Camila que lo mandase como parte del equipo. Me manda algún mensaje de vez en cuando, pero de momento prefiere mantenerse al margen y yo tengo que respetarlo.

La *tata* continúa incombustible, como siempre; esa mujer es increíble. Ella dice que su tiempo se va agotando, pero yo la veo llevando las arras el día de la boda de Esperanza. Leo le ha regalado una silla de ruedas eléctrica nueva y ríete tú de Fernando Alonso; a su lado es un aficionado. Solo le falta hacer trompos a la tía.

—Venga, venga, id todos saliendo por la puerta principal que tenemos que descansar. Mañana más y mejor —invita Yago a todos a que vayan saliendo de nuestra casa mientras sostiene la puerta de la entrada.

Cuando por fin nos quedamos solos, me dedica esa sonrisa que despierta cada parte de mi cuerpo y después observa a nuestra niña dormida en mis brazos.

—Creo que es hora de que todos nos vayamos a la cama —susurra quitándome a Esperanza. Camina despacio hasta nuestra habitación y, con delicadeza, la coloca en su cunita.

—Sí, ha sido un día duro —confieso dejándome caer en la cama.

—Pues si el día te ha parecido duro, espera a ver la noche —me advierte él, colocándose sobre mi cuerpo.

Se quita la camisa, desabrochando uno a uno los botones mientras sus ojos recorren mi cuerpo cargados de promesas, y la lanza al suelo. Mis manos van a la hebilla de su pantalón, desabrochándolo lentamente; sus manos se cuelan por debajo de mi camiseta y, sin hacerme de rogar, yo misma me la quito y la lanzo sobre la cama. Sus labios descienden por mi cuello hasta alcanzar mi pecho, atrapa uno de mis pezones por encima de la tela del sujetador y lo acaricia con su lengua antes de tirar de él con suavidad, mientras introduce la otra mano dentro de mi pantalón, encuentra mi clítoris y

lo masajea haciéndome gemir. Entonces, su boca abandona mi pecho para atrapar mis labios y besarlos con pasión, y mis manos acarician su espalda, memorizando cada recoveco de su cuerpo. El deseo de sentirnos y de poseernos aumenta con cada caricia, con cada mirada. Impaciente, en un solo gesto se desprende de su pantalón y del mío. Siento su erección empujar contra el bóxer y me froto contra ella haciéndole gemir. Sus manos desabrochan mi sujetador y lo deslizan por mis brazos, siento cómo sus dedos masajean mis pezones y cierro los ojos echando la cabeza hacia atrás para disfrutar de las sensaciones que provoca en mí. Mis labios se pierden en su pecho y mis dientes arañan su piel. Le veo cerrar los ojos con fuerza mientras pronuncia mi nombre entre jadeos; verle perder el control siempre me hace sentir sexy y poderosa, y la sensación me encanta. Sus manos se enredan en mi tanga y, lentamente, lo baja por mis piernas hasta quitármelo y dejarlo caer. Con la yema de sus dedos acaricia mi tobillo y va haciendo el recorrido inverso; cuanto más sube, más me excito. Tras quitarse el calzoncillo, se tumba a mi lado y me gira para ponerme boca abajo, se coloca encima de mí y, con su rodilla entre mis piernas, me obliga a abrirlas. Sus dedos acarician mi zona más sensible antes de introducirse dentro de mí para comprobar que estoy preparada para él; le escucho gruñir satisfecho. Su lengua, húmeda y caliente, traza el recorrido de mi columna y gimo de anticipación. Entonces, sin previo aviso, de una sola investida se hunde dentro de mí ahogando un grito de placer. Contengo la respiración por la impresión, y sin darme tiempo siquiera a recuperar el aliento, comienza a moverse con fuerza, llenándome por completo con cada penetración. Arqueo la espalda para sentirlo más intensamente, todo mi cuerpo pide más; jadeo, él gime y agarra mi cadera para que no me mueva. Se hunde nuevamente en mi interior casi con violencia y siento que estoy a punto de correrme.

—No aguanto más —digo en voz baja justo antes de sentir un golpe de electricidad golpeándome con fuerza de pies a cabeza.

Me agarro a la almohada con fuerza sintiendo un placer tan intenso, que casi se me saltan las lágrimas. Yago acelera todavía más el ritmo; su respiración se vuelve frenética, su cuerpo rígido golpea contra el mío y, con un gemido gutural, se corre.

Su cuerpo laxo cae sobre el mío. Todavía unidos, me coloca de lado, me rodea con sus brazos y así, unida todavía a él, con su cuerpo y el mío formando uno solo, siento que por fin, después de tanto tiempo sin tener uno, he encontrado mi hogar.



YAGO

Me despierto, estoy tan a gusto que no quiero hacerlo pero, suspirando, lo hago. Abro los ojos y miro la cuna. Esperanza duerme plácidamente, tapada con su mantita. A mi lado, Lena, más hermosa y serena que nunca, se acurruca contra mi cuerpo. Las miro y me siento agradecido y feliz. Acaricio su cara y mi corazón late con más fuerza que nunca.

A veces, estás soñando y no quieres despertar, pero entonces abres los ojos, miras a tu alrededor, y la realidad supera la mejor de las ficciones.



Biografía

Andrea López Saborido nació en Vigo en 1984, donde reside desde entonces. Ha estudiado administración y dirección de empresas y trabaja desde hace años en el sector de las artes gráficas, profesión que combina con la escritura. *No sin ti* fue su primera novela publicada. Después llegaron *Lo encontré en tus ojos*, *Tú, hielo... Yo fuego* y *Pintaré estrellas por ti*.

Recordaré Olvidarte es su última novela publicada.



[Andrea López Saborido](#)



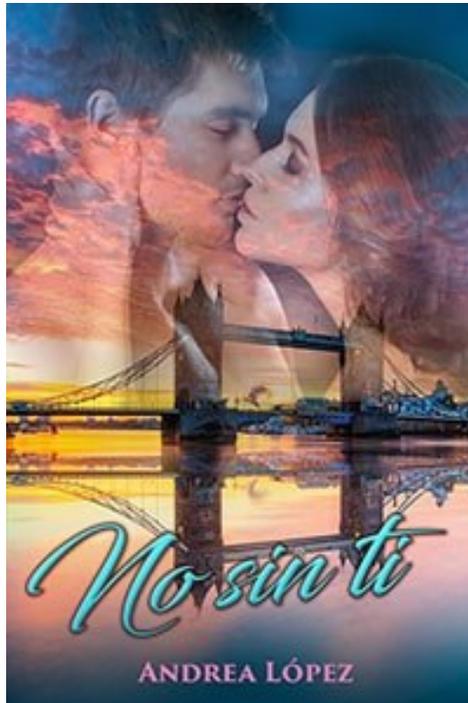
[@andrealosab](#)



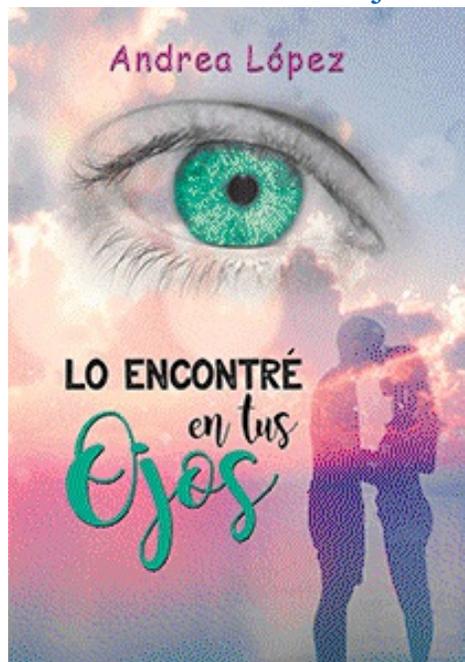
[andrealopez_escritora](#)

Otros libros de la autora

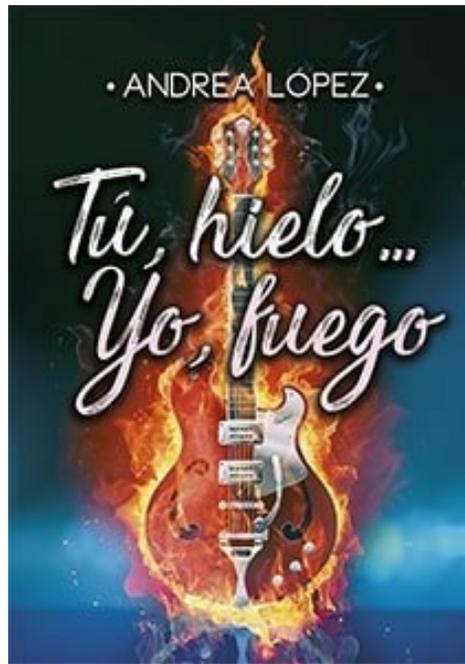
[No sin ti](#)



[Lo encontré en tus ojos](#)



Tú, hielo ... Yo, fuego



Pintaré estrellas por ti



